

A woman with long, wavy brown hair is shown from the waist down, wearing a vibrant red, sleeveless, pleated dress and matching red high-heeled shoes. She is captured in a dynamic, slightly blurred pose, as if moving or dancing. Her right hand is placed on her hip. The background is a solid, dark blue-grey color. The text 'En los Brazos de tu Pasion' is overlaid on the image in a white serif font, with the initial 'E' and the 'P' in 'Pasion' highlighted in red.

En los Brazos
de tu Pasion

Anna Crenwood

En los Brazos de tú Pasión

Tabla de Contenidos

[Página de Titulo](#)
[Atrapada en tu pasion](#)
[Sinopsis](#)

[1](#)
[2](#)
[3](#)
[4](#)
[5](#)
[6](#)
[7](#)
[8](#)
[9](#)
[10](#)
[11](#)
[12](#)
[13](#)
[14](#)
[15](#)
[16](#)
[17](#)
[18](#)
[19](#)
[20](#)
[21](#)
[22](#)
[23](#)
[24](#)
[25](#)
[26](#)
[27](#)
[28](#)
[29](#)
[30](#)
[31](#)

[32](#)

[33](#)

[34](#)

[35](#)

[36](#)

[37](#)

[38](#)

[39](#)

[40](#)

[41](#)

[42](#)

[Epílogo](#)

Anna Crenwood

Titulo Original: En Los Brazos De Tu Pasion.

© 2013, Anna Crenwood

©De los textos: Anna Crenwood

Ilustración de portada: Joel Vergara

Revisión de estilo: Saul Rios

1ª edición

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento.

*Si cruzas mis sentimientos
y anudas mis anhelos,
si habitas en mis sueños
y resides en mis deseos,
si sabes que te amo,
y sabiéndolo eres feliz,
si sabes que eres todo para mí.*

Índice

Sinopsis

- 1
- 2
- 3
- 4
- 5
- 6
- 7
- 8
- 9
- 10
- 11
- 12
- 13
- 14
- 15
- 16
- 17
- 18
- 19
- 20
- 21
- 22
- 23
- 24
- 25
- 26
- 27
- 28
- 29
- 30
- 31
- 32
- 33
- 34

[35](#)

[36](#)

[37](#)

[38](#)

[39](#)

[40](#)

[41](#)

[42](#)

[Epílogo](#)

Sinopsis

Sairin vivía felizmente con su tía tras la dolorosa muerte de sus padres. Estaba enamorada de Edward, un hombre que cualquier mujer desearía.

Pero una amenaza se cierne sobre la joven, y con la ayuda de Edward intentará resolver el por qué quieren verla muerta.

1

Inglaterra, 1805.

El viaje desde la mansión hasta la casa de la señora Dainne tardó cerca de una hora a la cual a Sairin se le hizo eterna, al igual que se le haría la fiesta, a ella no le gustaban esas fiestas, le parecían una pérdida de tiempo, ella prefería enfrascarse en sus libros de novelas románticas las cuales la hacía soñar. Vivía casi por y para sus libros, incluso ha llegado a escribir alguna que otra novela que mantiene oculto en un baúl pequeño donde guarda algunos recuerdos de su pasado. Recuerdos de su padre, sobretodo, aunque también escondía algo que valoraba mucho, un collar de esmeraldas que perteneció a su madre. Sairin era huérfana desde hacía muchos años. Perdió a su madre cuando nació y a su padre lo perdió cuando ella tenía cinco años.

Desde entonces vive con su tía en la mansión de esta. Conservaba pocos recuerdos de su pasado. Y ahora a sus veinte años, vestida con un vestido de un color verde claro, haciendo resaltar su rostro, con su larga cabellera negra recogida en un moño, su cara fina en la cual resaltan sus grandes ojos oscuros casi negros, su nariz fina y unos labios tan sensuales que provocaban la envidia de muchas jóvenes casamenteras, se dirigía a una de esas aburridas fiestas.

Ella y su tía llegaron cuando ya había comenzado. Allí, Sairin se encontró con su mejor amiga, Catherine, una joven bastante charlatana con el cabello rojizo ondulado hasta la cintura, los ojos verdes y algunas pecas en sus mejillas.

-Amiga, pensé que no llegabas- dijo Catherine cuando se acercó a su amiga.

-Mi tía no quería perderse la fiesta, ya la conoces- dijo Sairin con fastidio.

-¿Sabes de qué me he enterado?- preguntó Catherine con picardía.

-Sorpréndeme.

-Me he enterado de que va a asistir a esta fiesta, lord Edward.

Sairin al oír ese nombre, creyó desmayarse allí mismo, no podía ser, ese hombre en la fiesta no. El hombre al que menos deseaba ver, esa noche sobre

todo era a lord Edward.

-¿Te pasa algo? Te has quedado muda.

-Cathy, dime que eso no es verdad, por favor.

-Vamos, Sairin, lord Edward ni siquiera sabe que estás loca por él.

-No te atrevas a decir eso delante de la gente- dijo Sairin mirándola con enfado y luego sonrió a una pareja que pasaba junto a ellas y luego dijo por lo bajo- nadie debe saber nada... ¿lo recuerdas?

-Claro que lo recuerdo- dijo Catherine en voz baja también- pero es la verdad, Sairin, nadie lo sabe, excepto yo claro está...

-Pues por eso, tu voz es demasiado audible y se te escapan las cosas...

-Sí, pero no me trates así...

-Lo siento... es que oír el nombre de ese hombre me saca de quicio.

-Entonces mejor note gires...- dijo Catherine.

Sairin sin hacerle caso se giró y allí lo vio. Tan elegante como siempre. Lucía un pantalón y chaqueta oscuros, en el cual destacaba su camisa blanca, pero su belleza era mayor que las ropas que llevaba. Debajo de esa chaqueta, imaginó sus anchas espaldas, luego ese pelo negro y los ojos verdes como las esmeraldas fueron los que le cautivaron de tal manera que hasta soñaba con él.

Ambos cruzaron sus miradas pero Sairin la desvió rápidamente al notar el rubor de sus mejillas y temía que se diera cuenta.

-Te está mirando...- dijo Catherine.

-No es a mí...- dijo Sairin- seguro que es a otra joven.

Mientras estas hablaban, la tía de Sairin se acercó a las dos y le dijo a su sobrina.

-Sairin, acompáñame para que saludes a todos los invitados.

-Pero tía Julie...

-Sairin, ya hemos hablado de esto, si quieres casarte pronto, debes relacionarte y dejarte de tantos libros.

-De acuerdo- dijo la chica resignada.

Sairin y Julie saludaron a todos los invitados, hasta que finalmente las dos se acercaron hacia el lugar donde estaba lord Edward. Este al verlas sonrió y Sairin notó su mirada en ella. Sairin se acercó con la mirada gacha.

-Buenas noches, lord Edward- dijo Julie.

-Buenas noches, señora Brockway, es placer volver al verla- luego miró a Sairin y dijo- buenas noches señorita Lindsey.

-Buenas noches, lord Edward, me alegro de verle- dijo Sairin con una fingida sonrisa.

-Veo que ha decidido venir a la fiesta después de un viaje tan arduo como el que tuvo- dijo Julie- mi difunto marido era como usted, un hombre que a pesar del cansancio se apuntaba a un bombardeo.

-No podía perderme esta fiesta después de tanto tiempo...- dijo Edward.

-Tiene razón... yo traje a mi sobrina para ver si encuentra a un hombre y deja de fantasear, que con tanto libro no va a encontrar un marido.

-Tía por favor... no creo que a lord Edward le interese mi vida...- dijo Sairin realmente molesta por las palabras de su tía.

-Pues no sería un mal partido para mi sobrina... ¿no cree lord Edward? Mi sobrina es una joven muy linda y muy deseada.

Sairin se puso colorada al ver que él la miraba después de decir esto Julie.

-Tiene usted toda la razón, es una joven muy bonita...- fue lo único que dijo Edward.

Entonces por allí apareció una joven rubia y de ojos azules, muy hermosa, luciendo un vestido de color rojo y dorado, su pelo lo llevaba recogido en un provocativo moño. Ella se acercó a Edward.

-Oh lord Edward, ha venido- dijo la joven.

-Isabella, cuanto tiempo...- dijo Edward.

La joven miró a Julie y luego miró a Sairin.

-Vaya, señorita Lindsey, se ha decidido a venir...

-Sí, mi tía consiguió convencerme, es un placer verla de nuevo.

-Lo mismo digo- dijo, luego miró a Edward y le dijo- Lord Edward, le he echado tanto de menos, las fiestas no son lo mismo sin usted.

-Bueno, yo me retiro, debo saludar a más gente- dijo Sairin y se fue de allí al igual que su tía Julie.

Después de saludar a todo el mundo, Sairin volvió con su amiga Catherine que estaba junto al balcón que había en el amplio salón.

-Sairin ¿ya saludaste a lord Edward?

-Sí.

-No te veo muy contenta.

-No quería saludarlo porque mi tía siempre me deja en evidencia y encima apareció Isabella Greyson con su hermoso vestido rojo y dorado... ojalá tuviera un vestido tan bonito como ese y no este vestido de fiesta- dijo mirando su sencillo vestido verde- así podría conseguir conquistar a lord Edward.

-Pensé que te sacaba de quicio.

-Sí, me saca de quicio pero es tan bello que se me olvida todo.

-Pues no deberías, amiga, ya sabes como es él, es un mujeriego.

-Lo sé... quiero irme de aquí... acompáñame al jardín, me asfixio de ver tanta gente reunida aquí.

-De acuerdo.

Las dos salieron del salón y pusieron rumbo al jardín que había sido decorado con farolillos y donde había una gran fuente presidida por un precioso cisne de piedra y de su pico manaba un ligero hilo de agua. Las dos paseaban por allí y no se dieron cuenta de que alguien las vigilaba de cerca.

-Ay, Sairin, debería buscarte un hombre, tu tía tiene razón, te pasas el día fantaseando.

-Pero yo no quiero casarme con ninguno de estos hombres, ellos solo buscan satisfacer sus instintos más bajos, no como los de las novelas que leo que buscan el amor verdadero y la mujer de sus sueños.

-La vida no es como las novelas... a este paso no conseguirás un marido en condiciones.

-Me da igual, no me importa esperar a mi príncipe, al hombre de mi vida que seguro que me estará buscando.

-¿No vas a escarmentar nunca o qué? Los hombres son más simples que eso, ellos no vendrán a ti a no ser que les muestres un poco de interés en ellos, no se van a dar cuenta de que eres la mujer de sus vidas tal y como piensas.

-Todos los hombres no se fijarían en mí porque no poseo riquezas y un buen nombre. Recuerda que soy huérfana y no tengo nada.

-Los hombres no deben quererte por el dinero que tienes sino por lo que tienes en el corazón que vale mucho más que todo el oro del mundo y ahora olvida a esa odiosa de Isabella y sus vestidos, además a mi me encanta el que llevas puesto. De lo sencillo que es, es hermoso.

-No pretendas convencerme de que mi vestido es precioso porque bien sabes que no lo es.

-Te estoy diciendo la verdad.

-Cathy...- dijo Sairin mirándola con una ceja enarcada.

-De acuerdo, no me creas cuando digo que tu vestido es precioso. No lo volveré a mencionar.

-Eso está mejor- dijo Sairin con una sonrisa surcando su rostro.

-Hace frío aquí afuera ¿no crees?

-Sí, la verdad que sí y yo no me traje el chal, lo dejé en la casa de mi tía, encima de mi tocador- dijo poniendo sus manos en sus brazos para protegerse del frío.

-Deberíamos volver dentro.

-Pero es que dentro me asfixio con tanta gente.

-Y aquí afuera hace frío...

-Me quiero ir... se lo puedo decir a mi tía.

-No te dejará ir.

-Si le digo que me encuentro mal, sí me dejará...

-Pues venga, te acompaño para que se lo digas.

Las dos chicas entraron en el salón y encontraron a Julie hablando con la señora Dainne y lord Vardon. La señora Dainne, era ya una mujer entrada en años, con el pelo canoso y unos ojos verdes apagados. Lord Vardon era un hombre de la edad del padre de Sairin, fueron grandes amigos cuando él estaba vivo y siempre se preocupó por el estado de la hija de su mejor amigo y que no le faltara nada. Su pelo era negro aunque ya mostraba algunas canas, de ojos marrones y nariz ganchuda.

-Tía Julie...

-¿Sí Sairin?

-Verás, es que no me encuentro muy bien y me gustaría irme a la casa...

-Entonces yo me voy contigo- dijo su tía.

-¡No! No hace falta, disfruta de la fiesta.

-Pero no te puedo dejar ir sola.

-De verdad tía, no me pasará nada...

-Vale, pero ten mucho cuidado...

-Gracias tía- luego miró a la señora Dianne y dijo- señora Dianne, ha sido un placer haberla visto y espero volver a verla pronto.

-Lo mismo digo, señorita Lindsey.

-Ha sido un placer volver a verle, lord Vardon.

-Para mí has sido todo un placer, señorita.

La joven se despidió y se fue de la casa, a la salida, buscó un coche de alquiler para que la llevara a la casa de su tía. Cuando apareció uno se subió no sin antes decirle al cochero la dirección a la que iba.

2

Sairin... un nombre que nunca olvidaría aunque quisiera. Edward se sorprendió mucho cuando la vio en la fiesta de la señora Dianne, con ese precioso vestido verde que le sentaba tan bien. Poseía tal sencillez que cautivaba con solo mirarla. No dejó de observarla durante todo el tiempo que ella estuvo en la fiesta e incluso le encantó hablar con ella.

Hasta que apareció Isabella Greyson.

Esa mujer no lo dejaba en paz, cada vez que podía se lanzaba encima de él.

Ahora, él se encontraba en su despacho, arreglando unos papeles para poder llevar un cargamento hacia América. Pero no podía concentrarse, así que decidió salir a dar una vuelta.

Sairin y Catherine salieron a dar un paseo, ese día hacía un sol espléndido y las dos llevaban su parasol de mano.

-Que pena que no te quedaste en la fiesta- dijo Catherine.

-Tampoco me apetecía tanto, solo con ver a Edward Forrester, se me quitaron las pocas ganas que tenía.

-¿Te puedes creer que Isabella Greyson estuvo toda la noche detrás de lord Edward?

-No me digas... espero que lord Edward haya aprovechado bien.

-No, lord Edward ha intentado huir de ella.

-¿Y por qué? Lady Isabella es una mujer bella.

-Pues se comprende que no le interesa.

-Vaya... que raro, tiene fama de mujeriego.

-Sí, pero a veces no hay que hacer caso de lo que dice la gente.

-También es verdad.

Edward iba andando, sumido en sus pensamientos, cuando la vio. Iba con su amiga, Catherine Rowling. Ambas iban hablando muy amablemente. Él se quedó paralizado al ver a la joven.

Sairin y Catherine se dispusieron a cruzar la calle y a Sairin se le cayó el abanico al suelo. Catherine ya estaba al otro lado, se giró a ver dónde estaba

su amiga porque no la vio a su lado. Cuando se giró, vio que un carruaje se acercaba hacia donde estaba Sairin y la iba a atropellar.

-¡Sairin!- exclamó asustada.

Edward que también vio el coche, corrió a salvar a Sairin, la cogió de la cintura y los dos cayeron lo más alejado del carruaje. Ella cayó de espaldas y él cayó encima. Los dos se miraron a los ojos.

-¿Qué pasó?- preguntó ella confusa y ruborizada por la mirada de él, su respiración era agitada.

-Casi te atropellan pero ¿te encuentras bien? ¿Te duele algo?- preguntó él sin dejar de mirarla.

Ella tenía el brazo derecho herido, ya que al caer de lado, se lo raspó todo, algunos mechones de pelo se le soltaron de su ajustado moño.

-Creo que no me duele nada- dijo ella con voz temblorosa, debido tanto al susto como a la presencia de Edward.

Catherine corrió al lado de su amiga y de Edward, preocupada.

-Sairin, amiga, ¿está bien?

Edward, al ver que Catherine se acercaba, se apartó y ayudó a Sairin a incorporarse.

-Tranquila, Cathy, estoy bien- dijo Sairin intentado levantarse.

Cuando ya estuvo de pie, intentó andar pero un fuerte dolor le acusó el tobillo, entonces, Edward la sujetó. Los dos volvieron a mirarse a los ojos y Sairin apartó la mirada cada vez más ruborizada.

-Señorita Lindsey, creo que se ha torcido un tobillo- dijo Edward.

-Eso... eso parece...

-Lord Edward- dijo Catherine- debería acompañarla a su casa.

Sairin la miró y luego dijo:

-No hace falta, lord Edward, estoy bien.

-Pero no puedes andar así, amiga. Es mejor que vuelvas a tu casa y que te acompañe lord Edward.

-Pero probablemente tenga cosas que hacer- dijo Sairin mirando a Edward albergando la esperanza de que fuera así.

-La verdad es que no...- comenzó a decir él.

-Perfecto entonces- dijo Catherine y miró justo detrás de ellos- caramba, pero si es James Coulter, debo irme.

Sairin la miró suplicante para que no se fuera pero al momento desapareció. Ella miró a Edward y este mostró esa sonrisa que tanto le cautivaba. Sairin sonrió levemente.

-Será mejor que nos pongamos en camino- dijo Edward.

-Sí- dijo ella.

Edward, entonces, la cogió en brazos y llamó a un carruaje de alquiler para que los llevaran a la casa de la tía de Sairin. Una vez dentro, ella miraba al suelo, no se atrevía a mirarle de nuevo a la cara o él notaría sus pómulos sonrosados.

-Debe estar asustada- dijo Edward.

-Sí, un poco...

-Por suerte está bien...

-Sí.

-Lo que no entiendo, es de dónde apareció ese coche, fue como si apareciera de la nada...

-De todas formas cualquier coche me hubiera atropellado, estaba en medio de su camino, se me cayó el abanico y lo fui a recoger...

-Sí pero aún así, era bastante visible que usted estaba recogiendo algo.

-No se preocupe, olvídalo- dijo Sairin.

Estuvieron unos minutos en silencio hasta que finalmente Edward habló:

-¿Le duele mucho?

-Al principio no me dolía pero conforme pasa el tiempo me va doliendo más.

-¿Me deja verle el tobillo?

Sairin lo miró, sorprendida.

-¿Cómo ha dicho?

-Que si me permite verle el tobillo.

-Usted no entiende de medicina...

-Algo sé, ande, muéstreme el tobillo.

La chica le mostró el tobillo, lo tenía hinchado, él comenzó a moverle el tobillo con suavidad.

-Pare... me duele mucho- dijo Sairin con una mueca de dolor.

-Parece que la torcedura es más grave de lo que pensaba.

-No me asuste.

-Tranquila, con unos días de reposo se le pasará.

-Eso espero.

Entonces, el coche se detuvo. Edward abrió la puerta del coche y bajó, luego cogió a Sairin en brazos de nuevo. Tocó en la puerta y abrió el mayordomo, un hombre alto, de pelo canoso, ojos oscuros y nariz ganchuda.

-Señorita Lindsey- dijo el mayordomo sorprendido al ver a Sairin en brazos de Edward y el brazo herido.

-Gaspard... ¿está mi tía en casa?

-Sí, pase- le dijo a Edward que entró con la chica- ¿qué le ha pasado, señorita Lindsey?

-Un coche ha intentado atropellarme.

En ese momento, apareció Julie y vio a su sobrina en brazos de Edward.

-Sairin ¿qué pasa aquí?

-Señora Brockway- dijo Edward- ¿cuál es la habitación de su sobrina?

-¿Por qué?

-Un coche estuvo a punto de atropellarla y se ha torcido un tobillo.

-¡Dios mío!, ande, acompáñeme.

Julie guió a Edward hasta la habitación. Allí, entraron seguidos de Gaspard.

-Gaspard, mande a alguien a avisar al doctor Balton.

-En seguida, señora- dijo el mayordomo.

Edward dejó a Sairin sobre la cama, una preciosa cama con dosel, en esta descansaba una preciosa colcha blanca a juego con el color de las paredes, era una habitación sencilla y espaciosa, la cama estaba justo al entrar, a la derecha estaba el ropero de un color nacarado y al otro extremo de la habitación, al lado de la ventana, estaba el tocador.

-Tía, estoy bien- dijo Sairin.

-¿Cómo vas a estar bien? Mírate ese brazo y encima te has torcido un tobillo ¿estás segura de que no te has hecho nada más?

-No, de verdad.

Julie Brockway suspiró y Edward notó que suspiraba con alivio, como si Julie supiera algo que no quería decir.

Al momento llegó el médico que le curó el brazo a la joven y también le vendó el pie.

-Bien, señorita Lindsey, le aconsejo que guarde reposo unos días ¿de acuerdo?

-De acuerdo, señor Balton.

-Pues yo me voy.

-Le acompaño- dijo Gaspard.

El mayordomo y el doctor Balton salieron de la habitación. Luego, Julie miró a Edward y le dijo:

-Lord Edward, me gustaría hablar con usted, si no tiene nada importante que hacer, claro.

-No es problema, podemos hablar con calma.

-Acompáñeme, Sairin- dijo mirando a la joven- si necesitas algo, avisa a Gaspard que yo voy a hablar con lord Edward.

-Sí tía.

Los dos salieron de allí, dejando a la joven sola, tendida en la cama.

3

Edward y Julie entraron en un amplio despacho, provisto de una gran mesa y varias butacas, a la vez también era una biblioteca.

-Siéntese- dijo Julie invitándole a sentarse en una de las butacas mientras ella se sentaba detrás del escritorio.

-Supongo que me va preguntar como fue todo ¿cierto?

-Cierto, necesito saber qué paso, como comprenderá, han estado a punto de atropellar a mi sobrina.

-La comprendo perfectamente.

-Entonces, cuénteme cómo sucedió todo.

-Según me contó su sobrina, cuando estaba cruzando la calle, se le cayó el abanico, entonces lo fue a recoger y de repente apareció el coche de la nada. Yo pasaba por allí cuando vi el coche y oí el grito de la señorita Rowling llamando a su sobrina y decidí ayudarla.

-¿Y dice usted que el coche apareció de la nada?

-Sí, aunque hay algo que me resulta muy extraño... llevo bastante rato pensándolo.

Julie se puso tensa al oír las palabras de lord Edward.

-¿Qué es lo que piensa?

-Que su sobrina era bastante visible y el coche no se detuvo aún así. Era como si el que llevaba el coche, estaba decidido a atropellarla.

Julie calló y cerró los ojos.

-Entiendo...- dijo tras un suspiro.

-¿Es que acaso sucede algo?- inquirió Edward.

Julie abrió los ojos lentamente, luego abrió un cajón del escritorio y sacó un sobre para luego tenderse a Edward.

-Leala y sabrá si lo que sospecha es cierto...

Edward abrió la carta y la leyó en voz alta.

-«Estimada señora: sé que su sobrina guarda algo que me pertenece. Algo que su padre apostó y no me lo pagó, le sugiero, por tanto, que me lo

entregue o su sobrina sufrirá graves consecuencias>>... Pero esto es una amenaza... ¿por qué no ha avisado a las autoridades?

-No puedo, temo por mi sobrina, esa persona parece una con grandes contactos y tengo miedo.

-Sí pero esto no lo puede ocultar.

-Quieren atentar contra la vida de mi sobrina por algo que posee y su padre apostó, la cuestión es que no sé que es.

-Sigo pensando que debe ir a las autoridades.

-No harán nada... lo sé.

-Si pudiera ayudarla de algún modo.

-Me cuesta mucho pedir esto pero me gustaría que me ayudara a vigilarla.

Ella es una joven tranquila pero temo por su vida.

-¿Me está pidiendo que vigile a la señorita Lindsey?

-Sí.

-Bueno, haré lo que pueda.

-Muchas gracias.

Edward se levantó y se despidió de la señora Brockway, finalmente volvió a su casa.

Gabriella observó a Edward a través de la puerta de su despacho. Llevaba algún tiempo enamorada de él y haría lo que fuera por enamorarlo pero él no se fijaba en chicas como ella, una joven morena, de pelo oscuro y ojos castaños claro.

El día que llegó a la casa y vio a Edward, Gabriella quedó prendida de esos ojos verdes pero ella pasaba desapercibida ante él puesto que ella era una simple sirvienta.

Ese día lo notaba preocupado, entonces, tocó en la puerta.

-Lord Edward, ¿necesita algo?

-¿Eh? Ah, no, no gracias.

-Le noto preocupado ¿va todo bien?

-Sí, tranquila, Gabriella.

-¿De verdad que no desea nada? No sé ¿un brandy, por ejemplo?

-De acuerdo, tomaré una copa de brandy.

La joven sirvió la copa y se la dio a Edward.

-Siempre tan amable...- dijo Edward.

-Por el señor lo que sea...

-Puedes retirarte.

La chica asintió levemente y salió de allí. Edward se pasó toda la noche en su despacho.

Al día siguiente, a media mañana, Catherine fue a visitar a su amiga Sairin. Esta estaba en su habitación, tendida en la cama cuando Catherine tocó la puerta.

-Adelante.

Catherine entró.

-¡Hola amiga! ¿Cómo estás?

-Bueno, podría estar mejor. Llevo desde ayer tendida en esta cama y me aburro.

-Me imagino, pero cuéntame.

-¿Qué quieres que te cuente?

-¿Tú que crees? Lo que pasó ayer después de que yo me fuera...

-No pasó nada, lord Edward me trajo aquí y ya está.

-Vamos Sairin... algo tuvo que haber pasado.

-No pasó nada.

-¿No te dijo nada?

-No, simplemente que debería guardar reposo, lo mismo que me dijo el doctor Balton.

-¿Y no te dijo más nada?

-No. Lo único que quiero es salir de esta habitación.

-Habla con Gaspard y que te lleve al jardín.

-Sí, tienes razón- dijo Sairin- ¡Gaspard!

-¿Desea algo, señorita Lindsey?- preguntó el mayordomo apareciendo de repente.

-Me gustaría que me llevara al jardín. Allí hay unas sillas ¿no?

-Sí, señorita.

-Pues me gustaría ir allí.

-De acuerdo.

Gaspard cogió a la chica en brazos y la llevó al jardín. Luego, las dos se pusieron a hablar animadamente.

Algo lejos de allí, dos hombres se reunían en el despacho de uno de ellos, que era un noble. El otro era un mercenario que el noble había contratado.

El mercenario entró y se sentó frente al hombre, poseía una mirada oscura, sin expresión pero daba miedo solo mirarlo ya que era uno de los mercenarios más sanguinarios de toda Inglaterra. Lo que más terror daba era la cicatriz que tenía en una de sus mejillas.

-¿Tú eres el mercenario del que todos hablan?
-El mismo.
-Bien, quería contratar tus servicios.
-Dígame de qué se trata la misión.
-Traerme a una joven que tiene algo que me pertenece.
-¿Una ladrona?- inquirió el mercenario.
-No, su padre apostó una valiosa joya y no me la dio en vida. Ahora quiero vengarme con la hija.
-Entiendo... ¿y quién es la joven?
-A su debido tiempo, su tía ha recibido una carta mía y quiero ver qué hace con su sobrina.
-Un hombre precavido.
-Por supuesto.
-Hablemos entonces del pago.
-¿Cuánto quiere?
-Dos bolsas de monedas de oro, por ahora, si se complica la situación, subiré la tarifa.
-Muy listo por su parte.
-Algo malo debe tener ser el mercenario más conocido de toda Inglaterra.
-Ya veo...
-Si no me necesita para más nada.
-No, hoy tengo un compromiso que debo atender.
-Entonces, no le entretengo más...
El mercenario se levantó y se dirigió a la puerta.
-Oiga...- dijo el noble.
El mercenario se detuvo pero no se giró.
-¿Sí?
-Aún no sé su nombre y me gusta saber el nombre de todos los que trabajan para mí.
-Todos me conocen como el Depredador, así deberá llamarme usted.
Dicho eso, el Depredador salió del despacho.
Pasaron los días y Sairin se recuperó bastante rápido de su tobillo. Ese viernes había una nueva fiesta, esta vez en casa de los Greyson. La chica quería ir para ver si iba lord Edward, quería agradecerle que la ayudara aquel día.
-¿Seguro que podrás ir?- le preguntó Julie.
-Claro que sí, tía, ya has visto que puedo andar bien.

Sairin se estaba maquillando frente al tocador.

-Yo creo que deberías esperar a la próxima fiesta.

-Tía Julie, de verdad, estoy bien.

-Seguro que esto fue idea de la cabeza loca de tu amiga Catherine Rowling.

-Ella no sabe que voy a ir...

-¿Por qué tanta insistencia en ir? Antes no te gustaba ir a ninguna.

-Bueno, ahora me apetece, no hay nada de malo en ello ¿o sí?

-No, no pero me parece raro.

-Tía, me gustaría tener un nuevo vestido de fiesta, ya me da vergüenza llevar este- dijo Sairin mirándose el vestido verde.

-Pensé que nunca me lo pedirías, desde que vives conmigo, rara vez me pides un vestido nuevo. Mañana mismo avisaré al sastre para que tome medidas y te haga un precioso vestido.

Sairin sonrió y se levantó.

-Estoy lista.

Las dos salieron de la casa, se metieron en el coche y se dirigieron a la casa de los Greyson. Cuando llegaron, las dos se bajaron y entraron en la gran mansión. El salón era espléndido, de techo alto, decorado con varios cuadros y jarrones traídos de Oriente. Sairin buscó a Catherine con la mirada y la encontró conversando con unos caballeros cerca del balcón. Su amiga al verla se acercó a ella, dejando a los hombres hablando entre ellos.

-Sairin... no me dijiste que ibas a venir.

-¿Sorprendida?- preguntó Sairin sonriendo.

-Bastante, la verdad, ¿cómo es que la quisquillosa de tu tía te dejó venir?

-Conseguí convencerla.

Sairin miraba por todo el salón en busca de aquellos preciosos ojos verdes que tanto le gustaban. Catherine que se dio cuenta de que su amiga buscaba a alguien, dijo:

-Todavía no ha llegado pero me he enterado de que hoy va a venir con su hermano menor.

-Pero ¿su hermano no estaba en América?

-Sí pero volvió para quedarse un tiempo bastante largo, según me contaron.

-Ah.

-No desesperes, vendrá de un momento a otro- dijo Catherine sonriendo.

-Me gustaría darle las gracias por lo del otro día.

-Claro... tú lo que quieres es verlo de nuevo porque no puedes vivir sin verle.

-Eres una exagerada.

-Sí ya...- dijo Catherine con cierta ironía.

4

-Edward, llegamos tarde- dijo Jake impaciente.

-Jake, relájate, ya estamos llegando.

Jake, el hermano menor de Edward, acababa de llegar de América donde trabajaba en un despacho dirigiendo la naviera de los Forrester en ese país. Es bastante parecido a su hermano en apariencia pero en cuestión de carácter eran muy distintos. Edward era muy serio, en cambio, Jake era todo lo contrario.

-¿Tan lejos está la casa esa? Cuando éramos pequeños, el camino no era tan largo.

-Cuando éramos pequeños, te pasabas el día pensando en las musarañas.

-Ya salió Edward el señor serio.

-La ironía no te pega.

-Venga ya.

-Tranquilo, ya estamos llegando, ahí está la casa.

Jake miró por la ventanilla del carruaje. Después los dos se bajaron y entraron. Todos los miraron sorprendidos. La primera en acercarse a ellos fue Isabella Greyson, la anfitriona de la fiesta.

-Lord Edward, al fin llega.

-Buenas noches, lady Isabella.

Isabella sonrió y luego miró a Jake.

-Veo que su hermano ha decidido venir.

-Sí, no quería faltar, hace tiempo que no vengo a una fiesta de estas- dijo Jake mirando a todos lados.

-Espero que disfruten de la velada- dijo Isabella a los dos, luego se acercó a Edward y le dijo al oído- espero que me invite a bailar alguna canción.

-No se preocupe por nada...

Isabella sonrió y luego dijo:

-Le veré después.

Luego se alejó de él y de su hermano.

-Vaya, hermano, triunfando entre las mujeres ¿no?

-Jake...- dijo Edward con seriedad.

-Vale...

Edward miró por todo el salón y la vio, tan espléndida como siempre. Ella también lo vio y sonrió tímidamente.

-Ahí está, amiga- dijo Catherine a Sairin.

-Ya lo vi- dijo Sairin mordiéndose el labio inferior.

-Venga, acércate... bueno, creo que ya viene él.

-¿Estoy bien?- preguntó Sairin tocándose el pelo.

-Estás espléndida- dijo Catherine.

-Buenas noches, señoritas- dijo Edward.

-Buenas noches- dijo Catherine con una amplia sonrisa.

Sairin se había quedado muda. Edward estaba muy hermoso, llevaba un pantalón y chaqueta azul oscuro y la camisa tan blanca como sus perfectos dientes.

-Buenas noches, lady Sairin- dijo Edward.

-Bu... buenas noches...

-Yo os dejo a solas- dijo Catherine y se fue.

-¿Cómo se encuentra? ¿Está mejor del tobillo?

-Sí- logró decir Sairin- ya está mejor, gracias.

-De nada.

-Bueno, también quería agradecerle que me haya salvado el otro día.

-No se preocupe, lo hice encantado.

-Aún así, muchas gracias.

-De nada.

Ella sonrió y entonces comenzó a sonar una canción tocada por la pequeña orquesta que había en el salón.

-Que canción tan bonita- dijo Sairin- me encantaría bailarla, ahora que tengo el pie curado...

-¿Me concede este baile?- preguntó Edward.

Sairin lo miró sorprendida.

-¿Qué?

-Que si me concede este baile.

-Va... vale...

Los dos fueron al centro del salón y comenzaron a bailar junto a otras parejas.

-Bonita pareja, sí señor- dijo Jake.

Catherine que estaba a su lado lo miró, escrutando el rostro de él.

-¿Sois el hermano de lord Edward?

Jake la miró y sonrió.

-Sí, me llamo Jake y usted se llama...

-Catherine Rowling, un placer.

-Lo mismo digo- dijo Jake besando el dorso de la mano de Catherine.

-Veo que hablaba de su hermano y mi amiga, Sairin Lindsey.

-¿Su amiga dice?

-Sí.

-Entiendo...- dijo Jake pensativo- se le ve disfrutando y en él es muy raro.

Esto último lo murmuró para sí para que Catherine no lo oyera. Los dos observaron a la pareja, al igual que Isabella pero esta miraba con recelo, esperaba ser ella la primera que bailara con lord Edward. Después de que acabara la canción, Sairin y Edward se fueron de la pista, Edward fue a saludar a algunos hombres y Sairin se fue con Catherine.

-Ay amiga, se os veía tan bien a los dos bailando- dijo Catherine.

-No seas exagerada, Cathy.

-No lo soy.

-Claro que sí, vayamos a dar un paso por el jardín, ya sabes que me siento mal al verme rodeada de gente.

-Vale.

Los dos salieron de allí, rumbo al jardín. Estuvieron dando un paseo y hablando pero Catherine se sentía extraña, como si alguien las observara.

-Amiga, ¿no tienes la sensación de que nos observan?

-Yo no...

-Pues yo sí y a mí no me gusta eso...

-A lo mejor lo estás imaginando.

-Que no, puedo sentir una mirada clavada en nosotras, esperando algo.

-Sí, claro... - dijo Sairin con ironía.

Entonces, todo sucedió muy rápido. Sairin sintió una mano tapándole la boca y luego oyó el grito de su amiga.

-¡Ay!

La mano le estaba impidiendo gritar, entre la mano y su boca había un pañuelo y de este manaba un olor extraño que le fue haciendo perder la conciencia.

-¡Sairin!- gritó Catherine- ¡Deje a mi amiga!

Catherine comenzó a pelear con el que hasta hace unos minutos tenía a su amiga con la mano en la boca. Le estaba dando golpes con las manos en el

pecho a él pero este la empujó con una fuerza brutal y ella cayó al suelo. El hombre fue a coger a Sairin para llevársela mientras otro retenía a Catherine.

-Deje a las señoritas...

Era Edward, el cual sostenía una espada en la mano que había cogido del salón.

-Lord Edward, ayude a Sairin...- pidió Catherine.

El hombre misterioso no hizo caso de la espada de Edward y fue a llevarse a la chica pero Edward atacó al hombre, haciéndole un corte en el brazo.

El que sujetaba a Catherine corrió a ayudar al otro y así la chica aprovechó para correr y ponerse detrás de Edward. El que sostenía a Sairin la soltó bruscamente al verse lleno de sangre y Edward corrió a cogerla.

-Desapareced o aviso a las autoridades.

El hombre que estaba herido, lo miró con odio y se fue junto con su compañero. Edward depositó a Sairin en el suelo.

-Sairin, amiga... despierta- dijo Catherine preocupada arrodillándose al lado de su amiga- se pondrá bien ¿verdad?

-Sí, sólo está inconsciente.

La mayoría de los invitados salieron fuera a ver qué pasaba. Entre ellos apareció Julie.

-¿Qué ha pasado?- preguntó Julie mirando a su sobrina.

-Al parecer intentaron secuestrar a su sobrina- respondió Edward.

-¿Y esa sangre?

-Es del hombre que intentó llevársela.

La joven tenía el traje manchado de sangre. Comenzó a ladear la cabeza levemente.

-Parece que se está despertando...- dijo Catherine aliviada.

-Apartaos... dejadle aire- dijo Julie mirando a la gente allí congregada.

Sairin abrió los ojos lentamente.

-¿Qué... ha pasado?

-Tranquila, mi pequeña... - dijo Julie abrazando a su sobrina.

-Tía... ¿qué haces aquí? Yo estaba con Catherine...

-Sí, amiga, pero te intentaron secuestrar...

-¿Secuestrar? ¿Por qué?

Julie la miró y luego le dijo a Edward.

-Lord Edward, debo pedirle un favor...- cuando vio a la gente entrar.

-Dígame, señora Brockway.

-Llévesela a su casa y vigílela.

-¿Cómo?- preguntó Sairin que ya había recuperado el sentido completamente.

-Lo hago por tu bien, Sairin.

-Por mí no hay problema...- dijo Edward.

Sairin lo miró sorprendida.

-Lord Edward, no se preocupe, puedo cuidarme solita- dijo Sairin.

-Sairin... es por tu bien- dijo Julie- al menos esta noche...

-Tía, ¿por qué?

-No puedo explicártelo ahora, te quedarás esta noche en casa de lord Edward y mañana te contaré lo sucedido, luego tú decidirás qué hacer, si quedarte en la casa de lord Edward o irte a casa de tu tía Elizabeth a Austria.

-¡Tía!

-Hazme caso, quédate esta noche en casa de lord Edward.

-No tía... han intentado secuestrarme y quiero saber el por qué, tú sabes algo y no me lo quieres decir...

-Lo hablaremos mañana.

-¡No! Dime qué pasa...

-Ahora no, la gente nos está mirando desde dentro.

-Me da igual la gente, quiero saber por qué intentaron secuestrarme...

-Lady Sairin...

La voz de Edward le sorprendió en medio de la discusión con su tía. Esta lo miró a los ojos y ella pudo ver preocupación en los ojos de él aunque pensó que eran imaginaciones suyas.

-Haga caso a su tía...

Sairin miró a Catherine, la cual dijo:

-Amiga, por una vez en la vida, le tengo que dar la razón a tu tía, deberías quedarte en casa de lord Edward por seguridad.

-De acuerdo, pero mañana quiero que me cuentes todo- dijo Sairin mirando a su tía.

-Sí, te lo contaré todo, es justo que lo sepas...

Edward se levantó y le tendió la mano a Sairin para que se levantara.

-Nos vamos ya...

-Pero... ¿y su hermano?- preguntó mirando alrededor y lo vio entre la gente mirándola como todos.

-No se preocupe por mí, señorita, sé como llegar a la casa de mi hermano- dijo tras acercarse.

Sairin miró a Edward y él le indicó que lo siguiera hasta el coche que ya habían preparado para ellos.

5

El camino hasta la casa de lord Edward parecía interminable. Ella se sentía cohibida ante la presencia de él, encima su único vestido decente estaba manchado de sangre. Las preguntas que tenía en la mente pugnaban por salir. A medio camino, no lo soportó más y habló con la voz un poco ahogada.

-Usted lo sabe ¿verdad?

Lord Edward la miró a los ojos.

-Saber ¿qué?

-Lo que me oculta mi tía, sí, seguro que lo sabe, y esto tiene que ver también con lo del accidente ¿verdad? Contésteme...

-Por supuesto que lo sé... pero no es mi deber decírselo...

-No puedo aguantar hasta mañana para saber por qué intentaron secuestrarme y el otro día intentaron atropellarme, seguro que tienen alguna relación, alguien quiere verme muerta pero ¿por qué? Yo no he hecho mal a nadie, es más, casi nunca salgo de la casa de mi tía... no puede ser por despecho porque nunca he estado con un hombre...

Al decir esto se tapó la boca con la mano y miró a lord Edward que la miraba fijamente, ella se puso colorada pero dio gracias a que la luz era mínima y casi no se le veía el rostro.

-Perdóneme, estoy diciendo incoherencias...

-No se preocupe, es normal en su estado.

-Se lo ruego, lord Edward, explíqueme por qué, necesito saberlo...

-Deberá esperar a mañana... ya le dije que no era mi deber contárselo.

De repente, el coche se detuvo. La joven miró por la ventana y vio la espléndida mansión de lord Edward. Una gran mansión construida con piedra dando la impresión de una gran fortaleza. Alrededor de la mansión había una gran extensión de jardín con algunos árboles repartidos por él.

-Hemos llegado...

Lord Edward, se bajó del coche y ayudó a Sairin a bajarse. Luego se dirigieron a la entrada.

-Tiene una casa hermosa...

-Gracias.

No tan hermosa como tú. Pensó él.

Al entrar, Sairin vio el amplio recibidor donde se pudo apreciar varias puertas que conducían a varias habitaciones, justo frente a ella tenía las escaleras que conducían al piso superior, los escalones eran tan blancos que cualquiera diría que por allí pasaba gente todos los días. Sus paredes pintadas de color crema estaban decoradas con cuadros de hombres y mujeres de aspecto noble, Sairin supuso que serían antepasados Forrester ya que la mayoría poseían los hermosos ojos que tenía Edward.

Al ver las ropas que lucían las mujeres de los cuadros, Sairin se acordó de una cosa.

-Perdone, lord Edward.

-Dígame, lady Sairin...

-Es que, no tengo ropa de cama ni nada para cambiarme.

-Vaya, es verdad y el servicio no vuelve hasta mañana, me parece que tendrá que dormir con ese vestido o sin nada.

Sairin sorprendida e inconscientemente se llevó las manos a los pechos y lo miró.

-¿Sin nada dice?

-Aquí, desde la muerte de mi madre no ha vivido ninguna otra mujer...

-Pero a lo mejor la ropa de su madre...

-Lo siento pero está toda guardada y la guardó el servicio.

-Pero no puedo dormir con este vestido manchado de sangre y tampoco puedo dormir sin nada... necesito algo cómodo para dormir...

-Se tendrá que remediar hasta mañana... aunque se me está ocurriendo una cosa...

-¿El qué?

-Podría dejarle una de mis camisas, sólo por esta noche... mañana le diré a Gabriella o a Amanda que te busquen algo de ropa para que no te pongas ese vestido de nuevo...

Los pómulos de Sairin se volvieron rosados.

-¿Una camisa de usted? Pero... pero...

-No se preocupe por eso... ahora es cuando debe preocuparse...

-¿Por qué?

-Bueno, esto ha sido muy precipitado...

-Ajá.

-Por lo tanto, deberá dormir en mi habitación.

Sairin se sintió desfallecer, dormir en la misma habitación.

-Do... dor...- balbuceó la chica.

-Lo siento, no hay ninguna habitación preparada, sólo la de mi hermano.

Sairin notó que le faltaba el aire, dormiría en la misma habitación que lord Edward.

-Evidentemente, no dormiremos en la misma cama, usted se quedará en la cama y yo en el sofá. ¿Se encuentra bien?

-Sí...- respondió con la voz ahogada- ... sólo que... me ha pillado desprevenida...

-Lo siento, de verdad, si no quiere, puedo quedarme en mi despacho.

-Pero es su habitación, yo puedo quedarme en cualquier lugar...

-Ni hablar, usted se queda en mi cama, yo iré a mi despacho.

-No, podría venir el secuestrador de nuevo, quédese en su habitación.

-Si me quedo, me quedaré vigilando.

-Va... vale...

-Entonces, acompáñeme.

Los dos subieron las escaleras y se dirigieron a la habitación de lord Edward. Era una habitación bastante espaciosa, con una gran cama con dosel, un amplio armario, dos sillones y un pequeño escritorio, en una de las esquinas había un biombo.

Edward se dirigió al armario y sacó una camisa, luego se la tendió a ella.

-Puedes cambiarte detrás del biombo.

Ella cogió la camisa y se metió detrás del biombo. Este era de motivos orientales. La chica se desnudó y luego se puso la camisa, le llegaba hasta la mitad de los muslos.

-Lord Edward...

-¿Sí?

Sairin asomó la cabeza por un lado del biombo y dijo:

-¿Podría darse la vuelta para poder meterme en la cama?

-Por supuesto...

Edward se giró y la chica se dirigió a la cama, apartó la colcha y las sábanas, entonces se metió dentro, luego se tapó hasta el cuello.

-Ya puede girarse de nuevo.

Edward volvió a mirarla, ella estaba colorada.

-Si le molesto, puedo irme a mi despacho.

-No, no se preocupe, de verdad.

-De acuerdo, entonces espero que descanse.

La chica asintió, se recostó y se tapó. Después de un rato, ella se quedó dormida profundamente. Edward se sentó en uno de los sillones y se quedó mirándola. Era tan hermosa... Él no durmió en casi toda la noche, pensando en lo que había sucedido aquella noche. De repente, Sairin dio un suspiro a la vez que se daba la vuelta, consiguiendo destaparse y dejando sus esbeltas piernas al descubierto. Edward la miró y se quedó sorprendido ante la imagen de la chica, cuando oyó que ella hablaba en sueños.

-No se moleste, lord Edward... siento molestarle...

Edward sonrió al oírla, luego se levantó y la volvió a tapar. Cuando se sentó de nuevo en el sillón, él también se quedó dormido. Por la mañana, Sairin se despertó y vio a lord Edward dormido. Se levantó para asomarse a la ventana pero volvería a acostarse antes de que Edward se despertara.

-Buenos días, lady Sairin.

La joven se asustó y se giró, allí estaba Edward frente a ella. Sairin al darse cuenta, se escondió detrás de las cortinas, lo único que le veía era la cabeza.

-¡Lord Edward!

-¿La he asustado? Lo siento, de verdad.

-¡Gírese!

-De acuerdo.

Edward se giró, entonces, Sairin se metió de nuevo en la cama y se tapó hasta el cuello.

-Pensé que estaba dormido.

-Bueno, es que es fácil despertarme.

-Oh, lo siento.

-No, tranquila, ¿puedo girarme?

-Sí, ya estoy tapada.

Edward se giró hacia ella.

-Siento haberla asustado.

-Oh, no se preocupe de verdad.

La chica se mordió el labio inferior, ruborizada y no se atrevía a mirarlo.

-Será mejor que vaya a buscar algo para desayunar y ver si ya han venido Gabriella o Amanda.

-Vale...- dijo ella sin mirarle.

Edward salió de allí y bajó las escaleras. En el piso de abajo se encontraban Gabriella y Amanda. Esta última era una mujer esbelta, de una preciosa melena castaña recogida en un ajustado moño y ojos castaños claros.

-Gabriella, Amanda, al fin llegáis, tengo trabajo para vosotras...

-Díganos, señor- dijo Amanda.

-Bien, Amanda, quiero que busques un vestido de mujer para lady Sairin Lindsey.

-¿Sairin Lindsey, señor?

-Sí, anoche se quedó en esta casa, Gabriella deberás llevarle el desayuno a mi habitación.

Gabriella se quedó muda, una mujer en la habitación de lord Edward. El gran amor de su vida, con otra en la casa. Sintió que el mundo se le caía encima.

-Gabriella, ¿te encuentras bien?- le preguntó Edward al ver la cara de la chica que se había quedado pálida.

La chica lo miró y asintió una vez.

-Bien... podéis empezar ya, yo estaré en mi despacho, cuando lady Sairin esté lista que me busque allí.

-De acuerdo- dijo Amanda.

Después de eso Edward se metió en su despacho y las dos sirvientas se fueron a la cocina. Gabriella preparaba el desayuno de Sairin pero su mente estaba perdida, como en otro mundo, sin darse cuenta, se le cayó una taza al suelo.

-¡Gabriella!

La chica se asustó al oír su nombre y se dio cuenta del estropicio que había hecho. Lentamente se agachó y comenzó a recoger los cristales rotos del suelo.

-Lo siento, Amanda...

-¿Se puede saber qué te pasa?

-No, nada...

-¿Segura? Cualquiera lo diría...

-Estoy bien, voy a llevarle el desayuno a la señorita Lindsey, tú ve a buscar el vestido...

La joven salió de allí con la bandeja y se dirigió al cuarto de Edward.

6

-Adelante...

Gabriella abrió la puerta y asomó la cabeza.

-¿Señorita Lindsey? ¿Puedo pasar?

-Sí...

Gabriella entró y miró a Sairin, ella estaba tapada con las sábanas y la colcha hasta el cuello aunque pudo ver que llevaba una camisa de Edward, eso le hizo sentirse furiosa pero hizo un gran esfuerzo en controlarse.

-Aquí le traigo su desayuno, lord Edward nos hizo saber que se quedó aquí a dormir.

Sairin sonrió tímidamente y desvió la mirada, ruborizada. Sentía vergüenza por lo que la chica pudiera pensar de ella.

-Gracias...

Gabriella dejó la bandeja en el escritorio de Edward, hizo una leve reverencia con la cabeza y salió de allí. Sairin al ver lo lejos que quedaba de su alcance la bandeja, no le quedó otro remedio que levantarse y dirigirse al escritorio.

Después de desayunar, Amanda apareció en el cuarto con un vestido nuevo para Sairin, la cual se lo puso sin dudar, ya había pasado bastante vergüenza.

-Lady Sairin, lord Edward me dijo que la esperaba en su despacho.

-¿En su despacho?

-Sí, acompáñeme y yo le guío hasta allí.

-Muchas gracias.

Edward estaba firmando unos papeles cuando tocaron en la puerta.

-Pasa...

La puerta se abrió y apareció Amanda seguida de Sairin. Ella estaba espléndida, llevaba un vestido celeste con algunas piedras esparcidas por el corpiño, poseía un gran escote y dejaba sus hombros al descubierto.

Amanda hizo una reverencia y salió de allí.

-Me dijo la sirvienta que debía venir aquí.

-Sí, su tía está a punto de llegar, le envié una misiva para que viniera cuanto antes.

-Ah... lord Edward..., siento lo de antes, de verdad, no quería despertarle...

-No insista, la culpa fue mía por haberla asustado.

Ella lo miró y se ruborizó al recordar el momento en que ella estaba en la ventana y él la sorprendió tanto que tuvo que esconderse detrás de las grandes cortinas.

-Por favor, lady Sairin, siéntese.

La chica asintió y se sentó en una silla que había en el escritorio de frente a él.

Al momento se oyó el ruido de un carruaje, la puerta se abrió y Amanda bajó las escaleras con un sirviente para dar la bienvenida a la tía de Sairin.

-Buenos días, señora Brockway- dijo Amanda mientras el sirviente ayudaba a Julie a bajar del carruaje.

-Buenos días, vengo a hablar con lord Edward y con mi sobrina, la señorita Lindsey.

-Acompañeme, están en el despacho del señor, la están esperando.

Las dos entraron en la casa y se dirigieron al despacho, allí, Amanda tocó en la puerta y la abrió.

-Señor, la señora Brockway acaba de llegar...

-Hágala pasar- dijo Edward.

Amanda se apartó dando paso a Julie. Esta entró y se acercó a su sobrina. La miró de hito en hito y percibió el rubor de sus mejillas.

-Sairin, ¿qué tal has pasado la noche?- preguntó mirando a lord Edward.

-Bien, tía- dijo Sairin con una tímida sonrisa- lord Edward ha sido muy amable conmigo.

Julie miró a Edward y le dijo:

-Lord Edward, le agradezco que se haya encargado de mi sobrina la noche pasada.

-No me lo agradezca, ha sido un placer ayudarla pero creo que debería comenzar a contarle a su sobrina lo que está sucediendo.

-Lord Edward tiene razón, tía- dijo Sairin- quiero saber el motivo de mi intento de rapto.

-Bueno, es una historia un poco larga pero no me queda otro remedio que contártela. Todo sucedió el día que tú naciste. Fue un parto duro donde tu madre sufrió lo indecible, cuando te posaron en sus brazos, ella lloró de

alegría y te dio un beso en la frente, recuerdo que dijo: “mi pequeña Sairin”, de repente, se desvaneció.

>>Pensamos que estaba exhausta por el parto pero tu padre se dio cuenta de que no respiraba y que la cama estaba llena de sangre, había muerto. Jean se hundió en la desesperación, amaba mucho a Lillian y se metió en el mundo de la bebida.

>>Entonces una noche, estando en una taberna de mala muerte, comenzó a apostar en juegos de cartas, las primeras partidas fueron gratificantes porque consiguió bastante dinero pero a medida que pasaba le tiempo empezó a perder dinero, hasta que se vio en una auténtica ruina. Por aquella época tú tendrías unos cuatros años- dijo Julie mirando a Sairin, la cual atendía expectante la historia.

-Pero ¿qué tiene que ver todo esto con que intentaran secuestrarme?- preguntó Sairin confusa.

-Todo a su tiempo- dijo Julie- como te iba diciendo, tu padre perdía dinero a puñados, una noche, tu padre apostó algo, no sé el qué, sé que es algo de valor, y decidió no dárselo a la persona que había ganado la partida.

>>Tu padre fue perseguido durante unos meses por unos hombres, cuando yo me enteré, le ofrecí mi ayuda como buena hermana pero él me dijo que no quería verme inmiscuida en un problema que él debía solucionar.

>>Una noche, yo estaba despierta porque estabas mala con mucha fiebre cuando vinieron dos guardias a decirme que encontraron a tu padre muerto en un callejón, me dijeron que lo encontraron con una botella de brandy en la mano. Al parecer, todo apuntaba a que murió a causa de la bebida y esa fue la versión oficial aunque yo siempre supe que no fue así, cargando el peso del engaño durante tantos años.

>>Luego creciste, te hiciste toda una mujer como lo eres ahora y comenzaste a venir conmigo a los bailes de sociedad porque ya era hora de buscarte un marido y que no quedaras como una solterona. Tan pronto como te presenté en sociedad, recibí una carta de amenaza.

Julie le tendió la carta a su sobrina para que ella leyera la amenaza, después de leerla, Sairin miró a su tía.

-¿Por qué no me lo contaste?

-Preferí no hacerlo por si acaso fuera una falsa alarma pero entonces fue cuando sucedió lo del accidente y anoche lo del intento de secuestro. He hecho todo lo posible por protegerte pero por lo que se ve no ha sido suficiente.

-Tía, si me lo hubieras dicho, hubiera tenido más cuidado.

Julie acarició a su sobrina con ternura:

-Ya eres bastante retraída y no quería que vivieras en cautiverio en mi propia casa, necesitabas salir porque vivías inmersa en tus libros y no podía permitir destrozarte tu futuro, sé que fue un riesgo por mi parte pero quise correrlo. Ahora veo que no era lo más acertado.

-Señora Brockway, si me permite intervenir- dijo Edward- creo que usted ha sabido llevarlo con entereza y es hora de que las autoridades sepan lo que está sucediendo.

-No- dijo Sairin- nadie tiene por qué enterarse de esto, primero necesito saber qué fue lo que apostó mi padre aunque creo saber qué es, pero no se va a enterar nadie de esto por el momento.

-Pero, hija- dijo su tía.

-No tía... es hora de que yo misma me encargue de mi situación, voy a descubrir quién mató a mi padre y qué es lo que quiere de mí.

Julie y Edward la miraron, su tía con temor y Edward con admiración mezclada con preocupación, se estaba arriesgando a poner en juego su futuro y hacía como si no le importara.

-Tía, necesito hacerlo, por la memoria de mi padre...

-Eso quiere decir que piensas quedarte en Inglaterra.

-Exactamente.

-Pero no te puedes quedar en nuestra casa, Sairin, irán a buscarte allí en cuanto pongas un pie allí. Deberías quedarte con lord Edward, él sabrá protegerte.

Sairin la miró incrédula y luego miró a Edward.

-¿Me estás diciendo que tengo que quedarme aquí y no volver a nuestra casa? Tía, no puedo...

-Si vuelves te arriesgas a que te atrapen de nuevo y te maten como han intentado hacer...

-¿Y pretendes que me quede con lord Edward en su casa?

Para Sairin supondría verle todos los días y no poder evitarlo como lo hacía en los bailes de sociedad, su estancia allí se convertiría en una tortura permanente porque ella lo deseaba.

-Si a lord Edward no le molesta, sí.

-A mí no me molesta, es más lo veo necesario, tal y como está la situación es una de las pocas personas en las que podemos confiar, por ahora,

todos los amigos de su familia son sospechosos hasta que se demuestre lo contrario- dijo Edward sonando convincente.

-Lord Edward tiene razón, Sairin- Julie miró a su sobrina- sé lo que esto significa para ti...

Sairin no salía de su asombro.

-¿Y qué significa?

-Que te tengas que quedar en la casa de un desconocido para ti pero es la mejor solución, él sabrá protegerte, tiene un aluvión de hombres a su servicio que harían lo que fueran por su jefe y estoy segura de que harían todo lo posible por mantenerte a salvo.

-Su tía tiene razón, lady Sairin, mis hombres harán todo lo posible por mantenerla a salvo de cualquier amenaza.

-Tía, ¿esto significa que tendré que pasar todo el tiempo encerrada en esta casa? Tú sabes que odio estar mucho tiempo en un sitio cerrado.

-Lo sé... pero apuesto a que lord Edward encontrará una solución para esa fobia- dijo Julie quien luego miró a Edward y le dijo- verá, es que mi sobrina tiene como una especie de fobia a los sitios cerrados y no puedes soportar estar mucho tiempo encerrada en un lugar, como bien habrá visto, en los bailes de sociedad le gusta salir más que sea unos minutos al jardín para tomar aire porque siente que se asfixia, ¿cree que podrá encontrar una solución a eso?

-Por supuesto, su sobrina no es cautiva de nadie, podrá salir cuando quiera pero deberá estar en constante vigilancia por alguno de mis hombres- dijo Edward pasando la mirada de Julie a Sairin- eso, en el caso de que decida quedarse en esta casa.

Julie también miró a Sairin esperando una respuesta, la joven no sabía qué hacer, por un lado, su tía tenía razón, estaba más segura en la casa de lord Edward pero por otro lado, verle todos los días supondría una auténtica tortura.

Viéndose obligada a ver los pros y los contras de esa situación, asintió una vez, dando a entender que estaba dispuesta a asumir el riesgo de ver al hombre que amaba todos los días.

-Bien- dijo Julie aliviada de que su sobrina aceptara- será mejor que me vaya a mi casa y así hablar con Gaspard para que prepare un baúl con tus cosas.

Dicho esto, la mujer salió del despacho no sin antes saludar a lord Edward y agradeciéndole que cuide a su sobrina, luego se subió en el carruaje

y marchó rumbo a su casa.

7

Cerca del mediodía llegó un carruaje con el baúl de Sairin, Gaspard era el encargado de traerlo. Las sirvientas de Edward prepararon una habitación para Sairin y los sirvientes trasladaron el baúl a la habitación.

Cuando ya estaba la habitación lista, Edward acompañó a Sairin a ver su cuarto. Al entrar ella quedó maravillada. Era una gran habitación de paredes celestes. Una inmensa cama con dosel ocupaba casi toda la estancia, en uno de los laterales había un gran armario, una pequeña librería junto a un sillón y en el otro extremo había un tocador con un espejo de borde de madera labrada con motivos mitológicos.

-¿Le gusta?- preguntó Edward.

-Es... maravillosa, me encanta pero ¿no cree que es demasiado para mí?

-Yo creo que es adecuada para usted.

Sairin lo miró y se ruborizó.

-Muchas gracias, es usted muy amable, de verdad.

-De nada.

La chica se acercó al baúl de ropa y lo abrió, dentro había unos pocos vestidos y otro baúl. Edward se percató de la escasez de vestidos de la chica.

-Menos mal, pensé que no me habían metido mi pequeño baúl.

-Veo que no posee muchos vestidos...

-Con estos, tengo suficientes- dijo ella cogiendo uno para colocarlo en el armario.

Edward cogió uno de los vestidos para alcanzárselo.

-Toda mujer necesita vestidos para cada ocasión.

-Sí pero yo no necesito tantos, además, pasaré mas tiempo encerrada aquí que fuera de esta instancia.

-No tiene por qué ser así... además, ahora que la gente se enterará de que usted vive en mi casa empezarán a sospechar cosas.

Sairin se detuvo a medio camino para coger el vestido.

-No lo había pensado... tenemos que evitar esos rumores como sea...

-No va a ser posible, su propia tía ha planeado contar nuestra relación a todo el mundo.

-¿¿Qué?! ¿Cómo ha podido hacer eso?

-Yo le dije que no era conveniente pero ha insistido para que el que quiere matarle sepa que está protegida por mí.

-Dios mío, esto no me puede estar pasando a mí... mi tía va a ir contando mentiras sobre mi vida para protegerme... no me lo puedo creer...

-Lo siento de verdad, he intentado impedirlo pero no he podido hacer nada...

-No se preocupe, esto lo hablaré con mi tía cuando la vea de nuevo...

-De acuerdo, será mejor que la deje sola. Podrá salir al jardín si lo desea, eso sí, le sugiero que se proteja del sol, hoy hace un día muy soleado.

-Gracias por la sugerencia.

Sairin hizo una reverencia con la cabeza al igual que él y finalmente Edward salió de la habitación.

En el pasillo se encontró con su hermano Jake que se dirigía a su habitación.

-Buenos días, hermanito, ya me enteré de que la señorita Lindsey se va a quedar una temporada en la casa.

-Sí y espero que te comportes...

-Me comportaré, su señoría...- dijo Jake haciendo una burlona reverencia.

-Estoy hablando en serio, Jake... hay que proteger a lady Sairin.

-¿Protegerla de quién? ¿De ti? ¿Del gran conquistador Edward Forrester?

-Jake... esto es serio, alguien la quiere muerta y se quedará aquí para protegerla.

-¿Muerta? ¿Quién puede querer que esa hermosa mujer esté muerta?

-Alguien que quiere cobrar una apuesta de hace casi quince años...

-Si no me lo cuentas desde el principio creo que no lo entenderé...

-Por ahora con que sepas eso es suficiente... ah, y si te preguntan si la señorita Lindsey y yo estamos juntos dices que sí.

Jake lo miró sorprendido, no se esperaba algo así de su hermano.

-Me sorprendes, hermano, lo que eres capaz de hacer por una dama en apuros.

-Voy a mi despacho, no quiero seguir aguantando tus impertinencias.

Edward se fue, dejando a su hermano en medio del pasillo. Por el camino, él se encontró con Gabriella, que llevaba sábanas nuevas a la habitación de Sairin.

-Gabriella, cuando termines con eso, quiero que vengas a mi despacho.

-De acuerdo, milord.

Edward se dirigió a su despacho.

Al momento, tocaron en la puerta.

-Adelante- dijo Edward.

La puerta se abrió y apareció Gabriella por ella.

-Me mandó llamar...

-Sí, Gabriella, como bien sabes, lady Sairin va a quedarse una temporada...

-Estoy enterada, milord.

-Bien- dijo Edward cruzando los brazos sobre su pecho- me gustaría pedirte un favor.

-Lo que sea, señor.

-Quiero que seas la dama de compañía de lady Sairin.

Gabriella lo miró, sorprendida, él no podía haberle pedido eso, una mujer como lady Sairin, huérfana y sin nada no debía tener una dama de compañía.

-¿Sucede algo, Gabriella?

-¿Eh? No, estoy bien, perdóneme.

-Bueno, ¿me harás ese favor?

Gabriella miró a Edward y asintió una vez.

-Bien, muchas gracias, ahora quiero que avises al mejor sastre de Londres para que le haga vestidos nuevos a la señorita Lindsey.

-De acuerdo, señor, enseguida me pongo a ello.

-Gracias de nuevo.

-De nada, milord.

Gabriella salió de allí y se fue a la cocina. Allí, estaba Amanda tomándose un vaso de agua.

-Al fin apareces, Gabriella, tenemos mucho que hacer.

-Yo debo atender a lady Sairin.

-¿Cómo?

-Lord Edward me pidió que fuera la dama de compañía de lady Sairin.

-¿Y quién me va a ayudar ahora con la mansión?

-No lo sé, Amanda, yo debo acatar las órdenes de lord Edward.

-Bueno, ya veré como me las arreglo.

-Ojalá no tuviera que ser la dama de compañía de esa mujer...- dijo Gabriella con cierto fastidio- no sé, creo que lady Sairin se está aprovechando de su situación.

-Es posible- dijo Amanda sin pensar.

-Si es así, debemos hacer algo ¿no crees?

-Vamos a ver si se confirman tus pensamientos, no actuemos tan rápido.

-Vale- dijo Gabriella.

El Depredador se reunió con el noble de nuevo en el despacho de este último. El noble estaba enfurecido porque se había enterado del fracaso del mercenario y la nueva relación entre Sairin Lindsey y Edward Forrester.

-Fallaste el día de la fiesta... no lo habrás hecho a propósito para recibir más dinero ¿verdad?

-Ojalá hubiera sido por eso pero por si no lo ve, ese maldito me hizo un corte cuando estuve a punto de llevarme a la chica.

El mercenario tenía el brazo izquierdo en cabestrillo. El noble lo miró y dijo:

-De acuerdo, tienes razón pero ahora se nos hará muy difícil atraparla, ahora está viviendo con ese hombre y no tiene intenciones de perderla de vista.

-Es posible que tenga un plan.

-Cuéntemelo- exigió el noble.

-Todo a su tiempo, señor, debo perfeccionar mi plan para poder contárselo y llevarlo a cabo.

-Desde que sepa lo que va a hacer, quiero que me lo cuente.

-No se preocupe por nada.

-Puede irse.

El Depredador se marchó de allí.

Catherine acudió a la casa de Edward para visitar a su amiga al igual que algunos amigos de su padre, como lord Vardon. Los amigos del padre de Sairin la tenían en mucha estima.

-Mi querida Sairin, me tienes con el alma en vilo- le dijo lord Vardon.

-Gracias por preocuparse, lord Vardon.

-Ya sabes que para mí, eres como una hija.

-¿Le apetece tomar algo?

-No, venía a decirte que no hacía falta que vinieras a casa de lord Edward, podías haber venido a la mía y hubieras sido bien recibida.

-Lo sé, lord Vardon pero como supongo que sabrá, lord Edward y yo somos novios.

-Sí, ya me lo contó tu tía.

-Pues él me pidió que viniera a vivir con él y más después de lo que ha pasado.

-Entiendo, me hieres el corazón- dijo lord Vardon con una mano a la altura del corazón.

Sairin se acercó y puso sus manos en el brazo de lord Vardon.

-No pretendía herirle, espero que lo entienda.

-Por supuesto que lo entiendo, niña.

Lord Vardon miró su reloj de bolsillo y luego miró a la chica.

-Debo marcharme, tengo un reunión a la que no debo faltar.

-Espero verle pronto.

-Lo mismo digo.

Vardon salió de la casa.

Sairin se sentía mal, nunca le ha gustado mentir, le parecía mal. Sabía que su vida estaba en peligro pero su ética se basaba en ir con la verdad por delante.

Edward entró aplaudiendo, ella lo miró desconcertada.

-¿Le han dicho alguna vez que sería una buena actriz?

-No, nunca me lo han dicho y jamás me mezclaría con esa clase de gente.

-Yo no le he dicho tal cosa.

-No me gusta mentir a la gente así, usted y yo no somos novios.

-Para los ojos de la sociedad sí lo somos.

Sairin se acercó y con un dedo amenazador le dijo:

-Usted colaboró en lo que se le ocurrió a mi tía.

-Me ha pillado...

La joven lo miró sin entender nada.

-La idea fue mía, oh, lo siento, mi delicada dama- ironizó Edward.

Sairin lo miró con enfado y ambas manos en las caderas. Él la miró y el deseo ardió en su ser. Sintió deseos de cogerla y hacerle el amor ahí mismo. Pero debía controlarse.

-No ha tenido gracia.

-Lo sé, lo siento.

-¿Me permite el señor salir a dar un paseo o es que me va a mantener prisionera en esta gran mansión?

-Debería mantenerla aquí por su seguridad pero como sé que le tiene fobia a los sitios cerrados y a las aglomeraciones, le voy a dejar pero con la condición de que lleve a algunos de mis guardias para que la vigilen.

-Qué remedio...

-Bien, prepárese en lo que yo aviso a mis guardias.

-De acuerdo.

La chica subió a su habitación a por un sombrero y su parasol, algo destrozados pero que conservaba con cariño. Al momento bajó y ya estaba el carruaje preparado. Se subió y se fue.

8

Sairin daba un paseo por el parque y por el camino Isabella Greyson se acercó a ella.

-Me he enterado de que estás con lord Edward- dijo con ira en su mirada.

Sairin la miró asustada. La reacción de Isabella la contrariaba a la vez que la asustaba.

-Dime ¿es verdad? ¿Es cierto que tú y él estáis juntos? Contesta y no me mires así...

-Sí... sí estamos juntos...- dijo Sairin con voz temblorosa.

-¿Cómo te has atrevido? ¡Sabías que yo estaba detrás de él desde hacía mucho tiempo!

-Lo siento...

-A mí no vale tu actitud de mosquita muerta... te vas a enterar, esto no va quedar así, te lo juro.

Dicho eso, Isabella se fue. Uno de los guardias que acompañaban a Sairin se acercó a la chica que tenía la mirada contrariada.

-¿Sucede algo, milady?

-No, tranquilo...

-¿Seguro? Esta algo pálida...

-No, estoy bien, volvamos a la casa Forrester.

-Como usted mande, señorita.

Su subió al carruaje y luego volvió a la casa. Allí la esperaba su amiga Catherine.

-Hola amiga- dijo Sairin cuando entró en el salón.

Su amiga estaba sentada en un sofá de patas labradas de color oscuro y un tapizado rojo de terciopelo.

-Sairin, amiga, menos mal, llevo un buen rato esperándote.

-Necesitaba despejarme un poco.

-¿Acaso has discutido con lord Edward?

-Exactamente eso...- respondió ella.

-¿Y por qué?

-Se burla de mí... no soporto que se burlen de mí. Sabes que a mí no me gusta mentir, lo odio.

-¿Y?

-¿Cómo que y? Que me dijo que sería una buena actriz, me ha comparado con esa gente... si pretendía ser sarcástico, lo consiguió pero no pienso dejar que se burle de mí, te lo aseguro...

-Sairin, para... vaya retahíla.

La joven meneó la cabeza.

-Lo siento, Catherine, ¿a qué has venido?

-Venía a invitarte a la fiesta que voy a dar en mi casa.

-¿Cuándo es?

-El viernes, vendrás ¿verdad?

-¿Cómo voy a faltar a tu fiesta? Mientras tengas un lugar donde no pueda encontrarme Edward Forrester, seré feliz y que también tenga un jardín claro...

-Eres una exagerada.

-¿Exagerada? No sabes lo que daría por salir de esta casa.

-Acabas de llegar, como quien dice, y ya te quieres ir.

-Sí, no lo soporto. Es un arrogante.

-Un arrogante realmente encantador ¿verdad?

Sairin la miró con las cejas alzadas.

-¿A qué viene eso?

-Sairin, a mí no me engañas, Edward Forrester te tiene loca.

La chica se cruzó de brazos y miró a su amiga.

-Iré a la fiesta- dijo la chica cambiando de tema.

-Bien, ¿sabes si Jake está en la casa?

-¿Jake? No lo sé ¿acaso es una nueva conquista de las tuyas?

-Bueno, es posible- dijo Catherine sonriendo- bueno debo irme, ¿te encargarás de decirle lo de la fiesta a Jake?

-Tranquila, se lo diré.

Catherine se fue y Sairin se dirigió a la biblioteca de lord Edward. Al entrar tuvo tan mala suerte de encontrárselo allí, sentado con una copa de brandy en la mano.

Él al sentir la puerta miró hacia allí y la encontró con una mano en el pomo. Le estaba volviendo loco.

-¿Ya volviste de tu paseo?- preguntó él agitando la copa de brandy en su mano.

-Sí y me gustaría mirar algún libro de su biblioteca si no le importa- dijo ella con aire altanero para ocultar su sorpresa al encontrarlo allí sentado.

-Puede mirar pero a lo mejor los libros que tengo no son de sus gustos.

-¿Cómo sabe usted cuáles son mis gustos?

-Porque todas las mujeres aficionadas a la lectura tienen los mismos gustos literarios, la novela romántica.

Ella se sonrojó. ¿Y si registró su baúl? No, no podía ser. Agitó la cabeza para apartar esos pensamientos de su mente.

-Veo que conoce a muchas mujeres...

-Las suficientes como para saber los gustos de cada grupo.

-Ah ¿que encima no tiene separadas en grupos?- preguntó ella con los brazos en jarras y el ceño fruncido.

El la miró y sonrió. Le encantaba cuando se enfadaba y fruncía su ceño.

-Todos los hombres lo hacemos.

Sairin abrió los ojos, sorprendida. Abrió la boca para decir algo pero la cerró de golpe. En lo que llevaban de temporada social no había oído a ningún hombre hablar con tanta claridad como lo estaba haciendo él en ese momento. Todos los hombres con los que había bailado en cada fiesta la trataban de una manera gentil e incluso seductora pero este patán se dignaba no solo a compararla con las actrices sino que la colocaba en un grupo de mujer como si la conociera de toda la vida.

-Mire, señor, le sugiero que no vuelva a decir algo así en mi presencia, no me gustan que me comparen con otras mujeres, además usted no me conoce.

-Le conozco lo suficiente como para saber sus gustos, se ve a simple vista.

Edward se levantó para observarla mejor. Ella entró en la instancia enfadada, dispuesta a cantarle las cuarenta.

-Usted no me conoce de nada, le ordeno que retire todo lo que ha dicho, tanto lo de las actrices que me dijo antes como lo que acaba de decir.

Pero él no dijo nada y se acercó.

-¿Y por qué he de hacerle caso? ¿Acaso usted es la dueña de esta casa?

Ella volvió a sonrojarse. Era tan imponente cuando estaba cerca de ella, con su complexión fuerte que hacía que sus rodillas temblasen.

-Esto... no pero... pero, me está insultando con sus palabras...

-No pretendía insultarla...

Él cada vez estaba más cerca de ella pero Sairin retrocedía hasta que se quedó pegada a la puerta cerrada. No tenía escapatoria, ya que él estaba

pegado a ella.

-Espero que me perdone...

Edward la cogió de la cintura y ella abrió los ojos mirando lo que estaba haciendo. Él sonreía con una mirada llena de deseo. Sairin se mordió el labio inferior al verlo acercarse mucho más a ella. Entonces, él con la mano que tenía libre la cogió por la nuca con delicadeza y la besó. La besó con una intensidad que ella desconocía, comenzó jugando pasando la lengua por las comisuras y luego la obligó a abrir la boca para que ambas lenguas jugaran. Ella se dejó llevar y la abrió, entonces, él con su lengua exploró el interior de la de ella.

Sairin sin poderlo resistir cruzó los brazos alrededor del cuello de Edward. Él, entonces, comenzó a darles suaves besos en las comisuras. La capacidad de pensar de Sairin se había ido al traste con ese maravilloso beso. Un gemido de placer salió de garganta sin ella proponérselo.

Edward entonces se separó de ella y ambos se miraron. Ella se sintió desfallecer, las rodillas le fallaban pero por suerte él la sujetaba aún de la cintura, temía que si la soltaba ella se cayera al suelo. Los dos seguían mirándose. Las respiraciones de ambos eran algo agitadas. El corazón de ella bamboleaba con una fuerza brutal. Lentamente, él la soltó.

-Puede coger el libro que quiera, no le voy a impedir que elija sólo novela romántica, básicamente porque no tengo ninguna.

-Se... se lo agradezco...- dijo ella tomando el control de su cuerpo que había reaccionado de una manera un tanto extraña.

-De nada.

Dicho eso, Edward salió de la biblioteca y ella se quedó allí mirando la puerta por donde se había ido. Inconscientemente se llevó una mano a sus labios donde había quedado el sabor de la boca de Edward. Un beso ardiente y pasional. No podía creer que él la haya besado de esa manera, con ternura pero a la vez con imperiosidad, con una fuerza brutalmente tierna.

Movió la cabeza, confundida y finalmente se dirigió a las estanterías llenas de libros para elegir uno. Escogió un libro de misterio y se lo llevó a su habitación pero no podía concentrarse en la lectura. El beso se le había grabado en la memoria y era imposible olvidarlo.

Edward salió al jardín, notando la erección en sus pantalones. Como siguiera así, en cualquier momento que estuvieran a solas la poseería sin importarle su condición de virgen ni que realmente no estaban comprometidos.

Lo estaba volviendo loco de remate y debía controlarse, no podía dejar que su instinto fallara a su razón.

En ese momento salió Amanda de la casa, bien vestida y se dirigió a Edward.

-Lord Edward, me gustaría hablar con usted.

-Dime, Amanda.

-Es que quería pedirle que me dejara el resto del día libre si no le importa, me ha surgido un imprevisto.

-No te preocupes, Amanda, puedes irte, no creo que te necesitemos más por hoy, Gabriella se puede encargar de todo.

-De acuerdo, gracias, señor.

-De nada.

La mujer salió de la mansión y llamó a un coche de alquiler que rápidamente apareció por allí. Estaba emocionada porque se iba a encontrar con un hombre que le había propuesto ser su amante y si ella se lo proponía podía llegar a ser la mujer del acaudalado hombre y ser una mujer rica para así no tener que seguir trabajando de ama de llaves en la casa de Edward Forrester.

Intentaría aprovechar la oportunidad que le estaba dando la vida para conseguir salir de la pobreza para ser una gran mujer como siempre había soñado.

La vida de Amanda había sido dura y ya era hora de que el destino le agraciara con un golpe de suerte como el que estaba a punto de tener ese día.

Pronto llegó a la calle donde vivía el hombre que la haría rica, aunque lo que no sabía era que tenía realizar algunas tareas que él le indicaría.

Amanda se bajó del coche y se dirigió a la puerta. Allí tocó y esperó a que le abrieran. La fachada de la casa era como casi todas las de la calle, a la moda con las nuevas tendencias londinenses, la puerta de roble y las paredes eran de piedra grisácea y con varias ventanas de madera.

Cuando abrieron, se topó con un hombre con el pelo entrecano, algo regordete, con la nariz como la de un halcón y ojos oscuros.

-Vengo a ver al señor- dijo Amanda.

-Adelante...

El hombre se apartó del umbral y la dejó pasar a la casa.

9

-Eres una amante fantástica- dijo el noble a Amanda.

Ella sonrió y le acarició el torso con lujuria y pasión.

-Tengo poca experiencia, señor, pero aprendo muy rápido las reglas del juego del amor...

-Ya me he dado cuenta, querida- dijo el noble mientras le masajeara los senos.

Ella se arqueó al notar como sus pezones se ponían erectos de nuevo y su amante los mordía con suavidad.

-Oh, señor...- decía ella jadeando y notó la erección del hombre entre sus muslos.

El hombre volvió a penetrarla e hicieron el amor nuevamente. Cuando ambos llegaron al clímax, el noble se acostó al lado de Amanda y la miró.

-Eres una mujer muy especial... ¿lo sabías?

-No... nadie me lo había dicho nunca- dijo sonrojada.

-Pues debes saberlo, querida, y por eso quiero encomendarte una misión.

-¿Una misión?

-Sí, una misión.

-¿Qué misión es esa, mi señor?

-En principio es una tarea sencilla, quiero que vigiles muy de cerca a Sairin Lindsey.

-¿A la señorita Sairin? ¿Para qué?

-Porque quiero que me entregue algo que me pertenece y te necesito a ti para que la vigiles.

-¿Para eso me quería llevar a su cama? ¿Para ahora pedirme que vigile a la mosquita muerta esa?- preguntó Amanda sentándose indignada.

-No es sólo por eso, eres una mujer impresionante y me encantas pero necesito de tu ayuda para acabar con ella cuanto antes y que me entregue lo que es mío.

Amanda meditó durante algunos segundos.

-Bueno, pensándolo bien... la casa de lord Edward estaba mejor sin la presencia de esa jovencita. No sé, he notado que las cosas han cambiado un poco porque a la llegada de ella me he quedado sin mi ayudante, Gabriella, porque lord Edward decidió ponerla de dama de compañía de esa Sairin.

-Entonces... ¿me ayudarás, cariño?- preguntó el hombre acariciándole la espalda.

-Sí, mi señor, estoy dispuesta a ayudarle- dijo Amanda sonriendo maliciosamente.

-Perfecto, necesitare que me envíes una misiva todos los días con cada uno de sus movimientos, yo enviaré a alguien para que recoja la información todos los días y cuando lo crea necesario te enviaré una contesta ¿de acuerdo?

-Sí, señor- dijo ella.

Ambos sonrieron con malicia.

-Muy pronto recuperaré lo que es mío y te haré la mujer más feliz del mundo...

-Es lo que más deseo, mi señor...

-Bueno, mejor olvidemos el tema de Sairin Lindsey y aprovechemos el tiempo en otras cosas- dijo el hombre recostando a Amanda sobre las almohadas y volviéndose a poner encima de ella para dejarse llevar por la pasión desenfrenada de los amantes.

La tarde se presentaba tranquila en la casa Forrester. Lo que nadie sabía era que cerca de la casa estaba el Depredador observando todos los movimientos de todos los que allí vivían.

No podía desatender su misión más remunerativa, que era dar caza a esa joven morena para un noble que reclama algo que ella posee. Una misión que se le estaba resistiendo a causa de la intromisión de ese lord de pacotilla que la salvó cuando intentó secuestrarla en aquella fiesta pero la cosa no quedaría ahí. Se haría con la joven y muy pronto. El Depredador no se rendiría tan fácilmente y más sabiendo que le esperaba una buena suma de dinero al final de esta difícil misión.

Pasaron unos días, era viernes por la mañana, esa noche sería la fiesta en casa de Catherine. Sairin bajó a desayunar. Entró en el comedor y se sentó a la mesa. Edward estaba leyendo el periódico.

-Buenos días, lord Edward- saludó amablemente Sairin a pesar del recuerdo de aquel apasionado beso de la biblioteca.

-Buenos días- contestó él- ¿le gustó el libro que cogió ayer de la biblioteca?

-Oh... sí, un libro muy interesante, no sabía que usted tuviera esa clase de libros en su biblioteca... no sé, pensé que sólo tendría libros relacionados con la política, la filosofía, usted ya me entiende...

-Sí, le he entendido... por cierto, ha recibido una carta de su tía hace un momento. La tiene a su lado.

La chica miró hacia la derecha y vio el sobre lacrado y las elegantes letras de su tía, entonces cogió la carta para leerla. Del sobre sacó una hoja y la leyó detenidamente.

Era una carta sencilla de no más de cuatro párrafos contándole como estaban las cosas en la casa, que estaba todo muy tranquilo y que la echaba de menos, le decía que esperaba verla esa misma noche en la fiesta de Catherine y que tenía que averiguar qué era lo que había apostado su padre para entregarlo y que la dejaran en paz para acabar con la farsa del compromiso de ella con Edward.

Esto último le dio qué pensar y se le había quitado el apetito. Ella sabía qué era lo que pedían pero no quería por nada del mundo entregarlo.

-Se me ha quitado el apetito, si me disculpa, volveré a mi habitación- dijo Sairin.

-De acuerdo- dijo Edward levantando la mirada del periódico y vio que se llevaba consigo la carta de su tía.

Sairin salió del comedor y subió las escaleras rumbo a su habitación. Allí cogió su pequeño baúl y lo abrió, sacando el collar de esmeraldas de su madre. Lo miró con tristeza, sabía que tenía que entregarlo pero no podía, su valor sentimental era mucho mayor que su valor en oro, no podía permitir que algún desconocido se llevara el único recuerdo de su querida madre a la cual no conoció.

Edward, extrañado por el comportamiento de Sairin, la siguió.

-¿Puedo pasar?- preguntó él apoyado de un hombro en el umbral de la puerta con los brazos cruzados y mirándola fijamente.

Ella dio un respingo al oírle, no se esperaba que la siguiera. Lo miró, sorprendida.

-Lord Edward... ¿qué hace aquí? No lo oí llegar...

-Bueno, no me gustó la cara que puso cuando leyó la carta de su tía, ¿se encuentra bien?

-Sí, estoy bien, gracias.

-Su aspecto no me dice lo mismo, señorita Lindsey.

La chica bajó la mirada para ocultar su tristeza, entonces, Edward se acercó a ella y le elevó el mentón con un dedo.

-¿Ocurre algo?

-No... no ocurre nada, estoy perfectamente...- mintió ella sin mirarle.

-Señorita Lindsey, si no ocurriera nada, no tendría esa cara.

Sairin se alejó de Edward y se sentó en el borde de su cama con la joya entre sus manos mirándola fijamente. Él se acercó a ella y se sentó a su lado.

-¿Esa joya es suya?

-Era de mi madre, mi padre se la regaló el día de su boda según me contó él.

-¿Y cómo llegó a sus manos?

-Mi padre me la regaló y me pidió que protegiera mucho esa joya ya que había pertenecido a mi madre, para mí es como si tuviera un trozo de ella. Como sabrá, ella murió al traerme a mí al mundo.

-Sí...

-Me sentí muy sola el día que murió mi padre ¿sabe?

-Tenía a su tía.

-Sí pero mi tía casi nunca jugaba conmigo como lo hacía mi padre. Él siempre estaba a mi lado ya fuera para jugar o para contarme un cuento.

-La entiendo...

Sairin desvió la mirada del collar y lo miró fijamente.

-¿Me entiende?

-Sí, sé lo que es estar solo, aunque claro yo estaba a cargo de un hermano menor...

-Tengo entendido que usted perdió a sus padres en un terrible accidente ¿es cierto?

-Sí pero prefiero no recordarlo...

Hubo un momento de silencio en el que ambos miraban la joya fijamente. Después Edward se levantó y se asomó a la ventana. Tras unos minutos, él se giró y la miró.

-¿Esa joya tiene algo que ver con la amenaza que pesa sobre usted?

Sairin elevó la mirada sorprendida, rápidamente negó, no quería que él ni nadie se enterara de nada.

-No, no tiene nada que ver.

-¿Está segura?

-A menos que yo sepa, cuando mi padre me lo regaló no me dijo nada relevante.

-Ya veo... bueno, no se preocupe, pronto encontraremos lo que anda buscando esa persona que la está amenazando y atacando.

-Eso espero...- dijo Sairin.

-Lo mejor será que busque un buen vestido para esta noche...

Dicho eso, Edward salió de la habitación y se dirigió a su despacho para ponerse manos a la obra con su trabajo.

Por la tarde, la joven decidió darse un baño para luego prepararse para la fiesta.

Le trajeron la bañera a su cuarto y luego fueron trayendo el agua caliente poco a poco hasta quedar la bañera llena.

-¿Desea que le ayude con el baño, señorita?- le preguntó Gabriella que traía suaves toallas blancas para Sairin.

-No hace falta, Gabriella, muchas gracias.

Gabriella hizo una leve reverencia y se fue de la habitación. Sairin se quitó su vestido y se metió en el agua caliente. Lentamente se hundió para mojar su pelo y luego salió a la superficie, mientras se enjabonaba las piernas no dejaba de pensar en que debía contarle a Edward que el collar sí era lo que buscaban pero rompería la promesa que le hizo a su padre.

El día que le entregó el collar le hizo prometer que no contaría a nadie que ella guardaba ese collar pero ella pensó que era un juego. Ahora se daba cuenta de que estaba metida en un juego de peligros, venganzas y quién sabe que cosas más.

No sabría si soportaría mantener el secreto por más tiempo, si no hacía algo, podrían matarla y no es un destino que le llamara mucho la atención. Necesitaba vivir para saber quien fue el asesino de su padre y acabar con esa persona con sus propias manos.

Con estos pensamientos, la joven pasó cerca de una hora metida en la bañera. Finalmente salió de ella para secarse y buscar un vestido adecuado para la fiesta de su amiga Catherine. Justo cuando llegaba al armario, alguien tocó en la puerta.

-Lady Sairin, lord Edward le envía esto- dijo Amanda desde detrás de la puerta.

-Pase, Amanda.

La mujer entró con un vestido que dejó en la cama. Sairin se acercó a la cama y observó el vestido. Era un hermoso traje de muselina color rosa pálido, con un impresionante escote de corte cuadrado y de mangas acabadas

en hermosos encajes blancos. Tenía una cinta justo debajo del pecho de color rosa un poco más oscuro que el vestido.

-Pero... este vestido debió de ser carísimo...- dijo Sairin tocando la fina tela del vestido.

-A mí me ordenó el señor que se lo trajera y que esperaba que le gustara.

-Me encanta, es un vestido precioso.

-Bien, pues me retiro para que pueda cambiarse.

-De acuerdo.

Entonces Amanda salió de allí y Sairin se preparó para la fiesta que tenía esa misma noche.

10

El carruaje iba de camino a la casa de Rowling. El silencio pesaba en el aire dentro de este. Sairin miraba por la ventana mientras que Edward no podía apartar la mirada de ella. Después de un largo silencio, él habló:

-Veo que le gustó el vestido.

-Sí, muchas gracias.

-De nada, ha sido todo un placer.

-No tenía que haberse molestado tanto, debió de costarle carísimo.

Edward la miró fijamente a los ojos.

-Dígame cuánto le costó y se lo devolveré con creces, se lo prometo.

-No se preocupe por el dinero, tómelo como un regalo de compromiso.

Sairin sintió el ardor en sus mejillas y rápidamente bajó la mirada.

-Usted sabe que nuestro compromiso es una farsa.

-Ya pero la gente hablará si la ve con el mismo vestido de siempre, ya que interpretamos un papel, hagámoslo bien ¿no cree?

-Quizá tenga razón...

-Entonces no se preocupe por el vestido.

-De acuerdo...

El resto del trayecto lo hicieron en silencio. Finalmente después de casi una hora de trayecto llegaron a la mansión de los Rowling, una preciosa casa con un amplio jardín lleno de arbustos con flores. También había una preciosa fuente presidida por un angelito con un jarrón entre de sus manitas y de ahí salía el chorrito de agua. Al fondo se hallaba la mansión con dos escaleras curvas que acababan en la misma dirección, las dos grandes puertas de roble de la entrada. La fachada, hecha de piedra como era habitual, poseía varias ventanas que daban al interior de esta.

Edward se bajó del coche y ayudó a Sairin a bajar, luego los dos subieron las escaleras de la casa con paso firme. Ella iba con su mano en el brazo de él. Tenía que seguir interpretando el papel de prometida así que tuvo que fingir una sonrisa ante todos.

Les abrieron la puerta y allí ya les esperaba un lacayo para recoger los abrigos y sombreros de los invitados. Edward le quitó la capa a Sairin y se la entregó al lacayo junto con el sombrero de él que no se había puesto en ningún momento.

Luego ambos entraron en el gran salón donde fueron recibidos por una alegre Catherine que lucía un fino vestido de muselina blanco con hilos dorados, un amplio escote que dejaba poco a la imaginación y las mangas acabadas en encajes.

-Oh amiga, estás radiante- dijo Catherine acercándose a su amiga- llevas un vestido precioso.

-Gracias, tú también estás muy bella- dijo Sairin sonriendo afablemente.

Catherine después de mirar a su amiga reparó en la presencia de Edward y lo saludó cortésmente.

-Buenas noches, lord Edward, es un placer volver a verle.

-Lo mismo digo, señorita Rowling- dijo él haciendo una inclinación de cabeza.

-Espero que disfrutéis de la fiesta, por cierto, Sairin, mi lacayo te habrá dado la tarjeta de baile ¿no?

-Sí, pero ¿para qué es?

-Verás, los hombres que quieran bailar contigo deberán apuntar su nombre en la tarjetita, ¿a que es divertido?

-Sí, parece divertido.

-Yo ya tengo a seis hombres en mi tarjeta y el primero de ellos es Jake Forrester que llegó antes que vosotros- le dijo en susurros.

-Vaya, has aprovechado el tiempo, amiga.

-Claro que sí- dijo Catherine sonriendo- bueno, voy a seguir recibiendo a los invitados, nos vemos ahora, amiga.

-De acuerdo.

Catherine se fue y entonces Edward cogió la tarjeta y la miró detenidamente.

-Creo que me pediré todos los bailes disponibles por la señorita- dijo sonriendo.

Sairin bajó la mirada, ruborizada. Él con un dedo le elevó el mentón y ambos contemplaron los ojos del otro. Edward sonrió cálidamente mientras ella notaba un ligero ardor en todo su cuerpo ante la espectacular y blanca sonrisa de él.

-Lord Edward... como bien sabe, tengo fobia a los sitios cerrados y a las aglomeraciones, no sé si podrá bailar muchas piezas conmigo como desea...

-Las que baile con usted serán suficientes para satisfacer mi necesidad de tenerla cerca...

Ella abrió los ojos, sorprendida ante las palabras de él. No esperaba esas palabras por parte de Edward, es más, no las hubiera esperado de ningún hombre que haya accedido a cortejarla en lo que llevaban de temporada social que tampoco habían sido tantos, solamente dos, lord Sutton y lord Langston, los demás iban casi todos a por lady Isabella pero a Sairin no le importaba puesto que su mente estaba invadida de imágenes de Edward.

Le costó bastante digerir las palabras que había dicho él y una vez asimiladas y saber que no podría contestarle de ninguna manera, se limitó a sonreír tímidamente.

Pronto comenzó a sonar la primera pieza y Edward le tendió la mano.

-¿Me concede este baile, señorita?- preguntó sin apartar la mirada de esos ojos oscuros que tanto le cautivaban y le llevaban a la perdición.

-Sí...- dijo ella nerviosa.

Ella le cogió la mano notando la calidez de él tan sólo con su contacto y ambos fueron a la pista de baile donde ya había algunas parejas, pero la atención estaba puesta en ellos. Esto provocó el sonrojo de las mejillas de Sairin y el bajar la mirada avergonzada.

-Lord Edward...

-¿Sí?

-Todos nos están mirando...

-Ya.

-Me está dando mucha vergüenza.

-Tranquila, pronto se les pasará, es la novedad del momento, somos una pareja envidiada.

-Sí, sobretodo por lady Isabella...

Edward miró a Isabella Greyson que estaba cerca del balcón. Los miraba con cara de enfado.

-Me dijo uno de mis hombres que tuviste un encontronazo con ella el día que... que discutimos.

Iba a decir el día que se besaron pero se contuvo, ya ella estaba pasando bastante bochorno en ese momento como para encima recordárselo.

-Bueno, es cierto que nos encontramos en el parque pero tu hombre exageró un poco la situación, tuvimos una conversación civilizada.

-No lo creo, viniendo de Isabella me espero de todo menos una conversación civilizada contigo.

-Así que has... estado con ella ¿no?

Edward la miró arqueando una ceja.

-¿A qué te refieres?

-Esto... a que... quiero decir...- no soportaba ponerse nerviosa porque se quedaba sin qué decir.

Él sonrió al verla tan nerviosa.

-Tranquilícese, lady Sairin, cualquiera diría que la pongo nerviosa.

Justamente haces eso, pensó ella bajando la mirada.

-Olvídelo... no creo que lady Isabella se atreva a dar un espectáculo en plena fiesta- dijo Sairin esperando que fuera así.

Cuando terminaron de bailar, ambos salieron de la pista y se les acercó Isabella Greyson.

-Buenas noches- dijo ella manteniendo la compostura.

-Buenas noches, lady Isabella- respondió Edward al saludo.

-Me alegra verle por aquí esta noche, lord Edward- dijo Isabella ignorando completamente a Sairin.

-He venido con mi prometida- dijo Edward cogiendo a Sairin del hombro con suavidad y las dos mujeres se miraron.

-Ah, claro, me olvidaba de que estaba comprometido con lady Sairin- dijo Isabella y luego le dijo a la joven- buenas noches...

-Buenas noches...- dijo Sairin con un poco de miedo.

Hubo unos minutos de silencio bastante incómodos para Sairin a la cual se le hicieron interminables. Finalmente, Edward miró a Isabella y le preguntó:

-¿Deseaba algo? Lo digo porque creo que sus admiradores la esperan cerca del balcón.

-Sólo quería saber si a usted le apetecería bailar alguna pieza de baile conmigo.

-Quizás después...- dijo Edward mirando a Sairin con una sonrisa pícaro- ahora pretendíamos dar un paseo por el jardín...

-Ah... entiendo- dijo Isabella y elevó el mentón- me alegro de volver a verlos- dijo mostrando una falsa sonrisa.

Dicho eso, ella se marchó dejando a la pareja solos, entonces, Edward la cogió de la mano y la sacó del salón para llevarla al jardín.

Sairin se sentía decepcionada puesto que Edward iba a bailar una pieza con lady Isabella cuando le había prometido bailar con ella todas las canciones disponibles.

Al llegar al jardín, ambos pasearon con paso pausado.

-No quiero que nadie nos moleste más...- dijo Edward de repente.

Sairin, que iba detrás de él le miró las anchas espaldas.

-¿Cómo ha dicho?

-Que no quiero que nadie nos moleste... quiero que estemos solos...

-Pero es la fiesta de mi mejor amiga, no puedo pasarme la noche aquí en el jardín.

-Ella estará entretenida bailando con tantos hombres que no se dará cuenta de su ausencia.

-Aún así...

La chica iba a replicar cuando él la cogió de la cintura y la atrajo hacia sí, cosa que la sorprendió sobremanera.

-Quiero tenerte para mí...- dijo él con mirada lujuriosa.

-Lord Edward...- dijo ella con voz ahogada y tragando saliva.

Él acercó su cara a la de ella para susurrarle al oído.

-Estás hermosa con ese vestido, pensé que no te lo pondrías.

La respiración de ella se volvió cada vez más rápida porque sentía que le faltaba el aire. Sobretudo cuando puso las manos en el ancho pecho de él donde su corazón latía con fuerza. Pudo notar el calor de Edward a través de la fina camisa blanca. Luego él comenzó a besarle el cuello con lujuria y pasión, obligándola a ella a echar la cabeza hacia atrás para que él se acomodara perfectamente.

Luego los besos fueron ascendiendo hasta llegar al mentón y finalmente llegó a la boca de ella para besarle las comisuras con suaves y cortos besos. Sairin soltó un gemido de placer al notar como las manos de él tocaban cada uno de sus senos con experta agilidad logrando así endurecer sus pezones hasta parecer dos perlas bajo su vestido.

Él sonrió sin separar sus labios de los de ella cuando se arqueó al notar esas caricias a las que él estaba tan acostumbrado a dar. Pero con nadie había sentido tanto placer como con esa mujer. Finalmente la obligó a abrir la boca para inspeccionar nuevamente el interior con la lengua como había hecho con anterioridad.

Sairin entrelazó sus brazos alrededor del cuello de él y se pegó más. Notó algo duro contra su vientre pero estaba tan embelesada en ese magnífico beso

y las adorables caricias que él le estaba dando que no le dio importancia. Cuando comenzaba a notar un ligero ardor entre sus muslos, él se separó de ella, alerta. La puso detrás de sí y miró alrededor.

-Volvamos dentro...

-¿Por qué?- preguntó Sairin sin entender el cambio tan repentino en él.

-He oído ruidos, sígueme.

Ambos se dirigieron rápidamente al interior de la mansión.

11

Catherine bailaba con lord Alexander Dawson cuando vio a un apuesto hombre caminar entre la gente, un hombre al que nunca había visto en su vida. Con un elegante atuendo oscuro, este observaba a todos los que allí había. A Catherine le pareció un hombre muy apuesto y eso que ella conocía muy bien al género masculino pero no tanto como desearía.

Se fijó en la cara de él donde pudo apreciar una cicatriz en la mejilla que le daba un atractivo especial. Distinto a todos los hombres con los que había flirteado la joven. Tenía el cabello oscuro e iba bien afeitado. Pero tenía un aspecto salvaje, cosa que atrajo a la joven con una fuerza fuera de lo normal. Lo que más la fascinó fue su mirada. Tan oscura como la noche sin estrellas. Misteriosa. Sagaz. Enigmática.

Sintió deseos de acercarse pero no sabía si él accedería a hablar con ella. Podía notar la oscuridad cerca de él pero no se quedaría sin saber quién era ese hombre tan misterioso así que cuando acabó la canción, Catherine se acercó a él con decisión.

-Buenas noches, milord- dijo Catherine cuando estuvo cerca de él- creo que no nos han presentado.

El hombre la miró sin decir nada. Eso provocó en ella cierta indignación, ya que un comportamiento como el de ese hombre no era el adecuado.

-Por lo menos podría decirme su nombre ¿no le parece?

-Debo irme- dijo el hombre.

-No sea maleducado, señor.

-No pretendía serlo, es solo que tengo un poco de prisa- dijo con voz monocorde.

Catherine lo miró con una de sus finas cejas enarcadas.

-¿Está huyendo de mí?

-Yo no huyo de nadie.

-Quien lo diría, bueno, le dejo, no quiero retrasarle más, que pase una buena noche.

Catherine no pudo ocultar su decepción ante el rechazo de unos de los hombres más hermosos que había tenido ocasión de ver. Uno de los pocos que se había negado a conocerla.

Esto consiguió ponerla de los nervios, ningún hombre se resistía a conocerla y tarde o temprano conseguiría que ese misterioso hombre cayera a sus pies como lo hacían los demás.

Maldición. Aquella mujer casi echa a perder todos sus planes. Necesitaba vigilar a Sairin sin que nadie sospechara quién era él. Los únicos que veían su cara era la primera y última vez que se la veían.

-Se dirigió al jardín para luego desaparecer subiendo al muro. Se montó en su caballo, el cual lo esperaba atado a un árbol cerca de la mansión. Rápidamente llegó al lugar donde se escondía. Un desván situado en un pequeño hostel de la ciudad.

Cuando llegó allí, ya le esperaba su ayudante, un hombre bajo y regordete, calvo y con un espeso bigote. Sus ojos eran del color de la noche.

-¿Y bien? ¿Conseguiste atrapar a la chica?- preguntó el calvo nada más verlo entrar.

-No, la maldita es escurridiza, no la encontré por ningún lado y eso que miré en todos los rincones.

-¿Estás seguro?

-Claro que sí, a mí nunca se me olvida una cara.

Y menos la de esa joven, pensó mientras se quitaba la chaqueta y la camisa.

Esa joven se parecía a alguien a quien él había querido más que a su vida pero murió cuando él tan solo era un niño. Después de esa trágica muerte, él huyó lejos y se convirtió en un superviviente de los bosques hasta que pasó a ser un mercenario muy temido por todos.

Ahora era implacable, sus trabajos eran limpios pero esa mosca muerta se le escapaba de las manos como si fuera un jabón.

-¿Cómo piensas atraparla entonces? Ese lord no nos pagará más y tenemos que pagar la estancia aquí.

-Ese hombre pagará, te lo aseguro y en cuanto a esa mujer, he ideado un plan que dará resultado.

-Como sea como los anteriores planes, la llevas clara.

El Depredador le cogió por las solapas de la camisa con furia.

-No vuelvas a decir algo así o te arrepentirás.

-Vale, vale, ahora suéltame.

Este lo soltó y se acostó en el camastro con las manos en la nuca. Cerró los ojos para dormir pero de repente la visión de la mujer que le habló en la fiesta acudió a su mente.

Rápidamente abrió los ojos. Maldición. Una erección marcó sus calzones hasta el dolor. Hacía mucho tiempo que no tenía una erección como esa al recordar a una mujer. Pero había algo en esa mujer, no sabía el qué.

-Depredador, eres un mercenario, olvida a esa niña rica de la fiesta, es lo mejor- se dijo antes de quedarse profundamente dormido.

A la mañana siguiente, Sairin se levantó temprano y se asomó a las puertas-ventanas de su habitación. Puso las manos en la balastrada del balcón y aspiró el aire fresco de la mañana. Al momento alguien llamó a la puerta. Sairin entró para ponerse la bata de color salmón haciendo juego con su camisión y después de atarse el lazo a la cintura dijo:

-Adelante.

La puerta se abrió y apareció Gabriella.

-Buenos días milady- dijo la joven.

-Buenos días, Gabriella.

-El señor me acaba de comunicar que la quiere ver en su despacho según se vista.

-Muy bien.

Gabriella se acercó al armario y sacó un precioso vestido de mañana color celeste con un lazo que quedaba justo debajo del pecho y unos zapatos de piel de cabritilla del mismo color. Después, ayudó a vestir a Sairin.

Luego Sairin se sentó frente al tocador para peinarse su espesa y larga cabellera mientras que Gabriella salía del cuarto directo a las cocinas. Después de peinarse se puso dos pasadores de pelo para despejar su cara y dejó que la melena le cayera en cascada por su espalda.

Finalmente se miró en el espejo y suspiró.

-No sé para que te arreglas tanto si ni siquiera puedes cortejar con ningún hombre. Ni Edward Forrester se fijaría en ti.

Resignada apartó la mirada del espejo y salió de su habitación para ir al despacho de Edward. Al llegar allí tocó en la puerta y esperó a que él le diera permiso de entrar. Cuando oyó que Edward le permitía pasar abrió la puerta lentamente y entró. Lo encontró sentado ante su escritorio vestido con un calzón negro y una camisa de mangas anchas blanca. También llevaba unas botas de caña alta que le llegaban a las rodillas. Si hubiese llevado un pañuelo en la cabeza hubiese pasado por un pirata perfectamente.

Esto le produjo un repentino calor en sus entrañas y un ligero rubor cubrió sus mejillas. Menos mal que él estaba enfrascado en sus papeles y no pudo verla de esa manera. Respiró hondo y se acercó al escritorio.

-Buenos días, milord.

Él levantó la cabeza bruscamente y la miró, estaba bellísima con ese vestido celeste. Y como deseaba tocar esa preciosa melena que le caía por la espalda, enredar sus dedos en ella... La erección se hizo latente en sus calzones.

-Buenos días, milady.

-Creo que le dijo a mi dama de compañía que quería verme.

-Así es, quería proponerle salir a dar un paseo, ¿sabe montar a caballo?

-¿Montar a caballo? La verdad es que hace mucho tiempo que no monto a caballo, además tampoco tengo un traje de montar.

-Si es por el traje de montar no se preocupe, cuando mandé a confeccionar lo que serían sus vestidos, pedí que le hicieran un traje de montar, pensé que lo había visto.

-Pues no, como Gabriella es la que me saca los trajes cada mañana no me he acercado al armario.

-Pues avísela y que la ayude a ponerse su traje de montar.

-Déjela, ya tiene bastante trabajo, la pobre no solo es mi dama de compañía sino que también trabaja en la cocina. Puedo vestirme sola.

-Entonces vaya a cambiarse.

Sin decir más, Sairin salió del despacho de Edward y se fue a su habitación. Abrió el armario y allí lo encontró. Un precioso traje de montar color verde oscuro. Se componía de una falda de ese color, una blusa blanca y la chaqueta del mismo color que la falda. También encontró unos botines negros y un sombrero del color del traje con una pluma de águila en un lado.

Sin la ayuda de nadie se quitó el vestido de mañana y se puso el traje de montar. Cuando se fue a poner el sombrero, se hizo un moño sencillo y luego se lo colocó de modo que la pluma cayera al lado contrario donde estaba colocada. Después de vestirse, bajó las escaleras y en el rellano ya le esperaba Edward que al verla quedó fascinado ante su deslumbrante belleza.

-Está hermosa- dijo Edward sin poder ocultar su asombro.

El rubor volvió a las mejillas de Sairin.

-Gracias.

-¿Nos vamos?- preguntó tendiéndole la mano.

Ella le cogió la mano y ambos fueron al jardín donde ya estaban los dos caballos preparados. Uno era un corcel negro y el otro una yegua blanca. Edward ayudó a Sairin a subir a la yegua y luego él se montó en el caballo negro. Salieron hacia el parque, hablando.

Hablaron de temas triviales como el tiempo. Cuando pasaron por el parque Isabella, que iba andando, los vio y la rabia la invadió. Entonces se le ocurrió una idea y se acercó por detrás al caballo de Sairin. Cerró su paraguas el cual acababa en punta y se lo clavó en el trasero al caballo, el cual relinchó y levantó las patas delanteras.

Sairin se asustó al ver a la yegua fuera de sí. Se agarró fuertemente a las riendas para no caer y el animal echó a correr con ella agarrada y temerosa. Isabella sonrió, satisfecha. Sairin no podía detenerlo a pesar de los miles de intentos de ella. Intentó sortear a varios coches que venían en su dirección.

Edward la seguía rápidamente para intentar detener al animal. Sairin llegó al puerto y vio que el animal iba directo hacia el agua. Cerró los ojos esperando caer al agua pero alguien la sujetó de la cintura y la montó en su caballo. Abrió los ojos y vio a Edward que la sujetaba con fuerza. Varios hombres consiguieron detener al caballo.

-¿Estás bien?- le preguntó Edward.

Sairin asintió temblando, estaba muy asustada. Sin poderlo evitar se abrazó a él, llorando. Si él hubiera llegado un minuto más tarde seguro que se hubiera ahogado en el Támesis.

-Ya está, ya pasó todo...

A ella se le había caído el sombrero y el moño se le deshizo dejando un millón de bucles sueltos que él acariciaba para consolarla.

-Por favor, milord, volvamos a la casa...

-Sí, será lo mejor.

Edward la acomodó delante de él y ella se abrazó a su cintura con fuerza, temía que si se soltaba caería al suelo de lo temblorosa que estaba. No paraba de llorar.

-No puedo más...- susurró ella- ya no puedo más...

-Mientras estés conmigo, no te pasará nada, te lo prometo.

Luego pusieron rumbo a la mansión.

12

Al llegar a la mansión, Edward bajó del caballo y luego cogió a Sairin en brazos. Estaba exhausta y apenas podía moverse del susto. La llevó a su habitación y la recostó.

-Intenta descansar un rato.

Sairin asintió, aún lloraba.

Edward le dio un beso en la frente y luego salió de la habitación. Sairin se recostó y al momento se quedó dormida. Edward se metió en su despacho frustrado. Su idea de ir a cabalgar le había salido por la culata. Alguien quería a Sairin y él no hacía más que exponerla.

Se dedicó a mirar el correo y vio una invitación a una fiesta en una casa de campo. Rápidamente dejó la invitación a un lado. Ni por asomo llevaría a Sairin a esa casa. Debía protegerla.

La puerta se abrió de repente y apareció Jake en el umbral.

-¿No ibas a ir con lady Sairin de paseo a caballo?

-Y fuimos pero hubo un percance.

-¿Qué clase de percance?

-Alguien asustó al caballo de ella y se encabritó. Estuvo a punto de caer al Támesis.

-¿Al Támesis?

-Sí.

Edward se llevó las manos a la cabeza y se masajeó las sienes.

-Impresionante- dijo Jake sorprendido.

-No debí haberla sacado de la casa.

-Hermanito, no es una prisionera, además tú no debes la culpa.

-Lo sé pero cada vez que sale sucede algo y no quiero que le pase nada mientras esté bajo mi vigilancia.

Jake lo miró inquisitivo y enarcó una ceja.

-Te estás tomando muy a pecho la vigilancia ¿no crees?

Edward miró a Jake con el ceño fruncido.

-¿Qué estás queriendo decir?

-Bueno, una preocupación bastante visible, el deseo de tenerla para ti salta a la vista, créeme, sé lo que me digo.

-Sí, sólo dices tonterías, además, ¿a qué has venido a mi despacho?

-Debía escribir una misiva.

-¿Otro corazón que vas a romper?

-Algo así.

-¿De quién se trata ahora?

-La joven Emily Donnelly.

-Pues venga, escribe esa misiva.

Jake se sentó, cogió papel y pluma y escribió una breve nota a Emily Donnelly.

Sairin abrió los ojos lentamente, ya era media tarde, y se sentó en el borde de la cama. Sus ojos estaban enrojecidos de llorar. Aún palpaba el miedo, sólo de pensar en que estuvo a punto de caer al Támesis le daba escalofríos.

Por fin se levantó y se cambió el vestido de montar por uno color melocotón. Al quitarse el traje se dio cuenta de que había perdido el sombrero pero ya no podía hacer nada por recuperarlo. Después de vestirse, salió de la habitación y bajó a la biblioteca a leer un rato.

Se sentó en una butaca cerca de la ventana con un libro de Shakespeare que había encontrado entre los libros. No se dio cuenta de que Edward acababa de entrar y la observaba a una distancia prudente. La luz del sol del atardecer la bañaba por completo y parecía una diosa pagana. El calzón de él se tensó. ¿Cómo era posible que avivara su deseo con solo mirarla? Tenía que controlarse si no perdería el control de sí mismo y haría cosas de las que podría arrepentirse.

-Veo que ya ha despertado- dijo Edward.

Sairin, sorprendida, levantó la mirada. Cerró el libro que luego depositó en la mesilla que había a su lado y se levantó lentamente.

-Lord Edward, no le había oído entrar.

-¿Se siente mejor? Estaba muy asustada cuando llegamos.

-Sí, ya me encuentro un poco mejor y gracias a usted.

-Por favor, no me trate de usted, me hace sentir más mayor de lo que soy y ya tengo suficiente con mi hermano.

-De acuerdo- Sairin mostró una leve sonrisa- muchas gracias por haberme salvado de ahogarme.

-Era mi deber.

Edward miró esos preciosos ojos oscuros y le provocó una punzada en la entrepierna. Su deseo iba en aumento.

-¿Usted...?, quiero decir ¿crees que acabará todo esto algún día?

-Es posible, aunque debemos averiguar qué es lo que quieren de ti.

Sairin guardó silencio y bajó la mirada. No se atrevía a mirarlo después de haberle ocultado lo que ella sabía. Edward se percató de su silencio y la miró inquisitivo.

-¿Sucede algo?

-Si le dijera que sé lo que andan buscando ¿se enfadaría conmigo?

-¿Sabe qué puede ser?

-Tengo una ligera idea.

-¿Y qué es?

-Acompáñeme.

Los dos salieron de la biblioteca y fueron a la habitación de ella donde Sairin sacó el pequeño baúl. Se sentó en la cama y lo abrió. Edward la observó sin comprender nada. Finalmente, Sairin sacó el collar de esmeraldas de su madre, se levantó y se lo enseñó a Edward.

-¿Este collar?

-El collar de esmeraldas de mi madre, es lo único que me quedó de ella y fue lo último que me entregó mi padre antes de morir.

-¿Por qué piensa que es el collar?

-Verá, unos días antes de que mi padre muriera, me entregó el collar y me dijo que lo guardara y que fuera un secreto. Era una niña y lo guardé como un tesoro pero ahora sospecho que me lo dio para que nadie le quitara lo único que le quedaba de mi madre.

-Un momento... el día que le pregunté si este collar tenía algo que ver con la amenaza me mintió.

-Lo sé pero tenía que guardar el secreto, ahora no puedo soportarlo más y necesitaba contarlo.

-No tuviste que ocultármelo.

-No quería traicionar la promesa a mi padre.

-Sí pero sabemos ahora qué es lo que quieren.

-No quiero desprenderme del collar de mi madre- dijo Sairin mientras silenciosas lágrimas recorrían sus mejillas- es lo único que tengo de ella.

Sairin apartó la mirada. Edward la vio muy afligida y acunó el rostro de ella entre sus manos para limpiarle las lágrimas con los pulgares y sonrió cálidamente.

-Te prometo que nadie te quitará ese collar y te protegeré con mi vida si hace falta.

La joven lo abrazó apoyando la cabeza en su hombro y él apoyo su mentón en la coronilla de ella. Estuvieron así durante un rato.

-Tengo miedo, lo mejor es que entregue el collar a quien lo quiere y así poder vivir en paz.

-Sairin, no entregues el collar, es lo único que tienes de tu madre.

-Pero quiero vivir tranquila, quiero buscar un marido...

Edward se puso tenso, ella lo miró y se puso colorada. Desde que lo conoció había soñado que era él su marido y se veía en ese mismo lugar, juntos. Al pensar en esto, un calor sofocante se adueñó de la habitación. Entonces otra imagen vino a su mente y era la casa llena de niños parecidos a él. Sintió una opresión en el pecho al soñar con imposibles.

-¿Sucede algo?- preguntó Edward.

Sairin salió de su ensimismamiento y lo miró en silencio. Verlo la dejaba sin aliento. Era tan hermoso con esos ojos como el color de la hierba fresca.

-Lady Sairin...

-¿Qué decía?

-¿Por qué frunces el ceño?

-Oh, lo siento, estaba pensando.

Edward se levantó con el collar en las manos y miró por la ventana.

-Se me acaba de ocurrir una idea pero es muy arriesgado.

-¿Qué se te ha ocurrido?

-En la próxima fiesta podrías llevar el collar.

Sairin abrió los ojos sorprendida.

-Pero así... así seré un blanco fácil.

-Por eso dije que era arriesgado.

La joven lo meditó por un momento, si él iba a estar cerca, no tenía de qué preocuparse pero aún así temía lo que pudiese suceder. Después de pensarlo llegó a la conclusión de que así podría terminar viviendo tranquila.

-Lo llevaré.

Edward se giró para mirarla fijamente y vio la decisión mezclada con miedo en sus ojos.

-¿Estás segura?

-Sí- inspiró hondo y lo miró- lo haré.

-Bien, pues prepara tu baúl para el próximo fin de semana, nos iremos a Avery Hall.

Sairin asintió y él salió del cuarto. Se metió en su despacho para contestar que sí iría a la fiesta en Avery Hall. Después llamó a su ama a de llaves.

-¿Me llamaba, señor?- preguntó Amanda tras entrar.

-Sí, quiero que sepa que el próximo fin de semana no estaremos ni lady Sairin ni yo en la casa, nos iremos a Avery Hall a una fiesta.

-Bien, entonces, le doy el fin de semana libre a todos los empleados.

-Sí pero a los guardias que hacen vigilancia déjalos.

-¿Se llevará a alguno de los guardias con usted?

-Es probable aunque no lo sé.

-¿Y Gabriella, irá con lady Sairin?

-Por supuesto, para eso la he puesto de dama de compañía de la señorita Lindsey.

-De acuerdo, si quiere le informa a ella que va a acompañar a lady Sairin a Avery Hall.

-Me parece bien, puede irse, debe de tener trabajo pendiente.

-Oh sí, señor, tengo bastante.

Amanda hizo una reverencia y salió del despacho. Al cerrar sonrió satisfecha y corrió a su habitación para escribirle una nota a su amante. Le informaría de la decisión del señor Forrester de asistir a Avery Hall y le pediría volver a su cama.

Siempre que estaba en la cama con él disfrutaba de un placer infinito y lo necesitaba más que a nada. No dejaba de pensar en las hermosas noches de amor que vivía con él.

Solo de pensarlo se le alojaba un calor en el bajo vientre y palpitaba con fuerza deseando que él la penetrara con su poderoso miembro.

Después de escribir la nota salió de la casa por la puerta trasera y llamó un chaval que recorría las calles, le dio un chelín a cambio de que le llevara la nota a su señor. Quizás esa semana era la última que pasaba lady Sairin en la casa de los Forrester. Sonrió con satisfacción y entró para seguir con su labor.

13

El baúl estaba listo al igual que Sairin la cual llevaba un vestido de viaje color gris. Gabriella también iría a la mansión Avery Hall. No soportaría la instancia allí viendo a lord Edward con lady Sairin paseando juntos y compartiendo confidencias como había visto en días anteriores cuando ella acudía al despacho de él.

El santuario de lord Edward.

Nadie podía pisar ese sitio a menos que él diera permiso y lady Sairin entraba como si fuera una habitación cualquiera. Debe de haber alguna forma de separarlos y encontraría la manera.

-Milady, lord Edward la espera en el rellano- dijo Gabriella vestida con un traje de viaje color marrón y una cofia ocultaba su larga y espesa melena.

-Enseguida bajo, Gabriella.

La dama de compañía salió de la habitación y luego salió Sairin. Cuando comenzó a bajar vio a Edward esperándola a los pies de la escalera, vestido totalmente de oscuro excepto por su camisa blanca y reluciente.

-¿Preparada?- le preguntó Edward.

Sairin asintió mientras él le tendía la mano para que ella la cogiera. Luego ambos salieron de la casa, el viaje duraría varias horas y no llegarían hasta la tarde y se subieron al carruaje poniendo rumbo a Avery Hall.

Amanda abrió los ojos lentamente, tenía todo el cuerpo dolorido pero a la vez saciado. Miró a su alrededor y vio a su amante sentado en la cama con los calzones puestos. Se puso de rodillas y se abrazó a él por detrás pasándole los brazos por el cuello.

-Buenos días, mi señor. ¿Habéis dormido bien?

-Teniéndote a ti para tentarme, dormir lo que se dice dormir poco.

Amanda se mordió el labio inferior con deseo. Luego se recostó para tentarlo.

-¿Y por qué no aprovecha? Aún estoy aquí y quiero conocer todas tus fantasías.

-¿De verdad?- preguntó el hombre poniéndose encima.

-Ardo en deseos de saberlo, milord.

Él le cogió ambas manos y se las puso encima de la cabeza de ella mientras la besaba por todas partes.

-Una de mis fantasías es que te sometás a mí y seas una especie de esclava sexual pero para poder hacerlo necesitaría todo un día y yo me tengo que ir a Avery Hall.

-Le echaré de menos- dijo Amanda con un suave ronroneo.

-Yo también querida.

El hombre se levantó y se vistió. Le dio unas monedas a Amanda y le dijo antes de marcharse.

-Cómprate un vestido nuevo para que me recibas con él el domingo.

-Eso haré, señor- dijo Amanda sonriendo mientras él salía de la habitación.

Sairin se terminó de instalar en una preciosa habitación de paredes con papel blanco y dorado, una amplia cama con dosel ocupaba el centro de la habitación. A la derecha había un amplio armario blanco con toques en dorado y el tocador se hallaba cerca de la ventana a la izquierda de la habitación. Ocupaba la habitación del final del pasillo del ala oeste de la gran mansión.

En la habitación de al lado dormiría Edward. Pensar que él estaría tan cerca la dejaba sin aliento. Tenía que olvidarlo, ese hombre nunca sería para ella y tenía que asumirlo.

Unos golpecitos en la puerta le hicieron abandonar sus pensamientos.

-Sairin, soy Catherine ¿estás ahí?

-Sí, adelante, amiga.

Catherine abrió la puerta y se acercó a su amiga. Llevaba un vestido de tarde color burdeos con encajes dorados en las mangas. En cambio, el de Sairin era un sencillo vestido de color lavanda con encajes blancos.

-Hacía días que no sabía nada de ti ¿es que vives recluida en la casa de lord Edward?- preguntó Catherine con una sonrisa maliciosa.

-No es lo que piensas, lo que pasa es que... bueno, hemos avanzado un poco con la investigación de lo de mi padre.

-¿De verdad? ¿Y qué has averiguado?

-Bueno, averiguar no, más bien he confesado un secreto.

-Pero dime, amiga, no me tengas en ascuas- dijo Catherine sentándose en la cama de su amiga.

Sairin miró a su amiga y sonrió con timidez.

-¿Te acuerdas del collar de mi madre?

-¿El de esmeraldas? ¿El que guardas como un tesoro?

-Sí, eso es lo que buscan los que intentaron atacarme y secuestrarme.

Catherine abrió los ojos, sorprendida.

-¿Ese collar es lo que quieren? No puede ser.

-Sí puede ser, mi padre lo apostó y no quiso entregarlo porque se arrepintió.

-¿No pensó que podría afectarte a ti?

-No lo sé pero aún así, supongo que estaba desesperado.

En ese momento, alguien tocó en la puerta y luego se abrió, era Gabriella.

-Milady, la fiesta comenzará pronto y he venido para saber si quería darse un baño antes de ponerse el vestido para la fiesta.

-Sí, me encantará darme un buen baño, gracias Gabriella.

La joven salió de la habitación y cerró la puerta.

-¿Y qué pensáis hacer?

-Esta noche llevaré el collar mientras lord Edward ve las reacciones de los invitados. Cree que mi padre apostó ese collar con alguien de alta cuna que está haciendo un trabajo muy bueno al atacarme. Alguien que me conoce bastante.

-¿Y si te ataca sin que nadie lo vea? Amiga, temo por tu seguridad.

-Lo sé, Cathy, pero estaré cerca de lord Edward.

-Si pudiera ayudarte de alguna forma...

-No te preocupes por nada, lo que deberías hacer es buscarte un marido y dejarte del flirtear con tantos hombres.

-Hablando de hombres, en la fiesta que hice en mi casa, vino un hombre que, por Dios, era un incordio, ni se dignó a hablar y me dejó con la palabra en la boca ¿te lo puedes creer?

Sairin arqueó sus finas cejas, sorprendida.

-¿Un hombre que te dejó con la palabra en la boca? Ningún hombre se ha resistido a tu hermosura.

-Pues este sí.

-¿Y cómo era?

-La verdad, amiga, era el hombre más bello que he visto en mi vida. Lo que me parecía extraño es que se daba un aire a ti, como si fuerais parientes, tenía algo, no sé... me produjo una sensación extraña.

-¿A mí? Yo no tengo más familia que mi tía Julie y tú lo sabes.

-Ya lo sé pero fue algo que aún no logro explicarme. De todas formas, si da la casualidad de que lo vemos esta noche te aviso ¿de acuerdo?

-Vale.

En ese momento entraron unos criados con una bañera y la colocaron junto al hogar. Luego poco a poco fueron trayendo cubos con agua caliente y lo echaron en la bañera.

-Amiga, te dejo para que puedas bañarte en paz.

-Nos vemos en un rato.

Catherine salió de la habitación. Entonces, Sairin se desvistió y se metió en la bañera. Un suspiro de satisfacción escapó de sus labios al notar el agua caliente sobre su piel. Lentamente se hundió para mojarse el cabello. Cogió el jaboncillo de rosas que le habían dejado en una mesilla al lado y se lavó con ella cada parte de su cuerpo.

Volvió a hundirse en el agua cuando oyó que tocaban en la puerta. Sacó la cabeza y miró hacia allí.

-¿Quién es?- preguntó ella.

-Soy Edward ¿puedo entrar?

La chica, sorprendida, se levantó para cubrirse con la toalla. Se acercó a la puerta y la abrió lo suficiente para asomar la cabeza.

-¿Quería algo, lord Edward?

Él la miró. Estaba preciosa con el pelo mojado y las mejillas sonrosadas por el vapor del agua. Un delicioso olor a rosas inundó sus fosas nasales y esta visión le provocó una nueva erección que tiraba con fuerza de sus calzones.

-Mejor vuelvo después, te estás bañando.

-Si es urgente puede decírmelo.

-No es nada importante, te lo diré en la fiesta.

-De acuerdo.

Sairin cerró la puerta y se secó ya que el agua se había enfriado. Llamó a Gabriella y cuando esta entró fue directa al armario para sacarle el vestido de fiesta verde de cinturilla alta amarrado con un lazo de raso justo debajo del pecho. Se puso los zapatos de piel de cabritilla a juego. Gabriella le peinó su sedosa melena y se la recogió en un moño de estilo griego con lazos de raso verde entretejido entre los rizos. Sairin cogió de su joyero el collar de esmeraldas y se lo puso.

Las esmeraldas le daban un brillo especial a su piel blanca. Buscó unos pendientes a juego pero no tenía así que se maquilló un poco y salió de la

habitación.

Bajó las escaleras y entró en el salón. Edward al verla, se acercó a ella, elegantemente ataviado de azul marino, chaleco plateado y camisa blanca como la nieve.

-Lady Sairin, al fin aparece, está hermosa.

-Gracias, lord Edward. Por cierto ¿qué era lo que quería decirme?

-Bueno, más bien lo que quería era darte esto.

Edward sacó de un bolsillo de su chaqueta azul marino, una cajita de terciopelo rojo y se la entregó. Sairin la abrió y descubrió en su interior unos hermosos pendientes de esmeraldas. Ella lo miró, sorprendida.

-¡Lord Edward! Estos pendientes son muy caros, no puedo aceptarlos.

-Tómalos como un regalo.

-Pero...

-Mejor pónelos.

-Gracias- dijo ella.

Sairin sacó los pendientes y se los puso. Luego, ambos fueron a saludar a todos los invitados. Julie también había acudido a la fiesta, al igual que lord Vardon y lord Jeffries, los mejores amigos del padre de Sairin. La pareja los saludó y se pusieron a hablar con ellos.

Catherine recorrió el salón con la mirada. Buscaba al hombre de la otra fiesta pero no lo vio por ningún lado. Tenía que encontrarlo y saber de él. La curiosidad la mataba. ¿Quién era ese hombre? ¿Estaría buscando una esposa? ¿De quién sería familia? ¿Por qué se parecía tanto a su mejor amiga?

Al no verlo en el salón fue al jardín a dar un paseo bajo la luz de la luna. Oyó un ruido entre las sombras y miró a su alrededor pero no vio a nadie. Entonces, Jake salió de la casa en su busca.

-Lady Catherine. La estaba buscando.

-Jake, como te vi ocupado preferí dar un paseo.

-Ahora tengo todo el tiempo del mundo para ti, querida.

Jake le tendió el brazo y ella apoyó su mano en él, luego, ambos entraron en la mansión para bailar.

14

¿Quién era ese hombre? ¿Por qué tanta confianza con esa mujer? No podía sacársela de la cabeza desde que la vio la semana anterior. Los sueños de ella desnuda en su lecho, debajo de él lo torturaban cada noche hasta provocarle una dolorosa erección.

Y ahora la veía con otro hombre.

-Maldición, Depredador, tú no eres así, eres un mercenario y tu misión es atrapar a la morena, a la amiga de esa hermosa mujer.

El Depredador salió de entre las sombras y se acercó a la ventana para observar el interior, allí estaba ella bailando con ese tal Jake. Luego su atención se centró en Sairin hasta que oyó una voz detrás de él.

-Tiene el collar puesto.

-¿Lo que usted quiere es ese collar?

-Sí, aunque ella también me interesa.

-Eso quiere decir que tengo que secuestrarla.

-Exactamente.

-¿Cuánto pagará por eso?

-No voy a pagarte más.

-Si no me paga, dé el trabajo por zanjado y se queda sin la chica y sin el collar.

-De acuerdo- dijo el noble resignado- te daré otra bolsa de dinero.

-Dos.

-Vale, serán dos. Espero que lo consigas esta vez.

-Lo conseguiré.

El noble volvió dentro y el Depredador se quedó solo. Después se fue al hostel donde se estaba quedando, atacaría por la mañana.

-Edward, me estoy asfixiando- dijo Sairin algo pálida al verse rodeada de gente.

Edward la cogió por un brazo y la sacó rápidamente del salón.

-¿Te sientes mejor?- le preguntó una vez fuera, en el recibidor.

-No, necesito salir al jardín.

Él la acompañó fuera y Sairin aspiró profundamente mientras recuperaba su color habitual poco a poco.

-¿Qué tal ahora?

-Mejor... gracias por sacarme de ahí- dijo ella mostrando una sonrisa tímida.

-Demos un paseo, te sentará bien.

Sairin asintió y se pusieron a andar por el jardín.

-¿Puedo preguntarte algo?- le preguntó Edward.

-Claro.

-¿A qué se debe ese miedo por los sitios cerrados y las aglomeraciones? ¿Qué te pasó para que tengas ese miedo?

-Este miedo me viene de pequeña. Cuando cumplí los siete años, mi tía me llevó a su casa de campo. Ese día, según llegué, salí a dar un paseo por el bosque hasta que llegué a un pozo. Ilusa yo, me asomé y caí dentro. Estuve allí cerca de dos días. Fue insoportable, pensé que las paredes se me caían encima. De ahí viene la cicatriz que tengo en la pierna y la de la espalda.

-Ya veo, debiste de pasarlo muy mal.

-No sabes cuanto, llegué a pensar que no me encontrarían nunca pero ¿y tú? ¿Tienes algún miedo?

Edward miró el horizonte pensativo.

-Bueno, pues la verdad no sé, que yo sepa no tengo ninguno.

-No sabes la suerte que tienes...

-Tiene que haber alguna forma de que lo superes.

-No creo.

Ambos siguieron andando hasta que él se detuvo. Ella lo miró y entonces él la atrajo hacia sí. Edward la miró a los ojos y posó sus labios en los de Sairin. Un beso apasionado y con furia pero tan dulce a la vez que ella perdió la noción del tiempo y del espacio. En ese momento sólo existían ellos dos.

Edward actuó con posesión sobre ella, su deseo se desbocaba al igual que la tirantez de sus pantalones. Necesitaba poseerla ya que estaba perdiendo el control de sí mismo.

Procedió a poseerle con totalidad su boca, obligándola con la lengua a entreabrir los labios, hasta que ella, sumisa, los abrió para que Edward explorara y saboreara su interior. Un calor bajó desde su vientre hasta la zona oculta entre sus muslos lo que le produjo una alteración en todas sus terminaciones nerviosas y notó que su feminidad palpitaba con tal fuerza que

le dolía. También notó como sus pezones se endurecían y le tensaban la zona del vestido que los ocultaba.

Las hábiles manos de Edward acabaron acunando los pechos y con sus pulgares jugaba con los pezones a través de la tela. Sairin se arqueó para recibir más de esas caricias expertas. El bulto de los pantalones de Edward le tocaba el vientre y provocó un intenso estremecimiento. De los pechos, las hábiles manos de él pasaron a la espalda para bajar lentamente y abarcar luego las nalgas de ella mientras le besaba el cuello con intensidad mientras Sairin enredaba sus dedos en los suaves rizos de él.

-Te deseo, Sairin, te deseo tanto que me duele- dijo él en un ronco susurro.

Ella sin saber por qué hizo la cabeza hacia atrás para que él pudiera acceder mejor a su cuello y dijo:

-Oh, Edward...

-Dime que me deseas tú también.

Sairin no tenía capacidad para pensar en ese momento y le hizo caso.

-Te deseo, Edward.

Estas palabras fueron la mecha que prendió la llama de la pasión y Edward la arrastró hasta apoyarla contra un árbol sin dejar de besarla para luego tocarla sin piedad por todo el cuerpo.

Sabía que tenía que controlarse, no podía arrebatarse la inocencia a Sairin así, en un jardín apoyada en un árbol y bajo un falso compromiso. Sus manos estaban subiendo la falda del vestido cuando se oyó un gran estruendo y los gritos de varias damas en el interior de la mansión.

Edward y Sairin se separaron y miraron la casa. Entonces, él la cogió de la mano y entraron en la casa, donde todos los invitados se encontraban en el recibidor.

-¡Sairin! ¿Dónde estás?- se oía la voz preocupada de Julie.

Sairin miró a Edward y luego dijo:

-¡Aquí estoy!

Julie se acercó con cara de preocupación y la abrazó.

-Menos mal que estás bien.

-¿Qué pasó?

-La lámpara de araña del salón cayó del techo, creemos que ha cogido a alguien pero no sabemos a quién.

-Señora Brockway, ¿ha visto a mi hermano?- preguntó Edward.

-No, no lo he visto desde el comienzo de la fiesta.

-¡Maldición!

Edward entró en el salón y miró hacia el lugar donde cayó la lámpara, allí encontró a Jake en el suelo con un pie atrapado por la lámpara, Catherine estaba a su lado. Estaba muy pálida y parecía a punto de desmayarse. Unos lacayos con la librea azul y dorada de la familia Avery estaban intentando apartar la lámpara.

-Jake...- susurró Catherine.

-¡Sairin! ¡Entra!- gritó Edward ayudando a los lacayos.

La joven entró y vio a su amiga, luego miró a Edward, este señaló con la cabeza a Catherine y ella supo enseguida lo que tenía que hacer.

-Cathy, salgamos de aquí, necesitas tomar un poco de aire y un té- dijo cogiéndola por el brazo.

Catherine conmocionada se dejó guiar por su mejor amiga hasta que salieron de la sala.

-Venga, Jake, aguanta un poco- le dijo Edward.

-Vaya ánimos- dijo Jake aguantando el dolor de la pierna.

Finalmente, le quitaron la lámpara de encima y Edward ayudó a levantar a su hermano.

-Avisad al doctor y llevadle a la habitación donde se aloja mi hermano- dijo Edward a los lacayos.

-Estos asintieron y salieron de allí mientras Edward llevaba a Jake a sus aposentos.

Sairin y Catherine estaban en un pequeño saloncito llamado el Salón Verde, que como su propio nombre indicaba estaba decorada con todos los tonos posibles de verde que existen.

Allí, una sirvienta había llevado un carrito con el té y Sairin sirvió dos tazas, para luego servirle una a su amiga que no dejaba de temblar.

-Ya está, Cathy, ya pasó todo, anda, tómate este té, te sentará bien.

-Iba a caer encima de mí- dijo Catherine a punto de llorar- él me empujó y le cayó encima.

-Cathy, se pondrá bien, de verdad.

-Pero estaba atrapado... su pierna estaba atrapada y no podía sacarla.

A Catherine le temblaban tanto las manos que desparramó un poco de té en el platillo donde reposaba la taza. Sairin se sentó a su lado y le quitó el platillo, lo depositó encima de la bandeja, luego abrazó a su amiga. Ésta lloró amargamente.

El miedo se había apoderado de su amiga pero Sairin no podía apartar el pensamiento que bullía en su cabeza. ¿Sería casualidad la caída de la lámpara o estaba destinada a ella misma?

Una cosa estaba clara, si no era casualidad, estaba segura de que era para ella y no para su mejor amiga, aún así, no dijo nada y se dispuso a consolar a su amiga.

-Amiga, vamos a verle...- dijo Catherine de repente.

-Será mejor que lo veamos mañana, necesitas descansar, ha sido una noche muy movida.

Catherine por fin se había fijado en el rostro de su amiga, tenía los labios hinchados, el pelo desordenado y un ligero rubor cubría sus mejillas. Logró mostrar una sonrisa sincera.

-Veo que no ha sido movida solo por lo de Jake...- dijo Catherine limpiándose las lágrimas.

Sairin se ruborizó más de lo que estaba. No se había dado cuenta de su aspecto hasta que se vio en el reflejo de la ventana que tenía cerca. Rápidamente se pasó las manos por los cabellos y miró al suelo, avergonzada.

Catherine la obligó a mirarla y dijo en tono solemne.

-No sientas vergüenza, querida, te has besado con un hombre ¿y qué?

-Hay problema, amiga.

-¿Qué problema puede haber en un simple beso?

-Que el deseo que siento hacia él es mucho más fuerte que un simple beso, he estado a punto de dejarme llevar y casi hacemos el amor en el jardín.

-No me lo puedo creer- dijo Catherine más que asombrada- pero ¿cómo...?

-Ay, amiga, no podía controlarlo ni controlarme, solo quería que me tocara más y que saciara el ardor que sentía en mi interior. Lo necesitaba.

-Pero, Sairin, sabes que si haces el amor con él, se vería en la obligación de casarse contigo y en el caso de que te abandonara, no podrías buscarte un marido. ¡Podría dejarte embarazada!

-Lo sé, sé que no puede suceder pero yo quiero estar con él, no con otro hombre. Si me caso con otro seré desgraciada porque sé que podía haber estado con Edward mientras que a mi marido no lo querría y lo compararía con él.

-Ya pero piensa primero lo que haces, ¿por qué no hablas con él?

-¿Hablar con él?

-Claro, dile lo que sientes.

-No, Cathy, él no me querría, lo máximo que podría hacer por él sería darle un heredero y nada más, yo quiero casarme por amor.

-Otra vez con eso, no todas las historias deben acabar bien y lo sabes... anda, vayamos a acostarnos, ha sido un día muy largo.

-Sí, vamos.

Ambas se levantaron del sillón y se fueron a sus aposentos.

15

El doctor salió de la habitación de Jake dejando a este y a su hermano, solos. Jake tenía el pie derecho vendado y reposaba sobre algunos cojines. Edward, entonces se sentó a su lado.

-Edward, puedes irte, voy a estar bien.

-No tengo sueño, Jake.

-Qué raro...- murmuró sarcásticamente- ¿qué es ahora? Mi pierna seguro que no es...

-¿Cómo no va a ser tu pierna? Esa lámpara podría haberte matado...

-Pero no lo hizo, estoy vivo y coleando.

-¿Sabes que podrías quedarte cojo de por vida?

-Eso sí que son ánimos, ¿sabes la cantidad de damas que me visitarán ahora que estoy aquí con una herida de guerra?

Edward enarcó una ceja.

-¿Herida de guerra?

-Claro, he salvado a lady Catherine de haber muerto por una lámpara. He salvado a una damisela en apuros.

-Ya veo ya.

Edward se masajeó las sienes con los dedos, estaba muy cansado y desde que entraron en el salón, no volvió a ver más a Sairin. Sabía que estaba con Catherine Rowling pero aún así, no quería perderla de vista ni un segundo.

-¿Qué te pasa ahora?

-Nada, Jake...

-A mí no me engañas, ¿qué pasó con lady Sairin?

-He estado a punto de robarle la inocencia...

Jake lo miró sorprendido, nunca había visto a su hermano tan atormentado por la presencia de una mujer. Siempre había sido un hombre con entereza, difícil de sacarlo fuera de sí. Un hombre firme como un castillo pero ahora, con la presencia de Sairin se estaba desmoronando poco a poco.

-¿Sabes el riesgo que corres si la desfloras?

-Claro que lo sé.

-Pues ten cuidado, amigo mío...

-Tú menos que nadie debes darme consejos, que cualquier día me viene una de estas damas diciéndome que la has dejado embarazada.

-No digas eso ni en broma, además, nunca me he acostado con ninguna de ellas...

-De todas formas. Pero bueno, mejor descansa.

-Tú también.

Edward se levantó y se dirigió a la puerta, antes de salir respondió:

-Eso espero.

Dicho esto, salió y cerró la puerta. Edward se dirigía a su habitación pero al ver la puerta de Sairin se acercó para ver si ella volvía a hablar en sueños. Pegó la oreja a la puerta y no oyó nada.

Puesto que no oyó nada, se metió en su habitación y sin cambiarse se acostó en la cama con las manos bajo la nuca y se puso a mirar al techo.

Se estaba volviendo loco de deseo por Sairin pero aún así no podía robarle la inocencia de esa manera. Era un falso compromiso y debía llegar virgen al matrimonio.

Al pensar en verla con otro hombre sintió una punzada de celos que era poco frecuente en él. Pero sabía que él no era para ella, él era un libertino y ella buscaba un esposo fiel. Él nunca sería ese hombre porque veía una falda y ya iba tras ella a pesar de aparentar otra cosa.

No. Lo mejor era dejar las cosas como estaban y olvidarse del deseo.

Sairin no podía dormir. No hacía más que dar vueltas en la cama pensando en lo que estuvo a punto de pasar en el jardín.

Él la deseaba.

Notaba la tensión de él cuando lo tocaba y también había notado el bulto de sus pantalones en el vientre. Aunque el deseo corriera por sus venas, no podría entregarse a él. Destrozaría su vida y nunca tendría un marido, también corría el riesgo de quedar embarazada.

Un bebé de Edward, con sus ojos verdes y su boca tan seductora.

No. No debía hacerse ilusiones, tenía que obligarse a no pensar en eso o desearía con todas sus fuerzas acudir al lecho de Edward.

Debía conservar su virginidad para su futuro marido. Un marido que no sería Edward. Él no la quería como ella lo quiere a él. Él era un hombre que iba detrás de cualquier falda.

Los celos se apoderaron de ella al imaginárselo con otras mujeres.

La joven miró a través de la ventana y de repente se desató una tormenta con estruendosos truenos y relámpagos. Uno de ellos iluminó toda la habitación y vio una sombra en la ventana.

Sairin asustada gritó con fuerza y se levantó de la cama para coger el atizador que estaba junto a la chimenea.

-¿Quién anda ahí?- gritó ella con el atizador en la mano.

La puerta se abrió en ese momento y fue a golpear al intruso con el atizador cuando vio que era Edward.

-Sairin, ¿qué pasa?

-He visto algo en la ventana...- dijo ella temblando de miedo.

Edward se acercó con la lámpara de aceite de ballena a la ventana pero no vio nada.

-Aquí no hay nada.

Sairin soltó el atizador y se quedó de rodillas en el suelo comenzando a llorar.

-Me estoy volviendo loca... no puedo soportarlo más.

Edward se acercó a ella y la cogió por los brazos para incorporarla.

-No te estás volviendo loca, es el miedo que se apodera de ti y es normal.

-Oh lord Edward, ¿qué puedo hacer? No quiero vivir con temor toda mi vida, quiero poder vivir en paz, casarme y tener hijos como toda mujer desea, no vivir de este modo con el miedo atenazando mi cuerpo y en peligro constante.

Edward la abrazó pero no con deseo sino con cariño. Una idea surgió en su mente pero era muy arriesgado. Quería protegerla pero no dañar su reputación.

-Intenta descansar.

-No puedo, la caída de aquella lámpara no era casualidad, era un nuevo ataque contra mí, lo sé, algo me dice que es así.

-No pienses eso, Sairin. Lo que debes hacer es relajarte, además, como bien viste ninguna persona reaccionó mal ante el collar.

Sairin lo miró con los ojos brillantes por las lágrimas.

-Lo siento, me estoy comportando como una niña- dijo mientras se limpiaba las lágrimas y se separaba de él.

Él la siguió con la mirada hasta que la vio sentarse en la cama.

-Descansa, lo necesitas.

-Sí, quizás tengas razón.

-Buenas noches, Sairin- dijo Edward acercándose a la puerta para salir.

-Buenas noches- dijo ella y suspiró.

Se había quedado profundamente dormida al fin. Edward salió con cuidado de no hacer ruido y volvió a su habitación.

A la mañana siguiente, Sairin se despertó temprano pero se quedó acostada hasta que vino Gabriella. Ésta la ayudó a vestirse con un precioso vestido mañanero color amarillo claro de cinturilla alta y acabado en encajes en las mangas cortas.

Se sentó ante el tocador y se puso dos peinetas de concha a cada lado para despejarse la cara y el pelo le caía en cascada por la espalda. Cuando estuvo lista bajó a desayunar.

El comedor era amplio, dispuesta con una larga mesa en el centro y una gran cantidad de sillas donde ya estaban casi todos los invitados desayunando. Sairin buscó a Edward con la mirada y se sentó a su lado.

-Buenos días- dijo Edward.

-Buenos días, lord Edward.

-¿Logró conciliar el sueño anoche?

-Sí... gracias por preguntar.

-¿Le pasa algo?

-Tengo un mal presentimiento.

-No se preocupe por nada, yo la estoy protegiendo.

-Sí pero los hombres os iréis de caza ahora cuando terminéis de desayunar.

-Si me pide que me quede lo haré.

Sairin bajó la mirada ruborizada.

-No quiero estropearle la salida, además, quiero visitar a su hermano.

-¿Está segura?

-Sí, de verdad, vaya y disfrute de la cacería.

-De acuerdo pero vendré más temprano que los demás ¿le parece?

-Está bien.

-Ahora desayune que está un poco pálida.

-Sí.

La joven desayunó y luego con Catherine fueron a ver a Jake. Tocaron en la puerta de la habitación de él.

-Adelante.

Las dos jóvenes entraron y se encontraron a Jake que estaba tendido en la cama.

-Oh Jake- Catherine se acercó a él y le cogió la mano- cuanto lo siento, de verdad.

-Lady Catherine- dijo Jake- no se preocupe por nada.

-Pero se ha hecho daño en la pierna por mí, por salvarme.

-Tranquila, además no podía dejar que esa lámpara la matara.

-Muchas gracias.

-De nada.

Sairin entonces se acercó a la cama.

-¿Cómo te encuentras?- preguntó ella.

-Bien, me duele un poco pero se puede soportar.

-¿Cabe la posibilidad de que...?

-¿De que quede cojo? Hay muchas probabilidades pero a lo mejor con un buen reposo me recupero y quedo bien.

-Espero que te recuperes bien.

-Gracias.

Después de un rato, las dos fueron al jardín. Allí estaban casi todas las mujeres tomando el aire y charlando sin parar. Las dos se pusieron a caminar. De repente, se oyó un disparo y la bala rozó la espalda de Sairin la cual cayó al suelo mientras las demás damas gritaban asustadas.

-¡Sairin!- gritó Catherine arrodillándose al lado de su amiga.

Esta tenía una mancha de sangre en la espalda. Catherine le puso las manos en la herida.

-Cathy...- dijo Sairin mordiéndose el labio inferior para aguantar el dolor.

-Tranquila, amiga, ¡avisad al médico! ¡Rápido!

Unos lacayos que había cerca salieron corriendo.

16

Los lacayos llegaron a la salida y se encontraron con lord Edward que se bajaba del caballo.

-Señor, ¿los señores se encuentran muy lejos?- preguntó uno de los lacayos algo menudo de estatura con el pelo rubio y los ojos grises.

-Un poco ¿por qué?

-Porque tiene que venir el doctor, una de las señoritas ha recibido un disparo.

Edward lo miró y lo cogió por la librea.

-¿Dónde está?

-En el jardín, señor.

Sin darle tiempo a más, Edward corrió hacia donde estaban todas las mujeres y vio a Sairin tendida en el suelo con Catherine a su lado.

-¡Sairin!- Edward se acercó y se arrodilló.

-Edward...

-Tranquila, ya han ido a buscar al doctor.

Edward le miró la herida.

-¿Están muy lejos? Quiero decir, los hombres- preguntó Catherine preocupada y con las manos llenas de sangre.

-Un poco pero vendrán enseguida, aguanta Sairin.

-Llevala a sus aposentos- dijo la señora Avery.

-Tiene razón, no quiero seguir viendo un espectáculo semejante- corroboró Isabella Greyson con cara de asco.

Edward cogió a Sairin en brazos y la llevó a su habitación.

-Lo siento, Sairin, no tuve que haberme ido, perdóname.

Sairin tenía los ojos cerrados y no contestaba. Al llegar, la tendió de lado y tapó la herida con las manos hasta que el médico vino. Tuvieron que romperle el vestido y bajarle la camisola para curarle la herida. Edward pudo ver la cicatriz que ella le había dicho. Ahora se le quedaría otra por culpa de esa herida.

-¿Es muy grave, doctor?

-No, por suerte ha sido una herida superficial.

-Entonces se pondrá bien.

-Sí.

-Pero entonces ¿por qué está inconsciente?

-Debido al impacto pero se recuperará.

El doctor la curó y luego se fue, no sin antes decirle que se pasaría por ahí más tarde. Al momento, Sairin abrió los ojos. Intentó girarse pero el dolor atenazaba su espalda.

-¿Qué... me ha... pasado?- preguntó casi en un susurro.

-Sairin, al fin despiertas.

-Me duele mucho... la espalda.

-Lo sé, recibiste un disparo pero por suerte solo te rozó- ambos permanecieron en silencio durante un rato, luego él dijo- lo siento, Sairin, de verdad que lo siento.

Julie entró en ese momento con una bandeja de té.

-Mi querida Sairin, menos mal que estás bien- dijo su tía.

-Gracias... tía.

-¿Te duele mucho?- preguntó sentándose a su lado.

-Sí... me duele.

-Bueno pero te pondrás bien y eso es lo que importa.

Edward miró a Sairin y sintió una punzada de culpabilidad por lo del disparo y una idea surgió en su mente, así podría reparar el daño que había hecho dejándola sola y sin vigilancia.

-Señora Brockway, ahora que está aquí quiero que me dé su permiso para casarme con lady Sairin.

Sairin y Julie lo miraron. Sairin se incorporó un poco pero su tía la obligó a tenderse de nuevo al ver la mueca de dolor en la cara de su sobrina.

-¿Qué? Pero lord Edward, nuestro compromiso es falso- dijo la joven.

-Ya lo sé pero me siento responsable de lo que le ha pasado y necesita protección. La gente empieza a especular sobre nuestra relación. No han visto un anillo y ya hay rumores de embarazo, incluso.

Sairin miró a su tía, sorprendida. No podía ser que la gente rumoreara esas cosas sobre ella.

-Lord Edward dice la verdad- dijo Julie como si hubiera leído el pensamiento de su sobrina- yo he detenido algunos rumores pero no todos.

-¡Oh Dios mío! Esto no puede estar pasando...

-Es la verdad, querida...- dijo Julie.

-Lady Sairin- dijo Edward cogiéndole la mano- la mejor manera de acallar los rumores es que nos casemos.

-Pero, esto era un falso compromiso...- dijo Sairin con la mirada perdida.

-Lo sé pero es la mejor solución porque si rompemos el compromiso pondremos en entredicho su virtud y así no conseguirá un marido.

Sairin estuvo un rato callada y luego miró a su tía esperando una respuesta.

-Tía, tú tienes la decisión...

-Lord Edward, tiene mi permiso para casarse con mi sobrina.

-Bien- dijo Edward- enviaré una carta al Ministerio para obtener un permiso especial y casarnos cuanto antes- si me disculpan.

Julie asintió y Edward salió de la habitación. Sairin miró a su tía.

-Cariño, sé que no va a ser lo que planeaste pero es la mejor solución.

-Tía Julie, me caso con el hombre al que quiero pero él a mí no- dijo Sairin tras un suspiro resignado.

-¿Te has enamorado de él?

-Desde siempre lo he estado. Soñaba con casarme con él pero no de este modo.

-Oh cariño... no te preocupes, es posible que algún día él se enamore de ti.

-Eso es imposible, es un libertino.

-Vamos, ánimate, querida. ¡Te vas a casar! Siempre habías soñado con tu boda. Podemos organizar alguna fiesta.

-Por favor, tía, quiero descansar un poco si no te importa- la cortó Sairin.

De acuerdo- dijo Julie dándose cuenta de que su sobrina no quería hablar del tema- descansa.

-Sí.

Dicho esto, Julie salió de la instancia dejándola a solas con sus pensamientos. Pronto sería una mujer casada. La señora Forrester, esposa de Edward Forrester. Sus sueños se hacían realidad pero no como ella había soñado. Se casaban por el compromiso de protegerla de los que quieren el collar y acallar también los rumores que corrían sobre ellos.

Una idea la alarmó sobremanera. ¿Qué sucedería la noche de bodas? Ella había oído algo relacionado con ella pero aún no se veía preparada para eso. ¿Y si luego se quedaba embarazada? Esta boda era solo un acuerdo breve y no podía quedarse encinta o de lo contrario ella ya no podría separarse de él una vez acabe el peligro que pesaba sobre ella.

Todo esto se le escapaba de las manos y de su entendimiento. Edward nunca sería feliz con ella y se buscaría una amante para satisfacer sus instintos más bajos. Este pensamiento le provocó un fuerte dolor en el corazón y una punzada de celos.

Ahora lo que importaba era casarse con él y evitar por todos los medios quedar embarazada.

Con todos esos pensamientos se quedó dormida.

Edward escribió la carta y se la dio a un lacayo para que la llevara a Londres.

No podía dejar de pensar en la cara de asombro de Sairin cuando le dijo a Julie Brockway que aceptara que su sobrina se casara con él. Era del todo inapropiado teniendo en cuenta lo libertino que era. ¡Maldita sea! Desde que ella estaba en su casa no había vuelto a acudir a un burdel en busca de una mujer para satisfacer sus deseos y las ganas de satisfacerlos no era pocas.

Se dirigió a la licorera que tenía el señor Avery en su despacho y se sirvió una copa de brandy. Se asomó a la ventana del despacho con la copa en la mano. Todo lo ocurrido había sido muy precipitado pero si las sospechas de Sairin eran ciertas, entonces hubo dos ataques contra ella en Avery Hall en dos días seguidos.

Nunca entró en sus planes llevar a cabo la boda con ella pero se vio en la obligación de hacerlo puesto que no solo quería protegerla de cualquier peligro sino también para acallar los malditos rumores que corrían sobre ellos por todo Londres.

Sabía que ella no deseaba ese matrimonio aunque llegara a pensar lo contrario con las reacciones de ella ante sus besos y sus caricias. Pero ahora sabía que era las sensaciones nuevas de una mujer virgen y que siempre soñaba con un matrimonio por amor y no para ser protegida de una amenaza constante. La causa de este acto no solo se refería a esos dos problemas, también estaba el hecho de que la deseaba hasta el dolor y no podía soportar estar cerca de ella sin tocarla, sin saborearla como lo hacía en sus sueños.

-Felicidades...- se oyó una voz detrás de él.

Edward se giró y miró a la persona que se sentaba en uno de los sillones que habían repartidos por la amplia habitación.

-Isabella, ¿cómo te has enterado?

-Oí como se lo decía su tía a todos.

-Bueno, es normal, es su sobrina la futura novia.

Ambos permanecieron en silencio un momento y ella se levantó para acercarse.

-¿Por qué la elegiste a ella? Yo soy mucho más bella y lo sabes.

-Isabella, la boda no es sólo por la belleza de ella, ella es mi prometida y ahora será mi esposa.

-Pero me deseabas...- dijo ella pasando los brazos alrededor del cuello de él.

-Tú lo has dicho, te deseaba. Ya no.

-Por favor Edward, no te cases con ella, yo te quiero.

-Pero yo a ti no, Isabella, lo siento.

Edward se apartó de ella y apuró su copa de brandy.

-Sabes que puedo arruinar esa boda, puedo contar que me has estado seduciendo mientras estaba comprometido con Sairin.

-La gente sabe que será mentira porque eres una conspiradora.

Isabella lo miró incrédula.

-¿Yo? ¿No has pensado que a lo mejor es ella la conspiradora y no yo?

Edward la cogió con fuerza por los brazos y la miró, furioso.

-No vuelvas a decir eso de ella ¿está claro?

Isabella lo fulminó con la mirada y se soltó.

-¿Por qué? ¿Estás enamorado de ella?

Edward no contestó. En realidad no lo sabía. Lo que sabía era que la deseaba con locura y era la mujer más dulce que había conocido jamás. Una mujer que no se creía más de lo que era y sencilla pero a la vez muy hermosa. Una diosa pagana, eso era Sairin pero a pesar de todo eso, no podía estar enamorado de ella. La duda invadió su mente y su corazón que ahora se encontraba en disputa por saber si era real que la amaba o no.

-¡Dime! ¿Estás enamorado de ella? ¡Dímelo!- gritó ella enfadada.

-Estás formando un escándalo, Isabella.

-¡Me da igual! ¡Dímelo ya!

-¡Eso no te interesa! Ahora, vete.

Isabella dio un zapatazo en el suelo, enfadada y luego salió corriendo. Edward suspiro y se sirvió otra copa de brandy, aún con la pregunta que había formulado Isabella en su mente.

17

El Depredador corrió hasta el bosque con su caballo y llegó a un lago donde se reuniría con el hombre que lo había contratado. Se bajó del caballo y lo acercó al lago para que bebiera agua.

Al momento, apareció el noble montado en su caballo.

-Al fin aparece- dijo el Depredador.

-No me metas prisas, yo mando sobre ti, te lo recuerdo- dijo el hombre.

-Perdone, mi señor- dijo el Depredador irónico.

-Tú disparaste a la chica ¿verdad?

-Sí pero no pretendía matarla por eso apunté de manera que sólo la rozara.

-Muy bien porque yo intenté que le cayera la lámpara del salón de baile pero no estaba cuando cayó y casi le cae a la amiga encima. Bueno, también podría deshacerme de ella, no la soporto.

El Depredador lo miró y lo cogió por la levita con furia.

-¿Cómo ha dicho?

-Tranquilo, hombre.

-¿Tranquilo? Estuvo a punto de matar a otra mujer ¿y me dice que esté tranquilo?

-¿Tú no matas a gente por dinero?

-Sí pero solo mato a esa persona y no a una persona inocente. No la vuelva tocar o yo me encargaré de matarlo a usted.

-Ni que te hubieses fijado en la mujer...

-Me da igual lo que piense pero no la toque.

-De acuerdo. ¿Tienes algún plan para atrapar a la otra?

-Estoy pensándolo.

-Siempre me dices lo mismo ¿no será una excusa?

-No son excusas, espero que no toque a la mujer. Ahora me tengo que ir- dijo soltándolo finalmente.

-Seguiremos comunicados.

-De acuerdo.

El Depredador se montó en su caballo y se marchó al galope. Luego, el noble al verlo desaparecer, hizo lo mismo.

El domingo llegó sin incidentes y Edward no se separaba de Sairin. La joven que ya no aguantaba más se levantó.

-Sairin, ¿qué haces?

-No puedo estar acostada, necesito moverme un poco.

-La herida aún está abierta.

-Edward, no puedo permanecer acostada ¿o si no cómo me iré de aquí hoy?

-Te hubiera llevado en brazos.

Sairin abrió los ojos desmesuradamente.

-Edward, eso no sería adecuado y lo sabes.

-No entiendo por qué, vas a ser mi esposa.

Una esposa que no deseas, pensó ella.

-De todas maneras... ¿quieres dar más credibilidad a los rumores?

-Que les zurzan a los rumores que inventa la gente aburrída que no tiene nada que hacer.

-Hay que preparar el equipaje para irnos.

-De eso se puede encargar Gabriella.

-Sí pero hace un rato que no la veo.

-Pues debería estar aquí- dijo Edward ceñudo.

-La veía un poco triste cuando me trajo el desayuno.

-Supongo que vendrá ahora, venga, descansa un poco o se te abrirá la herida.

Edward se acercó a ella y le cogió la mano para llevarla hasta la cama. Sairin lo miró y sintió una punzada en el corazón. Era amor puro, cosa que él nunca sentirá por ella y le dolió mucho pensarlo. Se acostó de nuevo en la cama.

-Iré a buscar a Gabriella para que prepare tu equipaje, tú descansa.

-De acuerdo...- dijo ella.

Entonces, Edward salió de la habitación y bajó las escaleras en busca de Gabriella.

Gabriella estaba en el cuarto que le asignaron en la planta baja para la servidumbre. Estaba de rodillas con los brazos cruzados sobre la cama y la cabeza apoyada en ellos, llorando.

Se iban a casar y ella no podía hacer nada. El amor de su vida se casaría con esa mujer.

-Te odio, Sairin Lindsey, no sabes cuánto te odio- dijo Gabriella sin dejar de llorar.

De repente, alguien tocó en la puerta.

-¿Gabriella? ¿Estás ahí?

Era Edward. Rápidamente se limpió las lágrimas y se acercó a la puerta.

-Enseguida abro- parpadeó varias veces y abrió la puerta- ¿deseaba algo, señor?

-Sí, ve a preparar el equipaje de lady Sairin. Nos iremos en cuanto esté todo listo ¿entendido?

-Sí, señor, enseguida voy.

-Bien- él se fijó en los ojos enrojecidos de la chica- ¿te encuentras bien?

-Sí, sólo es un pequeño resfriado que tengo.

-¿Segura?

-Sí, señor.

-De acuerdo.

Edward, entonces, se fue. Gabriella lo miró fijamente. No iba a dejar que lady Sairin se saliera con la suya, haría lo que hiciera falta para separarlos o por lo menos que ella se ganara el odio de él.

Después de eso, ella salió de la habitación y fue a la de Sairin a preparar el equipaje.

Cuando todo estuvo listo, todos se subieron en el carruaje y pusieron rumbo a la mansión de Edward.

Pasaron unos días y llegó el día de la ceremonia. Sairin se encontraba en su habitación, vestida de novia con un vestido blanco con ribetes celestes y un lazo debajo del pecho del mismo color. El pelo lo tenía recogido en un moño de estilo griego con lazos entre los rizos iguales que el vestido.

Se miraba en el espejo de cuerpo entero y aún no podía creer que iba a ser la señora Forrester. Que sería una mujer casada con un hombre que no la amaba. Se casaban por compromiso, por protegerla del peligro en el que se encontraba.

Con esos pensamientos, casi no oyó que tocaban en la puerta. Al darse cuenta, dejó de mirarse y se acercó a la puerta para abrirla. Era su tía Julie.

-Cariño, todos te estamos esperando abajo.

-Enseguida bajo, tía- dijo la joven con tristeza.

Su tía al verla tan afligida, entró y la abrazó.

-Todo va a salir bien, querida, se enamorará de ti y te amará como nunca nadie lo había hecho antes.

-Tía, se casa conmigo pero nos divorciaremos cuando todo el peligro pase...

-Eso no lo sabes, Sairin, nunca adelantes acontecimientos.

-Tía... tengo miedo.

-Miedo ¿a qué?

-A lo que pueda pasar esta noche, a la noche de bodas.

-Si tú no quieres hacer algo, lord Edward no te obligará, de eso estoy segura.

-Ya pero...- dijo la chica dudosa- bueno, olvídalo, tienes razón, si yo no quiero, él no me hará nada.

-Pues bajemos, entonces- dijo Julie.

-Yo bajo ahora, tengo que acicalarme un poco.

-De acuerdo pero no tardes y coge el ramo.

-Sí, ya voy.

Julie salió de la habitación y Sairin volvió a mirarse en el espejo, cogió el pequeño ramo que le había traído su tía, un precioso ramo de rosas rojas, y salió de la habitación.

Bajó las escaleras y entró en el salón, allí estaban, Edward, el párroco, Julie, Jake, Catherine y el servicio. Mordiéndose el labio, entró y se acercó a Edward quien la miró y le dijo:

-Estás preciosa.

Sairin mostró una leve sonrisa y miró al párroco. Fue una boda rápida que ella no pudo disfrutar en todo su esplendor, pronunció los votos como si repitiera una lección de historia.

Entonces, el cura pronunció las palabras que finalizaban la ceremonia.

-Por el poder que me ha sido concedido, yo os declaro, marido y mujer- luego miró a Edward y dijo- puede besar a la novia.

Edward miró a Sairin y le dio un casto beso en los labios y rápidamente se separó de ella. Firmaron los papeles y el párroco se fue no sin antes brindar con ellos por el matrimonio. Esa noche harían una cena especial y más adelante harían una fiesta por la boda.

-¿No estás contenta?- le preguntó Edward mientras cenaban a Sairin.

-¿Acaso tengo que fingir estarlo? Todos sabemos que este matrimonio es una farsa.

-Aunque sea una farsa, creo que toda mujer sueña con su boda ¿no?

-Sí pero no una boda en estas condiciones...- Sairin cerró los ojos y luego los abrió- lo siento, milord, no es que me alegre de estar casada, es solo que

hoy no estoy de humor.

-No me digas milord, llámame Edward, recuerda que somos marido y mujer, Sairin.

La joven lo miró, su nombre sonaba tan bien en los labios de él que le arrancó un suspiro. Era su marido, debería estar contenta por el hecho pero se sentía desdichada. Por mucho que ella lo amara no podía negar que tarde o temprano tendría que separarse de él porque el peligro habría pasado y eso le dolería mucho.

-Edward, no me encuentro bien, todo esto ha sido demasiado rápido y no me he recuperado de la impresión, ¿podrías excusarme ante nuestros invitados?

-¿Qué te pasa?

-Nada pero estoy cansada...

-Ya...- dijo Edward con los ojos entrecerrados.

-Es la verdad, anoche no dormí y me siento muy cansada.

-Pues ve a nuestra habitación que yo voy ahora.

-¿Nuestra habitación?

-Claro, ahora somos marido y mujer y debemos dormir en la misma habitación.

-Pero...

-No me pongas excusas, querida, tenemos que aparentar ser un matrimonio feliz ante todo el mundo ¿o quieres que la servidumbre cuente a todo el mundo que nuestro matrimonio es un fracaso? Recuerda que hay alguien ahí fuera que pretende matarte.

Sairin permaneció callada durante un instante, luego suspiró y dijo:

-De acuerdo, iré a nuestra habitación.

-Es la mía.

Dicho eso, ella se levantó y se dirigió a la habitación de Edward.

18

Sairin entró en la habitación, miró a su alrededor, su baúl estaba delante de la cama. Una cama que recordaba perfectamente. La cama en la que durmió la primera noche que fue a esa mansión. Buscó su camisón y se cambió.

Antes de que ella apartara la colcha para acostarse, la puerta se abrió y apareció Edward. Rápidamente, ella se metió en la cama y se tapó hasta el cuello a pesar de que su camisón ocultaba todas sus curvas.

Él se acercó lentamente y se puso por el lado donde ella estaba acostada, cosa que hizo a Sairin cambiarse de lugar y ponerse al otro lado.

-¿Me tienes miedo, Sairin?

-¿Miedo? No, ¿por qué?

-Porque huyes cuando me acerco a ti.

-Bueno, es que...

-¿Qué?

-Que sé lo que vas a hacer y no te lo pienso permitir...

Edward sonrió y preguntó como si no lo supiera.

-¿Qué es lo que voy a hacer?

-Pretendes tener una noche de bodas y no lo consentiré. Esta boda sólo ha sido un trato, no tienes que hacer nada conmigo.

Edward puso una rodilla en la cama, hundiéndola bajo su peso. Sairin abrió los ojos, sorprendida y se alejó un poco más. Él se acercó y ella se hizo más para atrás.

Estuvo apunto de caer pero él fue más rápido y la agarró de la cintura, quedando tan pegados que podían notar los latidos del corazón del otro. Edward bajó la mirada de los ojos de ella hasta sus labios, los cuales le tentaban a probarlos.

-Te deseo, Sairin, te deseo tanto...

Sairin tragó saliva con dificultad sin dejar de mirarlo, su respiración era agitada y no se explicaba por qué se sentía así. Era una sensación de vacío pero a la vez le llenaba los pulmones.

Notó la hinchazón de la entrepierna de él y se mordió el labio inferior.

-Tú también me deseas, lo sé... lo puedo notar, tu cuerpo arde porque te posea. Déjame poseerte, seré cariñoso contigo, te lo prometo.

Ante estas palabras, ella no se pudo resistir más y se dejó guiar por él. Edward la besó con una terrible dulzura que la dejó sin fuerzas para moverse. Entreabrió sus labios y ambos probaron el sabor del otro, uniendo sus lenguas en un juego erótico que les aumentaba el deseo. Las manos de él jugaron con el sedoso cabello de ella, quitándole la trenza que se había hecho para dormir.

En cambio, las manos de Sairin se apoyaron en los hombros de Edward, no sabía qué hacer. Seguidamente, las manos de Edward bajaron por la espalda de ella en una lenta caricia que a pesar de tener la tela del camisón de por medio, Sairin tembló de placer y gimió levemente.

Ambos se recostaron en la cama, ella debajo y él encima pero se apoyó en los codos para no aplastarla.

-Dime que me deseas, Sairin, dímelo...

-Te deseo, Edward...- susurró ella.

Él sonrió y se incorporó un poco para poder tocarle los pechos, los cuales ya estaban un poco hinchados y deseosos de ser probados. Sin esperar permiso de nadie, deshizo el lazo del cuello del camisón y lo subió para dejarla desnuda ante él. Sairin rápidamente se tapó, pudorosa.

-No tengas miedo, Sairin, recuerda que soy tu marido y nos deseamos.

Entonces, ella apartó sus manos poniéndolas a los lados dejándole la plena visión de sus hermosos y redondos pechos, donde reinaban unos deliciosos pezones rosados. Edward masajeó los pechos con suavidad y atrapó entre sus dedos los pezones mientras ella se arqueaba de placer.

El deseo de él aumentó hasta tal punto de que el pantalón le oprimía provocando un dolor extremo. Pero él siguió jugando con los pechos de la joven, succionando uno y luego el otro. Finalmente descendió desde el valle que había entre los pechos hasta el ombligo donde su lengua hizo círculos eróticos que la hizo estremecerse.

Después de eso, Edward pasó al monte de Venus de la joven y vio que ya estaba húmeda y caliente. Quería penetrarla ya pero ella era virgen y no quería hacerle daño, por lo tanto, primero le pasó la lengua por su feminidad y ella tembló de placer sin dejar de gemir.

-Oh, Edward...- dijo ella con una voz que no parecía la suya y sujetando firmemente la sábana entre sus manos.

-Relájate, querida... ahora te dejaré que me toques... quiero sentir tus manos en mi piel...

Sairin lo miró y llevada como por impulso, desabotonó la camisa dejando su gran torso al descubierto y lo acarició con una ternura placentera que le hizo suspirar.

-Me palpita todo el cuerpo, Edward...- dijo ella.

-Pero no quiero hacerte daño...

-Podré soportarlo pero no puedo más, siento que voy a reventar.

-Espera sólo un poco, querida, no quiero ir muy rápido en tu primera vez.

Sin decir más, volvieron a besarse con pasión. Ella enredó sus manos en el cabello de él mientras él con una mano se desabrochaba el pantalón para dejar su miembro libre de presión, luego las dos manos volvieron a los pechos de ella que volvió a arquearse, insinuante.

-Me vuelves loco, Sairin, loco de deseo por ti.

Ella gimió porque las palabras ya no le salían y su respiración se volvió entrecortada al notar como el miembro de él intentaba hacerse un hueco entre sus piernas.

-Ábrete para mí...

Sairin obedeció, su voluntad había desaparecido completamente y abrió sus piernas para que él tuviera libre acceso hacia su interior. Edward cogió su miembro y lo colocó junto a la pequeña entrada de ella. Entonces, comenzó a penetrar lentamente y ella gritó de placer. Edward sin poder soportarlo más metió por entero su miembro y vio como la cara de ella se desencajaba de un dolor placentero.

Permaneció unos segundos dentro para que ella se acostumbrara a él. Sairin notó como se llenaba completamente de él. Al principio fue bastante doloroso pero pronto se acostumbró porque el placer era mucho mayor y levantó las caderas para que él la llenara más. Él lentamente volvió a sacar el miembro y eso la decepcionó un poco hasta que volvió a meterlo dentro.

-Oh, Edward... sí...

Las lágrimas resbalaban por sus mejillas pero era lágrimas de alegría porque al fin era una mujer completa, ahora era la mujer en todos los sentidos de Edward.

Él comenzó con acometidas suaves y poco a poco fue acelerando el ritmo. Un calor intenso descendió por el vientre de la chica hacia abajo que elevó aún más las caderas y justo cuando estaba a punto de llegar a lo más alto, él se detuvo y la miró.

Sin decir nada, la agarró de la cintura y él se colocó debajo. Luego la puso a horcajadas sobre él y la hundió hasta el fondo. Ella, sorprendida, gritó

de placer y se movió levemente.

-Muévete, Sairin, yo sé que sabes hacerlo. Haz que lleguemos juntos al orgasmo.

Ella sin saber cómo, se movió más y más hasta que no pudieron más y llegaron al clímax casi al mismo tiempo. Primero ella y luego él pero Edward no salió de Sairin hasta que terminó de expulsar semen que dejó dentro de ella. Finalmente, él salió de ella y la recostó en la cama a su lado. Ambos estaban sudorosos y respiraban entrecortadamente. Edward nunca se había sentido tan lleno después de acostarse con una mujer. Sairin era la primera que le llenaba por completo y lo llevaba al clímax más profundo que había tenido en toda su vida. La miró y le limpió las lágrimas que recorrían sus mejillas.

Sin decir nada más, la besó en la cabeza y dejó que ella se apoyara en su hombro.

Al momento se quedó profundamente dormida, estaba agotada. Ni siquiera se levantó para lavarse la sangre que se había pegado a sus muslos, no le importó mucho y eso le provocó una inmensa ternura porque se dio cuenta de que no quería separarse de él.

Ya no podía seguir negándolo. La amaba. Amaba a esa joven tan vulnerable y fuerte a la vez.

Daba gracias al cielo porque la tía de Sairin acudiera a él y no a otro para que la cuidara y también agradecía el poder estar casado con ella. Pero algo se rebeló en su interior. ¿Y si ella no lo amaba? ¿Y si realmente ella sólo buscaba protección y él la había obligado a hacer el amor? Negó con la cabeza rápidamente para apartar esos pensamientos de su cabeza pero no lo consiguió.

Después de dormitar un poco, ella abrió y los ojos y lo miró fijamente.

-Edward...

-Dime- respondió él.

La joven se incorporó con atrevimiento y lo besó en los labios de nuevo mientras le acariciaba el torso cubierto de vello oscuro. Él sonrió y volvió a ponerse encima de ella. Había vuelto a avivar su deseo y la besó desde los labios hasta llegar al cuello y a los pechos.

Volvieron a hacer el amor apasionadamente y esta vez, a Sairin no le dolió porque su cuerpo ya se había acostumbrado al miembro de su marido.

Ella se sentía tan llena de él que no se dio cuenta de que él volvió a llenarla con su semen. Sólo podía pensar en la fantástica noche de bodas que

estaba pasando y deseaba que no acabara nunca.

Esa noche suponía una unión casi mística, dos cuerpos unidos en uno solo, en un solo corazón, en una sola alma. Una noche en la que reinaba el deseo y la pasión, donde sólo existían ellos dos y nadie más. La joven deseaba poder decirle a él cuánto lo amaba pero sabía que su amor no era correspondido e hizo que le doliera el corazón. No podía revelar sus sentimientos por nada del mundo. Los guardaría para ella siempre, como esa noche que estaba viviendo, la guardaría en su memoria y en su corazón. Mientras hacían el amor de nuevo, memorizó cada uno de los rincones de su cuerpo para cuando ya no estuviesen juntos.

Se permitió el lujo de explorarlo milímetro a milímetro y vio que tenía un lunar cerca del ombligo, incluso tenía un pequeña cicatriz en la palma de una de sus manos. No quería olvidar ningún detalle, incluso exploró el miembro erecto de su adorado esposo. Una larga y dura verga, la primera que entraba en ella.

En ese momento, deseó tener un hijo de él aunque sabía que no debía desearlo porque si no, él se vería obligado a no separarse de ella y ante todo, quería que él fuera feliz y no un desdichado que se veía obligado a buscarse amantes para saciar su deseo.

Pronto se aburrirá de ella y no quería darle problemas. Después de una larga noche de pasión, ambos se quedaron dormidos. Abrazados y desnudos, protegiéndose el uno al otro pero al día siguiente cuando Sairin despertó se dio cuenta de que estaba sola en la cama, cubriéndose con las sábanas se sentó y miró a su alrededor.

Nada había cambiado en su entorno pero ella se notaba distinta y sabía el por qué.

Era una mujer completa y una esposa en todos los sentidos. No solo de palabra y votos sino de cuerpo y alma y deseaba que fuera así por mucho tiempo pero sabía que pedía mucho y se lo reprochó.

19

Sairin bajó al comedor a desayunar. Cuando entró, Edward no estaba allí pero en la mesa estaba ya preparado su desayuno. Amanda entró para servirle a Sairin.

-Amanda, ¿sabe dónde está el señor?

-Salió muy temprano, señora, cogió el caballo y se marchó tan rápido como el viento.

Sairin bajó la mirada por un momento pero luego la miró y sonrió.

-Gracias, Amanda.

-De nada, señora.

Después de eso, Amanda salió del comedor rumbo a la cocina donde la esperaba un chaval de unos trece años para que le entregara la carta con la información que había obtenido para su señor. Luego le dio unas monedas al chico junto con la carta y este se fue de allí.

Tras esto, Amanda volvió a sus quehaceres. Sairin desayunó sola y luego fue a la biblioteca donde se puso a leer un libro.

Desde la ventana, alguien la vigilaba fijamente, sabía que estaba sola y que sería el momento adecuado para atraparla. Entonces, cogió una piedra y la lanzó contra la ventana.

Sairin, alarmada, se levantó rápidamente mirando hacia la ventana. Caminó de espaldas, buscando algo para defenderse y encontró en la pared un escudo con dos espadas. Cogió una de ellas entre sus manos, la cual paró en el suelo por su peso.

-¿Quién anda ahí?

De repente, un hombre, cubierto con una capa oscura y un sombrero, también oscuro, entró en la sala por la ventana que acababa de romper. Sairin levantó la espada con mucho esfuerzo y lo apuntó con ella.

-Ni lo intente- dijo el hombre.

-¿Quién sois?

-Soy el Depredador- dijo él- vengo a cumplir una misión.

-¿Usted es el Depredador?- preguntó Sairin, intentando ganar tiempo para poder salvarse- ¿es usted el mercenario más buscado de Inglaterra?

-El mismo pero no me entretenga... no intente gritar o le juro que esta daga, acabará clavada en su corazón- dijo el Depredador con una daga en la mano.

Sairin se sintió desfallecer.

-De acuerdo... no gritaré pero no me haga daño, yo no le he hecho nada, por favor, no me mate.

-No pretendo matarte, eso lo hará quien me contrató.

-No puede hacerme esto, señor, haré lo que sea pero no me haga daño y no me lleve ante nadie.

-De nada me van a valer sus súplicas, señora, por cierto, felicidades por su boda- dijo con cierta ironía en su voz.

-Se lo ruego, señor. Si lo desea hablaré con mi esposo para que le proteja de la ley pero no me haga nada.

El Depredador se acercó a Sairin, peligrosamente y le quitó la espada de las manos, tirándola a un lado. Sairin lo miró con mucho miedo y comenzó a retroceder lentamente. Este se acercaba más y más, dispuesto a dejarla fuera de combate para poder llevársela.

Edward llegaba de dar un paseo a caballo. No dejaba de pensar en el grácil cuerpo desnudo de su esposa.

Su esposa.

Aún no se podía creer que aquella maravillosa mujer fuera su esposa. Bien sabía que era un trato por protegerla pero su necesidad de poseerla iba más allá de su sentido del deber y no lo dudó ni un instante. Pero esa mañana, al despertar y verla, su deseo aumentó y tuvo que levantarse e ir a dar un paseo a caballo para relajarse.

Un paseo que le hizo bastante bien a su palpitante miembro. Estaba dejando a su caballo en las caballerizas cuando oyó un grito que provenía de la casa. Edward, rápidamente corrió a la casa donde los sirvientes salían hacia el pasillo principal. El grito se había producido en la biblioteca. Edward buscó a Sairin por todos lados y sus temores se vieron confirmados así que rápidamente entró en la biblioteca donde un hombre casi tan alto como él sostenía a Sairin por el cuello a punto de ahogarla.

-¡Suéltela!-espetó Edward cogiendo la espada que había en el suelo y apuntándolo.

El hombre lo miró sin dejarse ver su rostro por lo que Edward no pudo saber quien era. Aún así, a pesar de que Edward lo apuntara con una espada, no provocó ninguna reacción en el desconocido.

-¿Y por qué he de hacerlo? Este es mi trabajo...- dijo el desconocido.

-Suelte a mi esposa o le juro que le atravesaré con esta espada.

-No me da miedo...

Sairin se estaba ahogando y con sus manos cogía la del desconocido para intentar apartarlo pero sus intentos eran en vano.

-Suéltela o aviso a las autoridades... y no quiere que haga eso ¿verdad?

-Ya le he dicho que no me da miedo.

-Pues déjela y pelee conmigo si puede.

-No merece la pena.

El desconocido soltó a Sairin, la cual cayó al suelo tosiendo frenéticamente y el hombre se fue por donde mismo había entrado. Edward, rápidamente se acercó a su esposa.

-Sairin... ¿estás bien?

Ella asintió sin dejar de toser.

-Gabriella, trae agua para la señora, ¡rápido!

La joven que estaba en el umbral de la puerta, corrió a cumplir lo que se le mandaba. Al momento volvió con un vaso de agua. Edward cogió el vaso y lo acercó a los labios de su esposa para que bebiera. Después de beber, ambos se miraron y él la abrazó con ternura bajo la atenta mirada de Gabriella, la cual sintió que el corazón se le desgarraba de pena por su amor imposible.

Las ganas de llorar era imposible de contener y salió de la biblioteca corriendo. Cuando llegaba a la cocina, se topó con Amanda.

-¿Gabriella? ¿Qué te pasa? ¿Por qué lloras?

-No me pasa nada...- dijo la chica sorbiéndose las lágrimas- de verdad...

-Acompáñame a la cocina y hablamos...

Las dos se fueron a la cocina y Gabriella se sentó en una silla mientras Amanda le servía un vaso de agua y le alcanzó un pañuelo para que se limpiara las lágrimas.

-Gracias- dijo Gabriella.

-Gabriella, cuéntame que te pasa...

-No me pasa nada de verdad...

-Gabriella, puedes confiar en mí, yo no diré nada.

La joven miró a Amanda y sollozó con más fuerza que antes. Amanda, entonces la abrazó con fuerza y con cariño.

-Oh, Amanda, estoy enamorada del señor...

-Oh, vaya...- dijo Amanda.

-Pensé que se fijaría en mí pero fui una ilusa, no debí albergar esperanzas.

-Tranquila, desahógate.

Gabriella lloró amargamente. Cuando se serenó, miró a Amanda.

-Gracias, Amanda.

-Yo puedo ayudarte a conseguir el amor del señor.

-¿Cómo? Eso es imposible.

-Hay una forma y es ayudándome a acabar con esa mujer, estoy trabajando para un hombre, enviándole información sobre todo lo que hace y es él quien envió a ese hombre misterioso, estoy segura.

-Amanda ¿eres una espía? ¿Qué recibes a cambio?

-Sí, soy espía y lo que recibo a cambio es mucho placer en la cama de mi hombre.

Gabriella abrió los ojos desmesuradamente y se sonrojó.

-Pero ese hombre no va a matar a la señora ¿no? No quiero ser cómplice de un asesinato.

-Puedes estar tranquila, él solo quiere que le devuelva algo que es suyo.

Gabriella permaneció unos minutos callada y pensativa. No quería que Sairin se quedara con el hombre que amaba y ayudando a Amanda es posible que consiguiera separarlos.

-Vale, te ayudaré, dime qué tengo que hacer.

Amanda sonrió.

-Tienes que contarme todo lo que ella hace o dice, al ser su dama de compañía tienes más posibilidades de enterarte de todo.

-De acuerdo, haré todo lo que esté en mi mano para enterarme de todo.

Amanda sonrió y la abrazó.

-Bueno, ahora ve a trabajar.

-Vale- dijo Gabriella levantándose para irse.

-¿Estás mejor?- preguntó Edward a Sairin.

-Sí...- dijo ella aún abrazada a él- Edward, tengo mucho miedo, no me dejes sola.

-No estás sola- le dijo él con la barbilla apoyada en la cabeza de ella.

-Pasé mucho miedo... pensé que me mataba.

-Olvida eso ya...

-No puedo, Edward, me quieren matar.

-Lo harán por encima de mi cadáver. Nadie te va a tocar un pelo mientras yo esté a tu lado.

Sairin levantó la mirada. Él le mostró una leve sonrisa, entonces, ella cerró los ojos y lo besó.

Un beso que se intensificó hasta el punto de hacer estallar la pasión entre ellos. Una de las manos de él bajó por el sedoso cabello de Sairin, enredando sus dedos en él. La otra fue a parar al pecho, provocando que se le hinchara y que su pezón se endureciera.

Sairin le desabrochó la camisa a Edward con lentitud pero ansiosa de tocar la piel ardiente de su esposo. Él le desabrochó el vestido y dejó los pechos de ella al descubierto, bajó su cabeza y succionó uno de sus pezones, provocando que ella se arqueara contra él.

-Edward...- jadeó ella.

Él jugueteó con el otro pezón. Ella se mordió el labio inferior y se agarró a los hombros de él como si le fuera la vida en ello.

-Sairin, te deseo tanto...- dijo él mientras le levantaba las faldas a ella y le tocaba su zona más íntima.

Ella gimió de deseo y pasión. Edward se bajó los pantalones dejando su miembro erecto al descubierto. Dejó a Sairin recostada en el suelo y él se puso encima para penetrarla. Al igual que la noche anterior comenzó con lentas acometidas mientras ella gemía levemente pero a medida que aumentaba la intensidad de su pasión, Sairin jadeaba hasta que ambos llegaron al clímax más profundo.

Edward siguió dentro de ella hasta que descargó todo su simiente y esto le hizo reaccionar a Sairin.

-Edward, no deberías dejar tu simiente en mí, podrías dejarme embarazada.

-¿Y?

-Que esta boda es sólo un trato... tu no...- calló al instante, no podía decirle que él no la amaba.

-¿Yo no qué?

-Nada- dijo ella apartando la mirada, afligida.

Edward salió de ella y se vistió. Ella hizo lo mismo pero sin atreverse a mirarle. Sin poder reprimir las lágrimas, terminó de vestirse y salió corriendo de la estancia. Edward vio como se marchaba, confuso.

Sairin entró en la habitación, se sentó en la cama abrazándose a sí misma, llorando amargamente. Su marido solo sentía deseo carnal por ella. No la

amaba y su corazón se rompía cada vez más con ese pensamiento.

-¿Por qué me enamoré de ti, Edward Forrester? ¿Por qué? No puedo vivir sin ti pero tú a mí no me quieres y eso me parte el corazón.

Sairin se recostó sin dejar de llorar hasta quedarse profundamente dormida.

20

Catherine se bajó del coche y tocó en la puerta de la casa Forrester. Amanda abrió la puerta.

-Hola, vengo a ver a la señora de la casa- dijo Catherine mirando al ama de llaves.

-Pase, milady, la señora está en su habitación.

-Entonces subiré, me gustaría hablar con ella en privado.

Amanda le dio las indicaciones de la habitación a Catherine y esta subió, cuando estaba frente a la puerta, tocó.

Sairin abrió los ojos y se incorporó un poco.

-¿Quién es?

-Soy, Catherine, ¿puedo pasar?

-Sí, pasa.

Catherine entró y pudo ver los ojos hinchados y enrojecidos de su amiga, su semblante estaba triste.

-Sairin ¿qué te pasa?

-Nada, estoy bien.

-¿Cómo vas a estar bien? Mírate, has llorado ¿acaso tu marido te ha hecho daño?

-No, no me ha hecho daño, de verdad.

-¿Y por qué llorabas? ¿Es que no es un buen hombre en la cama?

-Es maravilloso...

-¿Entonces? Es que no lo entiendo, si no te ha hecho daño y es un buen hombre en la cama... no entiendo por qué estás así.

Sairin se abrazó a su amiga, sollozando.

-Porque no me ama, Cathy, el hombre que amo no me ama a mí, ¿cómo quieres que esté?

-Sairin, esta boda solo ha sido un trato para protegerte, no pretendas que te ame.

-¿Entonces porque deja su simiente dentro de mí? A este paso me dejará embarazada y al final no podrá separarse de mí como había planeado ¿es que

acaso me quiere destrozarse la vida? Separada y con un hijo suyo mientras él se va con otra mucho más joven y más guapa que yo... no podré soportarlo, antes prefiero morir...

-No digas esas cosas, a lo mejor no se ha dado cuenta.

-Sí se ha dado cuenta, todo hombre se da cuenta de esas cosas. Me protege del peligro que me acecha pero ¿quién me protegerá de él? ¿Cómo protegeré mi corazón cuando él y yo nos separemos? ¿Cómo?

-No estás sola, me tienes a mí y también tienes a tu tía Julie.

-Sí pero no tengo dote alguna, y cuando me separe de Edward para lo único que serviré será para ser institutriz o dama de compañía, no tengo dinero y no quiero depender de mi tía como hasta ahora.

-Sairin, tu padre no pudo haberse gastado todo el dinero que tenía, debió dejarte algo.

-Nada, no me dejó nada. Lo único que me dejó de herencia es estar así, huyendo de alguien que me quiere muerta.

Catherine abrazó a su amiga con fuerza, procurando darle todo su apoyo y ninguna se dio cuenta de que Gabriella oía toda la conversación a través de la puerta entreabierta.

Jake que andaba cerca, se acercó a Gabriella y le tocó el hombro. Ella sobresaltada, se dio la vuelta y lo miró.

-¿No te han enseñado que no se debe escuchar conversaciones privadas?

Gabriella se puso colorada y bajó la mirada.

-No pude evitarlo, señor.

-No deberías hacerlo, alguien podría descubrirte y decírselo a mi hermano.

-Oh, señor, no le diga nada a su hermano, se lo suplico, le prometo que no volveré a hacerlo.

-De acuerdo pero que no vuelva a pasar.

Gabriella asintió y bajó rápidamente. Jake hizo otro tanto de lo mismo.

Sairin ya estaba más calmada y se secó las lágrimas que quedaban en sus sonrosadas mejillas.

-Lo siento, no tenía que haberme puesto así.

-Es normal, creo...

-Aún no ha aparecido aquel hombre.

Catherine negó con la cabeza. Aquel hombre, desde el primer momento en que lo vio, le quitó el aliento y después de aquella fiesta no lo había vuelto a ver.

-Algún día tendrá que volver a aparecer...- dijo Catherine.

-Seguro que sí...- dijo Sairin mostrando una leve sonrisa.

Las dos se quedaron calladas por unos instantes. Cada una pensando en sus problemas y Catherine como quien no quiere la cosa, dijo:

-¿Sabes? Ahora que eres la señora Forrester podrías dar una fiesta por todo lo alto, sería la primera fiesta de sociedad que organizas ¿no sería espléndido?

-Primero tengo que consultarlo con mi esposo, no sé si querrá que organice una fiesta en su casa y menos sin su permiso.

-Venga ya, eres la señora Forrester, tienes tanto derecho a mandar como él y puedes dar todas las fiestas que quieras.

-Lo consulto con él primero y si me dice que sí pues te avisaré para que me ayudes.

Catherine sonrió alegremente.

-Me encantará ayudarte, amiga mía.

Edward se pasó el resto del día en su despacho hasta que, empezando a anochecer, alguien tocó en la puerta.

-Adelante...- dijo mientras terminaba su copa de brandy.

La puerta se abrió y apareció Sairin.

-¿Te molesto?

-No, pasa...

La joven entró y cerró la puerta tras de sí. Dio un largo suspiro y se enfrentó a su esposo.

Lentamente, se acercó a la mesa y lo miró.

-Quiero dar una fiesta...

-¿Una fiesta? ¿Para qué?

-Quiero dar a conocer nuestro matrimonio ante la sociedad.

-Sabes que podría venir ese mercenario de nuevo.

-Habrá guardias por todas partes y no me separaré de ti, te lo prometo pero déjame organizar esa fiesta.

-¡Maldición, no!

Sairin se sobresaltó ante la dura respuesta de su esposo.

-¿Por qué?

-Porque no ¿es que quieres ponerte en peligro?

-Pero... te acabo de decir...

-Me da igual lo que acabas de decir, entiende que no podemos hacer esa fiesta, tu vida corre peligro.

Sairin no se pudo contener más y estalló.

-¡Maldita sea! Edward, estoy aquí como una prisionera, no sé que es peor si arriesgarme o permanecer aquí recluida. ¿Es que temes que invite a tu amante? O al revés ¿quieres que la invite?

-Por Dios, Sairin, ¿qué estás diciendo?

-¡Lo que estás oyendo! ¿Crees que no sé que tienes una amante? Seguro que es mucho más guapa que yo ¿verdad? Venga, dímelo. ¿Es lady Patrice o acaso la señora Demari? He oído que es una mujer muy bella y muy apasionada. ¿Quizás es lady Isabella Greyson? Claro, debe de ser ella, siempre estaba pegada a ti. Vamos, dime quién es ella, dime contra quien compito- la joven se llevó las manos a la cabeza con las lágrimas pugnado por salir de sus ojos- dímelo... por favor, Edward, no me tengas con esta agonía y dime quién es ella... dime quien es la que tiene tu corazón...

La joven se dejó caer en la silla frente a la mesa, tapándose la cara con ambas manos mientras sollozaba. Edward se levantó y se acercó a ella para abrazarla pero ella se apartó.

-Sairin...

-Déjalo, Edward... estoy harta de ocultar lo que siento por ti, te amo- dijo mirándolo a los ojos- te amé desde el primer momento en que te conocí y te sigo amando ahora. El corazón se me parte de saber que tienes una amante y que la quieres a ella y no a mí.

Él se quedó petrificado, le había dicho que lo amaba. Se atusó el pelo con una mano, no podía creerlo, estaba incrédulo. Ella no dejaba de sollozar amargamente, no sabía que hacer. De repente se le había secado la garganta y fue a por otra copa de brandy.

-No puede ser...- murmuró él aún sorprendido- esto no puede estar pasando...

-Lo siento, Edward, nunca pensé que llegaríamos a esta punto, no tenía intención de decirte nada y menos aún sabiendo que nos separaremos en breve... pero es que no podía soportarlo más... espero que algún día perdones mi impertinencia...

Sairin se levantó y salió corriendo de allí maldiciéndose a sí misma por haberle confesado sus sentimientos. Nunca debió haberle dicho nada. Edward salió detrás de ella dispuesto a detenerla, con las prisas había tirado la copa de brandy al suelo, rompiéndola en mil pedazos.

Ella estaba subiendo las escaleras y tropezó con su vestido, quedando de rodillas en medio de las escaleras. Él corrió hacia ella y la cogió.

-Sairin, espera...

-¡No! Déjame sola... te lo ruego...

-No puedo dejarte sola, estás alterada y te has hecho daño.

-Quiero estar sola, Edward...- dijo dándole golpes en el pecho a él con rabia y dolor- sola... como he estado siempre...

Edward no le hizo caso y la abrazó con fuerza. Ella lloró amargamente.

-Ay Sairin... de acuerdo, haremos esa fiesta si quieres...

-Pero es que no es por la fiesta ¿es que no lo entiendes? Lo que quiero es tu amor.

Y lo tienes, pensó él, te amo más de lo que quisiera pero nuestro amor no puede ser, una vez que acabe el peligro tendré que separarte de mí. No puedo cambiar de opinión de hoy para mañana.

-Será mejor que vayas a descansar, te acompaño.

Ella lo apartó de sí.

-No... me iré a mi antigua habitación, necesito estar sola.

-Sairin, dormirás en nuestro cuarto ¿o quieres que los sirvientes hablen de nosotros?

-Me da igual... lo único que quiero es estar sola.

-No...

Edward le dio un beso exigente que a ella la derritió por completo y a pesar del dolor que sentía y las lágrimas que le ardían en los ojos y mejillas, se dejó besar por él.

Era posible que no la amara pero podía notar el deseo palpitar en él y en como se oscurecían sus ojos cuando la miraba. Sairin dio un leve gemido mientras él la cogía en brazos para ir a su cuarto a pasar una nueva noche de ardiente pasión.

21

Pasaron varios días en los que Sairin y Edward no comentaron sobre la noche en que ella le confesó todo su amor y devoción hacia él. Él siempre evitaba encontrarse con ella y por eso, cada amanecer, se levantaba temprano y se metía en su despacho hasta bien entrada la noche donde él volvía al lecho para hacer el amor con ella.

Así sucedía todos los días, en los cuales Sairin empezó a planear la fiesta que daría, su marido le había dado la confirmación a través de una breve nota que le había dejado sobre la almohada. Una nota que decía así:

“Sairin:

He decidido dejarte hacer esa fiesta, hoy estaré fuera de casa así que no me esperes despierta. Un beso.

Edward.”

Gabriella se dio cuenta de la distancia que habían puesto su señora y su amado, cosa que la alegró bastante aunque a veces le remordía la conciencia al ver la cara afligida de Sairin, la que apenas probaba bocado.

-¿Se encuentra bien, señora?- le preguntó la mañana en que Sairin vio la nota y que aún contenía en su mano.

Sairin la miró y sonrió levemente pero su mirada estaba totalmente apagada y sin vida.

-Sí, tranquila...

-¿Seguro? No tiene muy buen aspecto.

Sairin giró la cara para que su doncella no viera las lágrimas que salían de sus ojos.

-Segura, es solo que llevo unos días sin dormir- se limpió las lágrimas y sonrió.

-Señora, soy su doncella, sabe que puede contarme lo que quiera.

-Gracias, Gabriella, ¿sabes? Pensé que no te gustaba ser mi doncella pero te he tomado cariño.

Gabriella se sorprendió ante las palabras de Sairin.

-Agradezco su aprecio, señora.

-No hay de qué, Gabriella.

Sairin se levantó y de repente sintió náuseas, se tapó la boca.

-¿Se encuentra bien?

Gabriella, rápidamente le alcanzó algo para que vomitara y le sujetó la frente. Cuando terminó, la joven le alcanzó una toalla para que se limpiara la boca. Se había puesto pálida de repente y la doncella la ayudó a recostarse para que se le pasara el mareo.

-Gracias...- susurró Sairin con los ojos cerrados.

-¿Se encuentra mejor, señora?

-Sí, ya se me ha pasado un poco- de repente, comenzó a llorar de nuevo y Gabriella la miró sin comprender- ¿sabes lo que se siente al no ser correspondida? ¿A no tener el amor de la persona a la que amas? Sentir que el corazón se te parte de dolor, sentir que no eres feliz con tu esposo a pesar de que lo ames con todo tu ser... Lo siento, te estoy aburriendo con mis comentarios.

Sairin se limpió las lágrimas de nuevo y se levantó para vestirse. Gabriella sintió pena de ella. Su amor por lord Edward tampoco era correspondido, al igual que el de ella. Se acercó al armario y soltó un largo suspiro.

-¿Qué desea ponerse hoy, señora?

-Cualquier cosa, no tengo humor para nada.

-Pero debe preparar la fiesta.

-¿Me ayudas a prepararla?

-Estaré encantada de ayudarla.

-Gracias- dijo Sairin, la cual se puso un sencillo vestido celeste y el pelo se lo recogió en un ajustado moño en la nuca.

Edward se encontraba en el club de caballeros con su hermano, el cual se había recuperado satisfactoriamente de la pierna.

-¿Puedo saber qué te tiene tan ausente?- le preguntó Jake a Edward.

-¿Qué?- preguntó Edward saliendo de su ensimismamiento.

-¿En qué piensas?

-En nada.

-¿Seguro? Yo creo que piensas en tu querida Sairin.

Y tenía razón, no podía quitársela de la cabeza, ni siquiera cuando se emborrachaba y eso lo frustraba.

-Jake, basta.

-Me he dado cuenta de la distancia que has puesto con ella. Te pasas el día metido en tu despacho, ella no parece ella, anda deambulando por la casa como una mujer sin vida.

-Debe estar organizando la fiesta.

-No, no hace nada, solo pasea por la casa y se pasa horas mirando la puerta de tu despacho. Está muy desmejorada, tiene ojeras y todo.

-¿Desde cuándo eres tan observador? Últimamente no se te escapa una.

-Desde que veo que ella apenas prueba bocado, deja el plato casi lleno, además es mi cuñada y me preocupo por ella, cosa que tú no haces.

Edward se pasó una mano por el pelo, algo frustrado.

-No puedo estar con ella, es mejor que llegue a odiarme por no estar junto a ella.

-Pero ¿por qué?

-Porque me ama y no puedo dejar que me ame.

-¿Tú la amas?

Edward no contestó y Jake lo miró, sorprendido.

Su hermano amaba a Sairin y aún así la alejaba de él pero ¿por qué? ¿Qué razón le lleva a alejarse de ese modo? No lo entendía.

Edward se tomó su copa de brandy y se levantó.

-Voy a jugar unas partidas, vuelve a casa.

-Procura no perder mucho dinero.

Edward no contestó, solamente desapareció de allí. Jake negó con la cabeza y siguió tomando su copa de brandy.

Sairin y Catherine organizaron las invitaciones para enviarlas a sus destinatarios. Catherine no paraba de hablar pero Sairin estaba como ausente, perdida en sus pensamientos, su amiga la miró de soslayo.

-Sairin... ¿te pasa algo?

-¿Eh?

-Que si te pasa algo.

-No, no, estoy bien.

-¿Seguro?

-Sí, de verdad.

-Ay, amiga, quedan apenas dos días para la fiesta... encargará un vestido magnífico, tengo la sensación de que mi hombre aparecerá por la fiesta. ¿Ya has llamado a tu modista para que te haga un vestido especial?

-No, además, no me hace falta un vestido nuevo, tengo de sobra en el armario.

Catherine se sorprendió ante las palabras de su amiga.

-Pero ¿cómo puedes decir eso? ¿Es que quieres ser la comidilla de la fiesta? No, amiga, tú debes ser la anfitriona y que todos hablen de ti pero para que vean lo feliz que eres al lado de tu marido.

-Sinceramente, ahora no me apetece hacer ninguna fiesta...

-Ni te atrevas a decir algo así y menos estando a dos días de la fiesta, deberías estar radiante y quiero saber por qué...

-Estoy desganaada, eso es todo.

-Es por Edward, estoy segura que es por él.

-No es por él.

-Tiene que ser por él, desde que te casaste con él no eres la misma y eso me preocupa. Te veo muy apagada desde entonces y ya no sé qué pensar, de verdad, a veces creo que te maltrata o que no te atiende, no sé. Yo quiero ayudarte.

Sairin sonrió levemente y le cogió la mano a su amiga.

-Eres muy buena conmigo pero estoy bien de verdad. Es solo que llevo algunas noches sin dormir y no me encuentro muy bien.

-¡Pero es que estás así desde que te casaste! Por favor, cuéntame que te pasa, estoy realmente preocupada.

Sairin la miró sonriendo, pero a pesar de esto, su mirada era muy triste y ojerosa. No podía contarle que su marido solo la quería en el lecho y que durante el día apenas lo veía, por no decir nunca.

Sabía que si le contaba algo, iría a reclamarle a Edward el mal trato que está recibiendo y no quiere armar un escándalo y menos en la casa de él que a pesar de vivir allí, ella pronto se despediría de todo eso porque nada le pertenecía, ni siquiera su esposo.

Sentía las lágrimas abordar sus ojos pero se decidió a no llorar, había tomado una decisión con respecto a Edward, no volvería a llorar por su amor, debía asumir que nunca sería para ella.

No.

El corazón de Edward lo tenía otra y estaba segura de que se trataba de Isabella Greyson. Una verdadera mujer, según la opinión de Sairin. Una mujer que sí haría feliz a Edward y con la que viviría momentos que perdurarían en sus mentes.

Sairin, también había tomado otra decisión importante en su vida. Cuando se separara de Edward, no volvería a casarse, se convertiría en institutriz o dama de compañía, vendería el collar para ganar algo de dinero y comprarse

un modesto piso en el centro de Londres. No quería asistir a más fiestas sociales donde seguramente después del divorcio todos los hombres la mirarían como a una gata en celo y ellos se aprovecharían de su pena para consolarla e incluso comprometerla ante todos.

Estaba segura de que las mujeres la mirarían con desdén y la criticarían diciendo que como era posible que hubiese dejado escapar un partido como lord Edward Forrester.

La joven se levantó de la silla pero rápidamente se agarró a la mesa porque se sintió desfallecer. Su amiga, rápidamente, se levantó y la sujetó, preocupada.

-Estoy bien, solo ha sido un simple mareo...- murmuró Sairin mirando a su amiga.

-No, no estás bien, Sairin, estamos a tiempo de cancelar la fiesta y es preciso que te vea un médico.

-¡No! Daré esa fiesta, ya lo tenemos todo organizado y toda la servidumbre está contenta porque hace años que no se celebraba una fiesta en la casa Forrester. La cocinera, según se lo comenté, empezó a pensar en los menús que se servirían.

-Pero mírate, amiga, no puedes sostenerte en pie.

-Un descanso me vendrá bien, de verdad, seguro que ha sido por algo que me sentó mal o algo, esta mañana tuve náuseas y lo vomité todo, eso explica que esté un poco débil y mareada.

-¿Náuseas? ¿Mareada?

-Sí pero ya se me está pasando, de verdad.

-Te acompañaré a tu cuarto, me quedaré más segura.

-Como quieras pero no hace falta.

Así, entonces, las dos mujeres fueron a la habitación donde Sairin se recostó a descansar.

22

Llegó el día de la fiesta, ya todo estaba listo para recibir a todos los invitados de los que habían recibido respuesta que iban a asistir. Edward estaba en la habitación vistiéndose al igual que Sairin que ya estaba peinada y maquillada. Se había hecho un moño al estilo griego dejando caer algunos rizos.

Se estaba poniendo el vestido y no llegaba a los botones traseros pero no quería pedirle a Edward que la ayudara. Así que siguió intentándolo. Él que la vio apurada, se acercó y le dijo:

-Deja que te ayude...

Ella lo miró y seguidamente se dio la vuelta para que él le abrochara los botones. Sairin se tensó al sentir las manos de él en su espalda y le vino a la mente, las noches de amor en el lecho que últimamente no habían sido muy placenteras.

Cuando él terminó, ella se dio la vuelta y se alejó rápidamente para buscar sus zapatos.

-Gracias- susurró ella.

-¿Se puede saber dónde está tu doncella?

-La mandé a ayudar en la cocina, Amanda y la cocinera necesitan bastantes manos y está con ellas.

-Primero tenía que haberte ayudado a ti.

-Bueno, la cuestión es que ya tengo el vestido puesto así que no creo que haya que llamarla...

Touché. Ahí le había dado. Ella tenía razón. Se había excedido al decirle que le abrochaba los botones. Sentir su cálida piel había sido un golpe certero en su entrepierna donde su miembro ejercía presión sobre sus pantalones.

-Yo ya estoy listo, te veo abajo- dijo él.

-De acuerdo, yo voy a arreglarme el maquillaje y enseguida bajo.

Edward salió de la habitación mientras ella se sentaba frente al espejo y se miraba fijamente. Él no le había dicho nada de su vestido nuevo, ni siquiera algo de su peinado. Después de retocarse, bajó al salón para comenzar a saludar a los invitados de la fiesta.

Catherine ya la esperaba para saludarle y mostrarle su nuevo vestido. Un vestido de cinturilla alta de color celeste con un amplio escote, con lazos azules más oscuros. Llevaba la melena suelta con dos peinetas, una a cada lado de la cabeza, dejando su cara totalmente descubierta.

-¡Hola, amiga!- exclamó Catherine entusiasmada- ¡oh Dios mío, estás bellísima!

Sairin llevaba un vestido de escote cuadrado bastante amplio, dejando gran parte de sus senos al descubierto, de color granate, con cinturilla alta. Los lazos que tenía el vestido eran de color del oro, resaltando así su maravilloso pelo oscuro.

-No tanto como tú, Cathy.

-Gracias- dijo Catherine sonriendo- ¿te encuentras mejor de los mareos y las nauseas?

-Bueno... más o menos.

-¿Sigues vomitando?

-Sí pero no te preocupes, estoy mejor.

-Debería verte un médico.

-Que no, no hace falta, calla, que se acerca Edward y no quiero que se entere.

Edward se acercó a las dos y miró a Sairin. Realmente estaba bellísima y su deseo por ella era mucho mayor pero debía contenerse. Enseguida, notó la mirada de Catherine sobre él. Una mirada que delataba desprecio. Se lo merecía por separar a la mujer a la que amaba de su lado.

-Sairin, tenemos que saludar a los invitados.

-Sí, tienes razón- dijo ella.

Catherine se acercó a su amiga y le dijo al oído:

-Te veo después, no quisiera patearle a ese malnacido por estar haciéndote sufrir.

Sairin sonrió levemente y se alejó de su amiga junto a su esposo.

La pareja saludó a todos los invitados y luego fueron a cenar a la amplia mesa que había en el comedor. Gabriella y Amanda eran las encargadas de servir la comida. Después de comer, pasaron al gran salón donde la pequeña orquesta comenzó a tocar. Varias mujeres se acercaron a Edward para sacarlo a bailar y él, como caballero que era, accedía. Sairin lo observaba, entristecida, hasta que se acercó Vardon.

-Mi pequeña Sairin, te veo entristecida ¿sucede algo?

Sairin sonrió al amigo de su difunto padre.

-Oh no, estoy bien, solo un poco cansada.

-¿No bailas con tu marido?

-No me apetece bailar, es más, creo que me retiraré pronto. Últimamente no como bien y me encuentro bastante débil.

-¿Algo malo?

-No, seguro que es algún desajuste en el estómago.

-Pues vete a descansar, querida mía, yo le diré a tu esposo que te encontrabas mal.

-Gracias, lord Vardon.

-Lo que sea por la hija de mi mejor amigo, que en paz descanse.

Sairin sonrió levemente y salió del salón.

Al subir las escaleras, se tuvo que agarrar a la barandilla al sentir un mareo que casi le hace caer. Lentamente subió las escaleras y fue a su habitación donde se quitó los incómodos zapatos. Se sentó ante el tocador y comenzó a quitarse las horquillas del pelo dejando caer la larga cabellera hacia abajo. Finalmente se quitó el maquillaje que llevaba.

Se acercaba a su armario cuando notó que alguien la cogía de la cintura con una mano y con la otra le ponía un pañuelo con un olor extraño en la cara. Forcejeó durante algunos segundos en vano porque se desmayó al instante. La persona que la sujetaba, la dejó sentada en una silla en lo que colocaba la cuerda para salir por la ventana.

La ató al dosel de la cama y la lanzó por la ventana. Cuando vio que era seguro, cogió a Sairin y se la colgó al hombro para bajar por la cuerda. Lentamente comenzó a bajar. A medio camino, vio una luz en una de las ventanas del piso inferior y se detuvo un momento, esperando a que se apagara esa luz. Cuando al fin se apagó, terminó de descender y tiró de la cuerda para que se soltara del dosel. Recogió la cuerda y se subió al caballo, colocando a Sairin delante de él.

Finalmente, salió al galope del jardín de la mansión.

Edward estaba harto de bailar con tantas mujeres que se le insinuaban para ser sus amantes. Él solo quería a una y esa era a Sairin, así que mientras estuviera con ella no podría estar con otra, puesto que no se la sacaba de la cabeza. Cuando terminó de bailar con una de las damas, decidió buscarla pero no la halló a primera vista. Así que salió de la pista de baile y recorrió todo el salón en su busca.

Tendría que estar con su amiga Catherine, seguro. Entonces, se acercó al lugar donde estaba Catherine hablando con más personas.

-Catherine, ¿has visto a mi esposa?

Esta se giró y lo miró. Se despidió del grupo donde estaba y se pusieron a hablar los dos solos. Cuando estuvieron lo bastante alejados, ella puso los brazos en jarras, enfadada.

-Vaya, ¿ahora te preocupas por tu esposa? Muy bonito, eh... pero que muy bonito. Hacerle algo así a tu esposa. La has tenido abandonada todo este tiempo y ahora vienes a preguntarme si la he visto. ¿Acaso la ves tú? Parece ser que no...

-No es lo que piensas, Catherine...

-¡Que no es lo que pienso! ¿Acaso sabes lo que pienso? ¿Cuánto hace que no hablas con ella? Sólo la quieres en el lecho... y durante el día te metes en tu despacho... Jake me lo ha contado todo.

-Ese hermano mío es un chismoso.

-Por lo menos alguien que no sea yo ni Julie se preocupan por el estado de Sairin, hace varios días que no duerme. Incluso tiene náuseas y mareos constantemente. No está bien.

-¿Náuseas y mareos dices? ¿No son esos los síntomas de un embarazo?

Catherine lo miró, como si de repente cayera en la cuenta del estado de su amiga. Enfadada, le dio varios golpes con los puños en los hombros.

-¡Encima la dejas embarazada! ¿Cómo no me di cuenta antes?

-Debo encontrarla, a lo mejor, le ha dado algún mareo.

-Probablemente esté en la habitación, puesto que su esposo no le hace el más mínimo caso...

Edward subió las escaleras y tocó en la puerta:

-Sairin... soy Edward ¿estás ahí?

Pero nadie contestó. Edward abrió la puerta lentamente, todo estaba a oscuras así que entró sin hacer mucho ruido. Cuando cerró la puerta, se fue a acercarse al lecho pero tropezó con algo. Rápidamente buscó una lamparilla para iluminar con lo que había tropezado y se dio cuenta de que era un zapato de su esposa.

Se agachó y lo recogió. Era del mismo color del vestido que llevaba esa noche. Lo dejó a un lado y se acercó a la cama pero no había nadie en ella así que miró alrededor.

Miró hacia la ventana abierta, no recordaba haberla dejado abierta cuando salió de la habitación aunque claro, Sairin podía haberla abierto antes de salir. Extrañado se asomó a la ventana y no vio nada. ¿Dónde estaba su esposa?

Salió de la habitación, confuso. De repente, al bajar las escaleras, vio que la cocinera salía corriendo como alma que llevaba el diablo y gritando cosas sin sentido. Entonces la cocinera miró a las escaleras donde estaba su señor y dijo:

-¡Señor! ¡Ha sucedido algo terrible! ¡Oh, Dios mío, cuando lo vi, no lo pude creer!

-¿Qué pasa, Lora?

-Sentí ruidos fuera pero pensé que sería algún gato o algo pero no pensé que iba a ser lo que vi.

Edward bajó las escaleras y sujetó a la mujer por los hombros. Esta temblaba mucho y no se atrevía a mirar a su señor.

-Dime ahora mismo qué viste, Lora.

-La señora...

-¿Le pasó algo a la señora? ¿Dónde está?

-Se la han llevado, un hombre se la llevó en su caballo. Yo quise salir a detenerlo pero era más rápido que yo.

De repente, la mujer comenzó a llorar, temiendo que su amo se enfadara con ella por no ayudar a la señora pero Edward se había quedado paralizado. Alguien se había llevado a Sairin y probablemente para matarla.

-¿Llegaste a ver quién era la persona que se la llevó?

-No le vi la cara, pero pude ver que era alto y fuerte. Llevaba una capa y un sombrero, oscuros.

Edward recordó la vestimenta de aquel mercenario que atacó a su esposa en la biblioteca. Estaba seguro que había sido él. El Depredador se había llevado a su mujer. Tenía que salir ahora mismo en su busca, no podía dejar que mataran a Sairin.

Entró en el salón y cogió a Jake del brazo para sacarlo fuera de allí.

-Jake, necesito tu ayuda.

-¿Qué pasa, hermano?

-Han secuestrado a Sairin y debo ir a buscarla.

-¿Cómo que la han secuestrado?

-Sí, Lora vio como se la llevaban. Voy a salir ya.

-Te acompaño.

-No, alguien debe quedarse con los invitados.

-De acuerdo, me quedo.

-No le digas nada a Catherine por ahora.

-Está bien.

Edward, salió a las caballerizas para ensillar a su caballo y salió a buscar a su esposa, rogando a los cielos que no le pasara nada.

23

Sairin abrió los ojos lentamente, todo le daba vueltas. Cuando logró enfocar la mirada, vio que estaba en una habitación amplia, donde había unos camastros, el resto de la habitación se componía de una pequeña cocina y una mesa con unas sillas.

La joven intentó moverse pero tenía las manos atadas a la espalda y los pies atados, tendida en el suelo sobre unas mantas.

-¿Dónde estoy?- preguntó la joven aún mareada.

Estaba amaneciendo, entonces vio entrar a un hombre. Este la miró fijamente.

-Al fin despiertas...

-¿Quién sois? ¿Qué hago aquí?- preguntó ella forcejeando para quitarse las ataduras.

-¿No me recuerdas? Soy el Depredador- dijo él.

-Oh Dios mío- se lamentó la joven- señor, no me haga daño, se lo ruego.

-Tranquila, no soy yo quien quiere matarte.

Sairin comenzó a llorar.

-Señor, se lo suplico, déjeme ir, por favor.

-Lo siento pero no puedo.

La joven lloró desconsoladamente.

Edward llegó a la casa, enfadado consigo mismo. No había rastro de su esposa por ningún lado. Al entrar, su hermano lo esperaba en el salón y cuando lo oyó llegar, salió rápidamente.

-¿Y bien?- preguntó Jake.

-Nada, no la he encontrado.

-¿Y qué piensas hacer?

-Seguir buscándola, tendré que comunicárselo tanto a lady Julie como a Catherine.

-Catherine nos oyó anoche, se quedó aquí a dormir, está muy afligida.

-Lo entiendo perfectamente y entenderé que me odie.

Se pasó una mano por el pelo.

-Aún puedes seguir buscándola, estoy seguro de que la encontrarás.

-Voy a mi despacho.

-Como quieras...

Edward se fue a su despacho a por un brandy y se quedó allí.

Catherine bajó las escaleras y miró a Jake, con las manos en el corazón, esperanzada. Jake negó con la cabeza y la joven se sentó en las escaleras, llorando de preocupación.

Jake subió y se sentó al lado de ella para consolarla.

-No te preocupes, seguro que aparece.

-Mi amiga está en peligro y no puedo hacer nada.

-Edward la encontrará.

-No me pidas que confíe en ese hombre cuando mi amiga no ha hecho más que sufrir desde que está con él.

-Lo sé, Cathy, lo sé pero él también está preocupado.

-No se le veía muy preocupado cuando bailaba con todas esas damas.

-Él la ama, Catherine, aunque no sé qué le pasa que no quiere aceptarlo y por eso se aleja de Sairin.

-Si la amara, la hubiera protegido.

-Mira, Catherine, la mente de mi hermano es un misterio para mí, sus razones tendrá y sabrá qué hacer.

-Si no la encuentra, yo misma iré a las autoridades a denunciar el secuestro de mi amiga.

-De acuerdo pero esperemos un poco ¿te parece?

Catherine asintió y se abrazó a Jake.

Gabriella se hallaba en la cocina cuando apareció Amanda, sonriente. La noche pasada había estado con su amante y habían hecho el amor apasionadamente.

-Buenos días- dijo Amanda sonriendo ampliamente.

-Hola...- dijo Gabriella, parecía afligida y culpable.

-¿Sucede algo?- preguntó Amanda al ver la cara de Gabriella.

-Han secuestrado a lady Sairin.

-¿En serio? ¡Eso es fantástico!- exclamó Amanda contenta- al fin se hará justicia con esa perra.

-Amanda, creo que la señora no es tan mala como la pintas, no sé, se la veía muy triste últimamente.

-¿Que no es tan mala como la pinto? ¿Acaso ha logrado que estés de su lado?

-Lord Edward no la ama y no sé si yo siento lo mismo que antes por él.

-Pues llegas un poco tarde, querida mía, ya han secuestrado a esa mujerzuela y pronto morirá.

-No podemos colaborar... me dijiste que no iban a matarla.

-Como digas algo, tú serás la próxima ¿entendido?

Gabriella la miró asustada y asintió, temerosa de que podía hacer Amanda.

-Muy bien, ahora a trabajar.

Las dos volvieron a sus quehaceres, una sonriente y la otra con más miedo del que ya tenía.

Algunos días después, Sairin seguía atrapada en las manos de aquel hombre. Se sentía muy debilitada, apenas comía nada, tenía bastante sueño y las náuseas eran constantes.

Se pasaba los días llorando pero aquel hombre no sentía compasión alguna.

-Señor... se lo ruego... déjeme ir, le entregaré lo que quiere.

-¡Cállate! Me tienes hartos...

-Señor, si me deja, puedo asegurarle protección si no quiere la de mi esposo puede tener la de mi tía Julie, sí, ella lo protegerá de la justicia.

El mercenario, que afilaba un cuchillo, dejó de hacer lo que estaba haciendo y la miró.

-¿Cómo? ¿Qué has dicho?

-Que mi tía podría protegerlo de la justicia.

-¿Cómo dijiste que se llamaba?

-Julie.

-Julie ¿qué más? Dime que no se llama Julie Brockway...

Sairin lo miró, confusa. ¿De qué conocía él a su tía?

-Sí...- susurró ella, mirándolo con sorpresa y temor.

El hombre se pasó una mano por el pelo, sorprendido, mirándola fijamente. Sin más se agachó junto a ella para sentarla y mirarla a la cara.

-¿Eres hija de Jean y Lillian Lindsey?

-¿Cómo conoce usted a mi tía y a mis padres?- le preguntó ella, cada vez más asustada- yo no lo he visto nunca y usted parece conocer a casi toda mi familia...

-¿Eres o no hija de ellos?

-¡Sí!

El hombre se levantó, sorprendido. Sairin lo miró mientras él se llevaba las manos a la cabeza. Parecía frustrado y sorprendido a la vez.

-Dios, esto no puede ser...- murmuraba él- no, esto debe de ser un sueño... sí, seguro que es un sueño...- él se giró hacia ella y vio que lo miraba.

¿Cómo no se había dado cuenta de que tenía los ojos de su madre? Incluso la nariz era igual que la de ella. Sairin, se encogió ante la mirada escrutadora de él.

El hombre negaba con la cabeza, cada vez más frustrado. Sairin, entonces, no pudo evitar preguntar:

-¿Qué sucede, señor? ¿Por qué me mira así? ¿De qué conoce a mis padres y a mi tía?

Él no contestó, solamente se acercó y se agachó junto a ella para acariciarle la mejilla. Ella se apartó un poco por miedo.

-Eres igual que ella...

-¿Igual que quién?

-Igual que mamá...

-¿Cómo?- preguntó ella, sorprendida.

-Somos hermanos.

Sairin se quedó lívida, aquel hombre le acaba de decir que eran hermanos pero eso era imposible, ella nunca conoció a nadie más que a su padre y a su tía. Nunca supo de la existencia de un hermano.

Ella comenzó a negar con la cabeza.

-No... no puede ser... usted y yo no podemos ser hermanos... nadie me contó que yo tenía un hermano... no...

-Sí lo somos, aunque solo de madre...

-¡No! Eso es mentira, quiere que me confíe para que luego matarme...

-Sé que no me crees pero te demostraré que digo la verdad...- él le quitó la cuerda de los pies, luego le dio la vuelta y le quitó la de las manos.

La joven una vez libre, se frotó las muñecas y los tobillos doloridos

-¿Cómo piensa demostrar que somos hermanos?

-Te contaré la historia de mis años con mi madre y tu padre...

Él la ayudó a levantarse, lo que hizo que perdiera un poco el equilibrio, puesto que había pasado varios días tirada en el suelo sin poder apenas moverse. La ayudó a sentarse en una silla y él se sentó frente a ella en otra.

-¿Qué me quiere contar?- preguntó ella.

-Bueno, es un poco difícil de explicar, me costó asimilarlo cuando me lo contaron porque yo pensaba que Jean era realmente mi padre... Mamá y él

siempre fueron amigos, por lo visto eran vecinos en el campo, las tierras de ambas familias colindaban unas con otras. Jean siempre estuvo enamorado de ella pero mamá en realidad estaba enamorada de otro hombre.

>>Al crecer, ella se convirtió en una hermosa mujer, según me han contado aunque lo que recuerdo de ella me hace pensar que tenían razón. El hombre al que amaba mamá, se dio cuenta de eso y se aprovechó de ella dejándola embarazada.

>>Cuando ella, entusiasmada, se lo contó, él le dijo que se iba a casar con otra mujer. Esto la destrozó mucho pero siempre tuvo a Jean a su lado para apoyarla y se casaron para que yo, su primer hijo, no quedara como un bastardo. Pasaron varios años antes de que mamá volviera a quedarse embarazada de nuevo, había tenido varios abortos, y siempre soñó con tener una niña para que jugara conmigo.

>>Fue un embarazo duro. Tuvo que permanecer en cama durante todo el periodo de gestación, en los que yo iba a contarte cuentos, ilusionado.

Sairin lo escuchaba poniendo mucha atención en las palabras de él.

-Entonces llegó el día del parto, donde te tuvo a ti y ella murió. Cuando Jean me dijo que estaba muerta, no le creí y fui a comprobarlo por mí mismo, verificando así que era cierto. Comencé a llorar como un niño pequeño y asustado y rápidamente me fui de la casa. No quería volver a ver el estado de mi madre. Huí lejos, sin darme cuenta me perdí hasta que me encontraron unos señores que me enseñaron a robar e incluso a matar a gente provocando así que me convirtiera en mercenario... en el mercenario más buscado de Inglaterra...

Él no la había mirado a ella hasta ese momento y vio que ella lloraba de pena.

-Entonces, sí que eres mi hermano...

-Sí...

Sairin se levantó y le dio un mareo tan fuerte que se tambaleó. El mercenario la cogió en brazos.

-Hermana, ¿qué te pasa?

-No lo sé... todo me da vueltas.

-Tengo que sacarte de aquí, dime una cosa, no te desmayes aún. Tía Julie sigue viviendo cerca de los jardines de Vauxhall ¿verdad?

-Sí...- logró decir ella antes de desvanecerse.

El hombre, rápidamente, salió de la casa en la que estaban y se montó en su caballo con ella, rumbo a casa de Julie Brockway.

24

Julie se encontraba en el saloncito, tomando un té cuando oyó que llamaban a la puerta.

En ese momento no había ningún sirviente en la casa así que ella misma salió a abrir. Cuando la abrió, se encontró a un hombre que portaba a su sobrina en brazos, inconsciente.

-¡Oh Dios mío!- exclamó la mujer- ¿qué le ha pasado a mi sobrina?

-Se ha desmayado...

-Pase, acompáñeme al salón- dijo Julie con preocupación y caminando hacia el salón.

-¿No me recuerdas, tía Julie?

La mujer de repente se detuvo. Luego se giró lentamente.

-¿Zachary?

Él sonrió.

-Sí tía, soy yo...

-¡Oh Dios mío! ¡Zachary has vuelto! Pero ¿cómo has encontrado a tu hermana?

-Es una historia muy larga, primero hay que atenderla.

-Sí, tienes razón, acompáñame, la llevaremos a su habitación.

Los dos subieron a la planta alta y Julie entró en la habitación de Sairin donde Zachary la dejó en la cama.

-Trae agua de rosas para despertarla...

-Pero ¿qué le pasó?

-No lo sé, lleva unos días un tanto rara, como si tuviese náuseas, mareos...

Julie lo miró y luego miró a su sobrina. Notó la ligera curva de su vientre y sonrió complacida.

-No te preocupes, Zachary, son síntomas de embarazo.

-¿Embarazo? ¿Mi hermana estaba embarazada y no me lo contó? ¿Por qué no me dijo nada?

-Quizás no lo sabía. Nunca le comenté los síntomas de embarazo, ni siquiera tuve tiempo desde que recibía las amenazas de muerte y todo lo

demás.

Zachary se llevó las manos a la cabeza.

-Dios, he estado a punto de matar a mi hermana y a mi sobrino sin yo saberlo...

Julie lo miró, sorprendida.

-¿Qué has dicho?

-Tía Julie, no te alarmes pero lo que tengo que decirte es muy duro de asimilar.

-Dime lo que sea, ¿por qué has dicho que has estado a punto de matarlos?

-Yo he sido quien la ha atacado en todo este tiempo.

-No puede ser, la persona que la ataca es un mercenario llamado Depredador...- Julie se detuvo en su discurso y se llevó las manos a la boca para sofocar el grito que pugnaba por salir de su garganta- no...

-Sí, tía, yo soy el Depredador... me contrataron para secuestrar a mi hermana, me dijeron que su padre había robado algo que no le pertenecía y quería cobrársela con ella.

Julie estaba sorprendida. No se esperaba que su recién aparecido sobrino fuera un mercenario buscado por la ley para ejecutarlo.

-Pero... ¿por qué?

-Es muy largo de explicar, tía, primero hay que despertar a mi hermana.

-Sí, tienes razón, creo que por aquí hay una botellita de agua de rosas- dijo la mujer rebuscando en la habitación, cuando lo encontró se lo acercó a su sobrino.

Este abrió el botecito y lo pasó por delante de la nariz de su hermana. Esta ladeó la cabeza antes de abrir los ojos lentamente.

-Umm... ¿dónde estoy?

-Estás en casa de tía Julie- dijo Zachary.

Sairin ladeó la cabeza lentamente hasta ver a su hermano, luego sonrió.

-Pensé que había sido un sueño...

-No lo es, hermana mía, simplemente te has desmayado. ¿Por qué no me dijiste que estabas embarazada?

-¿Qué?

-Estás embarazada, cariño- le dijo Julie con delicadeza.

-¿Embarazada?- preguntó mirando a su tía.

-Sí, las nauseas, los mareos... el vientre redondeado... son síntomas de embarazo.

-Pero...- dijo, luego calculó la última vez que había tenido el periodo y cerró los ojos- oh Dios... no puede ser... tía, dime que no es verdad, que no estoy embarazada.

-¿Por qué? ¿Acaso no deseas un hijo?

-Sí, lo deseo con todo mi corazón pero no puede ser, tía, dime que no estoy embarazada, te lo ruego.

-Lo siento, cariño, ojalá pudiera pero es que lo estás.

-Oh no...- dijo Sairin comenzando a llorar. Su hermano se sentó a su lado y la tomó entre sus brazos para consolarla.

-Quizás deba avisar a lord Edward.

Zachary la miró y dijo rotundamente.

-No, ese hombre no pisará esta casa, no se merece estar casado con mi hermana, no ha sabido protegerla.

-Pero, Zachary, es su marido, debe haberse percatado de la desaparición de su esposa.

-Me da igual, no lo vas a avisar, mi hermana está muy afligida y estoy casi seguro que es por él.

-Hermano... deja que lo avise.

-No, estás llorando por ese bebé, porque él no lo quiere y tampoco te quiere a ti ¿verdad?

Sairin calló sin atreverse a mirarlo.

-Él no sabe que estoy embarazada, ni siquiera yo lo sabía...

-Eso no es excusa, nadie va a avisar a ese hombre bajo ninguna circunstancia, es más, le obligaré a darte el divorcio cuanto antes.

El llanto de Sairin se incrementó.

-Pero yo lo amo... no puedo vivir sin él...

-¿Quieres ser el hazmerreír de Londres cuando él se canse de ti y se busque una amante? Lo siento, hermana, de verdad que lo siento pero con el tiempo te darás cuenta de que es lo mejor... iré a prepararte algo de comer, estás débil...

Zachary se levantó y salió de la habitación. Julie, entonces, se sentó junto a su sobrina y la abrazó mientras esta lloraba.

-Tía, no le hagas caso, avisa a mi esposo, te lo ruego...

-Aún no puedo... tu hermano está muy enfadado, se le nota en la cara y si viene tu marido, podría producirse una pelea.

-Pero estará preocupado... o quizás no... quizás se alegra de que haya desaparecido...

-No digas eso, Sairin, tú eres una mujer muy dulce, cualquier hombre se fijaría en ti.

-Pero no Edward, tía, él prefiere estar con lady Isabella Greyson...

-Eso es imposible, además, he oído que el señor Greyson ha comprometido a su hija con un horrible duque y estoy segura de que le enseñará modales a esa mujercita.

Sairin sonrió levemente a través de las lágrimas aunque luego volvió a entristecerse.

-Pero podrían verse a escondidas.

-No lo creo, la última mujer de ese duque, permaneció encerrada durante cerca de seis meses que duró el matrimonio porque ella pidió el divorcio.

-No me consuela, tía, Isabella no es como esa mujer, lo sé...

-Deja de llorar, cariño, deberías estar contenta, vas a tener un hijo.

-Ya pero no tengo el amor de su padre.

-Ya lo sé pero no te entristezcas, no me gusta verte así de afligida, piensa que has encontrado a tu hermano.

-Sí... tienes razón.

-Pues ya está, lo que debes hacer ahora es descansar y curarte esas heridas de las muñecas. También debes de cambiarte el vestido, ese está sucio.

-Pero no tengo ningún vestido aquí... me los llevé todos cuando me mudé a casa de Edward...

-Creo que dejé algún vestido aquí...

Julie se acercó al ropero y encontró unos vestidos bastantes remendados. Sacó uno y se lo enseñó. En su tiempo había sido un hermoso vestido de color naranja con detalles en blanco.

-Puedes remediarte con este mientras...

-Sí.

Sairin se cambió y Zachary volvió con una bandeja en la que había un plato de caldo, el cual, la joven se tomó sin chistar. Después se quedó dormida y Zachary se sentó a su lado.

-Se parece mucho a mamá...

-Sí, tu madre era una mujer muy hermosa.

-Pero ¿por qué me mandaron a matarla? No lo entiendo.

-Tu hermana tiene algo que apostó Jean, no sé el qué pero lo tiene ella y es algo de mucho valor.

-Pero me dijeron que su padre, es decir, Jean, lo había robado.

-Jean nunca fue capaz de robar, nunca lo hizo, el podía ver mi dinero y no tocarlo... él no robó nada.

-Hay que protegerla, ese hombre que me contrató la busca y como sepa que soy su hermano, mandará a otro mercenario a matar tanto a ella como a mí.

-¿Tú sabes quién es ese hombre?

-No tengo la menor idea... no lo había visto en mi vida...

-Si al menos supiésemos quién es...

-Podría averiguarlo pero es peligroso... podría sospechar y no quiero exponer a mi hermana a más peligros.

-Por ahora quedaros los dos aquí, yo hablaré con mi abogado para ver qué se puede hacer para protegerte de la justicia.

-No te molestes, tía Julie.

-Debo hacerlo, eres mi sobrino.

-Gracias, tía.

Julie sonrió.

De repente sonó la puerta. Ambos se miraron durante unos instantes sin saber si ir a abrir o no. Julie, entonces, dijo:

-Voy a abrir, podría ser alguien con una nota para mí o algo. No te muevas de aquí por nada del mundo.

-Entendido.

La mujer bajó las escaleras y se acercó a la puerta cuando volvían a tocar. Suspiró y abrió la puerta, encontrándose con Catherine.

-Catherine ¿qué haces aquí?

-Quiero hablar con usted, ya que Edward no lo ha hecho aún.

-¿Sucede algo?

-Sairin...- Catherine no pudo seguir porque de repente, se había puesto a llorar como una Magdalena.

-¿Qué pasa con Sairin? Ven, pasa.

Las dos mujeres entraron en la casa y cuando Catherine se serenó, miró a Julie y dijo:

-La han secuestrado... alguien secuestró a Sairin el día de la fiesta.

-Oh Catherine, me habías asustado, mi sobrina está aquí. Estuvo secuestrada pero su hermano la trajo de nuevo.

-¿Su hermano? ¿De qué habla?

-Ven, Sairin está en su habitación descansando con su hermano.

-Lady Julie, Sairin nunca ha tenido hermanos...

-Tú acompáñame y te lo explicaré todo.

Las dos mujeres subieron las escaleras y se acercaron a la puerta de la habitación de Sairin. Allí, Julie abrió la puerta y dejó paso a Catherine que al ver al hombre que estaba sentado junto a su amiga, se sintió desfallecer.

-¡Tú!- exclamó sorprendida.

25

Zachary se giró bruscamente al oír aquella voz.

Era ella.

Él se levantó para mirarla, sorprendido. Julie los miró a ambos, sin entender nada.

Catherine se había quedado paralizada junto a la puerta. No podía moverse de la impresión. El hombre que había invadido sus sueños desde la primera vez que lo vio se encontraba frente a ella y era el hermano de su mejor amiga.

-¿Qué hace ella aquí, tía Julie?- preguntó Zachary mirando a su tía.

-Es la amiga de tu hermana.

Zachary la miró, ella parecía a punto de desmayarse. Intentó andar pero perdió el equilibrio así que él, rápidamente, la sujetó.

Ella lo miró a los ojos.

-Eres tú...- susurró ella.

Zachary la ayudó a sentarse en una silla en lo que Julie servía un vaso de agua para calmar a la joven. Sairin, entonces, abrió los ojos.

-¿Qué pasa?- preguntó incorporándose y vio a su amiga y a su hermano mirándose- ¿Catherine?

Catherine desvió la mirada hacia su amiga y rápidamente se levantó para acercarse a ella.

-Sairin...- dijo sentándose a su lado y mirando a Zachary- ¿cómo estás? ¿Te hicieron daño? Estábamos muy preocupados.

-Estoy bien, mi hermano no me hizo nada cuando descubrió quien era yo.

-¿Tu hermano? Amiga, no puede ser ese tu hermano...

-Lo es, somos hermanos por parte de madre solamente.

-Oh Dios mío, Sairin, él es el hombre del que te hablé. El que vi en la fiesta- le susurró para que solamente ella lo oyese.

Sairin la miró sorprendida.

-¿Es él?

-Sí...

Zachary se acercó a las dos jóvenes. Catherine lo miró, parecía más imponente que la última vez. El corazón le latía violentamente.

-Os dejo a solas- dijo Zachary y salió de la habitación.

Julie se acercó a su sobrina.

-¿Cómo te sientes?

-Mejor... aunque tengo un poco de hambre.

-Mandaré que te traigan algo, seguro que el servicio ha vuelto, así os dejo solas que seguro que tenéis cosas que hablar.

Julie salió dejando a las dos chicas solas.

-Sairin, es él... él es el hombre de mi vida.

-Entonces mi hermano es el famoso hombre.

-¿Ves? Te dije que se me parecía a ti... ¿es tu hermano! ¿Cómo descubristeis que sois hermanos?

-Él me secuestró y yo le dije que si me dejaba libre, mi tía le proporcionaría protección.

-¿Tu hermano te secuestró?

-Sí, mi hermano... es el mercenario más buscado de Inglaterra, el Depredador.

-¿El Depredador?!

-¡Calla! Te pueden oír...

Catherine se tapó la boca con una mano, luego apartó su mano para decir:

-Entonces ha sido él quien te ha atacado en todo este tiempo ¿no?

-Sí... pero eso no es lo peor, amiga- dijo Sairin bajando la mirada.

-¿Qué sucede?

-Estoy embarazada... Edward va a ser padre y mi hermano no me deja volver con él.

-¿Cómo que no te deja volver con él?

-No quiere que vuelva con él, dice que no es capaz de cuidarme y le va a obligar a darme en divorcio.

-Pero entonces, ese bebé será...

-Un bastardo... Cathy, yo no quiero separarme de Edward, él es el único capaz de darme la vida, por él es por el que late mi corazón y por él es que voy a tener este bebé...

Sairin no pudo contener las lágrimas y su amiga la abrazó al verla tan afligida.

-¿Quieres que hable con ellos? ¿Tanto con tu hermano como con tu esposo?

-Sí, necesito ayuda para convencerles, porque sé que cuando Edward se entere de mi embarazo se enfadará...

-Eso no lo sabes, amiga, a lo mejor se alegra.

-Estoy segura de que no se alegrará.

-Tú tranquila, que yo me ocupo de esto.

-Gracias.

-De nada.

Al rato, apareció el mayordomo con una bandeja con comida. Sairin se lo comió todo y luego se quedó dormida.

Catherine, aprovechando, salió de la habitación, en busca del hermano de su amiga, así que comenzó a caminar por la casa, mirando en todas las habitaciones.

Bajó a la planta baja y se dirigió a la biblioteca, lentamente abrió la puerta y entró. Estaba algo oscuro. Escrutó en la oscuridad y se asustó al sentir un aliento cerca de su oreja.

-¿Qué haces aquí?

La joven se volvió y se encontró con la mirada del hombre de sus sueños. Llevándose una mano al corazón por la sorpresa, respiró hondo y dijo:

-Te estaba buscando.

-¿A mí? ¿Para qué?

-Tengo que hablar contigo sobre mi amiga.

-¿Qué pasa con ella? ¿Le ha pasado algo?

-Sí, está muy afligida... la quieres separar de la persona a la que ama con todo su corazón.

-Es lo mejor... no se merece a ese hombre que no es capaz de protegerla.

-Protegerla de ti, te lo recuerdo, de su propio hermano.

-Yo no sabía que era mi hermana... ese hombre no se la merece, mi hermana vale más que eso.

-Sí pero la vas a separar ahora que está embarazada. Será la comidilla de toda Inglaterra, ¿eso es lo que quieres para tu hermana? ¿Cómo te sentirías que te separaran de la persona a la que más amas en este mundo?

-No lo sé porque nunca he amado y tampoco quiero amar a nadie, no soy un hombre que se ata a una mujer.

Catherine lo miró fijamente, por dentro sintió que el corazón se le encogía. Aquel hombre era un alma libre, un hombre que solo pensaba en el día a día y no en un futuro próximo.

-Es más, es posible que pronto me vaya. Debo encontrar un marido adecuado para mi hermana.

-Nadie la querrá en su estado. Debe quedarse con su marido.

-¡No!

-¡Maldita sea! ¿Es que no piensas en los comentarios que hará la gente cuando se entere del escándalo de que Sairin y Edward se divorciarán y estando ella encinta?

-Más vale eso, a que sufra una vida desdichada junto a él- dijo él agarrándola del brazo bruscamente.

Ambos respiraban agitadamente, estaban muy cerca el uno del otro y ella se quedó mirando el brazo que le sujetaba, sorprendida porque aquel hombre se atreviera a ponerle una mano encima.

Ella intentó soltarse pero él la sujetaba con fuerza.

-Me haces daño- dijo mirándole con cierto enojo- él la soltó con brusquedad y le dio la espalda- piensa o di lo que quieras, ella debe estar con su marido y más si es su deseo.

-Ella no saldrá de aquí hacia los brazos de ese hombre, es mi última palabra.

Catherine apretó los puños a sus costados.

-¿Por qué los hombres os empeñáis en hacer con las mujeres lo que os da la gana? ¡Tenemos sentimientos! Sentimientos que deben ser respetados.

-Las mujeres estáis para obedecer a los hombres y nada más...

-Eso no es así, déjalo, no quiero seguir discutiendo, la verdad que me has decepcionado para lo que había imaginado- dicho esto, ella se dio la vuelta y se dirigió a la puerta.

Zachary la detuvo agarrándola por un brazo, la giró y la acercó hacia sí. Sin esperar respuesta, él la besó.

Fue un beso rudo, violento pero que a Catherine derritió por completo. Nunca pensó que un hombre besara de esa forma tan descabellada y seductora. Él la atrajo más hacia sí, poniéndola entre sus muslos evidenciando el deseo que había avivado en él.

Catherine al notar que algo duro se frotaba contra su vientre, se sintió ardiente, como si un fuego interior la abrasara por completo. Todo ese calor se trasladó por todo su cuerpo hasta llegar a su bajo vientre. Notó como sus pechos se endurecían contra el torso de él y sus pezones se erguían hasta el punto de ser doloroso. Un dolor muy placentero pero debía parar ese momento o no respondería de sus actos.

Rápidamente se separó, con la respiración desbocada y sin pensárselo, le dio un fuerte bofetón.

-¡No lo vuelvas a hacer más!- gritó ella enfurecida tanto con él como consigo misma.

Salió de la habitación dejándolo a él en medio de la biblioteca con el miembro erecto por el deseo.

Zachary maldijo a esa mujer por hacer tan evidente su deseo, nunca le había pasado algo así con una mujer y no le pasaría jamás. No volvería a acercarse a esa mujer.

Nunca.

Catherine salió de la biblioteca con la respiración agitada. El cabello estaba algo revuelto y sus labios doloridos e hinchados.

Odiaba a ese hombre por lo que estaba haciéndole a su amiga. No podía separarla de su esposo. Sairin estaba sufriendo porque Edward no la amaba y su hermano ahora le impedía estar con él a pesar de eso.

¿Cómo podía un hombre que besaba de esa forma ser tan cruel con su propia hermana? No lo entendía.

-¡Aggg! ¡Cómo odio a ese hombre!- exclamó en medio del pasillo que iba de camino a la habitación de su amiga.

Entró en silencio pero bastante enfadada consigo misma por haberse dejado besar y sentir lo que sintió como con él por haberla arrastrado hacia ese mundo de pasiones.

A esa ardiente pasión que había sentido.

No, tenía que alejarse de ese hombre.

Cuanto más lejos mejor, así se olvidaría de su existencia.

26

Edward se encontraba en su despacho, tomando otro brandy. Estaba desesperado por encontrar a su esposa. Ahora más que nunca se daba cuenta de que no podía vivir sin ella y que la necesitaba a su lado, no solo para que le calentara el lecho sino para poder darle todo su amor.

Desde que la encontrara, le confesaría que la amaba con toda su alma y que si a ella le pasaba algo, él moriría.

Él iba a servirse otro brandy cuando alguien llamó a la puerta de su despacho.

-Adelante- dijo él.

La puerta se abrió y apareció Gabriella portando un sobre en una bandeja.

-Señor, han dejado este sobre para usted.

-Déjala sobre la mesa.

-El chico que la trajo dijo que era de vital importancia que la leyera.

Edward, fastidiado, se acercó al escritorio y cogió el sobre. Lo abrió y encontró una breve nota que decía:

Lord Edward:

Soy Julie, deseo comunicarle que mi sobrina Sairin está en mi casa, en buen estado, pero por favor, no venga aún, su hermano acaba de aparecer y está muy enfadado con usted. Le envía un cordial saludo.

Julie Brockway.

Edward releyó la nota bajo la atenta mirada de Gabriella.

-¿Sucede algo, señor?

-Gabriella, avisa al mozo de cuadras para que prepare mi caballo, rápido.

-Sí, señor.

Gabriella salió inmediatamente del despacho para avisar al mozo de cuadras cuando se topó con Amanda.

-Gabriella, ¿por qué corres de ese modo?

-El señor me mandó a avisar al mozo de cuadras.

-¿Y se puede saber por qué?

-No lo sé, recibió una nota y me dijo eso.

Amanda frunció el entrecejo pero luego dijo:

-De acuerdo, ve.

Gabriella se dirigió fuera de la casa para avisar al mozo de cuadras. Al momento salió Edward y Amanda lo abordó en el pasillo.

-¿Va a alguna parte, señor?

-Sí, a casa de la señora Brockway.

-¿Ha pasado algo?

-Mi mujer está allí.

Amanda abrió los ojos sorprendida, esa mujer debería estar muerta a estas horas, no en casa de la tía. ¿Qué estaba pasando ahí? Debía comunicárselo a su amante cuanto antes.

-No sabe cuánto me alegro, señor.

-Gracias, Amanda, alcánzame mi chaqueta.

La mujer obedeció y le trajo la chaqueta, él se la puso y salió de la casa. Se montó en su caballo y puso rumbo a la casa de Julie Brockway.

Sairin estaba en la biblioteca leyendo un libro, tranquilamente cuando entró su hermano.

-¿Cómo te encuentras?

-Mejor, ya no me mareo tanto aunque las nauseas siguen. Pero...

-¿Qué pasa?

-Quiero ver a mi esposo.

-Sairin, ya te expliqué por qué no debes ver a tu esposo.

-Pero es que necesito verlo, al menos que sepa que estoy viva y bien.

-Lo siento, Sairin, es mejor dejar las cosas así.

De repente, alguien tocó en la puerta principal. Sairin se levantó para asomarse y ver quién era. Al asomarse vio que el mayordomo abría la puerta y dejaba paso a un hombre.

-¡Edward!- exclamó ella, contenta de volver a verlo.

Zachary la miró e intentó impedirle que saliera de allí.

-No salgas, Sairin- dijo su hermano agarrándola de un brazo.

-Suéltame, Zachary, por favor...- dijo la chica suplicante- te lo ruego... es lo único que te estoy pidiendo, déjame salir.

Su hermano la miró a los ojos y vio en ellos destellos de lágrimas a punto de salir, él no lo pudo resistir y la soltó. Ella sonriente lo abrazó y salió de la biblioteca.

-¡Edward!- exclamó ella, se veía tan hermoso como siempre aunque estaba un poco descuidado.

Edward que no la vio salir, la miró y sonrió de felicidad. Rápidamente corrió a abrazarla.

-Sairin, estás viva, lo estás. No sabes cuánto he rezado para que llegara este día, amor mío- ella intentó hablar al oír esas palabras pero él la interrumpió- no, no digas nada, déjame terminar... estos días sin ti han sido un auténtico infierno y me he dado cuenta de que te amo... te amo con toda mi alma y mi corazón. Tanto uno como otro son tuyos, pertenecen por completo a ti...

Sairin lo miró con lágrimas corriendo por sus mejillas. Le había dicho que la amaba y que le entregaba su alma y su corazón.

-Edward... ¿de... de verdad... me amas?

-Claro que sí, te amé desde aquel día en que te saludé en aquella fiesta. La de la señora Dianne. Te amaba y no sabía verlo, mi corazón quería seguir siendo un corazón solitario pero tú te abriste paso a él poco a poco y me enamoré de ti sin darme cuenta.

-Entonces... ¿por qué nunca me lo dijiste? ¿Por qué no me lo dijiste cuando yo te confesé mi amor?

-Por miedo. Tenía miedo de mis sentimientos, de lo que me pasaba, de si lo que estaba sucediendo era una fantasía de mi mente o era real y ahora más que nunca sé que mis sentimientos son reales y que no podría vivir sin ti.

-Oh, Edward...- dijo la joven llorando de felicidad mientras él la abrazaba fuertemente.

-Escucha, Sairin, escucha como galopa mi corazón cuando te tengo cerca. Parece que se me va a salir.

La joven levantó la mirada sonriendo y él acercó su cara a la de ella para besarla pero fueron interrumpidos por Zachary.

-Déjala...- le dijo a Edward.

La pareja lo miró. Entonces, Edward, se separó un poco de Sairin y dijo:

-¿Quién eres tú?

-Soy Zachary, su hermano.

-Así que tú eres el famoso hermano que estaba enfadado conmigo... ¿puedo saber por qué?

-Porque no la protegiste...

-¿Qué? No sabes lo que dices, la metí en mi casa y me casé con ella, no le quitaba el ojo de encima.

-Si no le hubieras quitado el ojo de encima el día de la fiesta, no la hubieran secuestrado.

-¿Cómo sabes todo eso?

-Porque yo secuestré a mi hermana.

-Zachary, por favor, déjanos a solas, yo le explico lo que pasó.

-¡No! ¡Este hombre se va de la casa ahora mismo!

-Tendrás que matarme para conseguir separarme del lado de mi esposa.

-Estaré encantado- dijo Zachary sacando una daga que llevaba escondida.

-¡No, Zachary! ¡No lo hagas!- gritó Sairin.

-Este hombre no te merece, Sairin.

-Déjalo, Sairin, deja que intente matarme...- dijo Edward.

-¡No!

Sairin se puso en medio de los dos hombres mirando desafiante a su hermano.

-Sairin, apártate.

-Para matarlo a él tendrás que matarme a mí primero.

-No digas sandeces, Sairin.

-Hablo muy en serio, ¿acaso quieres matar a tu hermana y a tu sobrino?

Edward miró a Sairin, sorprendido de su valentía y a la vez de las palabras que acababa de decir.

-¿Estás embarazada?- preguntó Edward anonadado.

En ese momento apareció Julie en las escaleras.

-¡Zachary! ¡Detente!- exigió la mujer.

Zachary miró a su tía.

-No voy a detenerme, este hombre ha hecho daño a mi hermana.

-Lord Edward es un invitado mío, yo misma le envié una nota para que viniera, para que viera a su esposa y supiera que espera un hijo suyo. Como futuro padre de la criatura tiene derecho a saberlo.

-Tía... ¿qué pretendes?

-Pretendo volver a unir a esta hermosa pareja. No merecen estar alejados el uno del otro. Ellos dos forman parte de una misma cosa, una misma alma, no pienso permitir que sobreprotejas a tu hermana separándole del hombre al que ama.

-Tía, ella ha estado en peligro muchas veces y él no ha sabido protegerla.

-¿Acaso tú sí? Que yo sepa tu misión era matarla hasta que descubriste que era tu hermana, no sé cuál de los dos es más amenazante para ella.

La mujer bajó y abrazó a su sobrina. Ambos hombres se miraron fijamente.

-¿Tú querías matarla?

-No sabía que ella era mi hermana.

-Pero ibas a matarla...- dijo Edward colérico.

-Edward, por favor, déjalo tú también- le pidió Sairin.

-Esto no es bueno para el bebé..., lord Edward, Zachary, dejad de pelear, mirad como tenéis a Sairin, está pálida y aún está algo débil.

Edward, se acercó a su esposa y le pasó la mano por la cintura.

-Ven, te acompaño al salón para que te relajes un poco.

La pareja se fue hacia allí dejando a Julie y a su sobrino, solos en medio del recibidor.

-Zachary, tu hermana tarde o temprano hubiese ido a él. Seguro que cuando se hubiese recuperado del todo hubiera ido a verlo. No puedes impedir ese amor.

-Pero tía, tú misma has visto cómo sufría por culpa de él.

-Lo sé, Zachary, pero ya viste cuanto ama Edward a tu hermana. Le entrega su alma y su corazón, déjalos que estén juntos y sean felices. Es hora de que Sairin pueda ser feliz. No sabes la vida que ha vivido. Nunca quiso que le comprara nada, era una niña orgullosa y no quería dar pena a nadie. Es más nunca ha tenido nada de valor, excepto unas alhajas baratas a las que tiene mucho cariño y el collar de esmeraldas de tu madre.

-¿Ella conserva el collar de mi madre?

-Sí, lo guarda como un auténtico tesoro. Es el único recuerdo que posee de tu madre y lo único que le dejó mi hermano.

Estas palabras hicieron meditar a Zachary. Recordaba que aquel noble le dijo que Sairin tenía algo que le pertenecía por derecho. Algo de mucho valor porque si no, no le hubiese contratado. En cambio, su tía le había dicho que Sairin lo único que poseía de valor era el collar de esmeraldas de su madre. ¿Sería acaso ese collar el motivo por el cual querían matar a Sairin? Tendría que averiguarlo.

Edward y Sairin entraron en el salón y se sentaron en el sofá que estaba frente al hogar. Ella lo miró fijamente.

-¿Te sientes mejor?

-Estoy bien- dijo ella.

-¿Seguro?

-Sí.

-¿Por qué me ocultaste que esperabas un hijo mío?

-No lo supe hasta hace unos pocos días cuando me lo dijo mi tía al ver mis síntomas.

-No sabes lo desesperado que estaba al no encontrarte por ningún lado. Pensé que te había perdido para siempre.

-Pues aquí estoy y con nuestro hijo en mi seno- dijo ella llevándose las manos al vientre ligeramente redondeado sin dejar de sonreír.

Él también sonrió y unió sus manos con las de ella en el vientre.

-Ahora más que nunca no dejaré que te pase nada. Os protegeré con mi vida si hace falta.

Ella no pudo evitar abrazarse a él. Estaba tan contenta de que él le hubiera confesado su amor y que aceptara a su hijo. Él correspondió a su abrazo estrechándola contra sí, luego con una mano le elevó el mentón para besar aquellos hermosos labios que ella poseía y los que él no podía sacar de su cabeza.

-Te amo, Edward.

-Yo también te amo, amor mío- dijo volviéndola a besar apasionadamente.

Él la despojó de la parte de arriba del vestido dejando sus senos al descubierto, entonces, con una mano comenzó a acariciar uno de ellos con inmensa suavidad provocando en ella que gimiera levemente.

La boca de él bajó lentamente por su garganta hasta llegar al valle que había entre sus senos, luego posó sus labios en unos de los pezones, ya

erguidos y lo succionó. Ella se arqueó para darle mejor acceso a él a sus senos doloridos por la dulce tortura a la que él le sometía.

En lo que él succionaba los pezones con las manos le levantó la falda para tener un acceso directo a ese monte de Venus que lo volvía loco de lujuria.

-Edward...- susurraba ella con voz ahogada por la pasión.

-Amor mío- dijo él con la voz ronca.

Sairin gimió muy fuerte al notar la mano de él en el centro de su placer aferrándose a los hombros de Edward. Él la tocó suavemente sintiendo la humedad de ella y sin poder más se desabrochó el pantalón y la penetró.

Comenzó con acometidas lentas mientras la besaba en la boca, poco a poco fue aumentando la fuerza hasta que juntos llegaron al clímax.

Permanecieron unos segundos uno encima de la otra recuperando el control de sí mismos.

Después de recuperarse, volvieron a vestirse y se abrazaron con cariño.

-Volverás conmigo a casa ¿verdad?- le preguntó él.

-Por supuesto, amor mío- dijo ella.

Edward sonrió feliz.

Luego, se levantaron y le dijeron a Julie que ella volvía con su marido a casa.

-Me alegro por los dos- dijo Julie sonriente- no me gustaba ver a mi sobrina en el estado en que se encontraba... la pena la estaba consumiendo y eso no es bueno para la criatura que viene en camino.

Sairin sonrió y luego abrazó a su tía.

-Gracias por haberme cuidado en todo este tiempo.

-De nada querida, para eso soy tu tía ¿no crees?

Sairin se separó de su tía y miró a su hermano que estaba apoyado en la pared con los brazos cruzados. Dejó a Edward hablando con su tía y se acercó a él.

-Zachary...

Él no la miró, estaba enfadado.

-Vamos, Zach, no te comportes como un niño... él es mi marido y nos queremos. Por favor, no quisiera irme y que estés enfadado conmigo.

-Yo no estoy enfadado contigo.

-Sí lo estás, no me miras a la cara.

-No te mereces estar con ese hombre, solo conseguirá hacerte daño.

-Él me ama, Zach.

Zachary miró a Sairin por un momento.

-Te dejaré ir pero con una condición- dijo rindiéndose.

-Lo que sea.

-Sí te hace daño, avísame y no dudaré y clavarle un puñal en el corazón.

-¡Zachary! No digas esas cosas- lo reprendió su hermana.

-Me preocupo por ti, no he podido hacerlo en todo este tiempo y me siento mal.

-No te sientas mal por eso, además tú no sabías que yo estaba viva.

Hubo un momento de silencio entre ambos hasta que él finalmente preguntó:

-¿Lo que quiere ese hombre de ti es el collar de esmeraldas de mamá?

Ella lo miró, sorprendida.

-¿Cómo sabes que guardo el collar de esmeraldas de mamá?

-Me lo contó tía Julie pero dime, ¿es eso lo que quieren?

-No estoy segura, Zach, es posible que sea eso porque fue lo último que me dio mi padre para que lo guardara.

-Entonces no cabe duda de que es el collar lo que quieren. Dámelo y yo se lo daré a ese hombre.

-¡No! No quiero separarme del único recuerdo de mi madre, no me pidas que te entregue el collar.

-¿Entonces quieres que ese hombre te siga buscando para matarte y conseguir lo que quiere?

-Me da igual pero no pienso darle el collar. Lo siento, Zach, ese collar es un tesoro para mí y es lo único que tengo de mamá, tú pudiste conocerla pero yo no... déjame al menos conservar una parte de ella para mí.

-¿Y qué piensas hacer entonces?

-Averigua quién es ese hombre y una vez lo sepamos intentaré hablar con él.

-No irás sola a hablar con ese hombre.

-Está bien pero averigua quién es por favor.

-De acuerdo.

La joven abrazó a su hermano y luego volvió con su marido. Ambos salieron de la casa, montaron en el carruaje de Julie y amarraron el caballo de Edward para que volviera con ellos.

En el carruaje, los dos iban abrazados mientras él le contaba todo lo que había sufrido desde que ella había desaparecido.

-Me pasaba el día fuera de casa, buscándote y volvía a casa derrotado. Me refugiaba en mi despacho bebiendo sin parar.

-Oh Edward- dijo la joven emocionada al saber que él estaba tan preocupado- yo quise avisarte según recuperé la conciencia pero mi hermano no quería.

-Y créeme que lo odio nada más que por eso- dijo Edward, enfadado.

-No digas eso, amor mío, lo hacía porque yo pensaba que no me querías...

-No tenía derecho a separaros a ti y al bebé de mí, cuando te perdí me di cuenta realmente de lo que sentía. Sin ti era como si me faltara el aire para respirar.

-Bueno, ahora volvemos a estar juntos y con un niño en camino.

-¿Y cómo sabes que será un niño? ¿Acaso no quieres una niña?

-Claro que quiero una niña pero quiero un niño que se parezca a ti.

-Vaya, pues yo quiero una niña que sea tan hermosa como su madre.

Ella se sonrojó y ambos sonrieron.

-No sabes cuánto tiempo llevo soñando con este día, Edward. Soñaba que me decías que me amabas y que estábamos felices.

-Sí pero la amenaza aún no ha acabado, Sairin, ahora más que nunca debes dejar que te proteja. Si ese hombre se entera de que estás embarazada, la amenaza será mucho mayor.

-Lo sé y no quiero que le pase nada a mi bebé.

-Yo me encargaré de cuidarlos a los dos.

-Sé que lo harás- dijo ella mirándolo a los ojos y acercando su rostro al de él para besarlo dulcemente.

Amanda, una vez que se hubo ido Edward, corrió hacia la casa de su amante para contarle las novedades. Este la esperaba en su espacioso despacho.

-Amanda, me sorprende verte a esta hora por aquí... ¿es que no puedes esperar hasta la noche para verme?

-Claro que no, señor, usted es muy especial para mí y mi cuerpo no se cansa de vos pero no quería hablarle de eso...

-¿Y de qué querías hablarme, Amanda?

-Se trata de la señora Forrester... ha aparecido y viva, está en la casa de su tía y el señor fue a buscarla para traerla de vuelta.

El hombre se levantó dándole un golpe a la mesa con su puño.

-¿Cómo has dicho?

Amanda se alejó un poco con cierto temor.

-Sí, señor, esa mujer ha aparecido viva...

-No puede ser, el mercenario que contraté me envió una nota diciéndome que la tenía en su poder, no es posible que se haya escapado.

-Pues el señor Forrester recibió una nota de la tía de esa mujer diciéndole que estaba viva.

-¡Maldita sea!- el hombre se giró y puso las manos a su espalda, pensativo- enviaré una nota a ese mercenario para ver qué sucedió.

-Ahora debo irme, señor, le veré esta noche...

-De acuerdo, querida.

Amanda salió de la casa y volvió a la de Edward, justo en el momento en que un carruaje con el emblema Brockway, se detenía frente a la puerta principal.

De él bajaron el señor y la señora de la casa. A ambos se les veía felices. En la puerta ya los esperaba un lacayo listo para abrir. Una vez la puerta se abrió la pareja entró y los recibió Gabriella que se acercó a Sairin.

-Señora, me alegro de tenerla de vuelta en la casa.

Sairin sonrió agradecida por las palabras de la joven.

-Y yo me alegro de volver a verte, Gabriella.

-Gabriella, acompaña a la señora a sus aposentos, necesita descansar.

-Cariño, estoy bien- se quejó Sairin.

-Debes cuidarte y también debes cuidar de nuestro hijo.

Gabriella miró a su señora.

-¿De verdad está encinta, señora?

-Sí.

-Oh no sabe cuánto me alegro por usted- dijo la joven sonriendo.

-Yo también me alegro y espero que me puedas ayudar a coser la ropita para este bebé y a preparar un cuarto para él. Había pensado en ponerlo en la habitación contigua a la que duermo, se podría abrir una puerta allí por si el bebé llora, yo pueda ir a ver qué le pasa, ¿te parece bien, querido?

-Me parece perfecto- dijo Edward más que feliz.

-Entonces comenzaré a coser ropita, ¿me enseñarás, Gabriella?

-Por supuesto, señora, será todo un honor enseñarle.

-Pues acompáñame, cuanto antes empecemos, antes podré empezar a coser ropa.

Ambas jóvenes subieron a la planta alta y Edward, sonriente, entró en su despacho.

28

Pasaban los días y el vientre de Sairin aumentaba poco a poco de volumen, ahora en vez de ser una ligera curvatura, ya comenzaba a notarse un vientre un poco más grande. Los vestidos comenzaban a quedarle estrechos y ya había aprendido a coser ropa para el bebé e incluso para ella porque verdaderamente necesitaba ropa que ponerse, no podía pasarse todo el día en camisón.

Uno de esos días, Zachary fue a visitar a su hermana para ver cómo estaba su estado.

-Hermana, cada día estás más hermosa.

-Ya, eso lo dices porque soy tu hermana, mírame, estoy gorda y fea.

-No digas eso, ¿es que acaso tu marido te ha dicho algo por el estilo?

-¡No! Él me dice lo mismo que tú pero sé que los dos lo decís para que me sienta bien pero no es cierto que esté más hermosa cada día. Me alegro mucho de este embarazo pero no me veo hermosa.

-Confía en mí, yo siempre te digo la verdad pero cambiemos de tema... he recibido una nota de ese hombre.

-¿Y ya has ido a verle?

-No, le he estado dando excusas, sabe que estás viva y que escapaste de mí.

-Ve a verlo, Zachary, es lo mejor... no podrás ocultarte de él siempre...

-¿Y qué le digo? ¿Que te liberé porque eres mi hermana? Me matará, entonces.

-Invéntate cualquier excusa.

-De acuerdo, haré lo que esté en mi mano.

Mientras ellos hablaban, no se habían dado cuenta de que Amanda los escuchaba de cerca y sonrió con malicia al descubrir cómo fue que se salvó esa mujercuela. Rápidamente, corrió hacia la casa de su señor para contárselo y así de paso poder acostarse con él como hacía cada noche.

Le encantaba que jugara con ella, sobre todo cuando él la inmovilizaba para que él pudiese disfrutar de ella con plenitud y que ella no pudiese hacer

nada.

Al salir, esta se topó con la señorita Catherine la cual venía a visitar a la señora Sairin.

-Amanda, ¿a dónde vas con tanta prisa?- le preguntó la joven.

-Voy a... voy a visitar a una amiga que está enferma y es urgente que le compre unas medicinas.

-Espero que no sea nada.

-Yo también lo espero, señorita. La señora está en la biblioteca.

-Gracias.

Sin decir más, Amanda se alejó corriendo y Catherine entró en la casa. Se acercó a la biblioteca y abrió la puerta.

-Hola querida ¿cómo estás?- de repente se detuvo al ver a Zachary con Sairin, levantó la barbilla y dijo- ah, no sabía que tenías visita, volveré después.

-Espera, Cathy, no te vayas- dijo Sairin- ¿se puede saber qué os pasa? ¿Es que tanto os molesta la presencia del otro?

Catherine se cruzó de brazos.

-¿Tú qué crees? Un hombre que dice querer a su hermana y pretendía separarla de la persona a la que más amaba en este mundo.

Zachary la miró y sin expresión alguna dijo:

-No voy a entrar en ese juego de peleitas infantiles...

-Tampoco estaba interesada en pelear contigo- dijo Catherine.

-Cathy, Zach, por favor... ¿por qué no intentáis llevaros bien? Hacedlo por mí y por mi bebé. No me gusta veros así de enfadados...

-Hermanita, eso se llama chantaje.

Sairin puso cara inocente y dijo:

-¿Funciona?

Zachary suspiró y miró a Catherine.

-Yo estoy dispuesto a intentarlo si doña Me Enfado Por Todo también está dispuesta.

La joven fue a replicar por lo que acababa de llamarle pero se quedó callada al mirar a su amiga que le suplicaba con los ojos.

-De acuerdo, lo intentaré.

-Daros la mano, entonces- dijo Sairin sonriendo.

Ambos se miraron un momento y luego se dieron la mano como si cerraran un pacto con el diablo. Una vez se la dieron, se separaron rápidamente como si una descarga eléctrica se hubiese cernido sobre ellos.

Sairin sonrió, complacida y se levantó del diván donde estaba.

-Voy a ver a mi marido para comentarle una cosa, os dejo aquí para que habléis tranquilamente.

Su amiga la miró con los ojos abiertos y Sairin le guiñó un ojo. Luego salió de allí dejándolos solos. Una vez Sairin salió, Zachary se acercó a la ventana y le dio la espalda a ella.

-Quizás Sairin tenga razón y debemos hablar- dijo Catherine con prudencia.

-¿Acaso hay algo que hablar entre usted y yo, señorita?

-Yo creo que sí, creo que nuestro comienzo no ha sido el adecuado.

-Es posible...- dijo él sin mirarla.

-¿Es que no piensa mirarme a la cara al menos?

-¿Debería hacerlo?

-Oiga, estoy intentando que nos llevemos bien por el bien de mi mejor amiga, está muy susceptible con su embarazo, podría ayudarme al menos ¿no cree?

-Que yo sepa, fue usted quien se dirigió a mí de forma grosera, diciéndome no sé qué sobre el amor y otras cosas...

-Pero lo decía con razones, yo ante todo quiero que mi amiga sea feliz y lo es, estando al lado de su esposo como lo está ahora.

-Bueno, quizás.

-¿Quizás? ¿Es que no posee usted sentimientos? Ah claro que no, usted es el Depredador, cómo podía haberlo olvidado...- dijo la joven con ironía.

Zachary se giró y en un par de zancadas se quedó frente a ella

-Será mejor que no diga ese nombre por las intermediaciones.

La joven retrocedió ante la mirada de él.

-¿Por... por qué?

-Tengo la firme sospecha de que ese hombre tiene a un espía en esta casa.

-¿En esta casa? ¿Está queriendo decir que aquí hay alguien que le pasa información a ese hombre?

-Exacto, por eso no puede decir que soy quien soy.

-Entiendo... lo siento.

-No se preocupe, no sabía usted nada...

Ella lo miró a los ojos y sintió como el rubor cubría por completos sus mejillas lo que hizo que él se pusiera tenso. Rápidamente se apartó de ella y volvió a la ventana. ¿Por qué sentía esa fuerte atracción hacia esa desquiciada

mujer? Había avivado un deseo que había permanecido mucho tiempo dormido. Nunca había sentido algo igual.

Se había vuelto hacia la ventana para ocultar su inmenso deseo de poseerla y que le tensaba los pantalones de manera muy notable.

Ella se acercó a él lentamente y quiso tocarle la firme espalda pero no se atrevía, su deseo era innegable, de todos los hombres con los que había estado flirteando, él era muy diferente, tan varonil que sólo de pensar en cómo podía hacer el amor, hacía que se derritiera de deseo y que quisiera perder su virginidad con él.

La joven se mordió el labio inferior y volvió junto al hogar para calentarse las manos que de repente se le habían quedado frías.

-Aún no sé cómo me pude fijar en un hombre como usted- dijo ella- cuando lo vi en la fiesta me pareció tan apuesto e interesante que pensé que quizás...- la joven no terminó la frase.

Zachary se giró y la miró.

-¿Quizás qué?

-Nada, no he dicho nada.

-No, ahora me dices lo que ibas a decir. Te lo exijo.

-Pensé que quizás podríamos estar juntos pero eres lo que eres y no renunciarás a ello por mí y menos si te atraigo.

-¿Y por qué piensas eso?

-Porque lo sé.

-¿Acaso eres adivina? ¿Puedes saber lo que pienso?

-Puedo verlo en tu cara... será mejor que me vaya.

Catherine se giró para marcharse pero él la sujetó del brazo y la atrajo hacia sí quedando los dos frente a frente.

-Nadie puede saber lo que pienso y mi cara tampoco revela nada.

Ella abrió los ojos, sorprendida. Su respiración se aceleró cuando los labios de él rozaron los suyos con tanta pasión que todo el calor de su cuerpo acabó palpitando en un solo punto. Sus manos tocaron el amplio torso de él y subieron lentamente hasta cruzarlos detrás del cuello de él.

En cambio, las manos de Zachary descendieron por toda la espalda de la joven hasta atrapar el trasero de ella con ambas manos atrayéndola hacia su deseo latente lo que a ella la hizo gemir de placer.

-Umm, Zachary...- logró decir ella entre gemidos.

Con destreza, Zachary le desabrochó los botones del delicado vestido de la joven y dejó al descubierto unos preciosos y redondeados senos que él

comenzó a masajear y a succionarlos con dulzura. La joven se arqueó para dejarle un mejor acceso a él.

-No debo hacer esto- susurró con voz enronquecida de deseo- debes detenerme.

-No, no te detengas, por favor- le rogó ella.

Pero Zachary no le hizo caso y se apartó de ella, dejando que el frío de la instancia le calara en los huesos a la joven.

-Esto está mal, eres una mujer soltera, seguramente virgen y no puedo arrebatarte algo que le pertenecerá a tu futuro marido por derecho.

-Pero es que mi marido perfecto eres tú, no quiero que otro me arrebatte la virginidad sino tú- dijo ella cubriéndose con el vestido.

-No, Catherine, yo no soy un hombre adecuado para ti.

-¿Por qué no?

-Porque soy un hombre buscado por la ley.

-Tu tía podría protegerte.

-No quiero arruinar a mi tía. Además, tengo una propiedad en el continente, un lugar donde nadie me encontrará. En pocos días me iré por eso vine hoy a ver a mi hermana. Le iba a contar que me voy después de descubrir quién es la persona que quiere matarla.

Catherine miró a otro lado, decepcionada.

-Entonces te vas...

-Sí, es lo mejor, te mereces a alguien mucho mejor que yo.

-Ya veo... ¿serías tan amable de volver a abrocharme el vestido? Ya que me lo desabrochaste para deleitarte con mis senos, ten la poca decencia de volver a abrochármelo- dijo Catherine con cierta altanería para ocultar su dolor.

Zachary se puso detrás de ella y le abrochó los botones, intentando tocarla lo menos posible pero era imposible no rozar esa suave piel. Una vez abrochados, Catherine se giró.

-Ha sido un placer volver a verlo, señor, ahora me gustaría despedirme de mi amiga.

La joven salió de allí con las lágrimas desbordando sus ojos.

Zachary la observó marchar y suspiró frustrado.

-Es lo mejor, Catherine, no puedo llevarte conmigo a una vida de huida de la ley. Lo siento- dijo él decaído.

29

Catherine buscó a Sairin por todos lados hasta que la encontró en el pasillo que iba a las cocinas. La joven se acercaba a un gran charco de agua por lo tanto, su amiga corrió hacia ella para sujetarla.

-¡Sairin, espera!

Sairin se detuvo y se giró para mirar a su amiga.

-¿Qué pasa?

-Has estado a punto de resbalar en ese inmenso charco de agua- le contestó Catherine.

Sairin miró al suelo y luego sonrió.

-No me había dado cuenta. Tendré que estar más atenta la próxima vez- Sairin miró a su amiga y la vio afligida- ¿sucede algo? ¿Te enfadaste de nuevo con Zachary?

Catherine sin poderlo aguantar más, rompió en llanto y se abrazó a su amiga.

-Se va a ir... me dijo que se iba a ir una vez se descubriera quien quiere asesinarte... encima me lo dice después de besarme... no es justo...

Sairin abrazó como pudo a su amiga a causa del vientre hinchado.

-Cathy, amiga, lo siento...

-Yo quería ayudarlo para que no tenga que huir más de la ley pero no se deja y me voy a quedar sola porque yo no quiero a otro hombre conmigo sino a él.

-Pues entonces lucha por conseguirlo, ¿no era lo que tú me decías cuando yo quería estar con Edward? ¿No me dijiste que luchara por conseguir su amor? Pues haz lo mismo, lucha por él, por su amor.

-No sé, amiga, se lo veía tan convencido y es tan duro que temo que no haga me caso.

-Mi hermano es un poco cabezota pero a ti no hay quien te gane o si no ¿dónde está la Catherine que conquistaba a todos los hombres en los bailes?- preguntó Sairin sonriendo.

Catherine sonrió a través de las lágrimas.

-Me he dado cuenta de que lo quiero demasiado como para dejarle marchar.

-Pues lucha por él, si no lo consigues antes de que se vaya, me encargaré de averiguar hacia donde se dirige para que lo sigas allá donde vaya.

-Gracias- dijo Catherine limpiándose las lágrimas de las mejillas con el dorso de la mano- eres la mejor amiga que pueda tener una mujer.

-Tú también eres la mejor amiga que una pueda tener.

Las jóvenes volvieron a abrazarse.

-Ahora ¿se puede saber a qué ibas a la cocina?

-Quería ver si había fresones en la cocina.

-¿Y por qué no se lo dijiste a Gabriella?

-Porque está ahora mismo aquí en la cocina y posiblemente esté haciendo algo.

-Ella es tu doncella, no tiene que hacer otra cosa que atenderte.

-Lo sé pero Amanda necesita ayuda con las cosas de la casa y todo el servicio nunca es suficiente para atender esta casa tan grande.

-Amanda... esa mujer no me gusta, Sairin, te mira de forma extraña.

-No digas tonterías, Cathy. Ella siempre ha sido muy amable conmigo.

-A veces esas son las peores.

-No sé, yo la veo una mujer muy gentil y trabajadora.

-Yo sólo te advierto que tengas cuidado con ella.

-De acuerdo.

-Pues volvamos a tu habitación y desde allí llamas a Gabriella, necesitas reposo.

-Pero si estoy bien.

-Aún así, anda, hazme caso.

-Está bien, vayamos arriba.

Las dos se alejaron del pasillo y subieron las escaleras.

Gabriella estaba en la cocina cuando vio que Amanda miraba por la puerta muy interesada en algo.

-¿Qué haces, Amanda? ¿Por qué miras a través de esa puerta?

-Quiero ver si esa maldita mujer se cae en el charco de agua que dejé en el pasillo.

Gabriella la miró, sorprendida.

-¡No puedes hacer eso! ¿Quieres matar a la señora y al bebé?

Amanda se giró y la miró con los ojos entrecerrados.

-¿Tú qué crees?

-Eres cruel con ella, la señora es buena y no creo que lo que dice ese hombre con el que te acuestas sea cierto o no.

-Me da igual lo que pienses mientras no digas nada porque no has dicho nada ¿verdad?

-Aunque quisiera no puedo porque sé que me acusarán de cómplice porque en principio también participé en esto.

-Veo que lo vas entendido, querida- dijo Amanda sonriendo con malicia.

-¿Y si me atreviera a decir algo?

-Pondría fin a tu miserable vida en menos de lo que piensas.

-¿Te convertirías en una asesina por ese hombre?

-Por él haría lo que fuera, lo amo y sé que él me ama, por eso, cuando matemos a esa mujer, me pedirá que me case con él.

-¿De verdad lo piensas?

-¡Será así!- espetó Amanda lo que hizo que Gabriella se encogiera de miedo ante la fría mirada del ama de llaves.

Gabriella no dijo nada más y siguió cortando la verdura. Al rato, salió de la cocina y cuando ya estaba en el pasillo oyó la campanita que tenía Sairin para llamarla. La joven, entonces, acudió a la habitación de su señora.

-¿Deseaba algo?- preguntó una vez entró en la habitación.

-Sí, me gustaría saber si hay fresones en la cocina- dijo Sairin sentándose en el sillón que había frente a la chimenea del cuarto.

-Creo que sí, señora.

-¿Me podrías traer algunos, por favor?

-Por supuesto.

La joven fue a salir pero antes se detuvo y la miró. Sairin que se dio cuenta, le dice.

-¿Sucede algo?

-Señora, si por casualidad usted viera robar a alguien y se lo calla por miedo a las amenazas del ladrón, ¿cree que estaría bien intentar contárselo a las autoridades?

Sairin enarcó las cejas.

-¿Por qué lo preguntas? ¿Es que has presenciado algún robo?

-¡No! Se trata de una amiga que vive amenazada por el ladrón.

-Bueno, si lo cuenta a tiempo, es posible que quede libre de culpa porque ella no ha hecho nada malo ya que vivía bajo la amenaza de un ladrón. Dile que lo cuente cuanto antes y que no se preocupe que si necesita protección, los Forrester se la pueden dar.

-Sí, señora, gracias por escucharme.

-No, gracias a ti por confiar en mí, sé que podemos llegar a ser grandes amigas- dijo Sairin sonriendo.

Gabriella sonrió levemente y tras una leve reverencia salió de la habitación. Con las palabras de Sairin en su mente se dirigió a la cocina decidida a enfrentar a Amanda.

Cuando entró, vio al ama de llaves cortando un gran trozo de carne con un gran cuchillo.

-¿Para qué te quería esa mujer?

-Para pedirme que viniera a ver si había fresones.

-Pues es una lástima que no haya, tendrás que ir a comprarlas.

Hubo un momento de silencio entre las dos que pareció una eternidad hasta que Gabriella armándose de valor dijo:

-Voy a contarlo todo.

Amanda paró de cortar carne y sin mirarla dijo:

-¿Cómo has dicho?

-Que voy a contarlo todo, es hora de que tú veas las cosas como son, ese hombre es un asesino y te está utilizando.

Amanda se acercó muy lentamente a Gabriella y una vez que estuvieron frente a frente, el ama de llaves le puso el cuchillo en el cuello a la doncella mientras la miraba con odio. Sin pensárselo dos veces le hizo un pequeño corte del cual estaba manado un hilo de sangre que asustó a Gabriella.

-Di una sola palabra y esa pequeña herida que te acabo de hacer será mucho más grande y de la cual saldrá mucha más sangre, te lo aseguro.

Dicho esto, apartó el cuchillo y Gabriella se llevó una mano a la herida.

-Amanda, abre los ojos, te considero mi amiga y quiero lo mejor para ti, ese hombre te está utilizando.

-No me está utilizando, él me quiere.

-¿De verdad lo crees?

-Sí, lo creo- dijo con voz solemne- así que o te callas o me veré en la obligación de matarte para que no descubras a mi señor. Te estaré vigilando, no lo olvides.

Gabriella la miró con temor, esa no era la misma Amanda que conoció cuando llegó a la casa, ahora se había convertido en una mujer ambiciosa y sin sentimientos, sólo vivía para ese hombre que la utilizaba para obtener información de la señora de la casa.

La joven se fue de la cocina y salió a comprar los fresones para Sairin, cuando volvió, los lavó y se los llevó a la señora que aún estaba en el sillón de la habitación. Esta tenía las manos delante de la cara.

-¿Se encuentra bien, señora?

-Sí, sólo estoy un poco mareada.

-¿Necesita algo?

-No, ya se me está pasando.

-¿Seguro?

-Sí- dijo Sairin apoyando la cabeza en el cabezal del sillón con los ojos cerrados.

-¿Siente nauseas?

-No, no te preocupes- la joven abrió los ojos y miró a Gabriella- ¡Dios mío, Gabriella! ¿Qué te ha pasado en el cuello?

La joven se llevó una mano a la herida y miró hacia otro lado, entonces vio que la puerta de la habitación estaba entreabierta y se veía a Amanda vigilándola.

-Nada, ha sido un corte que me hice sin darme cuenta.

-¿Cómo que sin darte cuenta? Tienes que curarte la herida...

-Ya se curará, no se preocupe. Además, le he traído los fresones, como no habían en la cocina, me permití ir a comprárselos.

-Muchas gracias, Gabriella.

-De nada, señora, si no necesita más nada, me retiro.

-De acuerdo.

Gabriella salió de allí y Amanda que la esperaba fuera le dijo:

-Muy bien, así me gusta, que estés calladita porque si no ya sabes lo que hay.

La joven bajó la mirada, temerosa y se abrazó a sí misma. Tenía que hacer algo para salvar a Amanda de una futura desgracia.

Ambas bajaron a la cocina y se pusieron a hacer la cena.

30

Unos días más tarde, Edward estaba en su despacho cuando tocaron en la puerta.

-Adelante.

La puerta entonces se abrió y apareció Zachary. Edward se levantó rápidamente.

-Tranquilo, vengo en son de paz.

-No me fío de ti- dijo Edward mirándolo con desconfianza.

-Será mejor que te sientes.

-¿Sucede algo?

-No he recibido más notas de ese hombre, es probable que se haya enterado ya de que Sairin es mi hermana.

-¿Y qué vamos a hacer?

-Si no recibo una nota en dos días, me marcharé al continente, hay un barco que zarpa en unos días desde Escocia y si no sucede nada, me gustaría cogerlo.

-Yo no puedo contra ese hombre solo- dijo Edward, sirviendo unas copas de brandy.

Le entregó una a Zachary que se lo bebió de un trago.

-Tienes a tu hermano.

-Mi hermano es cómo si no estuviera porque se pasa el día detrás de las mujeres.

-Yo no puedo quedarme mucho más tiempo, la ley me busca.

-Déjanos ayudarte y podrás quedarte.

-Tengo que marcharme, es lo mejor, no quiero perjudicar a nadie con todos los delitos que he cometido.

-Un mercenario cualquiera no hubiera dicho eso, lo que quiere decir que al encontrar a tu hermana ha vuelto a revivir tu corazón.

-Es posible pero aún así... no me merezco todo esto, lo mejor es que me vaya.

-¿Haces esto por lady Catherine?

Zachary levantó la vista y lo miró.

-¿Cómo sabes que es por ella?

-Entonces es por ella.

-Sí pero ¿cómo lo has adivinado?

-Lady Catherine se lo contó a Sairin y ella me lo contó a mí. Ella te quiere.

-Por eso mismo me tengo que ir.

-¿Porque te quiere? No lo entiendo.

-No quiero que ella siga sintiendo algo por mí, ella se merece algo mejor que yo.

-En algo estamos de acuerdo...- dijo Edward lo que hizo que Zachary lo mirara con una ceja enarcada- lo siento pero aún no he perdonado que me hayas intentado separar de Sairin.

-¿No crees que ya he pedido disculpas por eso?

-Sí pero no se me olvida.

-No sé ni para qué vine a hablar contigo.

Zachary se levantó para marcharse.

-Espera...- el hombre se detuvo- ella te quiere demasiado y no te dejará ir así como así, piensa bien lo que quieres hacer, Zachary, en tu mano está que ella sea feliz.

-¿Y qué hago?

-No lo sé, yo no puedo aconsejarte en algo así porque tu corazón o tu mente son los que deciden qué camino tomar, huir o quedarte.

Zachary no dijo nada, solamente se levantó y lo miró.

-Odio tener que decir esto pero me alegro de hablar con alguien de esto.

-No me vengas con estos sentimentalismos que aún tengo ganas de matarte.

-Espero que puedas perdonarme algún día por lo que hice. Te avisaré si recibo una nota del verdugo de mi hermana.

Zachary se giró y se acercó a la puerta, cuando la abrió, Edward le dijo antes de salir.

-Suerte...

-La necesitaré- contestó Zachary cerrando tras de sí.

Decidió subir a ver a su hermana para ver qué tal estaba así que subió las escaleras y fue a la habitación donde dormía esta. Tocó en la puerta y entró. La joven estaba recostada en la cama completamente tensa.

-Zachary...- susurró ella, con el temor pintado en su rostro- hay una... víbora a mi lado...

Su hermano miró a la cama y vio a una víbora de un tamaño colosal al lado de la cabeza de Sairin, la cual tenía el rostro cubierto de lágrimas de terror.

-No te muevas, Sairin, voy a avisar a Edward.

-Rápido, por favor...

Zachary salió corriendo de la habitación para avisar a Edward, abrió la puerta de golpe y buscó a su cuñado con la mirada.

-¡Edward! ¡Sairin está en la habitación con una víbora a su lado en la cama!

Edward que estaba de espaldas se giró rápidamente.

-¿Qué has dicho?

-Una víbora, está muy cerca y podría morderla.

Edward, sin pensar muy bien lo que hacía, cogió su pistola del cajón de su escritorio y subió con Zachary a la habitación. Al entrar vieron a la víbora que se movía lentamente desde el hombro de la joven hasta el cuello. Una mordedura ahí y Sairin moriría al instante.

-Hay que matarla- dijo Edward- pero si está sobre Sairin no puedo.

-Edward...- dijo Sairin- no lo pienses... mácala, te lo ruego...

Su marido cerró los ojos, intentando conseguir fuerzas para poder matar a la víbora sin dañar a su esposa.

Zachary corrió hacia la chimenea y cogió el atizador.

-Lo mejor es golpearla.

-No, hay que matarla de un disparo- dijo Edward.

-¿Es que quieres matar a mi hermana?

-¡Maldita sea, no, lo menos que quiero es matarla pero si la golpeamos es posible que acabe mordiendo a Sairin!

-No pienso dejar que dispaes.

-Tengo que hacerlo...

-Zachary... déjalo...- dijo Sairin.

El hombre se calló y miró a su hermana con la preocupación pintada en su rostro. Edward levantó la pistola y apuntó hacia la víbora. Inspiró hondo y disparó.

Sairin gritó al oír el disparo lo que hizo que su esposo corriera hacia ella apartando a la víbora y abrazándola.

-Lo siento, Sairin, lo siento... ¿estás bien? ¿Te he herido?

-Oh Edward...- dijo al joven abrazándose a él llorando sin cesar- que miedo he pasado.

-Contéstame, ¿estás herida?

-Creo que no...

Zachary se acercó a la cama y con el atizador cogió a la víbora para acercarla a la chimenea y quemarla.

Edward se separó de Sairin y comenzó a inspeccionarla para ver si tenía alguna herida, por suerte había salido ilesa, sólo había sufrido unos arañazos en el hombro pero por lo demás estaba perfectamente. La volvió a abrazar.

-Lo siento, lo siento, lo siento...- decía él una y otra vez- no debí disparar, tenía que haber hecho caso a Zachary, lo siento...

-No, hiciste bien, esa víbora iba a morderme, me has salvado la vida.

-Dios, no sabía lo que estaba haciendo, podría haber fallado, ¡maldita sea! Zachary se acercó y le puso una mano en el hombro a él.

-La has salvado, esa víbora era muy venenosa y con un poco de su veneno habría bastado para matar a Sairin y al bebé, hiciste bien al dispararla.

Todo el servicio se acercó corriendo a la habitación al oír el disparo, Gabriella, al ver a su señora llorando se acercó.

-Señora ¿está bien?

Sairin asintió, apenas podía hablar, aún tenía el miedo metido en el cuerpo.

-Gabriella- dijo Edward- trae agua limpia y paños limpios para curar los arañazos del hombro de mi esposa.

-Enseguida, señor.

La joven salió corriendo a por lo que le habían pedido. Al momento volvió y dejó las cosas sobre la mesilla de noche. Edward mojó uno de los paños y le limpió los arañazos a su esposa, la pólvora había manchado su hermosa piel y su vestido de día de color amarillo claro.

La cabeza de ella estaba apoyada en el hombro de él mientras la curaba.

-Lo siento, Sairin... de verdad que lo siento. ¿El bebé está bien?

La joven se llevó las manos al vientre y notó a la criatura moverse mucho sin dejar de darle patadas.

-Sólo un poco asustado pero está bien.

-¿Quieres que avise a un médico para que lo revise?

-No hace falta... se nos pasará el susto.

-¿Cómo apareció esa víbora en la cama?

-No lo sé, yo estaba descansando un poco y al despertar la vi. No podía llamar a nadie porque sabía que si gritaba o me movía me mordería y tenía mucho miedo, menos mal que Zachary entró en la habitación porque si no, no sé qué hubiera pasado.

-Olvídate de eso, esa víbora ya está muerta. A partir de ahora tendrás a Gabriella pegada a ti, no pienso dejar que te pase nada ¿entendido?

-Pero Gabriella puede ayudar al servicio en la cocina, cariño.

-Me da igual, no quiero que estés sola en ningún momento ¿entendido?

-Pero...

-Sairin, por favor, hazme caso por una vez, tu seguridad y la del bebé está por encima de todo y yo no puedo estar siempre contigo, estoy tratando de averiguar quién quiere matarte y qué es lo que quiere de ti.

-Edward, creo que sé lo que quieren pero no puedo entregarlo.

-¿Crees saber qué es lo que quiere ese malnacido con seguridad?

-Sí, ¿recuerdas el collar de esmeraldas de mi madre? El que viste una vez en mis manos y que escondo en mi pequeño baúl.

-Claro.

-Es eso lo que quieren pero es el único recuerdo que tengo de ella, yo no la conocí y no quiero separarme de ese collar.

-Entonces dámelo y lo guardaré en mi caja fuerte, ¿te parece? Una vez que todo esto acabe te lo devolveré.

Sairin se levantó lentamente y se acercó hasta su enorme armario donde cogió el baúl. Volvió junto a su marido y se sentó en la cama. Antes de abrirlo miró a su marido quien la instó a que lo abriera y así lo hizo. Una vez abierto, buscó entre las cosas que había y sacó una bolsita de terciopelo azul y cerró el baúl para dejarlo a un lado.

Después, aflojó el cordón que mantenía la bolsita cerrada y sacó el precioso collar de esmeraldas de su madre, el cual mostró a su marido.

-Es muy preciado para mí porque no la conocí. Cuídalo, por favor.

-Lo cuidaré con mi vida si hace falta.

Sairin abrazó a su esposo.

-Gracias...

-De nada, cariño.

31

Amanda se encontraba en la cama de su señor, totalmente desnuda, con los ojos vendados y las manos atadas a los postes de la cama. Su señor besaba cada una de las partes expuestas de la joven mientras ella gemía de auténtico placer.

-Umm, mi señor...- decía ella entre gemidos.

-Querida, tienes un cuerpo exquisito...

-Y sólo para usted, señor...

-Así me gusta, que seas solo mía.

La joven se arqueó al notar la boca de él en uno de sus senos y justo después la penetraba con fuerza. Ella gritó más de placer que de dolor por la fuerza que ejerció él sobre ella. Muy pronto terminaron el acto y el hombre se acostó junto a Amanda y le quitó la venda de los ojos.

-Ha sido maravilloso, señor.

-Como siempre, querida.

El hombre la desató y ella se frotó las muñecas, luego se sentó y se cubrió con las sábanas.

-Ay señor- dijo ella suspirando- su deseo es insaciable.

-Ya pero dime una cosa, ¿ese mercenario ha vuelto por esa casa?

-Sí, hoy fue a la casa a hablar con el señor.

-¿Y sabes de qué hablaron?

-No lo sé, señor, estaba preparando algo para asustar a esa mujerzuela.

-¿Qué hiciste?

-Puse una víbora en la cama mientras descansaba, espero que la víbora la haya mordido.

-Eres perversa, querida mía.

-Lo hago por usted- dijo Amanda recostándose al lado de él para besarlo.

Se quedaron un rato así, acostados, después, el hombre se levantó y se vistió. Amanda lo observaba y se llevó una mano al vientre. No podía contarle que estaba embarazada, o lo guardaba en secreto o lo abortaba.

El hombre la miró con ceño y preguntó:

-¿Sucede algo?

La joven salió de su ensimismamiento.

-¿Eh? No, nada- dijo negando con la cabeza.

-¿Seguro? ¿No hay nada que contar?

-Estoy bien y solo tengo que contarle que hay que vigilar a Gabriella, la que me traía información para enviártela, se ha echado atrás y quiere contarle todo. La he amenazado pero no sé cuánto tiempo podrá aguantar.

-Tú sigue amenazándola y asústala.

-Así lo haré.

-Bien, ahora vístete, debes regresar a la casa.

-Señor, ¿qué piensa hacer con el mercenario?

-Matarlo. Lo mataré y entonces Sairin me dará lo que me pertenece por derecho.

-Tengo entendido que se marchará hacia Escocia para coger un barco que lo lleve al continente.

-Perfecto, lo mataré cuando esté de camino a Escocia.

Después de la conversación, Amanda volvió a la mansión Forrester donde todos ya descansaban.

Zachary se encontraba en el cuarto de invitados de la casa de su tía, totalmente despierto. No conseguía conciliar el sueño y todo era por culpa de esa mujer. Catherine lo iba a volver loco.

Loco de deseo.

Odiaba reconocerlo pero la deseaba demasiado. Sólo imaginarla desnuda junto a él, hacía que su miembro cobrara vida de modo repentino.

Si poder soportar más estar acostado, se levantó y se asomó a la ventana. Deseaba verla, hablar con ella, besarla, tocarla por todas las partes de su delicioso cuerpo. Sin pensárselo más, cogió la camisa y se la puso sin abrochársela.

Salió de la habitación y bajó para dirigirse a las caballerizas. Preparó a Rayo, un semental de pura raza negro, y una vez listo, se montó y se dirigió a la casa de Catherine. Una vez allí, entró por la puerta de la cocina y salió rumbo al recibidor. Al llegar, buscó las escaleras y subió sin hacer el más mínimo ruido. Al no saber cuál era la habitación de la joven, se arriesgó a abrir todas y cada una de las puertas para descubrir cuál era hasta que la encontró.

Entró lentamente y cerró la puerta sin hacer ruido para no despertarla. Una vez cerrada la puerta, se acercó lentamente hasta la gran cama con dosel

donde ella dormía plácidamente.

La observó detenidamente. Era tan hermosa... parecía un ángel caído del cielo.

En ese momento, Catherine se removió en la cama y abrió los ojos al notar una respiración junto a ella. Al ver una sombra delante, se asustó y quiso gritar pero la persona que estaba ahí le tapó la boca con la mano.

-No grites...- le susurró.

Ella abrió los ojos, sorprendida. Era él, había venido a su casa, a su habitación. Zachary apartó la mano de la boca de ella y se sentó en la cama.

-¿Qué haces aquí?- preguntó ella.

-La verdad, no lo sé... no sé qué has hecho que no puedo dejar de pensar en ti. Te deseo.

-¿Me... me deseas?

-Creo que quedó claro cuando te besé- objetó él.

-¿Y por qué me dices esto? ¿Para hacerme más daño? Te vas a ir y yo sólo quiero estar contigo, no puedes hacerme esto.

Catherine se recostó dándole la espalda a Zachary. Las lágrimas pugnaban por salir de sus ojos.

-Esto es por tu bien, Catherine, te mereces a alguien mejor que yo.

La joven se sentó bruscamente.

-¡Tú no sabes lo que es mejor para mí! Yo te quiero...

Las lágrimas surcaban sus mejillas y él se las limpió con los dedos.

-Entiéndeme, Catherine, mírame.

Ella negó con la cabeza.

-No, no te entiendo... no puedo entenderte.

-Mírame, Catherine, soy un mercenario, estas manos están manchadas de sangre, puede que incluso sangre inocente. Estas manos no merecen tocar tu hermosa piel o tu sedoso cabello, no, no merecen tal privilegio.

-Puedes renunciar a esa vida, te han ofrecido protección.

-Lo sé pero no quiero dañar la reputación de nadie, ni la de mi familia, ni la tuya. ¿Qué dirían los demás?

-Me da igual lo que piense la gente, yo solo te quiero a ti y ya está.

-Lo siento, Catherine, de verdad que lo siento pero lo mejor es despedirnos. Ahora te sentirás dolida pero con el tiempo lo superarás, ya lo verás.

-No- dijo la joven llorando de dolor al oírle- yo quiero estar contigo y con nadie más, no podré olvidarte.

-Tendrás que hacerlo, pronto me iré.

Ella le cogió las manos.

-No te vayas, por favor, no lo hagas.

-Debo hacerlo, quisiera quedarme pero no puedo.

-¡Pues vete! ¡Si quisieras quedarte, te quedarías!

La joven comenzó a golpearle en el torso con los puños mientras lloraba desconsolada.

-¡Te odio, Zachary Lindsey! ¡Te odio!

Zachary no dijo nada, solo la miraba. Cuando ella acabó de desahogarse apoyó la cabeza en el torso de él, llorando. Él sin poderlo evitar, la abrazó.

-Lo siento, princesa.

Ese apelativo hizo sonreír levemente a Catherine.

-Mi padre también me llama princesa.

-Sí pero tú eres la princesa de mi corazón, un corazón que creía muerto, sin sentimientos.

-No me quiero despedir de ti, Zachary.

-Piensa en otra cosa, princesa, intenta dormir.

-Quédate conmigo, sólo hasta que me duerma.

-De acuerdo, ahora cierra los ojos.

Catherine lo obedeció y cerró los ojos. Se sentía reconfortada por el calor que él le transmitió y poco a poco se fue quedando dormida.

Una vez estuvo profundamente dormida, Zachary la depositó sobre los almohadones y la tapó. Le dio un beso suave en los labios y se acercó a la ventana, la abrió y se asomó para ver la altura, entonces, salió y descendió por una enredaderas que había al lado de la ventana de la joven.

Cuando ya estuvo en tierra firme, corrió hacia su caballo y se alejó de la casa al galope.

Debía partir cuanto antes hacia Escocia, si permanecía unos días más, no sería capaz de dejarla y le haría aún más daño del que ya le hacía.

Partiría al día siguiente por la noche. Antes debía hablar con su hermana y comentarle que se iba a ir definitivamente y así lo hizo. Al día siguiente, cerca del mediodía, Zachary fue a visitar a su hermana.

Esta se encontraba en el salón principal tejiendo ropa para el bebé cuando él entró.

-Zachary- dijo ella sonriendo cuando lo vio- mira lo que estoy haciendo para el bebé... ¿a qué está quedando bien?

Él sonrió y se acercó a su hermana.

-Sí, está quedando muy bien- dijo él.

Hubo una larga pausa que ella aprovechó para mirarlo fijamente, lo notaba algo triste así que aprovechó ese silencio para preguntarle:

-¿Sucede algo?

-Me voy esta noche... parto hacia Escocia donde cogeré un barco hasta el continente.

-Entonces te vas definitivamente...- dijo ella algo entristecida- ¿no podrías quedarte unos días más?

-Ojalá pudiera pero es que el barco parte en unos días y no es sólo por eso...

-Es por Catherine ¿verdad?

Zachary suspiró resignado y se arrodilló frente a su hermana.

-Sí, está sufriendo mucho porque tiene que verme y sabe que me iré.

-Zach, no te vayas, ella te quiere y sé que tú también sientes algo especial por ella.

-Sairin, ella se merece a alguien que no tenga las manos manchadas de sangre. Las mías lo están y no la merezco después de todas las atrocidades que he hecho y que he visto.

-No estás haciendo lo correcto, Zachary, de verdad que no...

-Tienes que prometerme que cuidarás de Catherine cuando yo no esté y que le ayudes a buscar un buen marido... ¿lo harás?

-No puedo prometerte nada, ella es demasiado testaruda, no soportará perderte y querrá ir a buscarte.

-Buscará en vano, nadie sabe dónde voy a esconderme... el continente es muy grande y podría pasarse toda una vida buscándome. Prométeme que la cuidarás.

-Lo haré...- dijo Sairin bajando la mirada a su abultado vientre y lo acarició tiernamente- te echaremos de menos...

-Yo también os echaré de menos, no podré conocer a mi sobrino o sobrina pero sé que le hablarás bien de mí.

Sairin sonrió al igual que su hermano. Este le dio un beso en la frente y se levantó.

-Voy a preparar mis cosas y despedirme de tía Julie.

-Ten cuidado, por favor.

-Tú también.

Dicho esto, Zachary salió del salón y volvió a la mansión Brockway para preparar sus pocas pertenencias.

32

Sairin, una vez su hermano salió del salón, llamó a su doncella que apareció al poco tiempo.

-¿Deseaba algo, señora?

-Sí, necesito que vayas a la casa de los Rowling para que le entregues una nota a Catherine, ¿podrás hacerlo?

-Por supuesto que sí, señora.

-Bien- dijo Sairin levantándose para ir a buscar un papel y algo para escribir.

Juntas fueron al despacho de Edward que en ese momento se hallaba vacío y cogió lo necesario para escribirle una nota a su amiga. Después de escribirla la cerró y la selló con un poco de cera caliente de una vela y se la entregó a Gabriella.

-Quiero que se la entregues en mano, que nadie más la lea ¿entendido?

-Sí, señora, ya mismo voy para allá.

-Gracias, Gabriella.

-De nada, señora.

La joven, entonces, salió apresuradamente del despacho de lord Edward y se dirigió a la casa de la amiga de lady Sairin. Una vez allí, tocó en la puerta principal donde le abrió el mayordomo que la miró con aire de superioridad pensando que era una indigente.

-¿Qué desea?- preguntó el mayordomo.

-Vengo de parte de la señora Forrester, quiere que le entregue esta carta a su amiga, lady Catherine.

-Pues démela y yo se la haré llegar.

-La señora me dijo que se la entregara yo en mano, si no es molestia.

-Iré a avisar a la señorita, pase y espere aquí.

La joven entró y el mayordomo cerró la puerta para luego desaparecer por un amplio corredor. Gabriella miró a su alrededor, observando cada detalle de la lujosa mansión de los Rowling.

Todo el recibidor estaba decorado con inmensos jarrones llenos de flores blancas y rojas. En las paredes había cuadros de todos los tamaños e incluso el emblema de la familia grabado en un escudo con dos espadas de mango dorado y con piedras preciosas.

Tras unos minutos de espera, Catherine apareció, seguida del fiel mayordomo.

-Miles, puedes retirarte, conozco a la joven.

El mayordomo chocó los talones y tras hacer una reverencia se fue a la cocina.

-Lady Catherine...

-No hablemos aquí, vayamos a la biblioteca.

Dicho eso, Gabriella siguió a lady Catherine hasta la instancia. Una habitación de grandes dimensiones llenas de estanterías con libros de todos los tamaños y grosores.

Una vez dentro, Catherine cerró la puerta y miró a Gabriella.

-¿Sucede algo?

-La señora me envió para que le entregara esta nota a usted.

-¿Y sabes por casualidad de qué se trata?

-No estoy segura, milady, pero creo que es algo relacionado con el señor Lindsey.

Catherine miró a la doncella y rápidamente abrió la carta para leer las palabras de su amiga. Los ojos de la joven se abrieron desmesuradamente y miró a Gabriella.

-Se va esta noche... Sairin dice que vaya tras él.

-Pues hágalo, señorita, creo que usted ama al señor Lindsey y si de verdad lo ama iría con él hasta el fin del mundo.

-Tienes razón, Gabriella, debo seguirle, no seré feliz si no es con él. Iré ahora mismo a prepararlo todo, ¿me ayudas?

-Estaré encantada de ayudarla, lady Catherine- dijo la doncella sonriendo.

Ambas, entonces, subieron a la habitación de Catherine donde prepararon una bolsa de viaje con algunas de las pertenencias de la joven y le pidió a Gabriella que avisara a chico de las caballerizas para que preparara a su yegua.

La joven estuvo lista al anochecer y bajó hasta donde le esperaba el mozo con su yegua.

-¿A dónde va tan tarde, señorita?- preguntó el mozo mientras ella colocaba su bolsa de viaje en la silla.

-Voy a buscar a una persona y tardaré un tiempo, no le diga nada a mis padres ¿entendido?- dijo la joven sacando unas monedas de la bolsa y se las daba al mozo.

-Lo que usted mande, señorita- dijo el mozo y sonrió al tener las monedas en su mano.

Dicho eso, Catherine miró a Gabriella y le cogió las manos. Sonrió y le dijo:

-Gracias por ayudarme, dile a Sairin que le hago caso y que iré a por él, que mi corazón no puede vivir sin Zachary, ¿se lo dirás?

-Sí, milady, se lo haré saber a la señora.

-Debo irme, tendréis noticias mías pronto.

Dicho eso, la joven se subió en su yegua y se alejó al trote. Gabriella la vio marchar y cuando Catherine desapareció por la esquina de la calle, la joven corrió hasta la casa Forrester para darle la noticia a su señora.

Cuando estaba llegando a la casa vio salir a Amanda, la cual miró a todos los lados y camino en la dirección contraria a la que venía Gabriella. La joven volvió a la casa y entró por la puerta del servicio. Corrió a la habitación de Sairin y tocó en la puerta.

-Adelante- se oyó la voz de Sairin.

Gabriella entró y observó que la joven estaba recostada en la cama.

-¿Se encuentra bien, señora?

-Sí, sólo me duelen un poco los tobillos pero estoy bien, esté bebé pesa demasiado- dijo la joven sonriendo mientras se acariciaba el vientre- y parece que quiere seguir creciendo.

-Eso quiere decir que será un bebé que estará lleno de salud.

-Eso espero, Gabriella, pero dime... ¿qué hizo Catherine?

-Le hizo caso y me dijo que le dijera que le hacía caso y que su corazón no podría vivir sin el señor Lindsey.

-Me alegra saberlo. Ayúdame a levantarme.

Gabriella se acercó y ayudó a Sairin a levantarse.

-Estaba muy entusiasmada. Estoy segura de que le dará alcance y volverán los dos aquí juntos.

-No sabes cómo me gustaría que fuese así.

Después de levantarse, Sairin fue a peinarse la melena ya que estaba algo revuelta y Gabriella la ayudó. Entonces, la puerta se abrió y apareció Edward. Sairin al verlo, se levantó a duras penas para ir a abrazarlo, él al ver los esfuerzos de su esposa, se acercó y la abrazó.

-¿Cómo está mi preciosa mujer y el bebé que lleva en su seno?

-El bebé perfectamente, lo que es la madre, muy mal, me duelen los tobillos y mira si es viente este.

-Aún así estás más hermosa que nunca, amor mío.

-No- dijo Sairin frunciendo el ceño- estoy horrible, a este paso no podrás abrazarme mientras dormimos.

-Sí podré, no te preocupes. Por cierto ¿de qué hablabas con Gabriella?

Sairin lo miró con la boca abierta y le dio un manotazo en el brazo.

-¿Te has vuelto un chismoso?

-Bueno, venía a verte y escuché algo.

-Hablabamos de Catherine, le envié una carta porque Zach se va esta noche y le dije que lo siguiera. Me hizo caso, me lo estaba contando Gabriella- dijo Sairin mirando a su doncella sonriendo.

Gabriella sonrió, hizo una leve reverencia y salió de la habitación. Cuando ya estuvo fuera la pareja se dio un beso en los labios. Un beso apasionante pero no podían besarse como Dios mandaba a causa del enorme viente de la joven así que finalmente se separaron y se dieron la mano, entrelazando sus dedos.

-Entonces ¿interviniste entre tu hermano y tu mejor amiga?

-Si no lo hacía alguien, ahora mismo él estaría lejos y ella llorando por las esquinas y no quiero verlos sufrir.

-Siempre has tenido un buen corazón, mi preciosa señora Forrester.

Sairin sonrió, complacida, le encantaba que la llamara así y más después de que ambos se confesasen su amor. Sin decir nada, los dos se abrazaron con mucho amor cuando notaron que el bebé daba una patadita.

Edward sonrió a Sairin y puso su mano en el viente de la joven notando cómo el bebé pegaba contra el viente de su madre. Se sentía dichoso al saber que ya no estaba solo, sino que estaba con el amor de su vida y con un hijo en camino.

Zachary se asomó a la ventana de su habitación, comenzaba a oscurecer y sabía que sería una noche cerrada. Un momento perfecto para salir sin que nadie lo viese.

Ya se había despedido de su tía la cual quedó bastante afectada pero él le explicó sus razones y las entendió a la perfección. Incluso mandó a sus criados que le prepararan algo de comida para el viaje y le dio algunas libras para que se pagara un hostel en el camino.

Una vez se ciñó la noche sobre Londres, Zachary cogió las pocas pertenencias que tenía sobre la cama y salió de la habitación. Tras cerrar la puerta sin hacer el menor ruido, anduvo por los pasillos silenciosos y bajó las escaleras observándolo todo, sin olvidar ningún detalle de la casa de su tía, quería recordarlo todo para cuando estuviese en el continente le acompañasen los recuerdos de todos los momentos vividos en esa casa.

También quería guardar el recuerdo de todas las caras de las personas a las que más quería en este mundo, en especial el de ella.

El rostro de Catherine se quedaría grabado para siempre en su mente, ya había asimilado que no era para él y que debía retirarse para que ella fuera feliz. Le dolía mucho dejarla pero era la mejor solución para ellos. Un mercenario no merecía que una mujer como ella le amara de la forma en que lo hace.

Con todos estos pensamientos, él salió de la casa y se dirigió a las cuadras donde su caballo ya estaba listo.

-Bueno, Rayo, es el momento de marcharnos- el caballo relinchó y él le acarició el cuello- ya sé que vamos a echar de menos todo esto pero no podemos permanecer más tiempo aquí...

Dicho eso, él sacó al caballo de la cuadra hasta el exterior y una vez fuera, se subió en él para emprender la marcha hacia las afueras de Londres donde se dirigiría hacia Escocia.

Lo que él no sabía es que Catherine estaba más cerca de lo que él pensaba. La joven lo estaba observando desde algún punto de la calle en un lugar más o menos oscuro que pudiera ocultarla y que él no la viera.

Cuando la joven lo vio partir, salió de su escondite montada en su yegua y lo siguió a una distancia prudente. Ella sonrió mientras se cubría con la capucha de su capa ya que esa noche hacía mucho frío.

-No te me vas a escapar, Zachary...- susurró para sí la joven.

33

Amaneció un día gris en el que probablemente llovería pero eso a Zachary no le importó, cuanto antes llegara a Escocia, antes partiría hacia el continente. Cerca de la media mañana, se detuvo para comer algo y luego volvió a retomar su camino sin percatarse de que alguien lo seguía muy de cerca.

Tras un largo día de galopar sin parar, Zachary decidió parar para que Rayo descansara puesto que ya comenzaba a salirle espuma por la boca del cansancio.

Pararon junto a un lago donde ambos bebieron agua hasta quedar saciados, luego, Zachary dejó al caballo que pastara por allí en lo que él se tumbaba para descansar un rato.

Tan cansado estaba que se quedó dormido, entonces, comenzó a soñar con ella. Soñaba que estaba allí con él y lo besaba con esa dulzura característica de ella. Parecían besos tan reales...

De repente, abrió los ojos y la encontró allí. Mirándolo con una encantadora sonrisa.

-Hola Zachary- le dijo ella acariciándole la mejilla.

Él se incorporó rápidamente, bastante sorprendido.

-¡Catherine!- exclamó él- ¿Qué haces aquí?

-Te he seguido, quiero estar contigo y no me lo vas a impedir.

-No, Catherine, ya te dije que no podíamos estar juntos, debes volver a tu casa ya.

-No pienso volver si no es contigo, lo siento mucho.

Zachary la cogió de los brazos y la zarandeó.

-Maldita sea, Catherine, quieres volverme loco ¿verdad?

-Tú sí que me quieres volver loca a mí, Zach, por favor, no te vayas, sin ti es como si no tuviese vida, todo me aburre, incluso las fiestas de sociedad me aburren, no sabes lo que es ver que todos los hombres pretenden cortejarte para conseguir tu fortuna y no tu corazón.

-¿Y crees que yo pretendo obtener tu corazón?- preguntó él intentando ser duro para que ella volviese a su casa.

-Sí, al menos, eso creo yo, eres diferente a todos esos hombres que acuden a las fiestas de sociedad. Me gustas mucho y sé que no podría vivir sin ti por eso no quiero que te vayas, quiero que estemos juntos.

-Tus padres no pensarán lo mismo.

-Me da igual lo que piensen ellos, Zach, en este momento sólo existimos tú y yo así que si de verdad me deseas y me quieres, bésame, te lo ruego.

Zachary la miró por unos instantes sin saber muy bien qué hacer hasta que finalmente la atrajo hacia sí hasta sentarla en su regazo y la besó con pasión. Con un deseo irrefrenable.

Ella respondió al beso casi al instante, pasando los brazos alrededor del cuello de él mientras él posaba sus manos en la cintura de ella. Una de ellas ascendió lentamente por toda la espalda hasta enredarse en los sedosos cabellos de la joven.

Las manos de ella pasaron por los hombros de él, luego la espada y después pasaron a tocar el duro torso de él. Sus terminaciones nerviosas respondían casi a la vez que él posaba las manos en algún punto de su cuerpo y todo ese calor se trasladaba a su bajo vientre.

Movida como por instinto, se removió sobre el enorme bulto que había en los pantalones de él avivando aún más el deseo de ambos. Zachary desabrochó los botoncitos del traje de montar de ella hasta dejarla sin la parte de arriba.

A través de la camisola pudo palpar los redondeados pechos de la joven coronados por unos pezones erectos los cuales, él atrapó entre sus pulgares y sus índices provocando un gemido de placer de la joven que se arqueaba pidiendo más. Los labios de Zachary pasaron desde la boca hasta el lóbulo de su oreja derecha para luego bajar por su garganta dejando un reguero de besos allá donde posaba sus labios, descendió hasta el valle que hay entre los pechos de la joven y finalmente tomó unos de los pezones en la boca.

-Hummm...- dijo ella agarrándose con fuerza a los hombros de él- te deseo, Zach, te deseo con toda mi alma, quiero ser tuya para siempre.

Zachary se apartó del primer pezón para luego mordisquear el otro de igual forma. Después de jugar con ambos dijo con voz enronquecida por el deseo.

-Catherine, detenme o no responderé de mí, no quiero mancillar tu nombre.

-No lo harás, Zach, porque nos queremos y quiero ser tuya, quiero entregarme a ti...

Ambos se miraron a los ojos y rápidamente volvieron a besarse con pasión mientras ella le desabrochaba los botones de la camisa de él para poder tocarlo, para sentir el calor de su cuerpo en sus manos. Quería saber si él ardía tanto como ella en ese momento. Después de hacerlo, la joven lo tocó sensualmente, entonces, él sin previo aviso la tumbó sobre la manta donde él había estado durmiendo hacía un momento sin dejar de besarla.

Ella sonrió con sensualidad y él la despojó del resto del vestido, dejándola en ropa interior.

-Te quiero, Zach- susurró ella.

La mirada de él se oscureció más aún y volvió a besarla mientras sus manos se posaban en las medias de la joven para bajarlas lentamente. Se apartó de ella y le quitó toda la ropa interior.

Le hizo abrir las piernas y besó el interior de sus muslos, provocando un intenso gemido de placer hasta que posó sus labios en el dulce monte de Venus de la joven, la cual soltó una exclamación al notar la lengua de él jugando con su centro de placer.

Catherine se apoyó en los codos y lo miró sorprendida.

-¿Qué haces?- le preguntó.

-Dándote placer, ¿acaso nunca lo has hecho tú misma?

Catherine se sonrojó y apartó la vista.

-Sí... pero... esas cosas no se cuentan...

-Verás que te gusta cómo lo hago- susurró él y volvió a jugar con el centro de placer de la joven, provocando que esta se recostara de nuevo y se removiera.

-Zach, quiero tenerte dentro de mí, por favor, no me sigas torturando así.

Él no le hizo caso y finalmente la joven estalló llegando al clímax más profundo de su vida, dejándola saciada. Zachary, entonces, se puso encima de ella apoyado en sus codos y la volvió a besar, posesivo.

Al momento se apartó de ella y se quitó la camisa, luego se desabrochó los pantalones y se los quitó. La joven lo observó detenidamente. Los hombros eran anchos, al igual que su torso cubierto de pelo el cual descendía hasta llegar al miembro de él. Un poderoso miembro erecto y duro.

Ella se mordió el labio inferior al verlo, parecía un dios pagano. Él sonrió y volvió a ponerse encima de ella.

-Te deseo, Catherine, desde el primer momento te deseé y te desearé siempre, recuérdalo.

Ella asintió y él volvió a tomar uno de sus pechos con la mano mientras con su lengua jugaba con el otro. Luego, la mano que tenía libre descendió hasta tocarla íntimamente donde notó su humedad así que se colocó entre las piernas de ella, obligándola a abrirse un poco más.

Colocó la punta de su miembro frente a la estrecha entrada de ella y la miró a los ojos.

-Catherine, ¿estás segura de esto?

-Sí, Zach.

-Te va a doler.

-Sé que es sólo al principio, no me importa, sólo quiero ser tuya...

Zach inspiró hondo e introdujo la punta.

-Si quieres parar, dímelo ahora...

-No, Zach, no te detengas por favor, quiero ser tuya.

A Zachary no le hizo falta oír más, así que la metió hasta dentro. Ella gritó con dolor pero a la vez con placer. Él permaneció durante un rato dentro para que ella se acomodara a tenerlo dentro y él se movió en pequeños círculos, después de un rato, lo sacó dejándole a ella vulnerable pero luego volvió a arremeter comenzando con lentas acometidas que poco a poco fueron aumentando de intensidad hasta que ella llegó al clímax, aún mayor que el anterior y finalmente él también llegó al clímax, descargando dentro de ella todo su simiente.

Ella notó como el simiente de él se introducía en ella y sonrió complacida a pesar de la pequeña molestia que sentía ya que él le había arrebatado su virtud.

Zachary se recostó al lado de la joven y la abrazó fuertemente.

-Siento haberte hecho daño...- dijo él pero ella no dijo nada, estaba realmente feliz- ¿qué será de ti ahora, Cathy? Ahora no podrás casarte con un hombre de esos que abundan en las fiestas de Londres.

-No me importa, yo quiero estar contigo.

-Catherine, no puedo creer que estés dispuesta a renunciar a todo lo que has tenido siempre por mí.

-Pues créelo porque es verdad, no me importa lo que piense la gente, no me importa no casarme con un hombre rico, me da exactamente igual, yo sólo quiero estar contigo porque ahora soy tuya.

-Tus padres se enfadarán contigo.

-Me da igual si se enfadan o no, ya te lo he dicho, ahora mismo sólo existimos tú y yo y al resto de la gente que no esté de acuerdo, que les parta

un rayo.

-Catherine, te quiero pero no podemos estar juntos, lo sabes.

-No hables ahora, Zachary, olvídate de todo lo demás, vive el presente.

La joven levantó la cabeza y lo besó con dulzura, entonces Zachary cogió la manta y se tapó al igual que tapó a la joven.

-Entonces, descansa, princesa- dijo él dándole un suave beso en la sien.

Ella asintió y cerró los ojos mientras aspiraba el aroma de su cuerpo. Se sentía feliz como muy pocas veces lo había estado hasta ese momento. Notaba como si su cuerpo flotase en el aire.

Estando con él era absolutamente feliz y deseaba con todas sus fuerzas que él le dejara acompañarla porque si no era así, su corazón se rompería en mil pedazos.

Zachary miraba a la joven mientras dormía, pensando en lo que podría hacer. Si la llevaba con ella y alguien descubría quién era él, posiblemente la colgarían por cómplice y si lograban huir hasta el continente podría verse en un terrible aprieto puesto que durante el trayecto la comida escasearía mucho y no habría suficiente para alimentarse los dos.

Cabalgaría con ella un día más y luego la dejaría en un buen hostel. Le escribiría a su hermana pidiéndole que la fuese a buscar y él se marcharía. Le dolería en lo más hondo del alma pero era la mejor solución, no podía arriesgarse a que la colgaran junto a él.

Pero ¿y si la hubiese dejado embarazada?

Si fuese así, su aprieto sería aún mayor, no podría abandonar a la madre de su hijo pero los riesgos son mucho mayores, en caso de que estuviese embarazada le pediría ayuda a Edward a través de una carta.

Se sentía el mayor cobarde de la historia a pesar de haber matado a tanta gente en toda su vida de mercenario pero el miedo a perderla por su culpa le pesaría sobre la conciencia durante la eternidad así que ya estaba decidido, la dejaría en un hostel hasta que su hermana y su cuñado fuesen a buscarla.

34

Al amanecer, Zachary despertó a Catherine para ponerse en marcha. Ambos se vistieron y montaron en sus caballos, casualmente, la yegua de Catherine estaba junto con Rayo.

Tras montarse en sus respectivos caballos, se pusieron en marcha. Pasaron el día cabalgando sin parar, parando solamente para almorzar algo y descansar un poco al igual que los caballos.

Por la noche llegaron a una hostel donde Zachary pidió una habitación para los dos. Durante la cena, Zachary le dio una carta al dueño del hostel para que la enviara por correo. La carta iba dirigida a su hermana para que viniese a buscar a Catherine, la iba a dejar allí hasta que ella y Edward fueran a recogerla ya que él no estaría allí, estaría más cerca de Escocia.

-Zachary, ¿estás bien?- le preguntó Catherine al verlo pensativo.

Él salió de su ensimismamiento y la miró.

-¿Decías?

-Que si estás bien.

-Sí, estoy bien, no me pasa nada...

-¿Seguro? Te noto un poco distraído.

-No te preocupes, es sólo que estaba contando cuanto nos falta para llegar a Escocia.

-Deseo tanto irme contigo, Zach- dijo la joven bastante ilusionada.

Cuando terminaron de cenar, subieron a la habitación dónde hicieron el amor apasionadamente, tan apasionado como la noche anterior. Catherine se durmió abrazada a Zachary pero este tenía otros planes así que sin despertarla, se levantó, se vistió y la miró. Con todo el dolor de su alma, le dio un beso en la sien.

Ella se removió un poco y tras suspirar siguió durmiendo. Zachary recogió sus cosas y salió del hostel. Se subió en su caballo y partió hacia Escocia sin mirar atrás.

A la mañana siguiente, Catherine se despertó y vio que la cama estaba vacía. Se levantó, se vistió y bajó a comer con la esperanza de encontrarse

con Zachary, ya que la asaltó un mal presentimiento. Al llegar abajo, preguntó al dueño de la posada si había visto al hombre que la acompañaba el día anterior y él le comunicó que se había ido dejando una nota para ella.

El hostelero le dio la nota y ella la leyó. Cuando terminó, la joven lloraba desconsoladamente. Se había ido sin ella y todo porque no quería que huyera como si ella fuese cómplice de él.

-¿Se encuentra bien, señorita?- preguntó el dueño del hostel.

Ella no contestó sino que se dirigió al comedor para desayunar. Se sentó en una mesa y una mujer le sirvió el desayuno, ni se percató de que alguien se acercaba a ella y se sentaba justo enfrente.

-Lady Catherine, qué sorpresa encontrarla aquí.

La joven se limpió las lágrimas y miró a la persona que le había hablado.

-Oh, lord Vardon, no esperaba encontrarlo en este hostel.

-Siempre paro por aquí antes de llegar a Vardon Park. ¿Sucede algo? La noto triste.

-No se preocupe, estoy bien.

-No lo parece, querida. Ha estado llorando, vamos, puede confiar en mí.

-Vine con el hombre que amaba para irnos lejos y resulta que ahora se marchó sin mí...

-Oh, no sabe cuánto lo siento...

-Ahora debo volver a Londres pero ni siquiera sé por dónde he venido, sólo lo seguía a él y ni me percaté de mirar en qué dirección íbamos- dijo comenzando a llorar de nuevo.

Lord Vardon le dio unas ligeras palmaditas en la espalda y le dijo:

-Bueno, deje de llorar, tengo una idea, ¿qué le parece si se viene conmigo a mi mansión y de allí parte usted hacia Londres en uno de mis carruajes?

-No quisiera molestarlo, lord Vardon, lo mejor es que pregunte a esta gente si saben qué camino debo tomar para volver a Londres.

-No me molesta para nada, anda, recoja sus cosas y véngase conmigo.

-No me he traído muchas cosas, sólo una pequeña bolsa de viaje que no he deshecho.

-Pues vaya a recogerlo y véngase conmigo.

Catherine asintió y subió a la habitación donde cogió su bolsa de viaje y luego bajó hasta el rellano donde ya la esperaba lord Vardon. Él le hizo un gesto para que lo siguiera y ella lo obedeció casi al instante.

Su futuro se había hecho trizas a la vez que leía la nota que le había dejado Zachary. Todo lo que había planeado para hacer en el futuro con él se

había muerto. Era como si se hubiese quedado sin vida, sin ganas de seguir adelante.

Ahora lo único que podía hacer era esperar a su desdichado futuro sin Zachary. Un futuro solitario y lleno de rumores de que era una ramera por haberse acostado con un hombre sin estar casada pero ya nada le importaba si no estaba con él.

Vardon abrió la puerta de su carruaje y ayudó a subir a Catherine. Luego se sentó y miró a través de la ventanilla hacia el paisaje. Ni siquiera se percató de la sonrisa del hombre cuando se subió y se sentó frente a ella.

El carruaje puso rumbo a la mansión de lord Vardon en un momento. Mientras, él trataba de entablar una conversación con pocos resultados.

-¿Y puedo saber quién era el hombre con el que se iba?

-No creo que lo conozca, no es de aquí.

-Al menos dígame cómo se llama, podría ayudarle a buscarlo.

-No se preocupe, ya no hay nada que buscar, él se va a marchar al continente.

-Con que al continente ¿eh?- murmuró el hombre.

Ella lo miró inquisitiva.

-¿Sucede algo?

-Ah, no, no, querida, usted relájese.

Catherine un poco desconfiada, se irguió un poco más en su asiento y le dijo:

-¿Sabe qué? Lo he pensado mejor y prefiero volver al hostal.

-Ya no hay vuelta atrás, querida- dijo Vardon con una sonrisa que a Catherine le puso los pelos de punta.

-Lord Vardon, me está asustando- dijo ella intentando alejarse lo máximo posible de él pero poco pudo hacer en un espacio tan reducido.

-Y más que te vas a asustar- dijo Vardon sacando un revolver de su chaqueta de viaje. Catherine, asustada, intentó gritar pero él le puso una mano en la boca impidiendo que saliera sonido alguno- no te atrevas a gritar o te mataré y no creo que eso le guste al Depredador.

Catherine abrió los ojos desmesuradamente. ¿Cómo sabía que ella se había ido con el Depredador? Sólo podía saberlo de una forma... ¡era el hombre que quería ver muerta a Sairin!

Él apartó la mano pero no dejó de apuntarla con la pistola, momento que aprovechó ella para hablar.

-Usted es quien quiere matar a Sairin.

-Un poco tarde lo has descubierto ¿no crees? Ahora, si no te importa, date la vuelta para atarte las manos, no me gustaría que escaparas cuando te he atrapado tan fácilmente.

-¡No! ¡No me someteré a usted, déjeme ir!- espetó la joven intentando huir pero el peso de Vardon cayó sobre ella y casi la deja sin respiración.

-¡Harás todo lo que yo te diga! ¿O acaso quieres que mate a todas las personas a las que quieres?

Catherine abrió los ojos, sorprendida ante las palabras del hombre y se mantuvo inmóvil, porque sabía que cualquier movimiento en falso podría significar la ruina para todas las personas a las que quería. A su mente vinieron las imágenes de todos sus seres queridos, entre ellos, sus padres y su mejor amiga.

Zachary. Sobre todo él era uno de los que más peligro corría porque a pesar de que ya estuviese cerca de Escocia, lo más probable es que Vardon no se cansaría de buscarlo y así matarlo.

Con esos horribles pensamientos en su mente, las lágrimas rodaron por su mejillas, dejándola muy vulnerable, momento que aprovechó Vardon para atarle las manos a ella a la espalda.

-Ahora ¿vas a permanecer calladita o tendré que amordazarte?- la joven no contestó, simplemente lloraba desconsolada- perfecto, veo que vas a estar calladita, mejor...

Y sin decir más siguieron hasta llegar a la mansión donde Vardon se bajó primero y luego bajó la joven. Este la empujó para que caminara hacia la mansión.

La joven al ir perdida en sus pensamientos, no vio la piedra que había levantada en el camino y tropezó, lo que provocó que Vardon se enfadara. La cogió con fuerza del brazo y la llevó arrastrando hasta la entrada de la mansión donde ya lo esperaba su fiel y discreto mayordomo.

-Simons, lleve a la mujerzuela esta a una habitación y procura que no pueda escapar.

-Como usted mande, señor- dijo el mayordomo y cogió a Catherine del brazo.

Ella miró al mayordomo y se percató de lo que sucedía, así que rápidamente intentó zafarse de su agarre pero el mayordomo, sorprendentemente, era más fuerte que ella y la arrastró hasta una habitación de la planta alta que había permanecido cerrada y el olor a cerrado era considerable.

El mayordomo la llevó hasta la silla que había allí y la sentó, luego cogió otra cuerda y le ató los pies, dejándola inmovilizada.

-Señor, se lo ruego, déjeme ir, por favor...

-Yo sólo cumplo órdenes del señor.

-Pero me va a matar, ¿quiere que caiga sobre su conciencia mi muerte?

-Yo no me meto en los asuntos del señor.

-Entonces alguien me ayudará, me pondré a gritar y nadie me impedirá escapar de aquí.

-En la mansión, sólo estamos, el señor, el cocinero y yo, nadie podrá ayudarla ya que el cocinero se pasará el día en las cocinas.

-Alguien me oirá desde fuera, se lo aseguro- dijo ella muy segura y comenzó a gritar muy alto.

El mayordomo no sabía qué hacer para callarla hasta que vino Vardon y le dio una bofetada a la joven, la cual se calló al instante.

-O te callas o te juro que acabaré contigo antes de lo que piensas.

-¡Suélteme!- gritó Catherine con fuerzas renovadas.

-Me vas a obligar a hacer algo que no quiero hacer...

Estas palabras hicieron que Catherine lo mirara con espanto y vio como sacaba un pañuelo de un bolsillo y se lo ponía a ella a modo de mordaza. La joven pateó con los pies juntos e intentó soltarse pero poco pudo hacer, las ataduras eran muy fuertes, eran como si estuviesen realizadas por expertos.

Catherine de tanto patear e intentar soltarse, cayó de la silla al suelo y allí quedó tendida sin poder hacer nada.

Estaba totalmente a merced de ese hombre y no podía hacer nada para advertir a su amiga del gran peligro que corría porque ya sabía quién era el que la quería muerta y recuperar lo que, supuestamente, el padre de Sairin había robado.

35

Sairin se hallaba en el jardín de la mansión cuando vio llegar a un niño con una carta en la mano. Supuso que era una carta de su hermano para avisarla de que estaba bien y que ya había llegado a su destino con Catherine.

Sonrió al pensar en la felicidad que debía de sentir su amiga en esos mismos instantes, entonces, se dirigió al interior de la casa y esperó a que Edward le diera unas monedas al chaval por haberle traído la carta.

Una vez cerró la puerta, Edward miró la carta y se dirigió a su despacho seguida de su adorable esposa. Ambos se sentaron en el diván y él abrió la carta para comenzar a leer. Primero la leyó él y su cara pasó de la alegría al enfado. Sairin que lo notó le preguntó:

-¿Sucede algo, Edward?

-Sí sucede, que tu hermano es un malnacido, eso es lo que sucede.

Sairin le quitó la carta de las manos y leyó el contenido. Su cara era la sorpresa personificada. Su hermano había abandonado a Catherine en un hostel que se encontraron en el camino y se marchó dejándola tirada. No se podía creer lo que estaba leyendo.

-No puede ser.

-Oh, créeme que sí puede ser, los dos lo hemos leído... voy a buscarla, no es seguro que esté sola en un hostel y menos tan lejos de Londres- dijo Edward levantándose del diván y dirigiéndose a la puerta.

-Iré contigo.

-¡No!- Edward se giró y la miró fijamente- no pienso dejar que pongas en peligro a nuestro hijo, los caminos son muy malos y están llenos de asaltantes, no me gustaría que te pasara nada.

-Pero es mi amiga, Edward.

-Lo sé y estoy seguro de que ella no querría que te pasara nada. Le pediré a Jake que me acompañe, ¿te parece?

-De acuerdo... pero prométeme que tendrás cuidado.

-Te lo prometo, volveré antes de lo que esperas, de verdad.

-Vale.

Edward entonces, salió del despacho y buscó a su hermano para pedirle que lo acompañara. Este, al enterarse de la situación, aceptó sin dilaciones, avisaron al mozo de cuadras que les preparó los caballos y pronto partieron.

Amanda, cuando los vio partir, sonrió complacida, al fin podría poner en su sitio a esa mujerzuela de Sairin.

Tras despedirse de su esposo, la joven subió las escaleras para ir a su habitación a descansar un poco. Amanda la vio subir las escaleras y se le ocurrió una idea ingeniosa, por lo que siguió a Sairin y una vez, esta estuvo arriba del todo, Amanda sacó un gran cuchillo que llevaba escondido.

-Señora...- dijo con voz amable ya que Sairin estaba de espaldas.

Sairin se giró y se sorprendió al ver el cuchillo que portaba Amanda, tan cerca de ella.

-Amanda... ¿qué haces?- preguntó retrocediendo un poco.

-Acabar con lo que no pudo hacer el hombre al que amo... matarla.

-¿Qué?- preguntó Sairin sorprendida y retrocedió hasta quedar pegada a la barandilla de la escalera, muy cerca del primer escalón- ¿conoces al hombre que me quiere matar?

-Claro que lo conozco y me envié a vigilarte pero como no ha tenido la oportunidad de matarte, lo haré yo misma y entonces mi hombre me amará y se casará conmigo.

-Amanda, no hagas nada de lo que puedas arrepentirte... piénsalo bien, ese hombre sólo te quiere para matarme, a lo mejor ni le importas.

-¡Cállate, zorra! ¡No eres más que una vulgar ladrona, no mereces estar en la posición en la que estás!

Gabriella que salía de la cocina, oyó los gritos de Amanda y miró hacia las escaleras donde Sairin y Amanda discutían. Sairin estaba cada vez más cerca de caer por las escaleras y eso sería muy perjudicial para el bebé que estaba esperando.

-¡Amanda!- gritó Gabriella para que la mirara- deja en paz a la señora...

Amanda la miró y espetó.

-¡Cállate tú, traidora! ¡Me ayudaste al principio y luego te echaste atrás porque ella te trató bien! ¡Aún así, sigues siendo una traidora!

-No lo hagas, Amanda, tú y yo sabemos que lo que haces es una locura, deja ese cuchillo y baja, estoy segura de que la señora no dirá nada de este incidente.

-Gabriella tiene razón, Amanda, no le diré nada a mi esposo pero por favor, baja ese cuchillo.

-Bueno...- dijo la joven, pensativa y apartándose un poco- ¿cómo puedo confiar en que no le dirá nada al señor?

-Tienes mi palabra- dijo Sairin mirando el cuchillo y buscando la forma de quitárselo- te lo juro por este bebé que viene en camino- dijo llevándose una mano al abultado vientre.

Amanda entrecerró los ojos y la apuntó con el cuchillo de nuevo, agitándolo un poco ante sí.

-Como se nota que no quieres a ese bebé, zorra, si realmente lo quisieras no jurarías algo que sabes que no vas a cumplir.

Sairin se arriesgó a todo o nada así que con sus manos atrapó la de Amanda para quitarle el cuchillo y entonces comenzó un duro forcejeo entre las dos justo al borde de las escaleras.

Gabriella se había quedado paralizada al verlas a las dos tan cerca de una muerte segura, sabía que tenía que detener esa pelea pero su cuerpo no respondía.

Amanda y Sairin luchaban por permanecer en el piso de arriba y no caer rodando por las escaleras pero Amanda consiguió poner a Sairin en un serio aprieto, poniéndola tan al borde que si la soltaba, caería sin ningún tipo de reparo, el cuchillo ya no estaba en posesión de ninguna de las dos.

-¿Qué dices ahora, zorra? ¿Aún crees que puedes doblegarme? Me quitaste el cuchillo y fue muy audaz de tu parte pero esta vez no podrás, juro que no podrás ¿y sabes por qué? Porque cuando llegues al final de estas escaleras, estarás muerta ¿me oyes? ¡Muerta!

-Amanda, no lo hagas, te lo ruego, cargarás con la muerte de mi hijo y la mía sobre tu conciencia, por favor, déjalo...- rogaba Sairin con las lágrimas aflorando a sus ojos.

-Suplica todo lo que quieras, es más, creo que no te haré caso y te soltaré.

-¡No!- gritó Sairin la cual intentó hacerse a un lado y en el intento hizo que Amanda fuera la que cayera por las escaleras.

Sairin se giró y la vio caer. Se tapó la boca para amortiguar el grito que salía de sus labios. Cuando Amanda llegó al suelo, ésta comenzó a sangrar por una herida de la frente y por la zona oculta en su entrepierna. Gabriella al verla en el suelo, corrió hacia ella mientras Sairin se agarraba al barandal con fuerza porque tenía la sensación de que todo le daba vueltas.

-¡Señora, hay que llamar a un médico!

-Sí...- dijo Sairin con voz débil, había empleado todas sus fuerzas en no caer y ahora se sentía bastante mal- avisadlo...- susurró quedando de rodillas

en el suelo sin soltarse de la baranda.

Gabriella avisó a un lacayo para que fuera a llamar a un médico mientras uno ayudaba a Sairin y otro se llevaba a Amanda a la habitación de esta pero Sairin los detuvo y lo mandó a llevarla a una habitación de invitados donde el médico la atendería más cómodamente.

Sairin sintió que se desvanecía por la tensión que acababa de sufrir en las escaleras, el ama de llaves de la casa era cómplice del hombre que la quería matar. Tan cerca y no lo había visto.

-Señora, ¿se siente bien?- le preguntó el lacayo a Sairin ya que se había puesto pálida de repente.

Ella negó con la cabeza levemente y finalmente se desvaneció. El lacayo, rápidamente, la cogió en brazos y la llevó a la habitación principal.

El médico llegó al poco rato y atendió a Amanda. Le contó a Gabriella que estaba embarazada y que al caer había perdido al bebé y el golpe de la cabeza había sido leve, que estaría bien pero que debía guardar reposo. Tras atenderla, acudió a atender a Sairin la cual sólo había sufrido un desmayo por el susto y que tanto ella como el bebé estaban en perfectas condiciones. Cuando el médico se fue, Gabriella cogió el agua de rosas que Sairin guardaba en su tocador y se lo dio a oler a ésta que ladeó la cabeza como huyendo del olor y luego abrió los ojos.

-Gabriella... ¿y Amanda?

-Descansando...

-Estaba sangrando, ¿qué ha dicho el médico?

-Perdió al bebé que esperaba.

-¿Qué?- preguntó incorporándose rápidamente- ¿por qué no me lo dijo nadie?

-Nadie lo sabía, ni siquiera yo.

-Debo verla.

-Ahora debe descansar, señora, se ha asustado y por eso se ha desmayado, mejor descanse, yo me encargo de Amanda mientras.

-De acuerdo.

Gabriella salió de la habitación y Sairin se recostó de nuevo, aún con el susto metido en el cuerpo.

Edward y Jake llegaron al hostel donde Zachary había dejado a Catherine abandonada. Tras bajarse de los caballos, entraron en el hostel. Al entrar, preguntaron por Catherine.

-La joven se fue con lord Vardon a Vardon Park- respondió el dueño del hostel.

-Eso es una buena noticia- dijo Jake.

-Sí pero de todas formas debemos ir a buscarla- dijo Edward y luego miró al dueño del hostel- ¿podría decirme hacia dónde debemos ir para llegar a Vardon Park?

-Oh, es muy sencillo, siga todo recto hacia el norte y el primer desvío a la derecha.

-De acuerdo, muchas gracias- dijo Edward dándole unas monedas al hombre y salió de allí seguido de su hermano.

Una vez fuera, vieron que alguien se acercaba a caballo. No le hicieron mucho caso y se subieron a los suyos. Justo cuando iban a irse, alguien paró al lado de ellos y Edward puso muy mala cara.

Jake también miró enfadado a la persona que se acercó hasta ellos.

-Será mejor que te vayas si no quieres que la bala de mi pistola acabe en tu corazón- dijo Jake.

Edward puso una mano delante de la cara de su hermano para que parara y miró a la persona que tenía frente a sí:

-¿Se puede saber qué haces aquí, Zachary? Pensé que ahora mismo estarías en Escocia subido en el barco que te llevaría al continente.

Zachary suspiró y miró a su cuñado.

-No podía irme, me he dado cuenta de que Catherine significa bastante para mí y quiero pedirle disculpas por lo que he hecho.

-¿Y acaso crees que te perdonará?

-Haría cualquier cosa con tal de que me perdonara pero ¿dónde está? Os he visto salir de la posada.

-Según el posadero, se encontró con lord Vardon y ahora mismo están en Vardon Park.

-Pues vamos para allá, entonces.

36

Catherine se hallaba tirada en el suelo de la habitación cuando la puerta se abrió y apareció Vardon que al verla, sonrió.

-Intentando escapar ¿eh? Ya te dije que lo ibas a tener muy difícil. Es más, creo que de aquí no saldrás con vida, he mandado a buscar a tu querido mercenario y lo amenazaré contigo. Tendrá que elegir entre matar a Sairin Forrester o que yo te mate a ti ¿qué crees que elegirá? ¿Matar a su querida hermana o que yo mate a la mujer que quiere?

La joven abrió los ojos desmesuradamente, aquel horrible hombre pensaba poner a prueba a Zachary y eso no lo podía consentir. Comenzó a retorcerse hasta que Vardon le quitó la mordaza para que ella pudiera hablar.

-¡Jamás conseguirás lo que te propones, asquerosa y sucia rata!- espetó ella, claramente enfadada.

Vardon comenzó a reírse y elevó a la joven para ponerla de pie.

-Créeme, querida, mi plan funcionará y pronto, la gente de Londres llorará la muerte de una mujer, todavía no se sabe de quién pero la llorará, eso te lo aseguro y, es más, el culpable de esa muerte será el Depredador que yo mismo atraparé y no se salvará de la horca ¿me has oído?

-Es una vil rata, no se merece llevar el título que posee.

-¿Es que aún piensas que Vardon es un título? Querida mía, todo esto que poseo fue gracias a Jean Lindsey. El título me lo inventé pero mis riquezas son las que realmente le pertenecen a Sairin.

Catherine, sorprendida exclamó:

-¡Es usted un ladrón! ¡Le ha robado la riqueza a mi amiga y aún así se permite el lujo de llamarla ladrona! ¡Maldito bribón!

En ese momento, la puerta se abrió y apareció el mayordomo un poco alarmado.

-Señor...

-¿Qué pasa, Simons?

-Se acercan tres hombres a caballo a la mansión.

-Vaya a ver quiénes son.

-Sí, señor- dijo el mayordomo haciendo una reverencia y saliendo de allí.

Vardon se agachó y le desató los pies a Catherine, momento que aprovechó ésta para darle un rodillazo en la cara. Este se llevó las manos a la cara y Catherine salió corriendo hasta el recibidor, gritando:

-¡Ayudadme! ¡Me quieren matar!

Vardon la siguió y le tapó la boca pero ella le mordió y siguió gritando pidiendo ayuda.

Jake detuvo el caballo y miró a Edward y a Zachary.

-Alguien ha gritado en la casa, parecía una mujer.

Los tres aguzaron el oído y reconocieron la voz.

-Catherine...- dijo Zachary espoleando al caballo para llegar cuanto antes a la casa. Cuando llegó ante la puerta, se bajó de un saltó del caballo y tocó en la puerta.

La puerta se abrió y apareció el mayordomo.

-Buenos días, señor, ¿desea algo?

-Quiero ver a Vardon.

-¿Tiene una tarjeta de presentación?

Edward se acercó a Zachary y sacó una tarjeta de su chaqueta.

-Dígale que Edward Forrester está aquí.

Catherine que estaba tras la puerta en las garras de Vardon y amenazada por un cuchillo junto a su cuello, oyó el nombre y abrió los ojos sorprendida. No le importó la amenaza del cuchillo y gritó:

-¡Marchaos! ¡Salvad a Sairin! ¡Vardon es quien quiere matar a Sairin!

Zachary apartó al mayordomo al oír los gritos de Catherine. Una vez dentro, miró a su alrededor hasta que la vio en manos de aquel hombre que al instante reconoció.

-¡Tú!

-Hola, Depredador- dijo Vardon- pensé que te habías ido.

Edward y Jake entraron y se colocaron al lado de Zachary, el cual miró amenazante a Vardon.

-Déjala en paz- dijo Zachary amenazante.

-Qué poco me conoces... me parece que no, es más, creo que aún me debes algo...

-Yo no te debo nada... déjala ir, si es a mí a quien quieres matar, hazlo pero déjala en paz.

Los dos hermanos miraron sorprendidos a Vardon y la furia hirvió la sangre de Edward.

-¡Maldito! ¡Eres el hombre quiere asesinar a mi esposa! ¡Asesino!

-Tu mujer aún corre peligro, es todo decisión del Depredador- dijo mirando a Zachary y el cuchillo se hundió un poco más en el delicado cuello de Catherine y un pequeño hilo de sangre corrió por el cuello de la joven- él elige, o su hermana o ella- dijo mirando a Catherine.

Zachary miró a Catherine y ella lo miró a él.

-Zach, no le hagas caso, no mates a tu hermana, por favor, no lo hagas, no te preocupes por mí. No elijas, no lo hagas- dijo Catherine con lágrimas en los ojos.

Zachary miró a Edward y a Jake, sin saber qué hacer. Cualquiera opción que eligiera, mataría a una de las dos mujeres que más quería ahora mismo en el mundo. Su decisión era crucial para el destino de cada una.

-Vardon- comenzó a hablar Edward al ver la confusión en el rostro de su cuñado- ¿qué es lo que quieres? Puedo darte, dinero, joyas, lo que sea.

-¡No! ¡Quiero ver a Sairin muerta! ¡La causa de que yo no obtenga lo que me pertenece es por su culpa! ¡Ella esconde un collar que apostó su padre y no me lo dio! ¡Se merece la tumba porque ese collar me pertenece por derecho!

-Vardon, ella era una niña cuando su padre murió, para ella significaba un juego mantener ese collar oculto, ni siquiera sabía la amenaza que podría correr en el futuro por culpa de ese collar. ¿Es eso lo que quiere? ¿Quieres el collar?

-Quiero el collar y a Sairin muerta...

-Te daré el collar y te olvidas de Sairin, no se interpondrá en tu camino, te lo juro.

-¡Cállate! No me vas a convencer de ver a Sairin muerta, has sido muy ingenuo al dejarla sola... ni siquiera te percataste de que tenías una espía en tu propia casa ¿verdad?

Edward lo miró, furioso:

-¿Cómo?

-Lo que oyes, mi querido amigo, tu ama de llaves me ha estado sirviendo de espía a la vez que aprovechaba todas y cada una de las partes de su cuerpo. ¿Quién te crees que puso la víbora en su cama? Yo no tengo acceso a esas zonas pero ella sí y me ha ayudado mucho. A lo mejor ahora mismo esté clavándole un cuchillo en el corazón o quizás lanzándola por las escaleras... aunque no lo creas, Amanda es muy imaginativa...

Edward, enfurecido, sacó su pistola y se dispuso a disparar a Vardon pero Zachary lo detuvo.

-Edward, para, te está provocando, si disparas podrías herir a Catherine...

-Pero ¿y si es cierto lo de Amanda?

Jake los miró a ambos y le dijo a su hermano:

-Iré a Londres, cuidaré de tu esposa pero salvad a lady Catherine, yo aquí no hago más que estorbar, esto es entre vosotros y él.

Edward miró a su hermano, sorprendido pero sabía que Jake tenía razón, él no haría más que estorbar así que asintió con la cabeza y Jake salió de la casa a pesar de que el mayordomo se lo impidió.

-Usted no se marcha de aquí- dijo el mayordomo interponiéndose en su camino pero Jake lo apartó fácilmente y sonrió:

-¿De verdad? Yo no estaría tan seguro.

Y tras decir esto, salió de la casa, se montó en su caballo y se dirigió al galope hasta Londres.

Zachary, mientras, buscaba la forma de salvar a Catherine de las garras de Vardon pero poco se le ocurría ya que el mayordomo los apuntaba con una pistola a Edward y a él.

-Vardon, recapacita- le decía Edward- no mates a Catherine, te entregaremos el collar, de verdad.

-¡Mentiras! ¡No dices más que mentiras! ¡Conozco muy bien a los de tu calaña! Me he criado en la calle y sé cuando una persona miente o no.

-Muy bien, pues nos someteremos a un duelo... tú y yo...- dijo Edward, seguro de sí mismo.

Catherine y Zachary lo miraron, sorprendidos.

-¡No lo hagas, Edward!- dijo Catherine.

-¿Estás seguro de lo que estás diciendo, Edward?- le preguntó Zachary.

-Muy seguro, tan seguro como no lo he estado nunca en mi vida- dijo mirándolo y luego desvió la vista hasta Vardon esperando una respuesta- vamos, Vardon, lo haremos como los caballeros.

-¿Es alguna clase de trampa?

-No, ninguna trampa, es más, si yo gano, te irás lejos de aquí, me darás todo lo que le pertenece a mi esposa por derecho y dejarás libre a Catherine, pero si yo pierdo... te entregaré el collar y decidirás qué hacer con todos nosotros.

-¡No!- gritó Catherine- ¡Es una locura, Edward!

-Me parece bien, ¿espadas o armas?

-Tú decides.

-De acuerdo...- dijo Vardon, pensativo- prefiero una buena arma así que elijo las armas. Creo que traes la tuya ¿no?

-Sí- dijo Edward sacándola de su escondite- y ya está cargada.

-Para un tiro nada más, supongo.

-Por supuesto.

-Muy bien, pues vayamos al jardín, tendremos más espacio y no se me manchará la casa de sangre.

-Me parece bien.

Vardon empujó a Catherine fuera de la mansión, seguidos de su mayordomo y detrás de estos, iban Edward y Zachary, hablando.

-¿Es que estás loco? Esto supondrá nuestra perdición.

-Tranquilo, puedo controlar la situación, de verdad.

-Yo no estaría tan seguro, si pierdes, nos matará a todos.

-Esperemos que no gane.

Una vez, todos estuvieron fuera, Vardon y Edward cogieron sus armas y se las mostraron a sus padrinos de duelo, que no eran otros que Zachary y Simons. Cuando estuvieron de acuerdo, Vardon y Edward se pusieron de espaldas al otro y Simons comenzó a contar pasos, lentamente.

Zachary miró a los dos hombres y miró también a Catherine, ya quedaba menos para saber el destino de todos.

-¡Diez!- exclamó Simons y entonces se oyeron dos fuertes disparos junto con el grito de Catherine.

Zachary corrió hacia Catherine y la tiró al suelo, protegiéndola con su cuerpo. Había visto muchos duelos como para saber que a veces el tiro podría ir mal encaminado y herir a otra persona que no fuera el objetivo.

-¿Estás bien?- le preguntó Zachary a la joven.

-Sí, sólo un poco magullada y dolorida.

-¡Señor!- exclamó el mayordomo acercándose al cuerpo de Vardon que yacía en el suelo. Una enorme herida se abría paso en su estómago y sangraba mucho. Zachary se levantó y ayudó a Catherine a levantarse, miraron en dirección a Edward y lo vieron de rodillas en el suelo con la mano derecha sobre el hombro izquierdo.

-¡Edward!- gritó Catherine, la cual estaba siendo desatada por Zachary y una vez suelta, corrió hacia el hombre.

Zachary también se acercó y se agachó.

-Edward ¿estás bien?

-Sí, sólo tengo un rasguño en el brazo.

-Está sangrando mucho- dijo Catherine y rompió un trozo de tela de su vestido para vendarlo.

Zachary aprovechó que ella curaba a Edward para acercarse al cuerpo de Vardon. Aún respiraba pero muy débilmente ya que la sangre salía a borbotones.

-Tendrá suerte si pasa de esta noche- dijo Zachary despectivo y miró a un Vardon mortalmente pálido con superioridad, luego miró a Catherine que ayudaba a Edward a levantarse y dijo- será mejor que nos vayamos, Edward necesita un médico urgentemente.

Ambos asintieron y se dirigieron a sus caballos. Edward, se detuvo antes de subir y miró al mayordomo.

-Si no sobrevive, mi abogado se encargará de entregarme todo lo que le pertenece a mi esposa por derecho, así que recoja sus cosas y márchese lejos o yo mismo me encargaré de meterlo en la cárcel por cómplice de esa alimaña que hay en el suelo ¿le quedó claro?

El mayordomo, tembló antes las fieras palabras de Edward:

-Sí, señor- logró decir.

-Perfecto, ah, y llévese a Vardon, no quisiera que mi jardín contenga el cuerpo de un moribundo.

-Sí, señor.

Tras esto, Edward se subió en su caballo y se marchó con Catherine y Zachary hasta el hostel para ver si había un médico allí alojándose esos días. Necesitaba que lo curaran urgentemente, ya había perdido bastante sangre pero al menos sabía que Vardon no volvería a molestarlos a ninguno de ellos.

-Zach...- comenzó a hablar Catherine- ¿por qué viniste a buscarme? Pensé que a esta hora ya estarías en Escocia.

-No podía dejarte, no sé cómo pero conseguiste entrar en mi corazón de hierro y no podía dejarte como lo hice, sé que no merezco tu perdón pero te pido que me perdones por haber sido un idiota y haberte abandonado en el hostel.

-¿De verdad te importo?

-Por supuesto, incluso cuando te vi en las manos de Vardon pensé que si te mataba, yo moriría contigo, me he dado cuenta de que no puedo vivir sin ti y de que te necesito a mi lado.

Catherine sonrió con lágrimas en los ojos y se abrazó a él.

-Te quiero, Zachary- le dijo en apenas un susurro.

-Yo también te quiero, mi princesa.

Pronto llegaron al hostel y allí encontraron a un médico que curó la herida de Edward pero le dijeron que debía permanecer unos días en reposo. Eso era mucho para él, no podría soportar la idea de que Sairin y su bebé podrían estar en peligro y él tan lejos de ella.

Así que tras descansar unas horas, le dijo a Zachary que partirían rumbo a Londres desde ese momento y que no iba a escuchar un no por respuesta o se iría él solo, así que el hermano de Sairin se vio obligado a obedecer y a preparar los caballos para marchar a Londres.

-¿Estás seguro de querer ir a Londres en tu estado?- le preguntó Zachary- Jake debe de estar llegando ya...

-Lo sé pero prefiero estar cerca de mi mujer y más si Amanda es capaz de cualquier cosa por ese hombre...

-Pero estás herido...- le dijo Catherine- la herida podría abrirse.

-Sólo fue un roce, estoy perfectamente, anda, sube al caballo de Zachary y volvamos a Londres.

Estos, entonces, pusieron rumbo a Londres.

Sairin se despertó y miró a su alrededor. Gabriella estaba guardando unos vestidos que acababa de planchar y entonces la joven le dijo:

-Gabriella, ¿Amanda se ha despertado ya?

-Aún no, ¿va a ir a verla?- preguntó al verla levantarse de la cama.

-Sí, quiero saber por qué hizo lo que hizo.

-¿La acompaño?

-No, gracias, Gabriella, esto es entre Amanda y yo.

-Si necesita algo, avísame.

-De acuerdo.

Dicho esto, Sairin salió de la habitación y se dirigió a la habitación donde se encontraba Amanda. Abrió la puerta lentamente y entró. Desde la entrada la miró y luego cerró.

Se acercó y vio que tenía la cabeza vendada. De repente, Amanda abrió los ojos y la vio. Se agitó al verla e intentó incorporarse pero Sairin la detuvo.

-No te muevas, Amanda.

-Me empujó por las escaleras, maldita, suélteme.

-No puedes moverte, recibiste un golpe muy fuerte en la cabeza y además...

-¿Además?- preguntó temiéndose lo peor y se llevó una mano al vientre.

-Además has perdido a tu bebé...

La joven al oír la frase que tanto temía se volvió como loca. Se levantó rápidamente y se acercó a la ventana, que estaba abierta. Levantó una pierna para subirla al balcón.

Sairin, sorprendida, corrió hacia ella para detenerla:

-Amanda, no hagas una locura... bájate de ahí, por favor.

-¡Cállate! ¡He perdido a mi bebé por tu culpa!

-Lo sé y lo siento, de verdad pero baja de ahí, quiero hablar contigo, necesito saber algunas cosas.

-¿Qué quieres saber? ¿Quién es la persona que quiere matarte? ¿De verdad quieres saberlo? Te llevarías una gran sorpresa si lo supieras...

-Baja de ahí, Amanda, no voy a denunciarte a la policía, de verdad, te cubriré.

-No quiero su caridad- dijo mirándola- la odio, siempre la he odiado porque va con su cara de niña y en realidad es una arpía, caza fortunas.

-¿Qué?

-Lo que oye, pretende dar pena y obtener el favor del señor. Parece ser que lo consiguió.

-Yo no pretendo dar pena, es más, no sabes cómo he tenido que vivir todos estos años ¿verdad? Todo porque un hombre, el que justamente me quiere ver muerta, le arrebató todo el dinero a mi padre y he tenido que depender de mi tía. Mi tía siempre ha sido muy buena conmigo pero no merecía su caridad, la quiero mucho sí pero estaba cargando con la hija de su hermano. Cuando comencé a crecer, aprendí a remendar mi ropa porque no quería que mi tía se gastara tanto dinero en mí. Cuando fui presentada en sociedad, me conformé con un único vestido cuando las demás jóvenes lucían un vestido distinto en cada baile al que éramos invitadas.

>>Es posible que no hayas tenido la oportunidad de ser presentada en sociedad ni nada por el estilo pero yo sé muy bien lo que es vivir sin ninguna clase de lujos a pesar de que mi tía me los ofreciera todos. Es más, si hubiese conocido a Edward en otras circunstancias, lo habría amado igual porque desde la primera vez que lo vi en mi presentación en sociedad, me enamoré perdidamente de él.

>>Esto no lo hago para dar pena, simplemente, soy así, no puedo evitarlo, ahora, si quieres pensar lo que piensas de mí, perfecto, te dejaré en paz.

Dicho esto, Sairin se giró y se dirigió a la puerta. Amanda, entonces, tras suspirar, se bajó del balcón y dijo:

-Espere...- Sairin se detuvo pero no se giró y esperó a que siguiera hablando- ¿realmente ama al señor?

-Como nunca he amado a otro hombre...

-¿Y es cierto todo lo que me ha dicho?

-Totalmente cierto.

Amanda miró a otro lado, con lágrimas en los ojos, no había visto más allá de las palabras de aquel hombre que la había vuelto loca de amor, un hombre que llegó a querer con toda su alma pero que no se lo merecía por lo que había estado haciendo.

Lentamente cayó de rodillas, llorando. Sairin, entonces se giró y la vio totalmente desvalida. No pudo evitar acercarse a ella.

-Lo siento, señora, de verdad que lo siento.

-No lo sientas... actuaste movida por un sentimiento y te entiendo.

-Debe haber una forma de remediar mi pecado... yo he sido la culpable de que aquella víbora estuviese a punto de morderla e incluso los otros accidentes que ha sufrido en esta casa, lo siento mucho.

-No tiene importancia, ya todo eso ha pasado, ahora sólo te pido que me digas quién ese hombre que pretende asesinarme.

-Si se lo digo, ¿me promete no acusarme con la policía?, no quiero ir a la cárcel, creo que me engañó para que lo ayudara, le entregué mi cuerpo y ni siquiera me ha dicho una palabra bonita. Estuvo conmigo para divertirse y para tener a alguien que la espiera. No debí haberle hecho caso, tampoco debí haberme encariñado con él.

-No te preocupes, Amanda, si me dices el nombre de ese hombre, te juro que no se acercará más a ti, vivirá el resto de su vida en la cárcel, te lo prometo.

-Pero, es que...

-Vamos, Amanda, siempre has sido fiel al señor de la casa, te dio trabajo y eres el ama de llaves más competente que he visto nunca, te lo aseguro. Siempre cumples con tu trabajo y eso es lo que me agrada de ti. Es posible que yo no te cayera bien pero para mí eres una buena persona, con un gran corazón. Es probable que te hayas enamorado del hombre equivocado y que te hayas dejado guiar por tus sentimientos y eso es lo que te hace una persona sensible. Por favor, dime quién es ese hombre que contrató a mi hermano para que me matara.

Amanda miró a Sairin, la cual le tendió una mano para ayudarla a levantar, su cuerpo aún estaba un poco débil y necesitaba ayuda. Se dirigió a la cama y se recostó. Sabía que tenía que decir la verdad pero era muy duro para ella confesar que el hombre al que quería es el hombre que pretendía asesinarla.

Traicionaría sus sentimientos hacia él pero ¿qué otra cosa podía hacer cuando él apenas le dedicaba un poco de atención como ella quería? Sólo pedía un poco de atención y ser querida por alguien pero él sólo la quería para aliviar su tensión sexual.

Miró a Sairin a los ojos y finalmente, tras tomar aire, dijo:

-El hombre que la quiere ver muerta es lord Vardon.

38

Sairin retrocedió, sorprendida ante tal confesión, Vardon, el amigo de su padre era el hombre que quería asesinarla.

-No, no puede ser... lord Vardon no puede ser el hombre que quiere verme muerta.

-Es él, me sedujo y me contó todo lo que quería hacer- le dijo Amanda abrazándose las rodillas, avergonzada.

-El hombre que me regalaba muñecas de pequeña... no...- dijo Sairin sentándose en la cama.

De repente, la puerta de la habitación se abrió y apareció Jake jadeando como si hubiese recorrido toda Inglaterra. Tras entrar, miró a Sairin y luego a Amanda, rápidamente se acercó a Sairin y la apartó de la ama de llaves.

-No te acerques a esa mujer.

-¡Jake! ¿Dónde está Edward? ¿Cómo es que has llegado tan pronto?

-Vine lo antes que pude, Vardon atrapó a lady Catherine y estaba dispuesto a matarla.

-¿Qué?- preguntó Sairin, conmocionada.

Amanda se encogió aún más en el sitio al sentir la dura mirada de Jake.

-La secuestró y fuimos los tres a salvarla, porque tu hermano volvió por ella, pero me vine al saber la amenaza que teníamos en nuestra propia casa- dijo sin dejar de mirar a Amanda- ¿estás bien?

-Sí, Amanda se cayó por las escaleras, se ha dado un golpe en la cabeza y perdió el bebé que estaba esperando, yo me asusté y me desmayé pero estoy bien.

-¿No ha intentado nada contra ti?

-¿Contra mí? No...- mintió Sairin mirando a Amanda y sonrió.

Amanda le devolvió la sonrisa.

-¿Sabías que era cómplice de Vardon?

-Sí, me lo acaba de confesar y me pedía perdón cuando tú nos interrumpiste.

-Hay que llamar a las autoridades.

-¿Por qué?

-Porque es cómplice de Vardon, el hombre que te quiere matar.

-¿Acaso es cómplice una persona que se ha equivocado al enamorarse de alguien que no debía? Para mí no, así que no veo por qué razón hemos de avisar a las autoridades.

-Sairin ¿te has vuelto loca?

-No, no estoy loca, simplemente no veo razón para molestar a las autoridades, además, ahora mismo vamos a salir de aquí, Amanda necesita descansar.

Sairin cogió a Jake del brazo para sacarlo de allí. Amanda miró a Sairin y susurró:

-Gracias...

Cuando los dos salieron, Sairin preguntó a Jake.

-¿Dónde está mi esposo?

-Salvando a lady Catherine, ya te lo dije, Vardon la tenía en sus garras.

-¿Estaba bien? ¿La hirió o algo?

-La vimos bien aunque estaba muy asustada. Ojalá todo salga bien...

-Bajemos al salón a esperarlos- dijo Sairin.

Entonces, los dos bajaron al salón a esperar a los demás.

Unas horas más tarde, pasada ya la medianoche, Edward, Zachary y Catherine llegaron a la mansión donde Sairin permanecía en el salón, muy preocupada a la espera de estos. Al sentir la puerta, se levantó y fue lo más rápido que pudo al recibidor.

-¡Catherine!- exclamó abrazando a su amiga, contenta de verla sana y salva- ¿estás bien? ¿Te ha herido?

-Estoy bien, amiga, ¿tú estás bien?

-Sí, estoy perfectamente- tras eso, miró a su esposo y rápidamente se acercó- ¡Edward! ¿Qué te ha pasado?

-Reté a duelo... a Vardon...

-Estás muy pálido, ven, vamos al cuarto, tienes sangre en el vendaje y la camisa- dijo ella mientras le abría la camisa para ver la gravedad de la herida.

-Estoy bien...

-No estás bien, vamos.

Sairin lo condujo al piso superior hasta la habitación. Allí, lo desvistió y lo ayudó a recostarse en la cama. Fue a por la jofaina con agua y vendas. Se sentó a su lado y le quitó el vendaje. Le lavó la herida con mucha delicadeza.

-Se acabaron... las amenazas... amor mío- dijo Edward acariciándole la mejilla con la mano sana.

-¿Cómo es eso que retaste a Vardon a duelo?- preguntó Sairin con cierto reproche en su voz.

-Es lo único... que se me ocurría... para salvar a... Catherine... la amenazaba con... un cuchillo.

-Podría haberte matado.

-Lo que importa es que estoy bien..., olvida lo del duelo... Por cierto... ¿mi hermano avisó a las autoridades... para que apresaran a Amanda?

-Le dije que no lo hiciera.

-¿Qué? Pero si es cómplice de Vardon.

-Me contó todo, lo hizo por amor y se dio cuenta del error que cometió.

-¿Dónde está? Voy a despedirla.

-¡No! No lo hagas, dale otra oportunidad, acaba de perder al bebé que esperaba y estuvo a punto de suicidarse al enterarse.

-¿Me estás pidiendo... que deje a la cómplice de un asesino aquí?

-Dale la oportunidad de enmendar su error, por favor- dijo mientras le vendaba el hombro.

Cuando terminó de vendarle el brazo, él la tomó entre sus brazos y la besó apasionadamente pero ella se alejó por temor a hacerle más daño en la herida.

-¿Qué pasa?

-Podría haberte abierto la herida de nuevo, necesitas descansar.

-No sé cómo lo haces, pero al final siempre consigues que todos acabemos rendidos a tus pies y concediéndote lo que pides- dijo volviendo a acariciarle la mejilla con ternura.

Ella sonrió cálidamente.

-Siempre consigo lo que me propongo...- dijo ella y luego lo miró fijamente- entonces... ¿Vardon ya...?

-Sí, a estas horas ya debe de estar muerto, lo dejé muy mal herido y es muy difícil que alguien se recupere después de haber perdido tanta sangre como él estaba perdiendo.

-Pero ¿y si realmente consigue recuperarse?

-Cariño, es imposible que lo consiga, créeme.

-Quisiera creerte pero no sé...

-Hazme caso, amor mío, Vardon jamás volverá a molestarte porque está muerto.

Sairin se abrazó a él con cuidado de no hacerle daño en el brazo y suspiró.

-¿Por qué quería verme muerta? Yo no le hice nada.

-Escondiste el collar que tu padre apostó y él no lo tomó demasiado bien... pero como yo le dije: tú sólo eras una niña que jugaba a un juego con su padre...

Sairin sonrió y le dio un beso en el torso desnudo a la altura del corazón.

-Te quiero, Edward.

-Yo también te quiero, mi bella Sairin.

Entonces, sus labios se encontraron para saborearse mutuamente pero este beso no significaba el deseo de estar uno dentro de otro, si no que se trataba de un beso dado con ternura y mucho amor.

Después de un rato, la joven no pudo evitar quedarse dormida en los cálidos brazos de él y así Edward cogió las sábanas y los cubrió a ambos con ella, parecía bastante cansada así que se merecía un buen descanso ya que por fin se habían acabado las amenazas. Vardon estaba muerto y ahora podrían vivir felices.

Mientras, en el salón, Catherine estaba con Zachary. Jake los había dejado a solas para que pudiesen hablar y así aprovechó para irse a dormir.

-¿Por qué lo hiciste, Zach? ¿Por qué me abandonaste?

-No podía llevarte conmigo, tú lo sabías.

-Pero te dije que no me importaba, que me daba igual. Yo sólo quiero estar contigo, porque te amo, Zach, te amo con todo mi corazón.

-Lo sé y lo siento, no debí haberme marchado así pero tenía miedo de que te atraparan conmigo y que te llevaran a la horca por cómplice.

-Al menos estaríamos juntos, Zachary, ¿es que no ves que sin ti, yo no puedo vivir? Te necesito conmigo, no me impidas estar a tu lado, por favor.

-Catherine, debo marcharme lejos, las autoridades me buscan por ser quién soy.

-¿De verdad quieres marcharte y dejarme aquí, sola? Porque te juro que si te vas, no me casaré con nadie porque ninguno de esos dandis de la sociedad valen la mitad de lo que tú vales. Porque eres el hombre que te has ganado mi corazón y sin apenas haber hecho nada, mientras que todos ellos han hecho lo imposible para seducirme y llevarme a sus camas. Yo me entregué a ti sin que me obligaras. Incluso he estado a punto de morir por ti, para que no tuvieses que elegir entre tu hermana y yo.

Catherine le dio la espalda a Zachary ya que las lágrimas amenazaban con asaltarla de nuevo y no quería seguir llorando. Entonces notó cómo él se acercaba a ella lentamente.

-Catherine, yo te quiero mucho, de verdad, que me parta un rayo si miento. No quiero dejarte pero es que debo hacerlo.

La joven se giró hacia él y los dos quedaron a tan sólo un suspiro de besarse.

-No te vayas, te lo ruego- decía mientras una triste lágrima corría por su mejilla.

Zachary le dio un beso en la mejilla justo donde se posaba la lágrima y le acarició el mentón.

-Sabes que debo hacerlo, Catherine. Me enviarán a la cárcel si me atrapan.

-No lo harán, tu tía puede ayudarte con eso, por favor, Zachary... si te vas, yo misma iré a buscarte y créeme que lo haré.

-No voy a convencerte de lo contrario ¿verdad?

-No, porque yo te quiero, Zachary, eres el hombre al que más amo en esta tierra.

-Hablaré entonces con mi tía a ver qué se puede hacer.

A Catherine se le iluminó la mirada y sonrió.

-¿De verdad lo harás?

-Claro que sí, no puedo vivir sin ti, no sé qué sería de mí si no te tuviese a mi lado. Verte en las manos de Vardon me hizo reflexionar mucho sobre mi futuro. No quiero acabar como él y para eso te necesito a ti.

-Eres muy bueno, Zachary, nunca podrías acabar como acabó él.

-Entonces, no te importaría crear una familia conmigo ¿no?

La sonrisa de Catherine se ensanchó aún más.

-¡Zachary!- exclamó sin poder evitarlo y lo abrazó con fuerza- por supuesto que quiero formar una familia contigo, mi amor.

-Entonces, tan pronto yo vuelva a estar libre de toda culpa, nos casaremos y formaremos una gran familia, te lo prometo.

Ella no dejaba de sonreír, contenta por las palabras que le había dicho, entonces, él la besó con una pasión arrolladora que no pudo evitar aumentar el deseo de ambos.

No pudieron esperar a llegar a una habitación así que hicieron el amor en el salón con tanta pasión y amor que hizo que Catherine se sintiera dichosa de tener un hombre como él.

39

Unos meses más tarde...

Sairin iba paseando con su dama de compañía, Gabriella, por las calles de Londres. Su vientre había crecido mucho y estaba a punto de dar a luz.

-Señora, deberíamos volver a la casa, andar tanto la está cansando.

-Gabriella, un poco más, apenas salgo de la casa y necesito ver algo más que aquellas cuatro paredes.

-Pero el señor dijo que no debía salir de la casa y menos cuando le quedan tan pocos días para dar a luz.

-Ya sabes lo exagerado que es mi esposo con lo del embarazo.

-De acuerdo, señora, pero sólo iremos hasta la tienda de sombreros y volvemos a la mansión, el señor estará a punto de llegar a la casa.

-Está bien, si tanto te preocupa, haré lo que me dices...

Las dos siguieron paseando hasta que un carruaje se detuvo al lado de estas. Sairin miró extrañada y vio que la puerta se abrió. Entonces apareció una figura que le resultó muy familiar y cuando supo quien era contuvo la exclamación que pugnaba por salir de su boca.

-Vaya, Sairin, parece que nos volvemos a encontrar, al parecer la suerte está de mi lado.

-¡Vardon! ¡Tú estabas muerto!

-Una lástima que tu marido no se asegurara de eso porque como puedes ver, estoy vivo y coleando.

-Imposible, él me dijo que te había disparado y que no pasarías de aquella noche, ¿cómo es posible?

-Como acabo de decir, parece que la suerte está de mi lado y ahora, me gustaría invitarte a mi nueva casa, si eres tan amable de subir...- dijo Vardon haciendo un gesto abarcando el carruaje.

-No, pienso avisar a las autoridades para que te atrapen...

Entonces, Vardon sacó una pistola de algún lugar de su chaqueta y apuntó justo en el vientre de la joven.

-Si no quieres que esa criatura que llevas en tu vientre, muera a causa de un disparo, será mejor que subas y hagas todo lo que yo te diga.

Sairin abrió los ojos y puso las manos sobre su vientre para intentar protegerlo lo que provocó la risa diabólica de Vardon.

-Eres un hombre muy cruel.

-Lo sé, no puedo evitarlo y ahora, sube- luego miró a Gabriella y le dijo- tú también, preciosa, no me gustaría que le fueras a contar a Forrester que he secuestrado a su querida esposa y a su futuro bebé...

Sairin y Gabriella se miraron y a regañadientes subieron al carruaje. Una vez dentro, el carruaje puso rumbo hacia la casa de Vardon. Sairin comenzó a notar unas contracciones que tuvo que controlar con la respiración. Cuando lo consiguió, miró a Vardon y le dijo:

-Cuando Edward se entere de que estás vivo y que me has secuestrado, irá a por ti y entonces sí que te matará.

-Va a ser muy difícil que se entere, ¿quién se lo dirá cuando nadie, excepto tú y esta doncella, me han visto? Te buscará desesperadamente pero será muy difícil encontrarte... ahora os quiero a las dos calladitas o me veré obligado a hacer cosas que no quiero ¿entendido?

Las dos mujeres lo miraron fijamente pero aún así permanecieron calladas.

Fue un camino largo y tortuoso. Sairin sentía que las contracciones eran cada vez más fuertes pero intentaba calmarse para hacerlas remitir. Estaba segura de que eso era a causa de la tensión que estaba sufriendo en ese momento.

Cuando llegaron, Vardon se bajó y apuntando con su arma, las obligó a bajar a ambas. Se fijaron en los alrededores y se dieron cuenta de que estaban en las zonas bajas de Londres, el olor marino impregnaban sus fosas nasales, lo que cabía decir que estaban cerca del río Támesis. Vardon las condujo hasta la casa, que se componía de un edificio de dos plantas, bastante deteriorada. Con paredes de piedra y ventanas y puertas hechas de madera un poco podrida.

Vardon las condujo dentro y subieron las escaleras hasta llegar a una habitación, la cual, al verla se percataron del escaso mobiliario de ésta. Se componía de una cama, un mueble donde estaba la jofaina con la jarra y un pequeño armario vacío. Él las obligó a entrar y una vez dentro, él cerró la puerta con llave.

-Señora...- dijo Gabriella mirando a Sairin- ¿cómo vamos a escapar?

-No lo sé, Gabriella, déjame pensar- decía Sairin sentándose en la incómoda cama, entonces vio la ventana- la ventana, tú puedes escapar por ella e ir a buscar a Edward.

Gabriella miró a la ventana y corrió a abrirla pero para su mala suerte, ésta estaba tapada por varios tablones que apenas dejaban pasar la luz. Intentó empujarlos con las manos pero lo único que consiguió fue clavarse una astilla en el dedo. Miró a Sairin y suspiró resignada.

-No podemos escapar por aquí, señora. Lo único que nos queda es esperar...

-¡Pero yo no puedo esperar, Gabriella! ¡Estoy a punto de dar a luz y no quiero hacerlo en tan malas condiciones! Además, Edward se preocupará al no verme.

-Lo sé pero no se altere, eso es malo para el bebé.

-No creo que sea tan malo como el calvario que estoy pasando... las contracciones son cada vez mayores y me duele mucho todo el cuerpo...

-Pues recuéstese en la cama, descanse en lo que encuentre la manera de escapar de aquí.

Sairin le hizo caso y se acostó en la cama.

Edward acababa de llegar a la casa donde lo recibió Amanda, la cual, había cambiado drásticamente desde que él le había dado una segunda oportunidad para seguir trabajando. Ahora era aún más eficiente de lo que ya lo era y trabajaba a todas horas.

-Buenas tardes, señor, ¿cómo le ha ido el día en la cámara de los lores?- preguntó Amanda ya que Edward había recibido una carta donde le comunicaban que pasaba a formar parte de la cámara de los lores ocupando el puesto de su padre que había quedado desocupado y estaban decidiendo si Edward era lo bastante competente como para pertenecer a esta cámara.

-Agotador, ¿sabe dónde está mi esposa?

Amanda miró a Edward y contestó:

-Me temo que no, señor, salió hace bastante rato con Gabriella y aún no han vuelto.

-¿Cómo que aún no han vuelto? ¿A dónde fueron?

-La señora quería dar un paseo por las tiendas de Londres pero no han llegado y estoy empezando a preocuparme, sobre todo porque Gabriella es muy responsable y traería a la señora de vuelta cuanto antes.

-Esto es muy raro- dijo Edward dirigiéndose a su despacho, seguido de Amanda.

-Estoy muy preocupada, señor, otros días han salido a pasear y no han estado mucho tiempo fuera ¿y si le pasó algo a la señora?

-No- dijo Edward desechando la idea- a lo mejor está en casa de su tía o en la su amiga lady Catherine.

-Puede ser pero aún así... no sé, señor, tengo un mal presentimiento...

-No te preocupes, Amanda, iré ahora mismo a casa de la señora Brockway y si no está allí iré a la de lady Catherine Rowling.

-De acuerdo, si por casualidad llegan antes que usted, enviaré a alguien a buscarlo.

-Prefecto.

Edward volvió al recibidor donde se puso la chaqueta y su sombrero y salió de la casa. Comenzaba a hacer frío ya que pronto llegaría el invierno a Londres y no era bueno que Sairin estuviera fuera hasta estas horas.

Se subió en su carruaje y puso rumbo a la casa de Julie Brockway. Cuando llegó, se bajó y tocó en la puerta. Tras esperar unos minutos, el mayordomo abrió la puerta y lo invitó a pasar.

Una vez dentro, vio que Zachary salía de la biblioteca con un libro sobre leyes. Gracias a Julie, ahora podía ir por la calle sin miedo a ser descubierto como el Depredador. El abogado de la mujer hizo un buen trabajo con el caso de Zachary dejándolo libres de cargos. Ahora se estaba dedicando a estudiar Derecho para ejercer la abogacía en Londres.

Zachary al verlo, se acercó y lo saludó:

-¿Sucede algo?- preguntó Zachary al ver a Edward preocupado.

-Vine a ver si estaba mi esposa aquí, según Amanda, salió hace bastante rato y aún no ha vuelto a mi casa.

-Que yo recuerde, ella no ha estado aquí hoy, de todas formas pregúntale a mi tía, quizás estuvo aquí y no me enteré.

-Sí, ¿sabes dónde está?

-Está en el salón, sabes el camino ¿no?

-Sí, gracias, Zachary.

Dicho esto, se despidieron y Edward se dirigió al salón donde Julie tomaba una taza de té frente a la chimenea. Ésta, al verlo, dejó la taza con el plato en la bandeja que había a su lado y lo miró.

-Hola, querido, ¿sucede algo?

-Hola, señora Brockway, me gustaría saber si Sairin ha estado aquí hoy.

-¿Aquí? No ¿por qué?

-Es que por lo visto salió a pasear y aún no ha vuelto así que supuse que estaría aquí o en casa de lady Catherine.

-¿Ya estuvo allí?

-No, iba hacia allí ahora, primero quería asegurarme de que había estado aquí pero ya veo que no.

-Pues no, vaya a casa de lady Catherine a ver si allí tiene suerte.

-Sí, ha sido un placer volver a verla- dijo dándole un beso en la mano a la mujer y luego salió de la casa poniendo rumbo a casa de Catherine.

Una vez allí, lo recibió la joven en la biblioteca.

-¿Sairin? No, ella no ha estado aquí hoy... es más, hace dos días que no la veo.

-Entiendo...- dijo pensativo- ¿dónde se puede haber metido?

-¿Es que pasa algo?- preguntó Catherine.

-Sí, Sairin salió a pasear con Gabriella y aún no han vuelto a la casa, pensé que podría estar aquí o en casa de su tía pero no está en ninguno de los dos sitios y no conozco a ninguna amiga más.

-Edward, quizás ya está de vuelta en la casa, sabes cómo somos las mujeres, vemos una tienda y estamos allí horas y horas sin darnos cuenta. Vete a tu casa a ver, si entonces no ha vuelto, entonces búscala.

-Sí pero es que en la calle hay muchos asaltantes y tengo miedo de que le puedan haber hecho daño.

-Seguro que ya está en la casa, anda ve.

Edward sonrió a pesar de la preocupación que lo estaba carcomiendo, se despidió de la joven y volvió a la casa. Cuando entró, Amanda lo recibió diciéndole que la señora aún no había vuelto y ya estaba anocheciendo en la calle.

-¿Dónde estás, Sairin?- preguntaba Edward a la nada desde su despacho mientras miraba por la ventana hacia la calle.

40

Comenzaba a oscurecer y Gabriella se vio obligada a encender las dos únicas velas que había en la habitación. Las contracciones de Sairin iban en aumento y parecían no remitir.

La puerta, entonces se abrió y apareció un hombre que traía una bandeja con dos platos de sopa rancia para las dos. La dejó al lado de la jofaina y sin decir nada salió de allí.

Gabriella se acercó y probó la sopa. Hizo una mueca ante su mal sabor.

-Señora, no debemos comernos esta sopa, está muy mala.

Sairin se levantó de la cama para acercarse hasta el mueble y ver por ella misma el estado de la sopa cuando sintió una fuerte contracción que la hizo doblarse de dolor.

La doncella al percatarse del dolor de su señora se acercó corriendo a ella. Sairin levantó un poco su vestido y pudo ver un charco entre sus piernas.

-Gabriella, he roto aguas... el bebé ya está aquí...

-Pero, señora, usted no daba a luz hasta dentro de una semana.

-Lo sé pero el bebé parece que no quiere esperar más... ¡ah!- gritó tras una fuerte contracción.

-Relájese, señora, por favor y recuéstese en la cama...

Sairin se volvió a acostar y le vino otra contracción.

-Dios mío, Gabriella, ayúdame... mi bebé está a punto de nacer...

-Lo sé, señora, lo sé pero es que nunca he traído un bebé al mundo... sé que necesitamos agua caliente y toallas limpias...

-Pues pídelas, por favor, no puedo más... ¡ah!

-Sí...- la joven corriendo se acercó a la puerta y comenzó a aporrearla- ¡que alguien me ayude! ¡La señora se ha puesto de parto! ¡Ayúdenme!

Tras golpear varias veces, la puerta se abrió y apareció el hombre que les había traído la bandeja, el cual miró a Gabriella y a Sairin.

-¿Qué pasa?- preguntó el hombre. Este era alto, bastante fuerte, con el pelo corto oscuro y ojos oscuros. Una cicatriz marcaba su mejilla y su ojo, parecía bastante imponente.

-La señora, se ha puesto de parto, necesito agua caliente y unas toallas limpias, se lo ruego...

-¿Cómo sé que no estáis mintiendo para escapar?

-¡Ah!- gritó Sairin evidenciando los dolores que estaba sintiendo.

-Es la verdad, tiene que creerme, señor, por favor, necesito eso o a alguien que sepa sobre traer niños al mundo.

-Lo harás tú, nadie entrará aquí. Traeré lo que me pides pero tardaré un poco.

-¡Mi bebé no espera!- gritó Sairin respirando agitadamente.

El hombre no dijo más y salió de la habitación volviendo a cerrar con llave. Gabriella se acercó hasta la cama y cogió la mano de su señora.

-No se preocupe, todo saldrá bien, se lo prometo.

La respiración de Sairin era agitada ya que las contracciones eran cada vez más seguidas.

-No sé si podré soportar este dolor, Gabriella, es horrible.

-Aguante un poco, enseguida vendrá ese hombre. Respire con calma- dijo Gabriella mostrándole cómo hacerlo y Sairin la imitó pero otra contracción la hizo agitarse.

-¡Gabriella, ya está aquí! ¡Ya va a salir!

La joven doncella acomodó a su señora con las almohadas y luego se sentó frente a ella. La cabeza del bebé estaba a punto de salir y la joven no sabía qué hacer.

Sairin, comenzó a empujar con fuerza con unos gritos desgarradores.

-Venga, señora, un poco más, la cabecita ya está saliendo- Sairin volvió a empujar con más fuerza- eso es, un poco más...

-¡Ah!- gritó tendiéndose sobre las almohadas, respirando superficialmente- no puedo más, Gabriella...

-Vamos, señora, no se venga abajo ahora, su bebé ya está aquí, empuje un poco más.

-Lo intentaré...- dijo Sairin y volvió a empujar con fuerzas renovadas y la cabeza del bebé salió.

-¡Bien, señora, la cabeza ya está fuera, otro empujón más!

Mientras Sairin empujaba, el hombre abrió la puerta y dejó la palangana con agua caliente y varias toallas junto a la puerta. Sin pararse a mirar, volvió a cerrar la puerta.

La joven volvió a empujar con otro estremecedor grito y finalmente el bebé salió completamente, llorando. Gabriella buscó algo con qué cortar el

cordón umbilical y vio algo junto con las toallas y el agua. El hombre había traído un utensilio limpio y con eso cortó el cordón.

-Dios mío, señora, es una niña preciosa...- dijo Gabriella limpiando al bebé en el agua y envolviéndolo en una toalla.

-Quiero... verla...

-Sí, señora.

Gabriella se acercó a Sairin y le tendió a la niña. La joven sonrió, complacida, era una niña preciosa.

-Mi pequeña Lillian...- susurró acariciando la mejilla de la niña.

La doncella cogió otra toalla y le limpió el sudor a Sairin.

-Es una niña preciosa, señora.

-Sí...- susurró Sairin con lágrimas en los ojos.

La niña no dejaba de llorar, entonces Sairin se descubrió un pecho y amamantó a la niña. A pesar de lo débil que estaba consiguió darle de comer al bebé. Cuando terminó, acunó a Lillian hasta que se durmió, luego se puso de lado con la niña junto a ella y se quedó dormida.

Gabriella la tapó con las finas sábanas y se sentó en una silla que había allí, deseando que alguien viniera a rescatarlas.

Amanda estaba en la cocina preparando el desayuno con el cocinero cuando apareció un niño de unos diez años con una nota para ella. La joven la cogió y la leyó. Sorprendida, se tuvo que apoyar en la mesa.

El cocinero al verla tan pálida, se acercó a ella.

-¿Estás bien, Amanda?

-Sí, estoy bien... debo ver al señor, sigue preparando el desayuno.

-De acuerdo.

Amanda salió corriendo de la cocina y fue a buscar a Edward, el cual había permanecido toda la noche en su despacho. Tocó en la puerta y esperó a que le dieran paso. Cuando se lo dio, entró, alarmada.

-Está vivo, señor, está vivo.

-¿Quién?- preguntó Edward, confuso.

-Vardon, me ha enviado una nota- dijo ella entregándosela a él.

Edward la leyó detenidamente.

-Imposible... yo le disparé.

-Señor, si está vivo ¿podría ser...? ¿Podría ser que él retuviera a la señora?

-No me cabría la menor duda de ello ¡maldición!- espetó, dándole un puñetazo a la mesa.

-Señor, él me cita en esa dirección, puedo ir y averiguar algo.

-Podría ser peligroso, no creo que debas ir sola a este lugar.

-Me he criado en esas calles, señor, sé mucho sobre estas calles, le aseguro que no me pasará nada.

-Te seguiré a una distancia prudencial, así podrías entretener a Vardon y yo tendría tiempo para buscar a mi esposa.

-No sería buena idea, nos descubriría.

-¿Y qué propone?

-Déjeme ir a mí y cuando vuelva, le diré dónde la tiene retenida y si está bien.

-De acuerdo.

-Entonces, debo irme, me espera...

Amanda salió corriendo del despacho y fue a buscar su cofia y su manto para pasar desapercibida entre la gente de las calles bajas de Londres. Finalmente salió de la casa y se dirigió hacia el lugar donde Vardon la había citado.

Al llegar, buscó la casa que ponía la nota y tocó la puerta tres veces, tal cual le había indicado Vardon. No tuvo que esperar mucho ya que la puerta se abrió. Miró dentro pero estaba a oscuras así que, temerosa, entró.

Una vez dentro, la puerta se cerró. Amanda miró a la oscuridad y oyó una respiración cerca de su oreja. Asustada se apartó y alguien la tomó de la mano.

-Mi querida Amanda, has venido- susurró la voz de Vardon.

-Señor...- logró decir ella- ¿dónde ha estado? Lo he echado mucho de menos...

-¿De verdad?

-Sí, señor.

De repente, Vardon le dio un fuerte bofetón a Amanda.

-¿Tanto me echabas de menos que no has podido matar a Sairin?

Amanda se llevó la mano a la mejilla dolorida.

-Lo siento, señor, yo más que nadie deseo ver a Sairin muerta pero es que conseguí convencerla de que me dejara seguir trabajando, necesito el dinero para vivir.

-Tienes suerte de que haya vuelto a aparecer después de tantos meses. Conseguí secuestrarla y la tengo aquí encerrada con su doncella.

Amanda sonrió maliciosamente.

-Así que fue usted... desde ayer, esa mujer no había vuelto y el señor se está volviendo loco de desesperación.

-Es lo que se merece por haberme disparado.

-Cree que lo mató, mi señor.

-Que iluso es ese Edward.

-Iluso o no, está ocupando el puesto de su padre en la cámara de los lores de Londres.

-Una pena que no tenga a su mujer para verlo en acción en esta cámara.

-¿Qué piensa hacer con ella?

-Matarla.

Amanda se alarmó pero rápidamente supo disimularlo.

-Interesante... me gustaría verla... me gustaría restregarle en la cara lo que le va a pasar...

-Esa es mi chica pero antes me gustaría recordar viejos momentos, hay tiempo para verla...

Amanda sonrió débilmente.

-Sí...

-Ven, vayamos a mi habitación, te haré el amor como nunca lo hemos hecho...

-Estoy deseosa de volver a hacerlo con usted, señor...

-Muy bien, pues vamos a mi habitación.

Amanda siguió a Vardon hasta la habitación. Una vez dentro, él comenzó a besarla mientras la desnudaba con cierta impaciencia por volver a probar su cuerpo.

Una vez la tuvo completamente desnuda, la tumbó sobre la cama, se desvistió, se puso encima de ella y le hizo el amor salvajemente.

A Amanda no le quedó otro remedio que entregarse a la tiranía de ese hombre que le estaba haciendo el amor y al que una vez quiso con toda su alma y del que esperaba un bebé que acabó perdiendo por intentar matar a la mujer más bondadosa del mundo.

41

La puerta de la habitación se abrió y Gabriella miró hacia allí, al igual que Sairin, que acababa de despertar y amamantaba a la niña.

Al mirar hacia allí se sorprendieron al ver a la mujer que entraba seguida del hombre de la cicatriz.

-Amanda...- murmuró Gabriella.

Amanda sonrió maliciosamente y le dijo al hombre de la cicatriz:

-Déjanos a solas, quiero disfrutar de este momento.

El hombre asintió y cerró la puerta tras Amanda, la cual, corrió hacia la cama.

-Señora... ¿está bien?- preguntó hablando en susurros.

-¿Amanda? ¿Qué haces aquí?

-Vardon me envió una nota para que viniera a verlo, Dios mío, ha dado a luz.

-Sí, es una niña...- dijo Sairin- tienes que ayudarnos, Amanda...

-Lo sé, ahora cuando salga de aquí, voy a avisar al señor para que venga a buscarla... pero antes...

-¿Qué pasa, Amanda?

-Me tiene que perdonar por lo que voy a hacerlos, por favor...

-¿Hacernos?

-Sí... tengo que disimular ante ellos así que sígame la corriente.

-De acuerdo...

Amanda se alejó un poco, tomó aire y dijo:

-Vaya, vaya... ¿así que la señora ahora vive entre ratas? Qué interesante, así sabrás a qué mundo perteneces...

-Amanda, ¿por qué eres tan cruel con la señora? Te perdonó- dijo Gabriella.

-¿Qué por qué? Muy sencillo, porque sabía que un día ocurriría esto, oh, pero mira, si tiene al bebé entre sus brazos... ¡qué tierno! Lástima que los dos vayáis a morir... será una gran tragedia para el señor Forrester... no sólo perderá a su mujer si no que también perderá a su bastardo...

-Es una niña...- dijo Sairin mirándola fijamente.

-Me da igual, si es una niña o un niño. Será mejor que me vaya, no quiero levantar sospechas en la casa... adiós Sairin...- tras decir eso, tocó en la puerta que al momento se abrió y salió de allí.

Amanda sonrió con malicia al hombre de la cicatriz y después se fue corriendo a la mansión a informar a Edward.

Mientras corría, las lágrimas bañaban sus mejillas, se sentía completamente sucia cuando antes era muy dichosa de poder compartir el lecho con Vardon. Ahora le daba asco y deseó con todas sus fuerzas que Edward consiguiera que lo apresaran o incluso que lo matara si era necesario, no quería volver a verlo nunca más.

Una vez dentro de la casa, cerró la puerta y se apoyó en ella llorando de rabia. Edward que la esperaba, la oyó entrar y rápidamente salió al recibidor. Este al verla llorando, se acercó a ella.

-Amanda, ¿estás bien?

Ella asintió levemente y lo miró:

-La tiene él, señor, la tiene encerrada en una habitación muy pequeña, Gabriella está con ella al igual que su bebé. Están un poco desmejoradas y la señora tenía muy mala cara. Tiene que sacarlas de allí, señor, acabe con ese hombre, por favor, no quiero volver a verlo...

-Tranquila, no lo volverás a ver, te lo prometo, ¿la tenía allí entonces? Amanda asintió y volvió a llorar amargamente- vete a descansar un poco, tienes el resto del día libre, avisaré a Jake para que me acompañe.

Amanda sonrió levemente.

-Gracias, señor.

-De nada, anda, ve a descansar.

La joven asintió y se fue. Edward, entonces, buscó a su hermano. Lo encontró cerca de las cocinas, seduciendo a una de las camareras pero cuando su hermano lo descubrió, rápidamente se apartó de la joven la cual se fue corriendo hacia la cocina.

-¿Qué pasa, hermano?

-Tienes que acompañarme, Vardon está vivo y secuestró a Sairin y a Gabriella.

-¿Cómo que está vivo? Pero tú lo mataste, bueno, eso me dijiste.

-Eso creí pero me equivoqué, le envié una nota a Amanda y esta fue a verlo para ayudarme. La tiene allí junto con mi hijo recién nacido. Vamos, debemos ir a rescatarlas.

Los dos fueron al despacho de Edward a coger sus armas, luego fueron al recibidor, donde se pusieron sus chaquetas y finalmente salieron de la mansión en busca de Sairin y Gabriella.

Al llegar, miraron el lugar y varios niños se les acercaron pidiendo limosna y Edward les prometió unas monedas si les cuidaban los caballos. Enseguida, los niños se pusieron a vigilarlos. Edward y Jake, entonces, se metieron en el callejón que daba a la casa donde estaba Vardon con su esposa.

-¿Cómo vamos a entrar?- preguntó Jake.

-No lo sé, no he tenido tiempo de planear nada...

-Muy bonito eh... mira que no tener un plan...

-¿Qué querías? Mi mujer y mi hijo son ahora mi prioridad.

-¿Y si vamos por la parte trasera a ver qué encontramos?

-Sí, es una buena idea.

-Mejor que quedarse aquí es...

Ambos se dirigieron a la parte trasera de la casa y vieron que las ventanas estaban tapadas por tablones viejos. Entre los dos consiguieron quitarlos ya que los tablones, al igual que los tornillos estaban desgastados así que fue bastante fácil quitarlos.

Tras los tablones, se encontraba la ventana y Edward le dio un golpe con el puño que la abrió de una vez. Luego ambos entraron a una estancia iluminada por varias velas.

Justo en el momento en que entraban, apareció un hombre con una cicatriz en la mejilla y Vardon. Este al verlos, sonrió.

-Vaya, lord Edward, no sabía que tuviera costumbre de entrar en las casas por las ventanas.

Edward lo miró y sacó su pistola.

-¿Dónde la tienes? ¿Dónde está mi esposa?

-¿Tienes prisa? Pensé que hablaríamos primero... hace bastante tiempo que no nos vemos... me contó Amanda que perteneces a la cámara de los lores.

-No tengo tiempo para conversaciones, Vardon, quiero que me devuelvas a mi esposa y la quiero sana y salva.

-Pues tendrás que matarnos para que vayas a rescatarla.

Vardon hizo una señal al hombre de la cicatriz, el cual fue a por Jake y se enzarzaron en una pelea mientras Vardon sacaba su arma y apuntaba a Edward decidido.

-¿Crees que esta vez acertarás, Vardon?

-Yo creo que sí, he estado practicando mi puntería.

-Yo también aunque no lo crea...- dijo Edward con la mirada fija en el hombre que tenía ante sí- esta vez no fallaré, eso lo juro.

-Veremos qué puedes hacer- dijo Vardon y tras decir estas palabras disparó.

Oyeron un disparo en el piso inferior y la niña comenzó a llorar, asustada. Sairin la calmaba mientras Gabriella se acercaba a la puerta a escuchar:

-¿Qué pasa, Gabriella?

-No lo sé, señora, creo que están peleando en el piso de abajo.

-Asustaron a Lillian, ya, mi pequeña, no llores, no es nada...- decía intentando calmar a la niña aunque ella también estaba muy asustada.

-Se oyen muchos golpes en el piso de abajo, como si hubiese una fuerte pelea y se empujan contra muebles.

-Esperemos que sea alguien que venga a salvarnos, probablemente sea Edward- dijo Sairin levantándose aunque rápidamente tuvo que volver a sentarse, se encontraba bastante débil después del parto y la comida que le traían no era comestible- señor- dijo mirando al techo- haz que sea Edward, que viene a salvarnos, te lo ruego.

Edward había conseguido escapar del disparo de Vardon, agachándose, momento que aprovechó para acercarse y tirar del pie para así hacerlo caer. Luego comenzó a darle puñetazos por la cara. Estaba muy enfadado y no sabía muy bien lo que hacía.

Luego, después de golpearle varias veces y dejar la cara irreconocible, cogió su arma y apuntó hacia la frente de Vardon.

-No saldrás de aquí con vida, eso te lo juro.

Vardon fue rápido y cogió a Edward por la muñeca para doblarla y que se disparara él mismo, lo que hizo que comenzara un forcejeo entre ambos. Rodaron varias veces por el suelo y de repente, Edward sintió el llanto de un bebé.

Esto desvió su atención y Vardon aprovechó para arrebatarse el arma y apuntarlo a él.

-¿Qué me dices ahora, Edward Forrester?

Este lo miró fijamente, se había distraído y ahora él estaba en peligro de morir. Aun así, no se amedrentó y sonrió.

-Esta pelea aún no ha acabado...- dicho lo cual, volvieron a forcejear para obtener la posesión de la pistola.

Durante el forcejeo, el arma se disparó y los dos se quedaron paralizados. Se miraron a los ojos fijamente hasta que Vardon cayó sobre Edward, muerto. Edward, rápidamente, lo apartó y ayudó a su hermano con el hombre de la cicatriz. Le dio con la culata de la pistola en la cabeza y lo dejó inconsciente.

Jake sonrió, agradecido y se dirigieron a las escaleras. Subieron por ellas y probaron con la primera puerta que se encontraron. Esta estaba abierta y no había nada, salieron y probaron con la otra con el mismo resultado, finalmente llegaron a una que no se podía abrir. Edward movió el picaporte pero la puerta no se abrió así que golpeó en ella.

-Sairin, ¿estás ahí? Contéstame, por favor.

Sairin al oír la voz de Edward, levantó la mirada, sonriendo de felicidad. Gabriella también sonrió.

-Es el señor, señora, ha venido a rescatarnos.

Sairin se levantó y con la ayuda de Gabriella se acercó a la puerta con su hija en brazos.

-Edward, amor mío, estoy aquí.

-Sairin, ¿cómo estás? ¿Estás bien?

-Estoy un poco débil pero estoy bien, abre la puerta.

-Apártate...

Las dos se apartaron y Edward se alejó un poco de la puerta. Luego corrió hacia ella y le dio con el hombro.

La puerta se resistió así que volvió a intentarlo. Se alejó al igual que Jake, ambos se miraron sonriendo y los dos corrieron hacia la puerta. Golpearon con el hombro y finalmente la puerta cedió y cayó al suelo con un fuerte estrépito y ellos cayeron junto con ella.

42

Edward se levantó rápidamente y miró a Sairin, la cual llevaba un bulto entre sus brazos. Se acercó a ella y la abrazó con todas sus fuerzas.

-Dios mío, Sairin, estás bien...- le dijo mientras la besaba por todos los recovecos de su cara.

-Sí, estoy bien... mira, te presento a nuestra niña, Lillian...

Edward miró el bulto que le mostraba Sairin y vio a una niña preciosa, parecida a su madre. Miró a su mujer y ambos sonrieron. Ella se lo entregó para que la cogiera. Torpemente, la tomó entre sus brazos y la acunó con delicadeza.

Mientras, Gabriella se acercó a Jake que estaba sentado en el suelo.

-¿Estáis bien, señor?- preguntó ella arrodillándose al lado de Jake.

-Sí, sólo me he dado un golpe en el hombro...- dijo mirándola.

Nunca se había percatado de lo bella que era la joven. Ella también lo miró y al ver que la miraba fijamente, apartó la mirada avergonzada.

-Déjeme... déjeme verle el hombro, señor.

-Sí...- murmuró él mientras se desabrochaba la camisa para mostrarle el hombro.

Tras eso, Gabriella palpó la zona dolorida con delicadeza y se mordió el labio inferior al notar la mirada de él fija en ella.

-Parece que se ha fracturado el hombro, señor- dijo mientras cogía el bajo de su vestido y cortaba un trozo largo para hacer un cabestrillo para Jake- le haré un cabestrillo para que no se lastime más el hombro.

-De acuerdo- dijo él sin dejar de mirarla.

Edward y Sairin los miraron y ella le dijo a él al oído:

-Creo que tu hermano al fin sentará la cabeza...

-Eso espero- dijo Edward sonriendo- creo que debemos volver a casa, te noto un poco pálida y necesitas descansar.

-Sí, la verdad que me siento un poco decaída.

Edward, entonces miró a Jake y le dijo:

-Jake, vete con Gabriella a la casa y manda al cochero con un carruaje.

El joven miró a su hermano y luego a Gabriella, la cual miró a su señora. Ésta asintió, sonriendo, así que ayudó a Jake a levantarse y ambos se fueron de allí.

Cuando se fueron, Edward volvió a besar a Sairin.

-Te amo, Sairin.

-Yo también te amo, Edward.

-Hemos tenido una niña preciosa, es una pena que no haya estado a tu lado para ser el primero en tomarla entre mis brazos.

-Bueno, por decirlo de alguna forma eres el primero, sólo la hemos tenido Gabriella y yo en brazos, Vardon no entraba aquí, por cierto ¿dónde está?

-Está muerto, Sairin, hubo un forcejeo entre nosotros y la pistola se disparó dándole a él.

-Ojalá Dios le perdone todos sus pecados.

-Dios no perdonaría a un hombre que ha hecho tanto mal, Sairin. Pretendía matarte y matar a nuestra hija si hacía falta. No sé qué hubiera sido de mi vida sin ti la verdad. Estaba como loco porque no sabía dónde estabas y entonces fue cuando Amanda recibió la nota de ese malnacido citándola aquí. Cuando volvió, estaba llorando como nunca había visto llorar a nadie. Me pidió que te salvara y que acabara con Vardon.

-¿Crees que la violó cuando ella estuvo aquí?

-Es posible, aunque él creyera que ella se entregaba de buen grado a él. Para ella no fue así.

-La pobre... ¿crees que algún día encontrará el amor?

-Estoy seguro de que sí, si mi hermano lo ha encontrado ahora mismo con Gabriella, entonces es posible que Amanda también lo encuentre.

-Ojalá...

Los dos se quedaron esperando hasta que vino el carruaje a buscarlos y los llevó hasta la mansión para que Sairin descansara y un médico observara a la niña para ver si estaba en buen estado. Cuando este dio el visto bueno a la niña, la llevaron con su madre y con su padre que estaban recostados en la cama, felices de tenerla allí.

Jake estaba en su habitación cuando tocaron en la puerta.

-Adelante.

La puerta se abrió y apareció Gabriella portando una bandeja. Tras cerrar, se acercó a la cama y le colocó la bandeja justo al lado de él y bajó la cabeza avergonzada:

-¿Cómo se encuentra?

-Mucho mejor, el médico me dijo que pronto me recuperaré...

-Me alegro mucho, señor. Ahora si me disculpa...- dijo Gabriella dándose la vuelta.

-Espera...- le dijo él, lo que la hizo detenerse- acércate...

El corazón de la joven comenzó a latir frenéticamente pero aún así se acercó.

-¿Qué desea, señor?

-¿Tienes miedo de mirarme a los ojos?- le preguntó él.

-No, señor, es sólo que...

-¿Sí?

La joven no pudo contestar a la pregunta, ya que le daba vergüenza confesar que aquellos hermosos ojos habían calado en ella. Entonces sin previo aviso, él la tomó de la mano y la atrajo hacia sí, provocando la sorpresa en el semblante de ella.

-¡Señor!- exclamó completamente sorprendida.

Él sin decir nada más, la besó en los labios con fuerza y pasión pero mezclada con una ternura que ella nunca había sentido antes. Sin poderlo evitar, ella se entregó a su beso pasando los brazos alrededor del cuello de él con delicadeza.

La joven pudo notar el deseo palpitante de él y sintió que todo su cuerpo ardía febrilmente ante el simple contacto, como si fuesen chispas a punto de provocar una inmensa llamarada.

Tras ese breve contacto, se miraron fijamente y él sonrió mientras ella, avergonzada apartaba la mirada.

-Eres preciosa, Gabriella, y me gustaría que fueras mía.

Ella lo miró y sonrió levemente al igual que él y ambos permanecieron allí juntos, mientras él comía.

Amanda los miró a través de la puerta entreabierta y sonrió al ver que su amiga Gabriella al fin había encontrado a un hombre que podía hacerla feliz, cosa que ella jamás tendría ya que su vida había sido un completo fracaso.

Se había enamorado de un hombre que resultó ser un asesino, se entregó a él y engendraron un bebé que nunca llegó a nacer porque lo perdió al caer por las escaleras. Después de varios meses, él volvió a aparecer y la hizo suya sin ella poder hacer nada porque tenía que ayudar a su señora.

Ahora estaba completamente sola, porque ya todos estaban felices y con sus parejas pero ella se había quedado sin nadie a quien querer.

Con estos horribles pensamientos y nuevas lágrimas corriendo por sus mejillas, se dirigió a la cocina donde el cocinero preparaba la cena. Se sentó en un banco y se apoyó en la mesa, sin dejar de llorar. El ayudante de la cocinera, al verla llorar, se acercó a ella y se sentó a su lado.

-¿Sucede algo, Amanda?- le preguntó.

Este era un hombre alto, bastante fuerte, con el pelo corto de color castaño claro y ojos azules como el mar.

-Estoy bien, no te preocupes, Thomas.

-Amanda, si estuvieses bien no estarías llorando...

-Ya pero es que... no sé, veo a todos felices y contentos mientras que yo estoy sola. Quizás es lo que me merezco por el mal que he causado durante tanto tiempo a la señora pero he intentado reparar mi error y aún así no consigo que las cosas me vayan bien.

-Si has reparado tu error y has pedido perdón a quien debías, entonces no tardará en llegar lo que andas buscando...

-Nadie puede darme el amor que yo necesito...

-Nunca digas nunca, Amanda, tú no sabes lo que depara el futuro. Anda, ven aquí- dijo Thomas abrazándola con ternura- quién sabe, a lo mejor lo que buscas, lo tienes cerca de ti y no te has dado cuenta...

Amanda se apartó y lo miró a los ojos. Sonrió y dijo:

-Sí, quizás esté cerca...

Epílogo

Un año más tarde...

-Lillian, no vayas tan lejos...- le decía Sairin a su hija que ya comenzaba a dar sus primeros pasos.

-Te dije que era una buena idea traerla al campo- le decía Edward a su mujer.

-Pero podría caerse, ¿no ves los peligros que corre por aquí?

-No digas tonterías, amor mío, y disfruta de este espléndido día.

-Edward tiene razón- dijo Zachary, el cual estaba sentado al lado de su esposa Catherine- deja que la niña camine.

Hacía unos pocos meses que se habían casado y estaban felices por ello. Apenas se separaban y no hacían más que darse besos y abrazos en cualquier lado, evidenciando el intenso deseo que corría por sus cuerpos.

-Esta vez, tengo que darle la razón a Zachary- dijo Catherine.

-Es que últimamente le das la razón en todo- dijo Sairin.

Catherine sonrió, complacida ante las palabras de su amiga.

-Como no, es mi esposo.

Mientras ellos discutían, Gabriella estaba sentada junto a Jake que permanecía acostado en el suelo y con la cabeza apoyada en el regazo de ella. Hacía poco que habían formalizado su relación y ella se sentía dichosa por ello porque al fin había encontrado el amor en la persona que menos se esperaba y era al lado de Jake, el hombre que había sido un libertino y al fin había sentido la cabeza. Él la miró y sonrió, al igual que ella y luego le dio un beso en los labios.

La niña, que estaba dando sus primeros pasitos, se cayó al suelo y comenzó a llorar así que, Edward se acercó a ella a ver si se había hecho daño.

-Ya está, Lillian, no fue nada...- le decía para calmarla.

Sairin los miró y se sintió dichosa de lo afortunada que había sido al poder estar con el hombre al que amaba y con una hija nacida de ese inmenso

amor que había entre ellos.

Ella sabía que Edward quería un niño y ella estaba dispuesta a dárselo costase lo que costase. No descansaría hasta tener al niño que tanto deseaba su esposo pero mientras se contentaba con poder verlo jugar con su hija como lo hacía.

Lillian cuando fuera mayor sería una hermosa mujer y ya se imaginaba a Edward protegiéndola de cualquier hombre que se le acercase a tan solo unos metros de distancia pero aún quedaba mucho para eso, así que se contentaba con verlos jugar a los dos. Por fin se podía permitir el lujo de ser una mujer feliz y disfrutaría todos y cada uno de esos momentos de felicidad al lado de las personas a las que quería.